



Breve Historia de la Orden del Temple

José Luis Corral

Consulte nuestra página web: www.edhasa.com
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Edhasa basado en una idea original de Jordi Sábat

Primera edición: noviembre de 2006
Primera reimpresión: enero de 2007

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

©José Luis Corral, 2006
© de la presente edición: Edhasa, 2006

Avda. Córdoba 744, 2° piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar www.edhasa.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ISBN: 978-84-350-2684-0
Impreso en Hurope, S.L.
Depósito legal: B-1.188-2007
Impreso en España

Capítulo 1 Introducción.....	5
Capítulo 2 En el origen de las Cruzadas (1095-1119).....	7
2.1. El despertar de Europa	7
2.2. La idea de Cruzada	9
2.3. Los antecedentes	10
2.4. La Primera Cruzada (1096-1099).....	12
Capítulo 3.....	18
Origen y fundación de la Orden del Temple (1120-1136).....	18
3.1. Hugo de Payns, el fundador	18
3.2. Un lugar en Jerusalén	19
3.3. El viaje a Europa	23
3.4. El triunfo del Temple	28
Capítulo 4 Consolidación y crisis del Temple (1137-1187).....	32
4.1. El tiempo de las grandes donaciones	32
4.2. La Segunda Cruzada (1147-1149).....	34
4.3. Tiempos de guerra.....	35
4.4. La pérdida de Jerusalén.....	39
Capítulo 5. Un reino sin Jerusalén (1188-1244).....	43
5.1. La Tercera Cruzada (1188-1192)	43
5.2. La Cuarta Cruzada (1199-1204).....	48
5.3. La Quinta Cruzada (1217-1221) y la Sexta Cruzada (1227-1229).....	51
Capítulo 6 El final de la presencia templaria en Tierra Santa	55
6.1. La Séptima Cruzada (1248-1254)	55
6.2. La Octava Cruzada (1270).....	59
6.3. El final del Temple en Tierra Santa	62
Capítulo 7 Caída y supresión del Temple (1292-1314).....	66
7.1. El último esfuerzo	66
7.2. El inicio del fin	68
7.3. El proceso.....	72
7.4. La ejecución.....	77
Capítulo 8 La regla y la organización de la Orden.....	81
8.1. Precedentes, modelos y desarrollo de la regla.....	81
8.2. El ingreso en la Orden del Temple	84
8.3. Las normas de comportamiento y los castigos.....	87
8.4. Estructura territorial, gobierno, cargos y categorías de la Orden.....	89
8.4.1. Estructura y gobierno.....	89
8.4.2. Los cargos de la Orden	91
8.4.3. Las categorías de los templarios.....	94
8.4.4. La elección del maestre	96
Capítulo 9 La economía y las finanzas del Temple	98
9.1. La construcción del patrimonio	98
9.2. Las riquezas del Temple	99
Capítulo 10 La vida cotidiana de los templarios: la paz y la guerra.....	104
10.1. Un día en la vida de un templario	104
10.2. Los vestidos y el ajuar.....	107
10.3. Las comidas	108
10.4. Caballeros para la guerra	109
Capítulo 11 Mitos y leyendas sobre los templarios.....	113
11.1. Las sociedades secretas y la masonería.....	113
11.2. Los símbolos.....	114

11.2.1. El <i>baussant</i> o estandarte.....	115
11.2.2. La cruz.....	116
11.2.3. El sello	116
11.2.4. El <i>bafomet</i>	117
11.3. La maldición y los ritos satánicos.....	118
11.4. El tesoro.....	119
11.5. Los templarios en América	121
11.6. Las reliquias	121
11.6.1. El Arca de la Alianza	122
11.6.2. La Sábana Santa.....	122
11.6.3. El Santo Grial.....	123
11.6.4. La Verá Cruz.....	123
11.7. Los documentos secretos.....	124
11.8. Los edificios y los lugares mágicos.....	124
Notas	128
Bibliografía	135
Fuentes cristianas.....	145
Los templarios.....	146
Los templarios en la península Ibérica.....	152
Novela histórica	157
Literatura fantástica sobre el Temple	158
Cronología y listados.....	161
Las Cruzadas.....	161
Cronología del Temple	161
Maestres del Temple	163
Papas	163
Reyes de Jerusalén.....	164
Reyes de Francia	165
Reyes de Inglaterra	165
Reyes y emperadores de Alemania	165
Reyes de Castilla y León (1076-1157).....	165
Reyes de Aragón.....	166
Emperadores bizantinos.....	166
Emperadores de Nicea	166
Emperadores bizantinos (Imperio restaurado).....	167
Reyes de Chipre	167
Sultanes de Egipto	167
Señores musulmanes de Siria	167
Sultanes mamelucos de Egipto y Siria	168
Grandes Kanes mongoles	168

Capítulo 1 Introducción

La sola mención de la Orden del Temple suele despertar sentimientos contrapuestos: para unos se trató de un grupo de caballeros orgullosos y ávidos de poder, ansiosos de riquezas y de gloria mundana, que se comportaron con una soberbia y una altanería impropia de cristianos; para otros fueron creyentes modélicos que dejaron de lado todo para dedicar su vida al servicio y defensa de la cristiandad. Y no faltan quienes los consideran una secta de personas iniciadas en cultos esotéricos, practicantes de ritos cabalísticos y mágicos, guardianes de reliquias y poseedores de grandes secretos y tesoros ocultos.

A nadie dejaron indiferente; ya desde el mismo siglo XII los templarios contaron con defensores y detractores: el cronista Guillermo de Tiro, que nació en Jerusalén hacia 1130, vivió en Francia e Italia y llegó a ser canónigo en San Juan de Acre y archidiácono de Tiro, muestra en su crónica, escrita hacia 1170, muy poca simpatía hacia los caballeros del Temple, y aprovecha cualquier circunstancia para atacar su forma de comportarse; el cronista inglés Mathieu París lanzó duras acusaciones contra ellos. Por el contrario, Jacques de Vitry, nacido hacia 1165 y fallecido en 1240, se mostró en su crónica de manera muy favorable a los templarios; y Bernardo de Claraval, uno de los santos más influyentes del Medievo, los elogió de manera superlativa en una obra escrita hacia 1130.

Pero sin duda, lo que ha hecho del Temple la orden religiosa más atractiva de la cristiandad y sobre la que más se ha debatido es la manera en que desapareció. Desde que se decretó su supresión, a principios del siglo XIV, no han cesado de producirse especulaciones, algunas absolutamente fantasiosas, sobre las actividades de los templarios, su modo de vida, sus relaciones con otras sectas, sus pactos y convenios con los musulmanes o su pretendido secretismo.

Durante siglos se ha debatido sobre su inocencia o su culpabilidad, y ambas posturas han sido defendidas por notables intelectuales. Los cronistas medievales, mayoritariamente clérigos, han sostenido que la gente de la época sentía desprecio por el Temple, basándose en el rechazo que provocaba el rumor extendido y argumentado por individuos muy poderosos de que a los templarios sólo les guiaba la ambición de poder y la avaricia de dinero.

Dante Alighieri, que incluso ha sido adscrito al Temple por algunos estudiosos, colocó en *La divina comedia* en el Purgatorio (Purgatorio, Canto XX) a la dinastía de los Capelos, remanente en Francia entre fines del siglo X y principios del XIV, a cuyos monarcas recrimina su avaricia; y amonesta en el día del Juicio Final al rey Felipe IV el Hermoso, al que acusa de hacer daño «junto al Sena, falsificando la moneda, el que morirá herido por un jabalí» (Purgatorio, Canto XIX). El poeta florentino no dudó en ubicar en el mismísimo infierno al papa Clemente V, el pontífice signatario de la supresión de la Orden del Temple, junto a los simoníacos (Infierno, Canto XXX).

Voltaire escribió poco después de 1741 un breve texto titulado «El suplicio de los templarios», que incluyó en su obra *Ensayo sobre las costumbres*, donde se muestra partidario de los templarios, a los que exime de culpa y considera inocentes.

En su contra, el gran escritor escocés Walter Scott, en su legendaria novela *Ivanhoe*, atribuye a un caballero templario, al que llama Brian de Bois-Guilbert, todos los vicios que los detractores les asignaban, es decir, el orgullo, la arrogancia, la voluptuosidad y la crueldad.

Los estudios más actuales suelen mostrarse más amables con la actitud de los templarios; en la historiografía más reciente se presentan como una instancia rebelde y no sometida al poder eclesiástico de los obispos, con un balance final favorable y considerándolos inocentes de cuanto se les acusó en el proceso que se incoó contra ellos a comienzos del siglo XIV. En la inmensa mayoría de los juicios de valor a que son sometidos por la historiografía contemporánea, suelen salir indemnes y con el marchamo de inocencia.

Creada para la defensa de los peregrinos, la Orden del Temple constituyó la principal línea de defensa de la cristiandad en Tierra Santa. Su historia corre paralela a la historia de las Cruzadas y el tiempo en el que se desarrolló desde su fundación hasta su desaparición (1119-1312) coincide de manera mimética con la presencia de los cruzados en los Santos Lugares (1097-1291).

El Temple es, indiscutiblemente, el más ajustado paradigma de ese tiempo en el que las Cruzadas marcaron las discrepancias entre musulmanes y cristianos, sin duda la causa principal del rechazo mutuo que se extendería durante siglos y aún hoy continúa.

A comienzos del siglo XXI la historia de los templarios sigue ofreciendo un extraordinario atractivo, aumentado si cabe por el recrudecimiento, tanto verbal como práctico, de la tensión entre el mundo occidental y el mundo islámico, que radicales cruentos y visionarios insensatos de ambos lados abogan por mantener vivo, y si es posible incrementado, para que no se disipe el «enfrentamiento entre civilizaciones».

Son los mismos que añoran el «espíritu cruzado» y el «sentimiento *yihadista*», los que desde un bando, el occidentalista, no denuncian la injusta situación en Palestina, el terrorismo de Estado que practican algunas autoridades israelíes o la salvaje explotación de los recursos de los países árabes por ciertas multinacionales, y los que, desde el otro, el islamista, no arremeten contra el sangriento terrorismo que pretende justificarse por el islam, ni luchan por acabar con los gobiernos corruptos, dictatoriales y criminales de muchos países musulmanes.

Estas dos posturas, enfrentadas pero con postulados fundamentalistas similares, son en buena medida la consecuencia de siglos de desconocimiento, intransigencia y rechazo mutuo entre Occidente y el islam, fiel reflejo de una situación que con otros parámetros históricos ya se dio en el tiempo de las Cruzadas, y que parecen heredadas de esa época.

Hace tiempo que el Temple es historia, pero una idea similar a la que motivó su creación no deja de aparecer una y otra vez sobre la conciencia del mundo. Y es probable que no desaparezca por completo mientras siga existiendo la causa que la originó: la obsesión de algunos seres humanos por imponer sus creencias religiosas y sus ideales políticos y sociales a la fuerza.

Existen muchas «historias del Temple», pero ésta analiza esa orden militar a partir de la comprensión de la situación del presente; entendiendo que la historia es cosa más de hoy que de ayer, y sobre todo de mañana.

Capítulo 2 En el origen de las Cruzadas (1095-1119)

2.1. El despertar de Europa

A la caída del Imperio romano a fines del siglo V, la Europa meridional y el mundo mediterráneo se descompusieron en numerosos Estados que fueron gobernados por las castas militares dirigentes de los invasores germánicos. Del viejo Imperio sólo quedó la mitad oriental, el llamado Imperio bizantino, que con diversas y variables fronteras subsistió hasta 1453.

A lo largo de la segunda mitad del siglo VII una nueva fuerza no prevista hasta entonces hizo una fulgurante aparición en el escenario del Oriente Próximo y del norte de África. Se trataba del islam, que construyó un gran imperio desde la India hasta los Pirineos en apenas un siglo.

La Europa occidental de la Alta Edad Media, fruto de la mezcla desigual y heterogénea de los restos de la cultura romana, las aportaciones germánicas y la religión cristiana, fue acosada entre los siglos VII y X por amenazas considerables.

Por el sur, el islam avanzó hasta el mismo corazón de Europa; los musulmanes conquistaron casi toda la península Ibérica, buena parte del sur de Francia, la mayoría de las islas del Mediterráneo occidental y asentaron algunas bases estratégicas en el sur de Italia y en la costa mediterránea francesa. Algunas razias llevaron a los jinetes musulmanes hasta los valles alpinos. Pero el avance, hasta entonces incontenible, se frenó a mediados del siglo VII a causa sobre todo de los enfrentamientos internos entre diversas facciones religiosas y políticas, que provocaron el cisma y la desmembración en el que durante un siglo había sido un imperio unificado y pujante.

A la amenaza musulmana por el sur, se sumaron por el norte y el oeste las invasiones de los llamados «pueblos del norte», los temidos vikingos o normandos. Estos germanos del norte asolaron entre fines del siglo VII y fines del X las costas atlánticas europeas y las islas y las regiones meridionales del mar Báltico. En su afán explorador en busca de botín, penetraron en el Mediterráneo, llegaron a crear un reino en Sicilia y comerciaron con los pueblos eslavos de Rusia instalando factorías comerciales a lo largo de los cursos de los grandes ríos de Europa oriental. Tan temidos, o más incluso, que los musulmanes, los normandos fundaron importantes principados, como el ducado de Normandía, en el noroeste de Francia, o el Danelaw, en el norte de Inglaterra.

Por fin, a principios del siglo X, en plena descomposición del Imperio carolingio — el único intento de reconstrucción europea, pero que sólo fructificó entre los años 778 y 843 —, hicieron su aparición los magiares o húngaros, un pueblo procedente de la profundidad de las estepas euroasiáticas que asoló las regiones orientales de la cristiandad hasta que en el año 951 fue detenido por el emperador Otón I en la batalla de Lechfeld.

Así, tras las invasiones germánicas que certificaron la agonía y muerte del Imperio romano de Occidente en el año 476, Europa atravesó un largo período de cinco siglos en los que, a pesar de esfuerzos efímeros (como el realizado por el emperador Carlomagno), se vio amenazada desde todos los flancos y en todas las regiones por enemigos poderosísimos, algunos de ellos paganos, como los normandos y los magiares, o los seguidores de otras religiones con ansias universales, como los musulmanes. Acosada desde todos los flancos, la civilización surgida en Europa occidental tras la caída de Roma parecía abocada a su fin; pero, contra todo pronóstico, sobrevivió.

Durante ese medio milenio los reinos de la cristiandad occidental resistieron todos los envites, mantuvieron sus creencias cristianas y lograron imponer su cultura y su reli-

gión a normandos y magiares, que acabaron convirtiéndose al cristianismo a fines del siglo X y asumiendo sus modos políticos y sociales.

Con el islam fue diferente. Superiores en cultura y en formas de civilización al haber sabido sintetizar y aprender las aportaciones culturales de los imperios conquistados, los musulmanes mantuvieron sus postulados religiosos y su identidad. La falta de unidad del islam, la pérdida de su impulso fundacional y la lenta recuperación, a la vez que la voluntad de resistencia, de los pequeños reinos cristianos de la península Ibérica dieron lugar a un largo período de estabilidad de fronteras con el mundo cristiano que se concretó en una línea estable y sólida que desde el valle del Duero atravesaba toda la Península hasta el piedemonte del Pirineo y de allí a las islas Baleares y Sicilia, y más allá del Mediterráneo al sur de Anatolia y a Armenia. Y así se mantuvo desde mediados del siglo VIII hasta mediados del siglo XI.

Superada la época de las llamadas «segundas invasiones» (musulmanas, normandas y magiares), asimilados en lo social, lo económico, lo cultural y lo religioso los vikingos y los húngaros, y mantenidos a raya los musulmanes, los reinos cristianos de Occidente pudieron al fin vislumbrar tiempos menos convulsos. Durante el siglo XI el Occidente cristiano comenzó a salir del largo y oscuro período que caracterizó buena parte de la Alta Edad Media y que ha sido denominado en algunas ocasiones como las «Épocas Oscuras».

A ello no fue ajeno el nuevo modelo socioeconómico que se había venido configurando desde fines del mundo romano y que se concretó en el feudalismo. En efecto, la descomposición del poder centralizado y su sustitución por los poderes locales — feudales, en suma-, no generó un gran Estado capaz de recoger la herencia romana, pero esa multiplicación de los centros de poder fue un factor que contribuyó decisivamente al triunfo del modelo feudal. Un gran imperio, aparentemente sólido y estable, puede ser aniquilado de un plumazo por otro más poderoso o más ágil, como le ocurrió a los persas sasánidas con los musulmanes, pero acabar con todo un conglomerado de reinos, principados y Estados feudales parece mucho más difícil. Sin duda, la atomización del poder y de sus centros de control en Europa occidental en la Alta Edad Media fue uno de los pilares de su supervivencia.

Entre tanto, la Iglesia, que había logrado mantener en condiciones aceptables su red de obispados y su poderosa influencia social, se regeneró merced a la reforma impulsada por el papa Gregorio VII (1073-1085) y ganó prestigio y espacios de influencia social y política. No en vano había sido la única institución que, pese a tantos problemas, se había mantenido firme y unida hasta entonces.

Al abrigo de esta nueva situación, la transformación de Europa occidental comenzó a ser patente. La economía y el comercio florecieron, se abrieron nuevos mercados, surgieron talleres artesanales, las ciudades crecieron, la agricultura se desarrolló ganando espacio a los bosques y a las marismas y multiplicando la producción, y los Estados lograron establecer nuevas formas políticas en torno a dinastías reales que se consolidaron. Tras varias centurias de descomposición política y caos social, entre los siglos XI y XII en Europa se fueron asentando los nuevos reinos: Inglaterra, Francia, el Imperio romano-germánico, los reinos hispánicos (los Estados de la Corona de Aragón, Navarra, Castilla y León y Portugal)...

Semejante crecimiento económico y un desarrollo social concretado en la aparición de una incipiente burguesía impulsaron a toda la sociedad a un despegue generalizado: las ciudades duplicaron e incluso triplicaron su extensión, siendo necesario construir nuevos barrios para acoger a la creciente población, la construcción disfrutó de un auge inusitado y los ya grandes templos románicos de la primera mitad del siglo XII fueron sustituidos por las todavía más grandes catedrales del nuevo estilo gótico, que encarnó

el triunfo de la cristiandad en el siglo XIII.

Nunca hasta esa época la cristiandad de Occidente había disfrutado de una bonanza similar. La misma Iglesia participó de esta situación y contempló cómo se multiplicaron las órdenes monásticas y se fundaron monasterios, conventos y parroquias por todas partes.

Los siglos XII y XIII fueron los de la gran expansión de Europa. Desde el siglo II, el de mayor apogeo del Imperio romano, Occidente no había vuelto a vivir una situación tan bonancible, y por ello los dirigentes políticos y religiosos se creyeron en condiciones de ir más allá de lo que habían heredado. En la península Ibérica, los reinos cristianos del norte se lanzaron a la conquista del territorio musulmán del sur; en el centro de Europa, los alemanes avanzaron hacia el este en un proceso a la vez colonizador y cristianizador, y ante estos primeros grandes triunfos se despertó tal euforia que se vio factible la realización de un viejo sueño: la conquista de la perdida Tierra Santa y la recuperación de los Santos Lugares, aquellos en los que Cristo había nacido, predicado la buena nueva y muerto

2.2. La idea de Cruzada

La mayoría de las religiones aspira a ser católica, es decir, universal, verdadera y santa, y por tanto única y excluyente. Durante los primeros siglos de nuestra era, el cristianismo monopolizó la interpretación de la Revelación divina en los países ribereños de la cuenca mediterránea, con la excepción de algunos núcleos de irreductibles judíos dispersos por ella. Pero en los primeros decenios del siglo VII, un individuo llamado Muhammad (Mahoma) convulsionó desde el corazón de Arabia la creencia en Dios y provocó una profunda ruptura religiosa que todavía permanece. El islam, la nueva religión, o mejor, la nueva forma de religión predicada por Mahoma entre los años 610 y 632 se extendió a una velocidad increíble desde Arabia por Asia occidental y central y por todo el norte de África; y en el año 711 cruzó el estrecho de Gibraltar para imponerse en la península Ibérica y en el sur de Francia.

En la península Ibérica, tras varios siglos reclusos en las montañas del norte, los reinos y Estados cristianos se lanzaron a la conquista del territorio musulmán del sur; la idea de recuperar todos los territorios perdidos a manos del islam se convirtió para la cristiandad en una obsesión.

Ya en el siglo IX el papa Juan VIII había indicado que aquel cristiano que muriera en defensa de la fe iría directamente al cielo. La idea no era nueva; durante los tres primeros siglos quienes morían por su fe cristiana eran considerados mártires por la Iglesia, y en consecuencia elevados a la santidad. Pero los mártires eran defensores «pasivos» de la fe cristiana; morían por su ideal, por no renegar de sus principios.

Con el triunfo del cristianismo, establecido en el año 380 como la religión oficial del Imperio romano, la perspectiva cambió sustancialmente. Desde luego, los mártires siguieron siendo considerados como la principal fuerza de la Iglesia, y su sangre como el abono más fecundo para su propagación, pero los mártires lo eran en zonas ahora ajenas al Imperio, en reinos y Estados a los que había que llevar el cristianismo, tierras de paganos como los bárbaros germanos de las fronteras del norte, o de adoradores del fuego, como los persas.

Ahora bien, la irrupción del islam lo cambió todo. Hacia el año 750 la mitad del mundo conocido se había convertido a una religión nueva, el islam. El hasta entonces cristianismo triunfante y en crecimiento sólo había tenido que hacer frente a los movimientos heréticos surgidos en su seno y a la conversión de los territorios paganos que habían quedado al margen del Imperio romano. Pero con el islam la situación era bien

distinta. La pugna dialéctica y teocrática ya no era contra las atávicas creencias de los adoradores de la naturaleza, ni contra las supersticiones de los paganos incivilizados y bárbaros. Los musulmanes traían un concepto mucho más elevado de Dios y a la vez más sencillo de comprender que el del cristianismo. Además, se decían herederos de una larga tradición de profetas y depositarios de la última revelación divina al hombre, y proclamaban la universalidad de sus creencias y la permisividad de culto para los que llamaban *dimmi*, las gentes del Libro, es decir, cristianos y judíos.

No era precisamente así como la Iglesia contemplaba al islam, sino como una religión falsa y perversa que no era sólo una desviación más de la ortodoxia, una herejía como tantas otras, sino una creación maligna que amenazaba con destruir la verdadera fe.

Así, los cristianos ya tenían un objetivo por el que morir, y no era otro que la defensa de su fe frente al islam. Ante el avance musulmán y frente a la propuesta de la *yihad*, la incorrectamente denominada guerra santa musulmana, la Iglesia promovió la cruzada, la guerra justa y santa para imponer la ortodoxia cristiana.

San Agustín, el gran teórico del cristianismo de principios del siglo V, y sin duda el más influyente intelectual en el pensamiento cristiano hasta el siglo XII, ya había apuntado el concepto de guerra santa, que alcanzó cierto predicamento en la época carolingia —hacia el año 800 Carlomagno realizó vanas expediciones militares contra los paganos sajones, a los que sometió y obligó a bautizar—, y que culminó en el siglo XI con numerosos llamamientos a utilizar la fuerza militar contra los enemigos de la Iglesia, a los que se demonizaba.¹ El islam había ido un paso más allá al proclamar la *yihad*, la defensa de la fe islámica, incluso por las armas si fuera preciso. No en vano, en algunos poemas y cantares de gesta de la época Cristo aparece como un jefe militar dirigiendo a sus soldados, que son precisamente los apóstoles².

Así, la Iglesia del siglo XI acabó por decretar que la guerra por causa de la fe no sólo era justa y santa, sino necesaria para imponer el triunfo del cristianismo y erradicar tanto al islam como a los herejes que se desviaban de la doctrina y del dogma fijados en los concilios. Y así pasó de rechazar el uso de las armas y condenar la violencia a potenciar ambas acciones.³

Una de las razones del éxito de la expansión del islam había sido precisamente la *yihad*, es decir, la llamada a defender esta religión por todos los medios. Los musulmanes conquistaron Tierra Santa entre los años 636 y 640, y tomaron posesión de Jerusalén, la ciudad sagrada para las tres grandes religiones monoteístas (cristianos, musulmanes y judíos). La cristiandad consideró esa pérdida como una terrible desgracia.

Durante varios siglos, la Iglesia bastante tuvo con mantenerse a la defensiva, pero a fines del siglo XI se sintió con la fuerza necesaria como para convocar a la conquista de Jerusalén. Ese nuevo espíritu dio origen a las Cruzadas, con el objetivo de recuperar los Santos Lugares y mantenerlos bajo dominio cristiano. El movimiento cruzado duró dos siglos, el XII y el XIII, justo los de mayor desarrollo y apogeo de la sociedad medieval.

2.3. Los antecedentes

A mediados del siglo XI islam y cristiandad mantenían sus posiciones más o menos estables. En la península Ibérica apenas se producían pequeñas escaramuzas fronterizas y, a pesar de que en 1031 había desaparecido el otrora poderosísimo califato de Córdoba, los reinos cristianos no tenían aún la fuerza necesaria como para intentar siquiera derrotar a los débiles reinos de taifas que se repartieron el antiguo territorio califal.

En el Mediterráneo y en Oriente las cosas tampoco habían variado casi nada desde hacía siglos. Los musulmanes habían logrado conquistar en los primeros años de la ex-

pansión la mitad suroriental del Imperio bizantino, es decir, Siria, Palestina, Egipto, Libia y el Magreb, pero, fracasados sus varios intentos para ocupar la capital, Constantinopla, las fronteras habían permanecido muy firmes desde mediados del siglo VII.

Sin embargo, todo comenzó a cambiar a mediados del siglo XI. En el año 1055 los turcos, una poderosa tribu seminómada procedente de las inmensas llanuras de Asia Central, cayeron sobre el debilitado Imperio abbasí y ocuparon su capital, Bagdad. El califa se convirtió en una mera figura decorativa sujeta al verdadero poder político y militar que ejercían los caudillos turcos. Convertidos al islam, los turcos apenas tomaron aliento tras la conquista de Bagdad y se lanzaron sobre las fronteras orientales del Imperio bizantino.

Bizancio había establecido en sus límites orientales, en la zona oriental de la actual Turquía, una nutrida red de fortificaciones y de guarniciones que habían frenado a los musulmanes durante siglos. Allí se habían forjado caballeros de frontera que dieron lugar a poemas de gesta como el *Diogenis Akritas*, donde se glosa la figura de uno de estos militares bizantinos profesionales de la guerra. Pese a la capacidad militar de esos jinetes y a su formación, nada pudieron hacer ante la avalancha que se les vino encima.

En el año 1071 el ejército bizantino del emperador Romano IV fue derrotado por los turcos seleúcidas en la llanura de Manzikert, en el extremo oriental de Anatolia, al norte del lago Van. El efecto de la batalla fue inmediato: Armenia, Sina y media Anatolia cayeron en manos de los turcos, que llegaron hasta Nicea, muy cerca de Constantinopla; el caudillo Atsiz ibn Abaq entró victorioso en Jerusalén, que seguía siendo musulmana desde la conquista en el año 636.

Pese a que toda Tierra Santa estaba en poder de los musulmanes desde el siglo VII, los cristianos habían podido viajar en peregrinación a Jerusalén con cierta facilidad, salvando, claro está, los peligros propios de los viajes en aquel tiempo. Habían mantenido abiertas iglesias y monasterios, aunque con algunos momentos de gran tensión - como ocurrió en 1009 cuando el sultán de Egipto Al-Hakim arrasó la iglesia del Santo Sepulcro-, pero pronto se apaciguaron las aguas e incluso los comerciantes de la ciudad italiana de Amalfi abrieron un hospital en Jerusalén, probablemente en el año 1023, para descanso y atención de los peregrinos cristianos.⁴

Los soberanos del califato fatimí establecido en El Cairo y con dominio sobre Palestina toleraban a los cristianos, no en vano en Egipto vivía una nutrida comunidad de cristianos coptos, y no habían puesto ningún problema a las peregrinaciones, que fueron en aumento en los primeros decenios del siglo XI, a la vez que se incrementaba el comercio en el Oriente mediterráneo. Pero la invasión turca provocó un giro sustancial. El statu quo mantenido hasta entonces entre Bizancio y el islam cambió por completo. El emperador Alejo I Comneno, desbordado por el avance turco y temeroso de que no tardaran en atacar Constantinopla, pidió ayuda al papa.

Hacía tiempo que los pontífices romanos venían apostando por un enfrentamiento directo con el islam. Ya en el año 1063 el papa Alejandro II había concedido indulgencia plenaria a todos aquellos cristianos que combatieran al islam con las armas.⁵ Y la ocasión no se hizo esperar. En el año 1064 el mismo Urbano II llamó a los príncipes cristianos a participar mediante el uso de las armas en una guerra santa contra los musulmanes de la península Ibérica, en concreto en una acción armada puntual para la conquista de la ciudad de Barbastro, en el somontano del Pirineo aragonés. Esta primera cruzada «oficiosa» se saldó con un éxito parcial, pues, aunque en el verano de 1064 la ciudad fue ocupada, los musulmanes la recuperaron nueve meses después.

A efectos prácticos, la cruzada de Barbastro no supuso gran cosa, pero significó algo muy importante: que los cristianos podían unirse bajo una misma bandera, la de la cruz, y con un mismo objetivo, la recuperación de los territorios antaño conquistados

por los musulmanes. Y lo que no era menos importante, podían conseguir con ello fama, fortuna y tierras —riquezas, en suma—, además, claro está, de la promesa papal de alcanzar de inmediato el mismísimo Paraíso.

A fines del siglo XI la idea de conquistar Tierra Santa por la fuerza de las armas estaba ya muy extendida. La experiencia puesta en marcha en la península Ibérica y en Sicilia demostraba que era posible derrotar al Islam, lo que quedó ratificado en 1085 con la conquista de Toledo por el rey castellano Alfonso VI.

Todo un enorme aparato de propaganda se puso en marcha: se escribieron canciones de gesta, poemas y relatos en los que heroicos caballeros cristianos, modelos para los del siglo, servían con sus armas y sus vidas a la expansión de la fe y triunfaban en su empeño alcanzando gloria y riquezas; se incentivó la peregrinación a los Santos Lugares, y algunos nobles, como el mismísimo Roberto I, conde de Flandes, que viajó a Jerusalén entre 1086 y 1089, dieron ejemplo de lo que había que hacer;⁶ y se proclamó que la guerra contra el infiel musulmán era santa y por tanto grata a los ojos de Dios.

La única dificultad radicaba en el temor al poderío turco, que había sido capaz de derrotar al poderoso ejército bizantino. Pero el hecho de que en el año 1092 muriera el gran caudillo seleúcida Malik Sah y su sucesión provocara disensiones y una grave crisis en el poderío turco favoreció la causa de los que ya defendían que era necesaria una guerra contra los infieles musulmanes. La llamada de auxilio del emperador Alejo I acabó por inclinar la balanza hacia el lado de la intervención occidental en Tierra Santa.⁷

Jerusalén no sólo era el lugar donde había sido crucificado Jesús, Dios mismo hecho hombre para los cristianos, sino que era también la ciudad desde la cual el profeta Mahoma, el fundador del islam, había ascendido a los cielos y el santuario más sagrado para los judíos, pues allí se había mostrado Dios a Abraham y allí se había construido el Templo de Salomón, donde se habían depositado los más preciados objetos del culto judío: las Tablas de la Ley y el Arca de la Alianza. Jerusalén era, por tanto, el mismo centro del mundo,⁸ y así aparecía representado en los mapas del mundo tal cual se concebía en la época. Pero la Ciudad Santa estaba en manos de los musulmanes; había que acabar con esa situación.

2.4. La Primera Cruzada (1096-1099)

El papa Urbano II había sucedido, tras el breve pontificado de Víctor III, al gran Gregorio VII, tal vez el más importante de cuantos obispos han ocupado el solio de San Pedro. Imbuido del espíritu reformador que había impregnado la Iglesia, Urbano II se mostró obsesionado con la idea de recuperar Jerusalén y los Santos Lugares para la cristiandad. En marzo de 1095 celebró un concilio en la ciudad italiana de Piacenza donde se preparó el gran concilio de Clermont, celebrado entre los días 18 y 27 de noviembre de ese mismo año de 1095. Durante algunos años el papa Urbano II había rumiado su plan y, tras recorrer algunas tierras de Francia e Italia, promulgó un llamamiento que iba a condicionar la vida de medio mundo durante los dos siglos siguientes, y tal vez lo siga haciendo.⁹

En las empinadas laderas de Champ-Herm, en las afueras de la ciudad de Clermont, Urbano II, sumo pontífice de la Iglesia católica, en presencia de altas dignidades eclesiásticas, nobles, caballeros y una multitud del «pueblo llano», pronunció un encendido discurso en el que llamó a todos los cristianos a tomar las armas y a recuperar por la fuerza los Santos Lugares de Oriente.

No se sabe cómo lo dijo, ni cuáles fueron exactamente sus palabras. El resultado de este concilio se conoce por una copia del siglo XII que algunos aseguraron que se había

hecho fielmente.¹⁰ Cuatro cronistas aseguran haber sido testigos directos del concilio, y por tanto de las palabras de Urbano II: se trata de Geoffrey de Vendôme, Bandri de Bourgeil, Robert Moine y Foucher de Chartres. Ellos han puesto en boca de ese papa palabras como las siguientes:

Guerreros cristianos que en vano buscáis una y otra vez pretextos para la guerra, regocijaos, pues hoy habéis encontrado un pretexto legítimo. Vosotros, que tan a menudo habéis sido el terror de vuestro prójimo, id y luchad contra los bárbaros, id y luchad por la redención de los Santos Lugares. Vosotros, que por una vil soldada vendéis el vigor de vuestros brazos a la ira de otros, armaos con la espada de los macabeos e id y mereced la recompensa eterna. Si triunfáis sobre vuestros enemigos, los reinos del Este serán vuestra recompensa. Si os vencen, tendréis el honor de morir en el mismo lugar que Cristo, y Dios no olvidará jamás que os halló en los santos batallones.

Este es el momento de demostrar que os anima el verdadero valor, el momento de expiar la violencia cometida en plena paz, las muchas victorias obtenidas a expensas de la justicia y de la humanidad. Si es que necesitáis sangre, mojad vuestras espadas en la sangre de los infieles. Os hablo con severidad porque así me obliga mi ministerio. ¡Soldados del infierno, sed los soldados del Dios verdadero!¹¹

Urbano II estaba emulando en cierto modo el llamamiento a la *yihad* de los imanes musulmanes. Y siguiendo ese ejemplo, la guerra contra el islam fue anunciada como una guerra santa y los cronistas de la época se hicieron eco de la proclama pontificia. Desde luego, el objetivo primordial fue la conquista y «liberación» de Jerusalén¹² y para ello se postuló la participación de caballeros, expertos en el oficio de la guerra, los únicos que podían garantizar el éxito militar del proyecto, y así se les hizo saber en proclamas como la del cronista Guibert de Nogent:

Dios ha instituido una guerra santa para que la orden de los caballeros pueda encontrar una nueva manera de ganar la salvación.¹³

La llamada de Urbano II tuvo éxito. Durante los dos siglos siguientes, el *xn* y el *XIII*, los cruzados, aquellos caballeros que habían cosido sobre sus capas una cruz como señal de compromiso para seguir a Cristo y a su vicario en la tierra, pugnaron con los musulmanes por el dominio de Tierra Santa. En esas dos centurias, emperadores, reyes, nobles, artesanos, comerciantes, aventureros, mercenarios, monjes, indigentes, mujeres, niños incluso, partieron hacia Oriente imbuidos de diferentes ideales e intereses; unos lo hicieron henchidos de un ideal religioso inflamado por predicadores y visionarios que aseguraban que la muerte luchando por la causa de Dios era el camino más rápido para alcanzar el Paraíso; otros buscaron honor, fama y gloria y con ello el ascenso social que en sus territorios de origen se les negaba por su nacimiento o por su condición, y no pocos procuraron enriquecerse mediante la obtención de un buen botín, ganando tierras y señoríos o comerciando con los ricos y lujosos productos que se importaban desde el lejano Oriente a través de Palestina y Siria.

Durante doscientos años, Tierra Santa se convirtió en un inmenso campo de combate. En esa vorágine de guerras y batallas, Jerusalén, por el simbolismo que encarnaba su posesión, fue el objetivo más deseado.

Sin embargo, la encendida y apasionada propuesta de Urbano II no resultaba fácil de llevar a cabo. Era necesario reunir tropas, sin duda varios miles de soldados, caballos, carros, impedimenta, y recorrer miles de kilómetros procurando además alimento, estancia y vestido, calzado sobre todo, para tanta gente. Por ello era preciso preparar la

cruzada con tiempo.

Claro que algunos exaltados no estaban dispuestos a esperar y decidieron ponerse manos a la obra de inmediato. Así, mientras el papa Urbano recorría varias ciudades de Francia en demanda de ayuda a su proyecto, Pedro el Ermitaño, un visionario con gran capacidad para arengar a las masas, logró reunir a varios miles de personas, sobre todo pobres desesperados, y se puso en marcha el 8 de marzo de 1096; tras atravesar Europa, llegó a Constantinopla el 1 de agosto. El grupo que encabezaba Pedro el Ermitaño no tenía la menor preparación para la guerra y el 21 de octubre de ese año el ejército turco lo aniquiló en Civetot (Nicea). Los cronistas relatan que esta «cruzada de los pobres» estaba integrada por unas veinte mil personas, de las cuales sólo tres mil sobrevivieron a la matanza.

El desastre de la «cruzada de los pobres» no desanimó a Urbano **II**, que logró convencer a varios nobles caballeros de las regiones del norte de Francia para que tomaran la cruz y partieran hacia la conquista de Jerusalén.

En los corazones de aquellos primeros cruzados se mezclaban sentimientos diversos. Sin duda, algunos acudían a la llamada del pontífice convencidos de estar protagonizando la mayor de las gestas en defensa de la cristiandad, pero otros contemplaban la cruzada como la única salida a su situación familiar, especialmente los segundones de los miembros de la pequeña nobleza, condenados, ante la falta de feudos que administrar, a vivir a la sombra de sus hermanos mayores o a profesar en un convento, y es evidente que muchos veían en la cruzada una oportunidad para ganar tierras y riqueza y convertirse así en grandes señores.

Por tanto, en los primeros cruzados coexistían el fervor religioso, el deseo de aventuras, la avidez por lograr feudos y fortuna y una sensación de haber sido elegidos por Dios para ser el brazo ejecutor de sus planes en la tierra.

El fervor religioso era imprescindible, y Urbano **II** supo encenderlo y mantenerlo con extraordinaria habilidad. Entre los actos de la magistral puesta en escena de su predicación a favor de la cruzada, este papa había rezado en la localidad de Souvigny ante la tumba del abad Mayeuil, quien en el siglo **X** había sido capturado en su monasterio de los Alpes por una expedición de piratas musulmanes. El mensaje era claro: los musulmanes ya habían llegado en otra ocasión al corazón de Europa, y ahora, fortalecido el Islam con el aporte de los turcos seleúcidas, esa circunstancia podría repetirse. Era necesario tomar la cruz y marchar contra ellos antes de que se presentaran de nuevo en plena cristiandad.

Los caballeros adoptaron la cruz como signo de identificación y la cosieron sobre los hombros de sus capas; y se convirtieron así en los *crucesignati*, los marcados por la cruz, los cruzados.

En la primavera de 1096 la actividad en varias regiones del norte y del sur de Francia fue frenética; decenas de mensajeros recorrieron ciudades y aldeas reclutando hombres y recabando ayuda y dinero para la cruzada. A lo largo de varias semanas, miles de hombres se fueron concentrando en los lugares previstos y se pusieron en marcha hacia Oriente.

Los principales nobles que encabezaron a los cruzados fueron Raimundo de Saint-Gilés, conde de Toulouse —«el primero en tomar la cruz»—, Godofredo de Bouillon, duque de la Baja Lorena, Roberto de Flandes, duque de Normandía e hijo del rey de Inglaterra Guillermo el Conquistador, Bohemundo y Tancredo de Tarento, Esteban de Blois y Hugo de Vermandois, hermano del rey Felipe **I** de Francia. Varios de ellos eran individuos de sangre real, pero entre los cruzados no había ningún rey. Esta circunstancia dejaba la cruzada huérfana de un jefe indiscutible, y además el papa no había designado a ninguno de ellos como el caudillo del ejército cruzado —se limitó a nombrar al

obispo Ademar de Le Puy como su legado y guía espiritual en la expedición—, de modo que la cuestión del liderazgo debería de resolverse entre ellos. Ademar murió poco antes de la conquista de Jerusalén.

Desde varios puntos, los cruzados se pusieron en marcha y fueron llegando al Oriente mediterráneo entre fines de 1096 y los primeros meses de 1097. Unas cien mil personas acamparon a las afueras de Constantinopla, y entre ellas al menos cincuenta mil eran combatientes. El emperador Alejo I temió lo que se le venía encima e hizo cuanto pudo para que aquella marea humana, que ya había causado numerosas tropelías durante su viaje, abandonara sus tierras cuanto antes.

El ejército cruzado se puso en marcha hacia el sur, rumbo a Jerusalén. En junio los turcos fueron derrotados por los cruzados y entregaron la ciudad de Nicea. El ejército cristiano se dirigió entonces a Jerusalén, pero para llegar hasta la Ciudad Santa era imprescindible conquistar algunas fortalezas que aseguraran la retaguardia. La más importante de cuantas había en la ruta terrestre entre Constantinopla y Jerusalén era Antioquía, ante cuyas imponentes murallas se presentaron el 21 de octubre de 1097. Mientras un cuerpo de ejército avanzaba hacia la ciudad de Edesa, a un centenar de kilómetros al noreste, otro sitió Antioquía hasta su conquista siete meses después, en junio de 1098. A finales de ese año todo el noroeste de Siria estaba bajo control de los cruzados; el camino hacia Jerusalén desde el norte estaba abierto y asegurado, pero los enfrentamientos entre los príncipes cristianos —en cuyas filas ya había habido algunas deserciones— comenzaron a manifestarse, incluso de manera violenta.

Mientras los jefes cristianos planeaban en Antioquía la conquista de Jerusalén, estudiando las tácticas descritas por el general romano Vegetio Renato en su tratado *De re militaris*, los fatimíes de Egipto conquistaron la Ciudad Santa a los turcos. Esta acción fue beneficiosa para los cruzados, que observaron con agrado el enfrentamiento que se había producido entre los propios musulmanes y el caos que se vivía en la zona. El ejército cristiano, dirigido ahora por Godofredo de Boui-Illon, se presentó ante las murallas de Jerusalén el 7 de julio de 1099.

La vista que se ofrecía a los ojos de aquellas gentes que habían atravesado Europa y Asia Menor era la de una ciudad pequeña en la que destacaba por encima de todo una maravillosa construcción, la mezquita de la Roca, construida en la gran explanada que en otro tiempo ocupara el mítico Templo del rey Salomón.

Jerusalén no disponía de defensas poderosas, de manera que Godofredo ordenó un ataque inmediato. Durante una semana varias máquinas arrojaron todo tipo de proyectiles sobre los muros y las casas de los sitiados. Los cruzados habían construido torres de asalto, ballestas y catapultas y lanzaron un ataque combinado y brutal el 15 de julio, que corresponde al viernes 22 del mes de *shaban* del año 492 de la Hégira en el calendario musulmán. Ni las murallas ni los defensores musulmanes estaban preparados para repeler semejante asalto y los soldados de la cruz conquistaron la ciudad al primer envite.

La matanza que siguió fue terrible. Tanto los cronistas árabes¹⁵ como los cristianos¹⁶ coinciden en señalar que todos los musulmanes fueron muertos y que no quedó una sola persona viva en la ciudad: «La sangre corría por las calles y en algunos sitios llegaba hasta la altura de las rodillas», se lee en una de esas crónicas. Los judíos, que se habían refugiado en una sinagoga, también murieron, quemados dentro del edificio.

Y si deseáis conocer lo que se hizo de los enemigos que hallamos en su interior, sabed que en el Pórtico de Salomón y en su Templo nuestros hombres marchaban a lomos de sus caballos y la sangre de los sarracenos llegaba hasta la rodilla de los animales [...].

Tras alzarnos con la victoria, el ejército regresó a Jerusalén. Habiendo de-

jado atrás al duque Godofredo, Raimundo, conde de Saint-Gilles, Roberto, duque de Normandía, y Roberto, conde de Flandes, se encaminaron hacia Latakia, en donde encontraron la flota de los písanos y a Bohemundo. Cuando el obispo de Pisa hubo establecido la paz entre Bohemundo y nuestros capitanes, el conde de Toulouse se aprestó a regresar a Jerusalén por el amor de Dios y de nuestros hermanos [...].

Por consiguiente os invitamos a vosotros, que formáis parte de la Iglesia de Cristo, y a todos los pueblos latinos, a regocijaros por el maravilloso valor y la devoción de vuestros hermanos, por la devota y más ansiada recompensa dada por Dios omnipotente y por la esperanza devota en la remisión de todos vuestros pecados mediante la gracia de Dios.

Los conquistadores se dedicaron a la matanza y al saqueo; después de tres días de vorágine de sangre y rapiña, se ofreció a Godofredo de Bouillon la corona y el título de «rey de Jerusalén». Pero el duque de la Baja Lorena renunció a semejante honor. Alegó que no era digno de portar una corona de oro en la ciudad donde Jesucristo había sufrido la pasión con una corona de espinas, o al menos así recogen los cronistas su renuncia. Godofredo se limitó a adoptar el título de *Advocatus Sancti Sepulcri*, «protector del Santo Sepulcro». Es probable que pesara sobre su cabeza una profecía muy conocida en ese tiempo en la que se aseguraba que cuando hubiera un rey cristiano en Jerusalén, ése sería el signo del inicio del fin de los tiempos.¹⁷ Godofredo muñó al año siguiente y enseguida pasó a formar parte del imaginario legendario de la cristiandad, en el que sería reconocido como uno de sus tres grandes héroes, al lado del rey Arturo y del emperador Carlomagno; le sucedió su hermano Balduino, quien no tuvo el menor inconveniente en ser coronado como primer rey de Jerusalén.

Conquistadas Jerusalén, Antioquía y Edesa, y desorientados los turcos y los egipcios ante la avalancha de los cruzados, fueron cayendo en manos cristianas otras ciudades y plazas fuertes de Tierra Santa; entre 1102 y 1109 cayeron Tortosa, Tiro y Sidón. En 1112 los cruzados dominaban una alargada franja que se extendía desde el norte de Siria hasta el desierto del Sinaí y desde la costa mediterránea hasta el mar Muerto, el río Jordán, los altos del Golán y el curso alto del río Eufrates; media Siria, Líbano y Palestina volvían a ser cristianas cuatrocientos setenta y cinco años después de la conquista árabe.

La Primera Cruzada había sido todo un éxito. Se fundaron cuatro Estados latinos: el condado de Edesa, el de Trípoli, el principado de Antioquía y el reino de Jerusalén; además, la conquista de Tierra Santa se revistió de hallazgos maravillosos. En Antioquía un peregrino llamado Pedro Bartolomeo anunció que había tenido una revelación en la que se le indicaba que excavarán en un lugar determinado de la iglesia de San Pedro; así se hizo, y para asombro de todos apareció allí una lanza que enseguida se identificó con la empleada por el soldado romano Longinos para herir el costado de Cristo en la cruz. De inmediato la Santa Lanza se convirtió en una de las reliquias más preciadas de la cristiandad. Y en este descubrimiento de reliquias de la Pasión, las más apreciadas y valoradas, Jerusalén no podía ser menos: el 5 de agosto de 1099, apenas transcurridas tres semanas desde la conquista, se anunció que había sido hallada ni más ni menos que la Vera Cruz.¹⁸

No sólo se recuperaban Jerusalén y el resto de los Santos Lugares por los que vivió y predicó Jesús, sino también sus reliquias más preciadas, aquellas que habían estado presentes en la Pasión y que habían estado en contacto con el cuerpo y con la sangre de Cristo: la Vera Cruz, la Sábana Santa, la Santa Lanza, la Corona de Espinas... Y se identificaron lugares bíblicos como la casa de Simeón con el lecho de la Virgen, una iglesia

en el solar de la casa de los padres de María, el aljibe donde José y María encontraron a Jesús en Jerusalén... ¿Qué más se podía pedir?

La guerra santa de la que ya hablara san Agustín y que se proyectó en la cruzada¹⁹ tenía ahora pleno sentido, los sacrificios y la muerte de miles de peregrinos y cruzados quedaban completamente justificados, no en vano para muchos de ellos la muerte en el viaje a Jerusalén era una muerte santa y el deseo de morir en la ciudad donde fue ejecutado Jesucristo se veía recompensado con estar a su derecha en el momento de la resurrección.²⁰

Pero este triunfo significaba algo más, sobre todo para la Iglesia. Con la aceptación de los valores del guerrero y la ratificación de que con las armas también se servía a Dios, el papado abrió las puertas para justificarse como un gran poder feudal;²¹ ya lo era, desde luego, a fines del siglo XI, pero estas nuevas circunstancias parecían ratificar la necesidad de hacer de la Santa Sede también un poder temporal fuerte.

La cruzada -a la que los documentos y crónicas de la época nunca denominan con ese término sino con los de *passagium generale*, *iter*, *expeditio crucis* o *peregrinatio*— fue también una formidable ocasión para hacer negocios. Ya en la Primera Cruzada, mercaderes venecianos y genoveses lograron grandes beneficios con el transporte de peregrinos y cruzados, lo que los colocó en una situación inmejorable que supieron aprovechar para instalar sus factorías y consulados comerciales en diversos puertos del Mediterráneo oriental, pero además se abrieron nuevas rutas y nuevas posibilidades de comercio entre Oriente y Occidente, de las que fueron precisamente los mercaderes italianos los más beneficiados.

El impacto del triunfo de la Primera Cruzada fue especialmente atractivo para los reinos cristianos de la península Ibérica, que a fines del siglo XI ya habían logrado dar la vuelta a la situación y estaban en condiciones no sólo de plantar cara al islam andalusí sino de superarlo claramente en el campo de batalla.

El rey Pedro I de Aragón manifestó su deseo de acudir a la defensa de Tierra Santa en cuanto tuvo noticia de la conquista de Jerusalén; este soberano compensó entre tanto su ímpetu de cruzada con un ataque a la ciudad de Zaragoza y un discreto asedio en 1101, fruto del cual fue la fortificación de un castillo frente a la misma al que llamó Juslibol, es decir *Deus lo vol*, el grito de guerra con el que los cristianos habían tomado la cruz en Clermont en noviembre de 1095.

Su hermano y sucesor, Alfonso I el Batallador, conquistó Zaragoza en diciembre de 1118, justo unos meses después de que un concilio celebrado en Toulouse otorgara a la campaña contra Zaragoza la categoría de cruzada. Y en verdad que lo fue, pues personajes como el conde Gastón de Bearn, que participó en la toma de Jerusalén, y el conde Guillermo IX de Aquitania formaron parte del grupo de caballeros que entró victorioso junto al rey de Aragón en la ciudad del Ebro.

Gracias a los éxitos en Tierra Santa, el espíritu de la cruzada ganó adeptos y espacios en toda la cristiandad.

Capítulo 3

Origen y fundación de la Orden del Temple (1120-1136)

3.1. Hugo de Payns, el fundador

El triunfo de la Primera Cruzada propició que en Europa occidental, sobre todo en Francia, estallara una auténtica fiebre por ir a Tierra Santa. Miles de peregrinos querían visitar el sepulcro de Cristo y rezar ante los lugares santos del cristianismo. Muchos de ellos eran caballeros de la pequeña nobleza feudal que vieron en las tierras de Oriente un escenario propicio para progresar en la escala social, lo que a principios del siglo XII era muy difícil en Europa.

Uno de estos caballeros se llamaba Hugo de Payns. Había nacido hacia 1080, aunque algunos autores lo presentan ya armado caballero antes de 1090,²² lo que no parece probable. Su vida antes de 1119 está llena de especulaciones. Fue señor de Montigny-Lagesse, un caserío cercano a Troyes, la capital del condado, y pudo formarse en la corte del conde junto con los hijos de otros miembros de la nobleza.

No hay duda de que a principios del siglo xn era un caballero de la baja nobleza del condado de Champaña²³ y como tal estaba al servicio, mediante lazos de vasallaje, del conde, uno de los aristócratas más ricos y poderosos de Europa. Casó con una mujer llamada Elisabeth, con la que tuvo dos hijos, Gribouin y Teobaldo; en 1139 este último era abad del monasterio de Santa Colomba de Troyes.²⁴

Aunque algunos autores consideran que es probable que participara en la Primera Cruzada -se le ha supuesto enrolado en las tropas del conde Hugo de Vermandois—, no parece que lo hiciera, pues su señor feudal, el conde Hugo de Champaña, no acudió a Tierra Santa hasta 1104, y tampoco es seguro que Payns acompañara en esa primera ocasión a su señor, aunque haya quien lo suponga ya allí en esa fecha. El conde estuvo cuatro años en Oriente y regresó a su tierra en 1108, para volver de nuevo en 1114.

¿Cuándo viajó pues Hugo de Payns a Palestina? No debió de hacerlo en 1096 con los primeros cruzados, pues sería muy joven, ni tampoco en 1104. En 1113 estaba en Francia y es probable que sí hiciera el viaje en 1114, cuando ya tenía a sus dos hijos, aunque algún historiador sostiene que lo hizo en 1104 y que ya se quedó allí.²⁶

Fuera como fuese, viajara cuando viajara, lo hiciera en una o en dos ocasiones, lo único seguro es que la presencia de Payns no está documentada en Tierra Santa hasta el año 1119. Para entonces ya se había separado de su esposa, sin que se sepa la razón de ello, y había optado por entregar su vida al servicio de la causa cruzada en Jerusalén.

«Afable, completamente entregado a su labor e impecable en lo tocante a la fe»,²⁷ así se ha descrito su personalidad. Jerusalén era el destino ideal para un personaje como Payns, en el que una sólida fe cristiana y una dedicación al oficio de las armas se mezclaban en armonía perfecta. En él se aunaban dos vocaciones hasta entonces aparentemente irreconciliables pero que el espíritu de la cruzada había hecho compatibles: la de monje y la de soldado.

Una vocación similar era sentida por algunos de cuantos acudieron a la Primera Cruzada. Y esa doble vocación encontraba una causa justa en el servicio de defensa, protección y acogida a los peregrinos que se dirigían al Santo Sepulcro. La avalancha de

peregrinos a partir de 1099 hizo necesaria la apertura de casas de acogida y de hospitales donde albergar a tanta gente como llegaba a Jerusalén. Ya antes de la conquista se habían abierto algunos establecimientos asistenciales, como el ya citado de los comerciantes de Amalfi o el que se ubicó en la iglesia de San Juan para peregrinos y enfermos. Pero fue en 1113 cuando el hermano Gerard fundó el Hospital de San Juan de Jerusalén, con carácter asistencial en principio pero que acabaría convirtiéndose en el germen de la Orden de los Hospitalarios.

Asentadas las conquistas cristianas, el rey Balduino I se dio cuenta de que no sólo era necesaria la construcción de hospitales de peregrinos, sino también el establecimiento de un sistema que les ofreciera seguridad en sus viajes y durante su estancia en Tierra Santa. Para cumplir esa misión hacían falta hombres abnegados y conscientes de que debían dedicar toda su vida a la defensa de los peregrinos, y por ello hizo una llamada a la nobleza europea a fin de que dedicara sus esfuerzos a este fin. No en vano Tierra Santa se había quedado sin muchos de los cruzados, pues fueron bastantes los que regresaron a sus casas en Europa una vez culminada la conquista.

Balduino I murió a comienzos de 1118 y fue sucedido por su hijo Balduino II, coronado en Jerusalén el 14 de abril. Pasada ya la euforia de los primeros años victoriosos, el segundo monarca se enfrentaba a la difícil tarea de mantener las conquistas ante un enemigo que, tras el impacto y la sorpresa de la Primera Cruzada, estaba empezando a reorganizarse.

Hugo de Payns vivía en Jerusalén en 1119 y fue allí donde pudo culminar su sueño. Su ideal de vida era compaginar sus dos grandes vocaciones, y las circunstancias del momento eran las más propicias para ello.

El caballero de Champaña se presentó ante Balduino II, cuya corte palaciega en Jerusalén estaba ubicada en los edificios construidos sobre el solar del Templo de Salomón, y le hizo una propuesta extraordinario: él mismo y ocho caballeros más ofrecían su vida y sus armas para la defensa efectiva de los peregrinos, o al menos así lo recogen las crónicas. ¿Sucedió realmente de este modo, o fue el propio Balduino II quien tomó la iniciativa?

Poco importa; lo cierto es que el rey de Jerusalén entregó a Hugo de Payns y a sus ocho compañeros la mezquita de al-Aqsa, construida sobre el solar del Templo de Salomón. Y por ello fue que nueve caballeros tomaron su nombre: *Pauperes commilitones Christi Templique Salomonis*, es decir, «Los pobres caballeros de Cristo y del Templo de Salomón», los caballeros del Temple, los templarios.²⁸

Hugo de Payns fue elegido, o tal vez nombrado por el rey, primer maestre de la orden recién fundada. En no pocas ocasiones se denomina al maestre del Temple «gran maestre»; nunca aparece en la documentación con apelativo, el nombre original que mantuvo durante los dos siglos de su existencia fue siempre el de «maestre».

3.2. Un lugar en Jerusalén

¿Cuándo se fundó la orden? Tradicionalmente se había dado la fecha del año 1119, e incluso 1118, siguiendo al cronista Guillermo de Tiro, que hace coincidir el año de la fundación con el de la coronación de Balduino II; pero parece claro, atendiendo a lo que se lee en el preámbulo de la Regla de la Orden, que la fundación tuvo lugar entre el 14 de enero de 1120 y el 13 de enero de 1121. En efecto, en ese preámbulo se afirma que corría el año noveno de la fundación del Temple cuando se estaba celebrando el concilio de Troyes. Ahí se da la fecha del 14 de enero de 1128, día de San Hilario, pero se data

por el año de la Encarnación, y no por el año del Señor. El año de la Encarnación comienza el 25 de marzo, de manera que el 14 de enero del año de la Encarnación de 1128 corresponde al 14 de enero de 1129 del año del Señor, que es el único cómputo que se utiliza en la actualidad en el calendario gregoriano. Una investigación de Rudolf Hiestand, en la que documenta los itinerarios de los principales eclesiásticos presentes en ese concilio, parece refrendar claramente estos asertos.²⁹ De la misma opinión es García Guijarro, que ajusta la fundación entre el 14 de enero y el 13 de septiembre de 1120, atendiendo a una donación que el 13 de septiembre de 1128 les hizo el conde de Flandes «en el noveno año del establecimiento del Temple».³⁰

Martínez Diez, siguiendo a Hiestand, ha precisado un poco más y, teniendo en cuenta lo que estaba pasando en Palestina en 1120, supone que la sanción real de Balduino II a la Orden del Temple debió de producirse en la segunda quincena del mes de enero de 1120, durante una asamblea o corte de los más notables personajes del reino que tuvo lugar en esas fechas en la ciudad de Nablus, también conocida como Neápolis.³¹

Parece razonable. Tal vez tuviera mucho que ver en la motivación para fundar la Orden de los templarios un sangriento suceso que ocurrió en la Semana Santa de 1119; en abril de ese año un grupo de alrededor de setecientos peregrinos, desarmados y sin escolta, había salido de Jerusalén y se dirigía al Jordán para acabar allí su peregrinación. Los musulmanes los capturaron y asesinaron a unos trescientos, en tanto los demás fueron vendidos como esclavos. Tan sólo dos meses más tarde, el 18 de junio, un ejército árabe de Alepo derrotaba a los cruzados de Antioquía en la batalla de Samada,³² en el lugar que los cristianos conocerían desde entonces como «el Campo de la Sangre». Las cosas se tornaban peligrosas para los cruzados, que de alguna manera debían reaccionar. Tal vez esa reacción se concretó en la creación de la Orden del Temple.

Los cronistas que narran la fundación de la Orden coinciden en señalar que fueron nueve los caballeros que constituyeron el inicio de este «instituto armado» y que su número se mantuvo inalterado hasta 1125 al menos. Sus nombres se conocen; son los siguientes: Hugo de Payns, el flamenco Godofredo de Saint-Omer, Archambaud de Saint-Aimand, Payen de Montdidier, Godofredo Bissot (o Bisol), Rossal (o Rolando), Andrés de Montbard (a veces citado como Hugo de Montbard), Guillermo de Bures y Roberto (¿de Craon?). Sin embargo, por esas mismas fechas hay documentados caballeros que también pertenecían a la orden, como Gondemaro y Hugo de Rigaud.

Todos estos caballeros eran miembros de la baja nobleza, señores de pequeños feudos sin apenas relevancia, como es el caso de Hugo de Payns, o caballeros desheredados de la fortuna que no tenían señoríos que gobernar y que sólo en la milicia templaria podían encontrar el modo y el ideal de vida al que aspiraban. Eran nobles, miembros de una aristocracia guerrera que durante siglos había entendido que su misión en la tierra no era otra que la lucha en la guerra.

Los «pobres caballeros de Cristo» adoptaron las costumbres conventuales de los frailes del Santo Sepulcro, se comprometieron a llevar una vida similar a los canónigos regulares y prometieron ante el rey Balduino II y ante Gormundo de Picquigny, patriarca de Jerusalén, cumplir los votos de pobreza, castidad y obediencia. Y añadieron uno más: someterse tan sólo al poder del papa.

Eran caballeros, y se ha dicho de ellos que eran orgullosos, promiscuos y privilegiados,³³ pero aceptaron una vida de abstenciones, renunciaciones y reglas que difería radicalmente del ideal de la naciente caballería. El Temple sólo se parecía a la caballería seglar en el carácter militar, lo que a su vez la diferenciaba del resto de órdenes religiosas, cuya misión era contemplativa o asistencial. Los templarios se fijaron como objetivo principal la protección física de los peregrinos y fueron los primeros en hacer compa-

tibles las dos vocaciones que, como ya se ha señalado, se consideraban hasta entonces incompatibles: la milicia y el convento.³⁵

Así narran la fundación del Temple los dos principales cronistas, Guillermo de Tiro, hacia 1170, y Jacques de Vitry, hacia 1220:

El mismo año [el de la coronación de Balduino II] ciertos nobles caballeros llenos de devoción, religiosos y temerosos de Dios hicieron voto de vivir en castidad, obediencia y pobreza perpetua, poniéndose en las manos del señor patriarca al servicio de Cristo como canónigos regulares. Entre ellos, los primeros y más importantes eran los venerables Hugo de Payns y Godofredo de Saint-Omer. Como ellos no tenían iglesia ni lugar para vivir, el rey les cedió temporalmente un lugar donde pudieron vivir en su palacio, debajo del Templo del Señor, en el sur. Bajo ciertas condiciones, los canónigos del Templo del Señor les concedieron un terreno que ellos poseían cerca de ese lugar para que sirviera a la Orden. Además, el señor rey y sus nobles, así como el señor patriarca y sus preladados, les dieron ciertos beneficios a perpetuidad o temporal, a fin de que pudieran alimentarse y vestirse. El primer compromiso de profesión prescrito por el señor patriarca y los otros obispos para la remisión de sus pecados era que ellos deberían proteger las rutas y las vías tanto como pudiesen de las emboscadas de los ladrones y de los atacantes, en particular, para la seguridad de los peregrinos. (Guillermo de Tiro)

En tanto ricos y pobres, jóvenes y doncellas, ancianos y niños acudían a Jerusalén desde todas partes del mundo para visitar los Santos Lugares, bandidos y salteadores infestaban los caminos públicos, tendían emboscadas a los peregrinos que avanzaban sin desconfianza, despojando a gran número de ellos e incluso masacrando a otros. Unos caballeros, amados por Dios y sacrificados a su servicio, renunciaron al mundo y se consagraron a Cristo. Mediante profesión de fe y votos solemnes pronunciados ante el patriarca de Jerusalén, prometieron defender a los peregrinos contra los grupos de bandoleros, proteger los caminos y servir como caballería al rey. Observaron la pobreza, la castidad y la obediencia según la regla de los canónigos regulares. Los principales de entre ellos eran dos hombres venerables y temerosos de Dios, Hugo de Payns y Godofredo de Saint-Omer. Al principio sólo fueron nueve los que tomaron tan santa decisión, y durante nueve años sirvieron con hábitos seculares y se vistieron con las ropas que les daban los fieles a modo de limosnas. Y como quiera que no tenían ninguna iglesia de su propiedad, ni una residencia estable, el rey les cedió una pequeña vivienda en una parte de su palacio, cerca del Templo de Señor. El abad y los canónigos del Templo les entregaron también la plaza que ellos tenían junto al palacio real. Y como desde entonces tuvieron su morada cerca del templo del Señor, fueron denominados en adelante caballeros del Temple. (Jacques de Vitry)³⁶

La ubicación de la nueva orden en la mezquita de al-Aqsa constituía toda una declaración de intenciones. Allí había estado el Templo de Salomón, era por tanto uno de los lugares más sagrados de la tierra, y los templarios se habían convertido en sus guardianes.

La gran explanada del monte Moriá o de la Roca se ubica en el ángulo sureste del recinto amurallado del Jerusalén medieval, un cuadrilátero irregular de unos 800 metros de lado, unas 64 hectáreas de superficie, cuyo nivel del suelo estaba en el siglo XII varios metros por encima del que tuvieron las ciudades judía y romana. El espacio de la

explanada del Templo era enorme; ocupaba una quinta parte de la ciudad, en un rectángulo casi perfecto de 440 por 275 metros. En ese amplio recinto, además de la mezquita de al-Aqsa, situada en el lado sur, se levantaba la magnífica mezquita de Ornar, o de la Roca, llamada así porque para los musulmanes la roca que ocupaba el centro de la mezquita había sido el lugar desde el que su profeta Mahoma había ascendido al cielo.

Para adecuar al-Aqsa como residencia de los templarios apenas había que hacer obras; las dependencias de la mezquita se utilizarían como habitaciones y bastaba con colocar una cruz sobre la cúpula y un altar ante el antiguo *mihrab* para convertir la sala de oración de la mezquita en una iglesia cristiana.

A la mayoría de los historiadores les ha llamado la atención que Balduino II concediera un espacio tan enorme a tan sólo nueve caballeros, puesto que podía albergar a varios centenares de personas. Es también extraño que durante los primeros años de existencia del Templo fueran admitidos muy pocos caballeros. Estas dos circunstancias han dado pábulo a un sinnúmero de especulaciones sobre a qué se dedicaron los templarios durante los primeros años de su andadura.

Sin prueba documental alguna, se ha dicho que los primeros templarios se dedicaron a excavar en el suelo del solar del Templo de Salomón en busca de reliquias, sobre todo del Arca de la Alianza. Lo que hicieron fue desescombrar para adecentar los enormes establos donde ubicar a sus caballos, tal vez aprovechando antiguos espacios como cisternas y aljibes subterráneos.³⁷ En el concilio celebrado en Troyes en el mes de enero de 1129, donde se ratificó la Orden del Templo y se aprobó su primera regla, Hugo de Payns hizo un relato en el que contó a los padres conciliares cómo fueron las costumbres y las observancias de los primeros años de la Orden; lamentablemente, el notario que redactó las actas del concilio no tomó en este caso ninguna nota sobre el parlamento del maestre.

Bien sea porque apenas hicieran nada, bien porque no se ha conservado documentación de su actividad entre 1120 y 1125, lo cierto es que de los seis primeros años del Templo no se conoce otra cosa que su propia fundación y la dotación de un espacio en al-Aqsa como sede de la Orden. Y no parece demasiado creíble que durante ese tiempo no estuvieran interesados en que se produjeran nuevos ingresos de caballeros, pues el objetivo inicial era sin duda constituir un grupo de choque para la defensa armada de los peregrinos, y para ello era necesario disponer de un numeroso contingente de caballeros. Da la impresión de que en estos primeros momentos la capacidad de captación de nuevos soldados para la milicia de Cristo fue muy escasa, pero una incorporación muy notable iba a cambiar la tendencia de forma sustancial.

El poderoso señor Fulco, conde de Anjou, que había estado en Tierra Santa en los años 1120 y 1121, mostró su simpatía hacia el Templo, y dotó a la Orden con una renta permanente de treinta libras angevinas antes de regresar a Europa. Fulco era un gran noble y su ingreso en el Templo hubiera supuesto un impulso notable, pero no lo hizo.

Habría que esperar hasta 1125. En ese año regresó por tercera vez a Tierra Santa el conde Hugo de Champaña. Era ya un hombre mayor que había sufrido un tremendo desengaño familiar y personal: estaba seguro de que su esposa lo había engañado con otro hombre y que el hijo que había engendrado no era suyo. El conde tomó en consecuencia unas decisiones drásticas: repudió a su esposa por adúltera, desheredó al hijo que consideraba ilegítimo, cedió la corona condal a su sobrino Teobaldo y, probablemente para calmar su alma y purgar su convulso espíritu, decidió pasar el resto de sus días en Jerusalén. Ya en la Ciudad Santa se encontró con su antiguo vasallo, Hugo de Payns, que pugnaba, sin demasiado éxito hasta entonces, por sacar adelante la nueva orden.

Hugo de Champaña se hizo templario en 1125³⁸ y dio a la Orden una nueva dimen-

sión. Hasta ese momento, los templarios —tal vez unos quince caballeros, aunque otros señalan que eran unos treinta-³⁹ pertenecían todos a la baja nobleza, en muchos casos probablemente incluso eran segundones carentes de feudos que administrar y de un medio propio del que vivir, pero con la incorporación del conde de Champaña el Temple ganaba para sus menguadas filas a uno de los más poderosos y ricos aristócratas de la cristiandad, señor además de una de las regiones de Europa donde más arraigo había alcanzado el ideal cruzado.

Se ha dicho, aunque algunos historiadores lo han puesto en duda alegando que todos ellos eran ricos caballeros,⁴⁰ que en estos primeros años los templarios vivieron de las limosnas; y así parece que debió de ser, pues ni siquiera tenían dinero para poder disponer de un uniforme reglamentario, sino que cada uno de ellos vestía como podía, a la manera de los caballeros seculares, e incluso esos vestidos de tipo secolar tuvo que proporcionárselos el rey Balduino II. Desde luego, los primeros caballeros no parecen demasiado ricos, sino más bien pobres aristócratas que han tenido que emigrar a Tierra Santa precisamente para salir de una situación personal difícil, como único medio para lograr el ascenso social y económico que en su tierra de origen les estaba vedado.

Parece probable que en estos primeros años de existencia los templarios se fijaran para su organización y su ideario en los «hombres del *ribat*», los guerreros musulmanes que renunciaban a su mundo a cambio de prestar su servicio militar en forma de cofradías de caballeros juramentados al servicio del ideal islámico. Claro que en este caso el servicio temporal era habitual, y en cambio en el Temple se apostó muy pronto por un servicio de por vida, y aunque se mantuvo el servicio temporal en algunos casos, el espíritu de los pioneros «desapareció o pasó a un segundo plano muy pronto».⁴¹

También datan de esta época los primeros contactos entre los templarios y la secta de los «Asesinos» (de *hashshashin*, «los consumidores de hachís»), una secta de musulmanes chutas que había fundado en 1090 un personaje llamado Hassan as-Sabbah, también conocido como «El Viejo de la Montaña», con el propósito de acabar con los gobernantes corruptos y devolver así al islam a su pureza original. Esta secta se había hecho fuerte en las montañas del norte de Irán, en la cordillera del Elburz, en un castillo inexpugnable llamado Alamut. As-Sabbah aleccionó a un grupo de fanáticos que cometieron numerosos asesinatos (entre otros consiguieron matar al cadí de Alepo en 1125 y al señor musulmán de Alepo y Mosul en 1126).

Los «Asesinos» establecieron un centro de operaciones, con algunos castillos, en las montañas entre Siria y el Líbano, y los templarios llegaron a percibir un tributo de 2.000 besantes anuales de los «Asesinos» a cambio de permitirles actuar con libertad contra los caudillos musulmanes a los que condenaban a muerte.

3.3. El viaje a Europa

La llegada de Hugo de Champaña cambió las cosas, pero para conseguir el reconocimiento de la nueva orden era imprescindible una rotunda sanción favorable del papa. Para lograrla, tal vez por indicación del conde de Champaña, una delegación del Temple partió desde Jerusalén con destino a Europa en algún momento del año 1127, quizá poco antes de que se echara encima el invierno mediterráneo. Desde luego, la embajada la encabezaba el maestre Hugo de Payns y las crónicas refieren que lo acompañaron cinco caballeros, pero en diferentes documentos aparecen en Europa en 1128 y 1129 los siguientes ténplanos: Guillermo de Bures, Godofredo Bissot, Hugo de Rigaud, Godofredo de Saint-Omer, Rolando, Payen de Montdidier, Andrés de Montbard y Archam-

baud de Saint-Amand; es decir, nueve y no cinco. Si en total fueron nueve templarios a Europa y eran, según los caballeros documentados en 1127, tan solo quince, ¿sólo se quedaron seis en Jerusalén?, ¿o ninguno, si se acepta que hasta 1129 sólo fueron nueve? No parece probable. Más bien da la impresión de que los cronistas confundieron el número de nueve templarios desplazados a Europa en 1127 con el total de miembros de la Orden.

Lo que parece evidente es que los que viajaron a Europa se habían juramentado para conseguir que las luchas terrenales en Palestina fueran asumidas por el papado y por los reinos de la cristiandad como una cuestión de fe.

La embajada templaria llevaba, sin duda, varias misivas de recomendación de Balduino II; entre otras, una carta para Bernardo solicitándole que redactara la regla para los templarios, una petición al papa para que aprobara esa regla para su legitimación ante los ojos de la Iglesia y cartas para todos los monarcas cristianos. Pero además eran portadores de un mandato diplomático: debían convencer al poderoso conde Fulco de Anjou, quien ya favoreciera unos años atrás al Temple, para que contrajera matrimonio con la hija del rey Balduino, de modo que se convirtiera, como así ocurrió, en el siguiente rey de Jerusalén por derecho consorte,⁴² y para ese matrimonio se contaba con el beneplácito del rey Luis VI de Francia.

No existe constancia documental fidedigna, pero todos los historiadores aceptan que Hugo de Payns se entrevistó con el papa Honorio II en Roma, y que allí se trazó la estrategia para la entronización de la Orden con todos los honores. Si fue así, los templarios no perdieron tiempo, y en 1128 ya estaban recorriendo los reinos cristianos para ganar adeptos a su causa, sin duda exhibiendo la incorporación a la Orden del conde Hugo de Champaña, los salvoconductos y cartas de recomendación de Balduino II y tal vez los certificados de beneplácito de Honorio II. Pero Hugo de Payns no olvidó a los hermanos que se habían quedado en Tierra Santa, a los que animó en una carta para que no cayeran en el desaliento.

Los nueve templarios se distribuyeron las visitas a los reinos cristianos a lo largo de 1128: Hugo de Payns recorrió Inglaterra y Escocia, Godofredo de Bissot se ocupó de Provenza, Hugo de Rigaud lo hizo de los reinos hispanos y Andrés de Montbard, probablemente el más preparado de todos ellos, acudió a entrevistarse con Bernardo de Clairaval, a quien se le pidió ayuda en su condición de figura más relevante y prestigiosa de la Iglesia.

Fuera por las recomendaciones acumuladas, por el nivel social de los caballeros o por su capacidad de convicción, el éxito acompañó a la misión templaria, que ya en ese mismo año de 1128 consiguió las primeras donaciones en Portugal⁴³ y una muy buena acogida en Francia, León, Castilla, Aragón e Inglaterra. No faltaron tampoco caballeros que entraron a formar parte de la Orden.

Aunque no todo fueron parabienes. Algunos indicadores señalan que en algunos sectores hubo un cierto malestar por la actitud de los templarios. Se han conservado dos cartas que dejan traslucir esta delicada situación, que se ha interpretado en clave de desavenencias internas. Una de las cartas la dirige Guigues, prior de la Gran Cartuja, al mismísimo Hugo de Payns; en la misiva, escrita probablemente a fines de 1128, el prior le recomienda al maestro del Temple, con el que o bien se había entrevistado o bien había recibido alguna carta de su parte, que antes de lanzarse a aventuras externas, en referencia a la guerra contra los infieles musulmanes, emprenda «la conquista de nosotros mismos para que después podamos partir con seguridad a atacar a los otros; primero purifiquemos nuestras almas de los vicios y luego purguemos la tierra de los bárbaros que la manchan».⁴⁴ Guigues es rotundo, y de sus palabras se deduce claramente el orgullo, sin duda excesivo, con el que Payns presentó el Temple a los soberanos europeos y

a las altas dignidades de la Iglesia. Uno de los párrafos de la carta dice lo siguiente:

A Hugo, maestre de la santa milicia, y a todos los que son conducidos por sus pareceres, los hermanos de la Cartuja, sus servidores y amigos, desean plena victoria sobre los enemigos espirituales y corporales de la religión cristiana y la paz por Cristo Nuestro Señor.

Como ni a vuestro regreso ni a vuestra marcha hemos podido disfrutar del placer de conversar de viva voz, nos ha parecido bien dirigiros al menos algunas palabras por carta [...]. Es en vano que ataquemos a los enemigos de fuera si antes no vencemos a los de dentro [...], purifiquemos nuestras almas de los vicios primero y a continuación purguemos la tierra de los bárbaros que la manchan [...].

Si proponemos esas reflexiones, hermanos, es porque hemos oído decir que algunos de vosotros estáis trastornados y confundidos por algunas gentes de pocos conocimientos, como si la profesión por la que habéis consagrado vuestras vidas a llevar armas contra el enemigo de la fe y de la paz para la defensa de los cristianos, como si vuestra profesión, digo, fuera ilícita o perniciosa, dicho de otra forma, como si ella constituyese un pecado o impedimento de un gran progreso.⁴⁵

La segunda carta es mucho más críptica y tal vez haya que interpretarla en clave interna de la Orden. Está firmada por un enigmático personaje que se denomina a sí mismo como «Hugo el Pecador», y que unos historiadores han identificado con Hugo de San Víctor y otros con el propio Hugo de Payns. Escrita a fines de 1128 o en los primeros meses de 1129, está dirigida al mismo Payns; en esta misiva se pone de manifiesto que el diablo está siempre presto para engañar al género humano y que una de sus armas es precisamente el orgullo que el demonio hace enraizar en el alma de algunos hombres. Acaba señalando que los hechos de armas no deben contribuir a la iglesia de los soldados de Cristo, sino sólo a los de Dios.⁴⁶

Que la acogida del papa Honorio II a Hugo de Payns fue excelente lo demuestra el hecho de que se convocó un concilio en Troyes, precisamente en la capital de la Champaña, para ratificar la creación de la Orden del Temple con todos los honores y con el beneplácito de la Iglesia.

El concilio se celebró, como ya se ha indicado, en el mes de enero de 1129, y las actas se conocen por una copia de mediados del siglo XII basada en la redacción que realizó un notario llamado Juan Miguel, que asistió al concilio. Bajo la presidencia del enviado del papa Honorio II, el cardenal Mateo, obispo de Albano, estuvieron presentes al menos seis de los templarios fundadores: Hugo de Payns, Godofredo de Saint-Omer, Rolando, Godofredo Bissot, Payen de Montdidier y Archambaud de Saint-Amand. Junto a ellos asistieron los más importantes cargos eclesiásticos del reino de Francia; es decir, los arzobispos Enrique de Sens y Renaud de Reims, los obispos Gocelin de Soissons, de París, de Troyes, de Orléans, de Auxerre, de Meaux, de Châlons, de Laón y de Beauvais, y los abades de Vézéiay, de Cîteaux, de Pontigny, de Trois-Fontaines, de Saint-Denis de Reims, de Saint-Etienne de Dijon y de Molestes, los relevantes eclesiásticos Bernardo de Claraval, maese Aubri de Reims, maese Folco, el conde Teobaldo de Champaña, el conde de Nevers y el señor André de Baudemant, senescal de Champaña; y numerosos eclesiásticos de diversos rangos. Aunque aparece citado en las actas y se dice que sus palabras en el concilio fueron elogiadas profusamente, algún historiador ha dudado de la presencia de Bernardo de Claraval; la mayoría de autores que han escrito sobre el concilio la dan por segura, pero alguno ha aducido que estuvo ausente debido a

una enfermedad, tal vez una gripe.⁴⁷ A la vista de la relación de asistentes, es palmario que la fuerza de los templarios radicaba en el reino de Francia y en sus Estados feudales de Champaña, Borgoña y el Beauvaisis. Para entonces, los templarios habían trenzado una red de relaciones en media Europa y contaban con el beneplácito del papa, de la mayoría de los soberanos, de buena parte de la nobleza y de las principales dignidades eclesiásticas. ¿Cómo lo consiguieron en un tiempo tan breve?

No hay duda de que semejante poder de convocatoria y de convicción se debió a la confluencia de varios factores: la aureola de prestigio que rodeaba a unos caballeros que habían entregado su vida a Cristo desprendiéndose de todas sus ambiciones mundanas, el ideal de la Primera Cruzada, que se mantenía vivo todavía en Occidente, el sentido de cierta culpabilidad y de mala conciencia de algunos reyes por no haber acudido en persona a la llamada de Urbano II en 1095, la necesidad de mantener Jerusalén, aunque fuera como mero símbolo, en manos cristianas y el aval personal del papa y de Bernardo de Claraval. Con los templarios se hacía realidad la idea de la misión cristiana de la caballería: era posible compaginar un modo de vida laico, promiscuo y altanero con el sentimiento religioso y la defensa de los valores espirituales que defendía la Iglesia.⁴⁸

El Concilio de Troyes otorgó a la Orden del Temple una legitimación canónica, pero además hacía falta dotarla de una regla que no ofreciera la menor duda de que la actitud personal y vital de los caballeros de Cristo no era una mera declaración de intenciones sino un compromiso serio y permanente. Y para redactar la regla, nadie mejor que el más excelso de los hombres de la Iglesia de ese tiempo, el prestigioso y reconocido Bernardo de Claraval.

Bernardo había nacido hacia 1090 en el seno de una familia de la baja nobleza de Champaña. A la mayoría de los hijos segundones de este tipo de linajes, administradores de pequeños feudos sobre los que no tenían capacidad de división ni de reparto, no les quedaba otra salida que la milicia, es decir, ofrecerse como caballeros mercenarios a los grandes señores de la nobleza territorial, o «entrar en religión», ya fuera profesando en un convento, en una parroquia o, en los casos más notables, en una escuela catedralicia para hacer carrera hasta alcanzar un puesto en el capítulo de canónigos de una catedral.

Bernardo se hizo monje en 1112 y profesó como novicio en la Orden del Císter. Su capacidad dialéctica, su rectitud personal, sus maneras beatíficas y su habilidad retórica lo convirtieron enseguida en un referente para la Iglesia. Y su carrera, apoyado por los poderosos condes de Champaña, fue meteórica. En 1115 ya era abad del monasterio de Cîteaux, y ese mismo año fundaba en unos terrenos donados por el conde Hugo de Champaña, a unos sesenta kilómetros al este de Troves, el monasterio de Clairvaux, o de Claraval, destinado a convertirse en uno de los más importantes de la cristiandad. Su personalidad y su actividad eran arrolladoras, y no sólo fundaba monasterios y extendía el Císter por Europa, sino que mantenía una constante correspondencia con papas, reyes y obispos, a quienes asesoraba, escribía tratados de Teología, rezaba y batallaba contra los enemigos de la Iglesia.

Su fama creció a un ritmo vertiginoso y enseguida se corrió la voz de que era capaz de realizar los más asombrosos prodigios, que muchos calificaron de milagros. A ello se sumaba una aureola de santidad marcada por el sentido piadoso de cuanto hacía y por la austeridad que impregnaba todas sus acciones.⁴⁹

Su relación con el Temple fue muy temprana. Su gran protector, el conde Hugo, decidió ingresar en la Orden en 1125. Bernardo se sintió afectado, pues el valedor de sus fundaciones, el señor que le había donado tierras y hombres para llevar a cabo su plan de creación de monasterios, dejaba en manos de su sobrino el condado. Bernardo, ofuscado por esta decisión, se sintió algo molesto y le escribió una carta en la que, si

bien felicita a Hugo por su ingreso en el Temple, no deja de atisbarse cierto malestar al perder a su benefactor:

Si, por Dios, que de conde os habéis hecho simple soldado, y pobre, de rico que vos erais, yo os felicito de todo corazón, y rindo gloria a Dios, porque sé que este cambio se debe a la diestra del Altísimo.⁵⁰

Pero si Bernardo tuvo algún recelo sobre lo que le podría ocurrir con la partida de Hugo de Champaña a Tierra Santa, pronto se demostró que nada iba a cambiar. Teobaldo, sobrino de Hugo y su heredero al frente del condado, lo protegió más si cabe, y cuando en 1129 se le presentó la ocasión de ser el redactor de la regla de los templarios, Bernardo aceptó encantado.

Desde luego, los caballeros fundadores del Temple no eran unos desconocidos para el abad de Claraval. Tenían en común muchas cosas: eran miembros del mismo estamento social, compartían inquietudes y sentimientos, y además algunos de los témplos eran parientes próximos; Hugo de Payns era su primo y Andrés de Montbard era su tío. Esta relación de parentesco no era nada extraña, dadas las relaciones matrimoniales, tan endogámicas, que imperaban en este grupo aristocrático.

Bernardo, de firme carácter y sólidas convicciones, era frágil de cuerpo, y tal vez por ello no había podido dedicarse a la milicia, pero su gran perspicacia y su notable intuición le llevaron a comprender de inmediato que el proyecto de aquellos caballeros templarios era el de la plasmación concreta de un ideal que hasta entonces se había considerado un imposible. Tan convencido estaba de que en el Temple se fundían ideas aparentemente opuestas e irreconciliables hasta entonces que afirmó sin dudar que los templarios eran nada más y nada menos que el brazo armado del Salvador e invitó a todos los caballeros cristianos a unirse al Temple para, sin dejar de practicar su principal actividad y su modo de vida, la caballería, poder salvar sus almas.⁵¹ El templario era un caballero, pero su condición de soldado de Cristo lo alejaba del libertinaje y el laicismo que envolvía a la caballería seglar,⁵² porque a diferencia de ésta, que lo hacía por la fama, el honor y el reconocimiento público, los caballeros templarios luchaban con la mente pura y limpia, y no lo hacían en su propio beneficio sino en el de Dios, la Iglesia y los cristianos.

En el siglo x y en las primeras décadas del XI se había acuñado un axioma que, al menos entre numerosos intelectuales eclesiásticos que escribieron al respecto (como Gerardo de Cambray hacia 1024 o el obispo Adalberón de Laón hacia 1030), defendía y justificaba la división de la sociedad en tres órdenes estancos: unos, los clérigos, rezaban; otros, los caballeros, luchaban, y los terceros, los campesinos, trabajaban. Ese era el orden divino de las cosas de este mundo y no se podía romper de ninguna manera. Pero en cierto modo, la aparición de los templarios vino a quebrar el esquema de la sociedad, porque los roles estereotipados se venían abajo, pues los templarios rezaban y luchaban a la vez, e incluso, si eran castigados por alguna falta, podían llegar a trabajar con sus manos.

El reto que se le propuso a Bernardo de Claraval era considerable, y sólo él podía ser capaz de resolver tantas contradicciones como se presentaban a la hora de conjugar todos los presupuestos que concurrían en la Orden del Temple.

Con su habilidad habitual, Bernardo se dirigió a los prelados reunidos en el Concilio de Troyes para resaltar la importancia del Temple, su necesidad vital para la defensa de Tierra Santa y la imperiosa urgencia para dotarlo de una regla adecuada que le permitiera desempeñar correctamente sus funciones. La intervención de Bernardo fue un éxito completo y los padres conciliares ratificaron la creación de la Orden del Temple

con verdadero entusiasmo. Allí mismo se pidió a los nobles de Europa que colaborasen con la nueva orden y se aprobó que fuera el propio Bernardo quien redactara la regla por la que habría de regirse el nuevo instituto armado de la Iglesia.

En los primeros años de su existencia, los templarios se habían gobernado por la regla de San Agustín, la misma que profesaban los canónigos del Santo Sepulcro en Jerusalén, pero Bernardo quiso que tuvieran una regla nueva y específica. Como destacado miembro del Císter, Bernardo de Claraval utilizó la rígida regla cisterciense como base, al menos en lo que respecta a la vida monacal que debían seguir los caballeros templarios. Como monjes, los templarios deberían profesar los votos de pobreza, castidad y obediencia, y además, en su condición de soldados, la de defender Tierra Santa con su propia vida si fuera necesario. Para ello, el Temple se dotó de una autonomía extraordinaria: sólo obedecerían al papa y a su maestro.⁵³

Por supuesto, el Temple no fue la primera milicia religiosa de la Historia,⁵⁴ pero sí la primera institución cristiana que hizo compatible la dualidad entre la oración y la espada en un mismo individuo.

3.4. El triunfo del Temple

La Orden de los templarios salió del Concilio de Troyes convertida en la gran esperanza de la Iglesia. La euforia que se despertó en torno a ella a partir de entonces fue extraordinaria. Aunque ya habían recibido algunas donaciones en 1128, merced a la campaña de propaganda con las visitas previas a la celebración del concilio, a partir de 1129 la entrega de bienes y privilegios se multiplicó de una manera asombrosa y con una enorme rapidez. A partir de 1129 no hubo papa, monarca, noble o incluso gente del pueblo llano que no donara al Temple alguna propiedad, dinero o privilegios.

Los cartularios que se han conservado de diversas encomiendas templarias están llenos de listados de donaciones de propiedades, o de compra de propiedades inmuebles gracias a los donativos en dinero, que comenzaron a llegar de manera ingente. A la vez, nobles poderosos, siguiendo el ejemplo de Hugo de Champaña, se enrolaron como caballeros, bien de manera permanente o de modo temporal, como Ramón Berenguer III, conde de Barcelona, que se hizo templario al final de su vida y entregó a la Orden su caballo y sus armas.

Todavía se hace difícil, si no se tiene en cuenta la efervescencia espiritual y la excitación que vivía la cristiandad en la primera mitad del siglo XII, explicar el apabullante éxito del Temple tras el Concilio de Troyes.

Tal vez el ejemplo más contundente de la pasión que se despertó en torno a los templarios lo patentice Alfonso I el Batallador, soberano del reino de Aragón y del de Pamplona. Este monarca, criado entre soldados y dedicado íntegramente a la milicia durante toda su vida, heredó el reino a la muerte de su hermano Pedro I y lo amplió considerablemente ganando a los musulmanes miles de kilómetros cuadrados en el centro y el sur de la cuenca del Ebro. Para la defensa de la frontera sur estableció varias órdenes militares; en concreto, fundó una cofradía militar en la localidad de Belchite en el año 1122 y otra, a la que llamó la *Militia Christi*, en la recién fundada villa de Monreal del Campo en 1124.

Alfonso I albergaba además un sueño: pretendía conquistar todas las tierras de la península Ibérica para alcanzar las orillas del mar Mediterráneo y viajar desde allí hasta Jerusalén. La aparición del Temple fue para el rey de Aragón una verdadera revelación, pues era el tipo de organización, y tal vez de vida, que él siempre había estado buscan-

do.

El Temple se convirtió para el Batallador en una verdadera obsesión y en un modelo de comportamiento, y llegó a obsesionarse de tal modo que en 1131 dictó un testamento inaudito. Ante la falta de un heredero —Alfonso I se había casado con Urraca, la reina de Castilla, pero el matrimonio se había roto enseguida y sin hijos y su único hermano, Ramiro, era clérigo y por ello estaba inhabilitado para reinar—, el rey de Aragón instituyó como herederas al trono de Aragón a las tres órdenes constituidas hasta entonces en Tierra Santa, es decir, templarios, hospitalarios y del Santo Sepulcro.

El asombroso testamento reza así:

Para después de mi muerte, dejo como heredero y sucesor mío al Sepulcro del Señor que está en Jerusalén y a los que lo custodian y sirven allí a Dios, y al Hospital de los pobres de Jerusalén, y al Templo de Salomón con los caballeros que vigilan allí para defender la cristiandad. A estos tres les concedo mi reino. También el señorío que tengo en toda la tierra de mi reino y el principado y jurisdicción que tengo sobre todos los hombres de mi tierra, tanto clérigos como laicos, obispos, abades, canónigos, monjes, nobles, caballeros, burgueses, rústicos, mercaderes, hombres, mujeres, pequeños y grandes, ricos y pobres, judíos y sarracenos, con las mismas leyes y usos que mi padre, mi hermano y yo mismo tuvimos y debemos tener... Añado también para la milicia del Temple mi caballo con todas sus armas.³⁵

Obviamente este testamento era inviable, y aunque el rey Alfonso lo ratificó poco antes de su muerte en septiembre de 1134, los nobles aragoneses no hicieron el menor caso a la voluntad de su soberano y otorgaron la corona a su hermano Ramiro II el Monje, que pese a su condición de obispo electo fue proclamado rey de Aragón. Claro que a cambio de la renuncia a los posibles derechos por el testamento, los templarios, y las otras dos órdenes, recibieron abundantes donaciones que venían a sumarse a las ya generosas concedidas por Alfonso I entre 1131 y 1134.⁵⁶

Para entonces, y una vez logrado con creces el objetivo que lo llevó a Europa, Hugo de Payns ya había regresado a Jerusalén. Según las crónicas de su tiempo, lo hizo acompañado de trescientos caballeros y muchos más escuderos, peones y sirvientes. No está documentada la fecha del regreso del maestre del Temple a Tierra Santa, pero sí la del conde Fulco de Anjou, a quien Hugo de Payns había visitado en Le Mans en abril de 1128 en nombre del rey de Jerusalén Balduino II para ofrecerle la mano de su hija y en consecuencia la herencia y la sucesión en el reino. El de Anjou desembarcó en Acre en la primavera de 1129 y se casó con la princesa Melisenda el 2 de junio.⁵⁷ Es probable que fueran con él varios caballeros tEMPLANOS, procedentes de las nuevas incorporaciones logradas en Europa. Hugo de Payns estaba en Aviñón el 29 de enero de 1129, pues recibió allí la donación de una iglesia de parte del obispo de la ciudad.³⁸ Su itinerario parece indicar que, una vez finalizado el Concilio de Troves, viajó hacia el sur por el curso del Ródano, probablemente para embarcar en alguno de los puertos de Provenza, tal vez en Marsella, para regresar a Tierra Santa. Si fue así, y embarcó a principios de febrero, bien pudo estar con Fulco de Anjou a su llegada a Acre esa misma primavera.

Hacía ya nueve años que se habían fundado los templarios; durante los primeros apenas habían tenido relevancia y desde luego no habían participado en ninguna acción notable, ni siquiera en una escaramuza bélica. Hasta 1129 eran un pequeño grupo de idealistas fieles al espíritu de la cruzada a quienes el rey de Jerusalén había entregado un lugar para vivir. Pero al regreso de Europa eran ya la principal orden de la cristiandad, volvían envueltos en un halo de prestigio extraordinario, reconocidos por todos, autori-

zados por el papa y refrendados por el magisterio incuestionable de Bernardo de Clara-
val, y ciertamente con bastantes riquezas. La transformación de su estatus había sido
sustancial.

A mediados de 1129, gracias al dinero recaudado en Europa y a los nuevos caballe-
ros enrolados en el Temple, ya estaban en condiciones de cumplir la misión militar fun-
dacional. Y lo hicieron. A fines del verano de 1129 el rey Balduino II, reforzado por la
llegada de su ya yerno Fulco de Anjou y del contingente de los nuevos templarios, deci-
dió atacar la importante ciudad musulmana de Damasco, que constituía la principal
amenaza para los territorios cruzados. El ataque, que se saldó con un fracaso rotundo,
constituyó la primera prueba de fuego para la caballería templaria. Habían pasado nueve
años desde su fundación cuando los soldados de Cristo participaron en su primera mi-
sión de combate, y se saldó con una derrota.

En 1130, o poco después, Bernardo de Claraval redactó la obra más importante ja-
más escrita en defensa del Temple. La llamó *Liber ad milites Templi de laude novae
militiae*, es decir, *Elogio de la nueva caballería templaria*. En el prólogo, el abad de
Claraval alude a las tres ocasiones en las que Hugo de Payns le ha pedido que escribiera
este «sermón exhortatorio» para levantar los ánimos de los templarios.⁵⁹

Bernardo deja claro, y lo defiende con entusiasmo, que la misión de los templarios
es «exterminar ahora a los hijos de la infidelidad», a los musulmanes, claro. Defiende
con argumentos retóricos el derecho de los cristianos a usar armas para defender la cau-
sa de la cristiandad, el derecho a la propiedad de Tierra Santa por la sangre derramada
por Cristo —habla incluso de que Cristo se mostrará alegre por la venganza—, y hace
de los templarios el brazo ejecutor de este plan.

Presenta a los caballeros de Cristo participando en un doble combate: el que se libra
contra los hombres —los musulmanes- y el que se traba contra las fuerzas espirituales
del mal. De ahí la justificación de la lucha armada en armonía con la pelea intelectual.
Si «la muerte del pagano es una gloria para el cristiano», la muerte del caballero que
sirve a Cristo es un premio.

Bernardo no desaprovecha la ocasión para dejar claro cuál ha de ser el modo de vi-
da de estos monjes-soldados: guardar una férrea disciplina, vestir y comer con lo que les
den de limosna, vivir en común, no poseer nada propio, no permanecer nunca ociosos,
no decir palabras insolentes, permanecer todo el tiempo posible en silencio, aborrecer
los juegos de azar y la caza, y desechar a los magos, a los adivinadores, a los juglares y
los espectáculos burlescos.

El anhelo del buen templario ha de ser la victoria, que no la gloria, lo que resume
Bernardo en una metáfora:

[Los caballeros templarios] son a la vez más mansos que los corderos y
más feroces que los leones. Tanto que yo no sé cómo habría que llamarlos, si
monjes o soldados. Creo que para hablar con propiedad, sería mejor decir que
son las dos cosas, porque saben compaginar la mansedumbre del monje con la
intrepidez del soldado.

Tras estas consideraciones, pasa a describir los Santos Lugares, cuya protección
queda en manos de la milicia de Cristo: el Templo, Belén, Nazaret, el monte de los Oli-
vos, el valle de Josafat, el río Jordán, el monte Calvario, el Santo Sepulcro, la aldea de
Betfagé y Betania. Para acabar cita el salmo 113b, versículos 10-11, que se convertirá
en el lema de la Orden del Temple: «No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu
nombre da la gloria».

El *Elogio* de Bernardo de Claraval supuso un aval extraordinario para el Temple, tal

vez necesitado de él a causa de algunos ataques, porque no todo fueron alabanzas. Isaac de la Estrella, aventajado alumno del gran Abelardo, el excelso maestro de la Universidad de París, y de Gilberto de la Porree, atacaría duramente en 1140 este texto de Bernardo, convirtiendo a la «nueva caballería» en «un nuevo monstruo», procurando restar legitimidad a los combates de los templarios, aludiendo a que el mensaje de Jesucristo estaba cargado de paz y no de guerra.⁶⁰

Confortados por el éxito, las donaciones y el contingente de nuevos caballeros que ingresó en la Orden, los templarios participaron en varios combates entre 1129 y 1136.

Hugo de Payns murió en 1136, tal vez el 24 de mayo. El primer maestre de la orden templaria había logrado dar con la fórmula del gran ideal que en aquel tiempo preciso y en Tierra Santa necesitaba la cristiandad, vio cumplido su sueño y logró que su éxito y su obra se prolongaran a lo largo de casi dos siglos.

Capítulo 4 Consolidación y crisis del Temple (1137-1187)

4.1. El tiempo de las grandes donaciones

A la muerte de Hugo de Payns en 1136, y ya con la regla en plena vigencia, fue elegido segundo maestre el caballero Roberto de Craon. Este personaje, originario de la región del Maine, puede ser uno de los fundadores, tal vez el mismo que en 1125 es mencionado como Roberto, sin más, aunque hay quien considera que viajó a Palestina en 1126 tras haber prestado servicio en el círculo del duque Guillermo IX de Aquitania.⁶¹ Roberto de Craon, que era senescal a la muerte de Hugo de Payns, aprovechó los buenos vientos que corrían a favor del Temple y logró su consolidación definitiva; la mayoría de los historiadores le reconocen una gran capacidad organizativa y notables conocimientos jurídicos.

Todo iba bien: las donaciones fluían sin cesar desde todas partes, las encomiendas que se fundaran a partir de 1129 en Europa florecían y crecían en propiedades, la red de encomiendas se extendía por toda la cristiandad, reyes y nobles favorecían ese crecimiento y el papado estaba dispuesto a hacer de la milicia templaria el brazo armado del que durante tanto tiempo había carecido.

El dinero de las donaciones y de las encomiendas en Europa se canalizó de manera constante hacia Tierra Santa, y los templarios pudieron edificar su poderosa red de fortalezas para la defensa del reino de Jerusalén y de las rutas que seguían los peregrinos. Gracias a ese flujo pudieron ser construidas las primeras fortalezas en Cisterna Rúbea (entre Jerusalén y Jencó), Bait Jubr at-Tahtani (junto al río Jordán) y la imponente Barghas (en el paso sirio).

El 29 de marzo de 1139 se produjo un hecho muy destacable. El papa Inocencio II promulgó la bula *Omne datum optimum*. En realidad, esta bula papal era un conjunto de privilegios que beneficiaban al Temple con una sene de ventajas y derechos que hasta entonces ninguna otra orden religiosa había conseguido. El sumo pontífice de la Iglesia otorgaba a los templarios el privilegio de no pagar diezmos a los obispos, es decir, conseguía la tan ansiada exención eclesiástica, les permitía asimismo disponer de sus propios cementerios y poder enterrar en ellos a sus muertos,⁶² la facultad de construir iglesias propias y la de recaudar impuestos sin necesidad de dar cuenta de ellos a nadie, salvo al papa. De tacto, semejantes atribuciones y concesiones significaba reconocer que los obispos perdían en sus diócesis todo posible control o prerrogativa sobre los conventos templarios, tanto en lo material como en lo espiritual.

Los caballeros templarios lograban una autonomía prácticamente absoluta, pues además conseguían un clero propio, el reconocimiento de dos tipos al menos de hermanos, los caballeros y los sirvientes, y una dependencia directa del papa.⁶³ En cierto modo, esta bula no hacía sino ratificar lo contenido en la regla que redactara, aunque algunos opinan que no fue él quien lo hizo, Bernardo de Claraval, que en 1139 seguía siendo el principal valedor de la Orden en Europa.

La estructura de la Orden, simple en sus orígenes debido al escaso número de caballeros, empezaba a hacerse cada vez más compleja. En los primeros años bastó con un maestre para el Capítulo de caballeros, pues al ser tan pocos y residir todos en Jerusalén

podían participar en los capítulos todos ellos. Pero veinte años después de su fundación, el Temple tenía casas y conventos por muchos reinos de Europa y ambicionaba expandirse por el reino de Jerusalén y por los Estados cruzados; y por ende, la autonomía conseguida en 1139 les confería una enorme capacidad de maniobra.

Las reformas y la adecuación a los nuevos tiempos debía hacerlas sin olvidar la misión fundacional. Y entre tanto, había que continuar asimilando la catarata de donaciones que seguían llegando. Véanse las principales adquisiciones:

La ayuda prestada a Ramón Berenguer IV en la conquista de Lérida en 1147 —el príncipe de Aragón solicitó la ayuda de diez caballeros templarios como fuerza militar contra los musulmanes de al-Andalus,⁶⁴ en la continuación de la Reconquista aragonesa y catalana tras la unión dinástica del reino de Aragón y del condado de Barcelona—, les proporcionó a partir de 1149 la concesión de los feudos de Chivert, Oropesa, Aseó, Ribarroja y la zuda de Tortosa, es decir, el control de la salida al mar por el río Ebro, además de numerosas propiedades en las villas y ciudades de Barbastro, Huesca, Zaragoza, Daroca, Calatayud y Jaca y los castillos de Monzón, Chalamera, Mongay, Barbera, Remolinos y Corbins, aún por conquistar algunos de ellos, la encomienda de Belchite, varios privilegios, el diezmo de todas las rentas y censos, mil sueldos anuales en Zaragoza y un quinto del botín de las cabalgadas. En 1148 se crearon las encomiendas de Zaragoza y Huesca, y en los años siguientes el Temple se extendió por Ambel, Alberite, Cabanas, Tarazona, Borja, Velilla, Gallur, Pradilla, Sobradriel, Ejea, Uncastillo, Luna, Miravete, Boquiñeni, Encinacorba, Alfocea, Alagón, Pedrola, Alfajarín, Pina y La Zaida. La renuncia de los derechos al reino de Aragón en el testamento de Alfonso I le había salido carísima a sus sucesores y había procurado muchas posesiones a los templarios.

En el reino de Navarra, segregado de Aragón en 1134, recibieron la importante encomienda de Novillas y otras donaciones, como Razazol.

En 1137, el mismo año de su boda con el rey Luis VII de Francia, la duquesa Leonor de Aquitania les donó el puerto de La Rochelle, que se convertiría en la principal base de operaciones de la marina templaria en el Atlántico. En 1147, a punto de partir para la cruzada, Luis VII confiaba la custodia del tesoro de Francia a los caballeros templarios, que al año siguiente inauguraban su casa de la encomienda de París con la presencia del papa Eugenio III en un solemne acto al que asistieron ciento treinta caballeros.

En Inglaterra y Escocia, visitadas por el maestre Hugo de Payns, el éxito fue notable; muy pronto recibieron donaciones en Londres y en las regiones de Lincolnshire y Yorkshire.

Con tantas donaciones, los templarios se sintieron enormemente poderosos. Tanto que, en su peculiar pugna por la autonomía plena, siguieron logrando más y más triunfos frente a los obispos, que contemplaban resignados cómo el Temple quedaba al margen por completo de sus competencias en sus respectivas diócesis.

Una nueva bula, la *Milites Templi*, publicada el 9 de enero de 1144 por el papa Celestino II, dejaba definitivamente zanjada la ya absoluta autonomía del Temple. Los poderes de los obispos quedaban recortados por completo y hasta el control de las limosnas propias se reservaban los templarios.

Y si todavía quedaba alguna duda, una tercera bula, la *Militia Dei*, emitida por Eugenio III el 7 de abril de 1145, recién llegado al pontificado, consagraba el derecho del Temple a erigir oratorios y cementerios y ordenaba taxativamente a los obispos que no opusieran a ello ningún impedimento.⁶⁵

4.2. La Segunda Cruzada (1147-1149)

El 24 de diciembre de 1144 Zangi Imad ad-Din, *atabeg* (señor) musulmán de la poderosa ciudad de Alepo, conquistó Edesa, una de las ciudades ocupadas en la Primera Cruzada por los cristianos y capital de uno de los cuatro primeros Estados latinos. La matanza que siguió a la conquista fue terrible.⁶⁶

La noticia llegó a Europa enseguida y causó una tremenda conmoción; en Edesa se había encontrado la Sábana Santa, una de las grandes reliquias de la cristiandad. Hasta entonces, y a pesar de alguna sonora derrota (como la fracasada expedición de Balduino II a Damasco en 1129), los cruzados habían mantenido sus posiciones en Tierra Santa e incluso habían incorporado algunas posesiones a las logradas en los primeros momentos, pero la pérdida de Edesa era el primer gran retroceso.

En Europa sonó con fuerza la voz de alarma y tomó cartas en el asunto quien seguía siendo el intelectual más influyente de la Iglesia, ya rodeado de un halo de santidad: Bernardo de Claraval. El abad del Císter tenía unos cincuenta y seis años, pero conservaba toda la fuerza y el prestigio del vital fundador de monasterios y del brillante teólogo. El 31 de marzo de 1146, en la santa iglesia de la Magdalena de Vézelay, Bernardo de Claraval, en presencia del rey Luis VII y de su esposa Leonor de Aquitania, convocó la Segunda Cruzada ante la multitud allí reunida.

La retórica de Bernardo causó un efecto inmediato en el rey de Francia, que decidió acudir en persona a la defensa de Tierra Santa. El ejemplo del soberano cundió y Conrado III, el emperador de Alemania, también se sumó al viaje.

Los cruzados partieron rumbo a Oriente en 1147, el mismo año en el que, en presencia de ciento treinta templarios, el papa Eugenio III inauguraba la casa del Temple en París, y durante casi dos años combatieron contra los musulmanes sin lograr ningún éxito notable. En esa fecha hacía ya dieciocho años que los templarios luchaban en los campos de batalla contra los musulmanes, desde su bautismo de fuego en Damasco en 1129. Pero las desavenencias no tardaron en estallar entre los cruzados; así, mientras Conrado III odiaba a los templarios, Luis VII comprendió enseguida el gran valor, la disciplina y el conocimiento del medio de los caballeros y les pidió que dirigieran e instruyeran a su ejército. Un templario llamado Gilberto fue el encargado por el mismo rey de la instrucción de los soldados franceses desplazados a la Segunda Cruzada. A pesar del fiasco con el que acabó esta empresa, los templarios destacaron en el combate, especialmente bajo la dirección de su tercer maestro, Everardo de Barres (un caballero natural de la ciudad francesa de Meaux que ocupaba el puesto de preceptor de la provincia templaria de Francia), que fue elegido para el cargo poco después de que, el 13 de enero de 1147, falleciera Roberto de Craon.

Everardo dirigió la milicia templaria durante cuatro años y fue muy reputado por su gran valor en el combate y por sus profundas creencias religiosas. Probablemente fue quien confirió a los templarios una verdadera organización militar y una disciplina de acción en la batalla. Tras tomar posesión de su cargo, se desplazó a Europa en busca de fondos y de caballeros para cubrir las cada vez mayores necesidades de la Orden.

Sin embargo, de nada sirvieron tantos esfuerzos. Luis VII fue perdiendo el interés y el entusiasmo iniciales por la cruzada, debido en parte al fracaso militar y político y en buena medida también porque circulaban rumores de que su bella esposa, la formidable Leonor de Aquitania, lo estaba engañando con su propio tío, el altivo Raimundo de Antioquía, sólo unos años mayor que su sobrina. Atribulado, confuso y celoso —estaba muy enamorado de su esposa—, decidió acabar con la expedición y regresar a Francia sin haber logrado ningún resultado.

El fracaso de la Segunda Cruzada fue un golpe demasiado duro, sobre todo para

Bernardo de Claraval, que se había comprometido personalmente con esta empresa y que había sido el principal propagandista de la misma. El argumento empleado una y otra vez por los papas desde Urbano II y por los intelectuales de la Iglesia para defender la necesidad de acudir a la cruzada era que Dios estaba con los cristianos y que todos debían de cumplir con la misión de recuperar Tierra Santa para la cristiandad. Hasta 1149 las cosas no habían ido mal: casi toda Tierra Santa estaba en manos cristianas, en Jerusalén se alzaba la cruz por encima de sus murallas y el sepulcro del Señor podía ser visitado por los peregrinos sin ser humillados por los musulmanes. Pero la retirada de los reyes cruzados en 1149 cambió la percepción de las cosas.

Dios no podía ser el culpable de la situación, por supuesto, de manera que sólo había una manera racional de justificar lo ocurrido: la Segunda Cruzada se había malogrado porque los cruzados habían pecado y Dios había castigado esos pecados con el descalabro sufrido en la guerra contra los musulmanes.⁶⁷ Bernardo de Claraval se mostró descorazonado, pero enseguida se sobrepuso al revés y, en 1150, durante una visita a la ciudad de Chartres, manifestó su deseo de predicar una nueva cruzada, ponerse personalmente al frente y dirigirla él mismo.⁶⁸ No pudo ser; Bernardo, al que muy pronto la Iglesia proclamaría santo, murió antes de poder convocarla.

4.3. Tiempos de guerra

El fiasco de la Segunda Cruzada no desalentó a los templarios. A mediados del siglo xn estaban bien asentados en Tierra Santa, donde disponían de varios castillos, encomiendas y posesiones diversas en Jerusalén y otras ciudades, en tanto en Europa el número de sus casas y conventos y sus cada vez más abundantes dominios los estaban convirtiendo en la institución más rica de la cristiandad. Hacia 1150 el número de caballeros templarios en Jerusalén debía de superar los trescientos, además de unos mil sargentos, a los que habría que añadir los turcopoles, jinetes mercenarios contratados en Tierra Santa, y demás sirvientes y auxiliares. Quizá fuera ya la fuerza de combate más homogénea y sólida de cuantas guerreaban en ese territorio.

Ahora bien, el aluvión de incorporaciones que se produjo a partir de 1130 y la diversidad de su procedencia causaron ciertos problemas en la Orden. La mayoría de los templarios, sobre todo en el nivel de los caballeros, debió de profesar por convicción, pero otros lo hicieron por motivos bien diversos. Algunos entraron en el Temple para escapar de las sanciones que les imponían los tribunales, como por ejemplo el mismísimo conde Raimundo de Toulouse, a quien la curia romana impuso como penitencia que estuviera al servicio del Temple, o del Hospital en su defecto, so pena de perder todos sus bienes; o a los asesinos de Tomás Becket, a quienes se les condenó a servir durante catorce años en el Temple. No faltaron quienes entraran en la Orden a causa de un engaño amoroso; ya lo hizo el conde Hugo de Champaña en 1125, al descubrir que su esposa había engendrado un hijo de otro hombre. A mediados del siglo XII corrían por Europa baladas y poemas en los que los juglares sugerían a los enamorados no correspondidos que se enrolaran en las filas del Temple para olvidar a su amada; eran los tiempos dorados del amor cortés, en los que el culto a la dama era casi reverencial.

Entrar en la Orden por estas vías entrañaba lógicamente el peligro de la deserción, que ya intentó atajar Inocencio II hacia 1142 pero que no se plasmó en una bula hasta la promulgación por el papa Eugenio III de la *Militum Templo profesio*, publicada en 1150.⁷⁰

Pese a las deserciones y a otros problemas, ser templario se había convertido en un

timbre de gloria y los caballeros de la Orden se mostraban cada vez más altaneros y orgullosos de su pertenencia a la milicia de Cristo. Su autonomía casi absoluta, su creciente e imparable poder, su riqueza, las convicciones morales que se refrendaban en su regla, el origen nobiliario de todos sus caballeros y la convicción de que eran los soldados elegidos por Dios para cumplir su plan en la tierra los convirtieron en individuos altivos y soberbios.

Un acontecimiento bélico vino a demostrar estos asertos. En plena guerra generalizada en Tierra Santa, los cristianos estaban asediando en julio de 1153 la ciudad de Ascalón, en la costa mediterránea de Palestina, unos pocos kilómetros al norte de Gaza. Los sitiadores consiguieron abrir una amplia brecha en las murallas mediante la aplicación de fuego. Un grupo de cuarenta templarios, que peleaban en la vanguardia, se lanzaron al interior de la ciudad por el boquete del muro, mientras algunos de sus compañeros impedían a otros soldados cristianos penetrar en el interior. Estaban tan seguros de su fuerza, o tan henchidos de soberbia y vanidad, que aquellos cuarenta se creyeron capaces de conquistar ellos solos toda la ciudad de Ascalón. El resultado de aquella locura fue el esperable: los cuarenta templarios fueron atrapados por la guarnición musulmana y liquidados allí mismo. Sus cuerpos colgaron de los muros, los defensores pudieron cerrar la brecha y la conquista de la ciudad se retrasó por algún tiempo.⁷¹

La orden de que no se dejara entrar a nadie en Ascalón a fin de que fueran los cuarenta caballeros del Temple quienes recogieran semejante honor en exclusiva partió del maestre Bernardo de Trémelay. El tercer maestre, Everardo de Barres, había renunciado a su cargo en el mes de mayo de 1151, sin que se sepan las razones, para acabar sus días como monje cisterciense en la abadía de Claraval. Como sucesor había sido elegido Bernardo de Trémelay, cuarto maestre, natural de Borgoña y comendador de Dôle, en la región del Franco Condado, y como senescal Andrés de Montbard, uno de los nueve fundadores. En el sitio de Ascalón era Bernardo quien dirigía las operaciones y fue uno de los cuarenta que cayeron muertos el 16 de agosto. El rey Balduino III decidió continuar con el asedio y logró la conquista de Ascalón. Los cuerpos de los cuarenta templarios fueron enterrados, pero sin cabeza; los musulmanes sitiados habían tenido tiempo de enviarlas como trofeo a Egipto.⁷² Algunos autores han puesto en duda la veracidad de este episodio⁷³ porque quien lo cuenta, con su habitual animadversión hacia los templarios, es el cronista Guillermo de Tiro. Fuera o no así, el borgoñón Andrés de Montbard, uno de los nueve pioneros y tío de Bernardo de Claraval, y por tanto de edad algo avanzada, fue elegido quinto maestre del Temple.

Tierra Santa se encontraba en una permanente situación de guerra, y los témplos eran la principal fuerza con la que contaban los cristianos. Ante semejante panorama, todo caballero con capacidad para empuñar un arma era bienvenido. El peso específico de la Orden y toda su organización radicaba en los hermanos profesos permanentes, sin los cuales se ha estimado que no hubiera existido el Temple, al menos tal cual se configuró,⁷⁴ pero también fueron admitidos caballeros que se comprometían a un servicio temporal, algo que no era nuevo, pues recordemos que hacía ya varios años que el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV y veintiséis de sus nobles vasallos se habían comprometido a servir a la Orden y a reforzar sus filas mediante el ejemplo y por el tiempo de un año.⁷⁵

Estos acontecimientos de mediados del siglo XII provocaron notables cambios en la forma de actuar de los templarios. Formados para la lucha, combatían en las ocasiones que requerían hacerlo, pero el contacto constante con los musulmanes hizo que a veces tuvieran que llegar con ellos a pactos y a acuerdos, en una especie de dualidad de acciones a veces no bien comprendida por otros cristianos.

Un episodio narrado por un musulmán refleja esa situación de acercamiento entre

los templarios y algunos musulmanes. Ocurrió en una fecha incierta a mediados del siglo XII y parece deducirse del mismo que llegó a existir cierta contraternización entre los templarios y algunos musulmanes:

He aquí un rasgo de la grosería de los francos —¡Dios los confunda!—. Cuando iba de visita a Jerusalén, tenía la costumbre de entrar en la mezquita de al-Aqsa. En uno de sus lados hay un pequeño oratorio en donde los francos habían instalado una iglesia. Así pues, cuando entraba en la mezquita de al-Aqsa, lugar de residencia de mis amigos templarios, ellos ponían a mi disposición ese pequeño oratorio. Un día, al entrar, pronuncié la fórmula *Allah Akbar* y me dispoma a comenzar la plegaria cuando un franco se precipitó sobre mí, me agarró y me volvió la cara hacia oriente, diciendo: «¡Así se reza!». Enseguida intervinieron los templarios y lo alejaron de mí, y yo me dispuse a continuar con mi plegaria. Pero el hombre, aprovechando un momento de distracción, se abalanzó otra vez sobre mí, y me volvió la cara hacia oriente, repitiendo: «¡Así se reza!». Nuevamente intervinieron los templarios, lo alejaron y se excusaron ante mí, diciendo: «Es un extranjero. Acaba de llegar del país de los francos y nunca ha visto a nadie rezar sin volverse hacia oriente». «¡Ya he rezado bastante!», respondí, y entonces me fui, estupefacto por causa de aquel demonio que tanto se había irritado y trastornado al verme rezar en dirección a la *qibla*.⁷⁶

Y es que, en efecto, la actitud dual de los templarios, unida a su doble condición de monjes y soldados, provocó una doble visión sobre ellos; el obispo de Acre, Jacques de Vitry, llegó a describirlos en esa doble faceta de la siguiente manera:

[Los templarios son] leones en la guerra y corderos en el hogar; rudos caballeros en el campo de batalla, monjes piadosos en capilla; temibles para los enemigos de Cristo, pura suavidad con sus amigos.

En los primeros años de la segunda mitad del siglo xn los ténplanos se habían convertido definitivamente en el brazo armado de la Iglesia, el verdadero ejército del papado,⁷⁷ y a pesar de episodios como el de Ascalón y de la animadversión de algunos clérigos, nobles y soberanos, su prestigio en la cristiandad se mantenía intacto, tanto que en 1160 su mediación fue requerida para solventar problemas diplomáticos entre los reyes de Francia y de Inglaterra.

Ajenos a otra cosa que no fuera cumplir la misión que se habían propuesto en Tierra Santa, seguían consiguiendo más y más donaciones en los reinos cristianos de Occidente y peleando contra los musulmanes; en 1163 lograron una gran victoria sobre Nur ad-Din, *atabeg* de Alepo y gran señor del Islam, en la batalla de La Bocquée. Estaban ya tan curtidos en la lucha y tan identificados con Tierra Santa que era imposible entender el conflicto entre musulmanes y cristianos sin la presencia templaria.

Claro que no faltaron personajes sin escrúpulos, ávidos de poder y de riquezas a costa de lo que fuera, que llegaron a acuerdos con los templarios pese a ser considerados personas poco recomendables. Uno de ellos se llamaba Reinaldo de Chatillon, caballero de fortuna carente de tierras que buscó la alianza con el Temple para su exclusivo beneficio y que llegó a convertirse en príncipe de Antioquía al casarse con Constanza. Encumbrado por su matrimonio con la heredera de Antioquía, el poder no hizo sino acentuar su locura y comenzó a actuar como un loco soberbio. En 1156 invadió la isla de Chipre, causando una gran matanza entre sus habitantes, violando a mujeres y destru-

yendo aldeas y ciudades.

El nuevo maestre del Temple, Bertrán de Blanquefort, elegido en 1156 a la muerte de Montbard, no sólo no denunció los abusos de Chatillon, sino que pactó con él y consiguió para el Temple el dominio de los pasos de Siria, y con ellos el control de las rutas y de los peajes correspondientes, por lo que no reprobó las acciones criminales de su aliado. La alianza con Chatillon fue un desastre para el Temple, que en 1158 perdió trescientos caballeros en una batalla entre la localidad de Bani-yas y el río Jordán; los ochenta supervivientes, entre ellos el maestre Blanquefort, fueron conducidos a Damasco y paseados encadenados por las calles para burla y mofa de la multitud.

Pero en 1159 Chatillon fue capturado por los musulmanes en una escaramuza; fue encerrado en Damasco, donde pasó preso dieciséis años de su vida. Cuando fue liberado volvió a causar numerosos problemas.

El reino de Jerusalén comenzó a atravesar contratiempos y su joven rey Amalrico I optó por lanzar un ataque a los musulmanes de Egipto. El gobierno de este país había sido ocupado por los mamelucos, una casta de guerreros que habían sido comprados a sus padres siendo muy jóvenes por diversas regiones, sobre todo del Cáucaso y del norte de Irán, y entrenados para convertirlos en temibles soldados. Amalrico atacó Egipto en 1163, y de nuevo en 1167, pero el 18 de marzo fue derrotado a orillas del Nilo por el sultán Nur ad-Din,⁷⁸ en cuyas filas combatía un soldado que años después se convertiría en leyenda viva para el Islam: Saladino. Amalrico se ofendió tanto por la actitud de los templarios que llegó a pedir al papa la disolución de la Orden.

Nur ad-Din volvió a derrotar a los cruzados en 1165 en la batalla de Harenc, donde murieron sesenta templarios; el maestre Roquefort, que tras haber sido liberado de su cautiverio los dirigía, pudo escapar. Moriría en enero de 1169.

Le sucedió Felipe de Milly o de Nablús, el primero de los maestros nacido en Tierra Santa, quien dimitió en abril de 1171 sin que se conozcan los motivos.

Entretanto, en Egipto se estaba fraguando algo que cambiaría el curso de los acontecimientos. Un ejército bizantino fue derrotado por Kiliy Asían II en Miriokéfalon. Un siglo después de la batalla de Manzikert, Bizancio quiso recuperar la iniciativa bélica; no lo logró, y ya no lo intentaría jamás.

La renuncia efectiva del Imperio bizantino a participar activamente en la cruzada animó a los musulmanes de Egipto a lanzarse a una nueva aventura. Saladino, un kurdo de valor extraordinario y de gran prestigio entre sus tropas que había servido a las órdenes del sultán, se hizo con el poder en Egipto y decidió atacar Palestina.

A comienzos del otoño de 1177 el ejército mameluco de Saladino puso rumbo a Tierra Santa. En el mes de noviembre pasó cerca de Gaza, donde los templarios estaban atrincherados por orden de su maestre, Eudes de Saint-Amand. El rey Balduino IV, un joven que acababa de tomar posesión del trono de Jerusalén, se preparó para la defensa y pidió ayuda al Temple. Balduino IV era valeroso y noble, pero estaba afectado por una enfermedad terrible que ya había causado una profunda mella en su joven cuerpo: la lepra. El rey leproso se enfrentó a Saladino en la batalla de Montgisard, en unas quebradas al pie del cerro que coronaba este castillo. Balduino IV venció y Saladino pudo escapar de milagro.⁷⁹

Aquella victoria animó a los cristianos, pero tal vez subestimaron la capacidad y la tenacidad de Saladino, que salió ileso de varios atentados urdidos contra él por los «Asesinos». En 1179 venció a los cristianos en el vado de Jacob, capturó el castillo de Beaufort y apresó a ochenta caballeros, casi todos templarios, incluido al maestre Eudes de Saint-Amand. Una disposición que se cumplía a rajatabla impedía a los templarios pagar rescate alguno para recuperar a un hermano apresado en combate por los musulmanes. Saladino lo sabía y ejecutó a los caballeros y a los escuderos y sirvientes Ni si-

quiera el maestre podía ser canjeado por dinero o por otro cautivo; el orgullo templario era ya tal que Eudes de Saint-Amand, ante la propuesta de canjearlo por un sobrino de Saladino, llegó a decir ante el sultán que no había ningún hombre en el islam que pudiera comparársele. El maestre quedó en prisión hasta su muerte el 19 de octubre de 1179.

Tras dos años de guerra ininterrumpida, Damasco y Jerusalén pactaron una tregua en la que se contemplaba el libre tránsito de hombres y mercancías. A fines de 1179 acababa de ser liberado de su prisión en Damasco el alocado Reinaldo de Chatillon, quien, sirviéndose de sus habituales argucias, se había casado con una joven viuda que le aportó el señorío de dos importantes fortalezas al este de Jerusalén, los castillos de Kayak y Shawrak. Los años de prisión en Damasco no sólo no habían apaciguado el carácter belicoso de Chatillon, sino que lo habían acentuado. Y Reinaldo no estaba dispuesto a respetar la tregua si había con ello algo que ganar. Sin encomendarse a nadie, atacó cerca del curso del río Jordán a una caravana de mercaderes que se dirigía desde La Meca a Damasco. Chatillon, a cambio de varias donaciones, consiguió aliarse de nuevo con el Temple. Saladino se mostró furioso y prometió solemnemente que mataría a Reinaldo por sus crímenes.

El belicoso Chatillon seguía contando con el apoyo de los templarios, que habían permanecido sin maestre entre octubre de 1179 y principios de 1181. El Capítulo General eligió nuevo maestre a Arnau de Torroja, que había ocupado la jefatura del Temple en Provenza y en la Corona de Aragón. Cuando viajó a Tierra Santa mantuvo el apoyo de la Orden a Chatillon, que no estaba dispuesto a dejarse amedrentar. En el otoño de 1182 organizó una expedición militar para atacar la ciudad santa de La Meca. En el mar Rojo se encontró con un barco cargado con devotos musulmanes que iban en peregrinación al santuario de la Kaaba y lo hundió con los peregrinos a bordo.

Entretanto, la figura de Saladino crecía en fama y prestigio en todo el islam; en junio de 1183 entró triunfante en Alepo; para entonces ya era conocido como Yusuf ibn Ayyub al-Malik al-Mansur Salah ad-Din («Rey Victorioso, Fortaleza de la Fe»).

Las órdenes militares se estaban haciendo demasiado poderosas y los padres de la Iglesia, reunidos en Roma en el III Concilio de Letrán en marzo de 1179, plantearon recortar su poder, pero el papa no quiso que esta propuesta prosperase y quedó suprimida de las resoluciones del concilio.

4.4. La pérdida de Jerusalén

A finales de marzo de 1184, el maestre del Temple Arnau de Torroja viajó a Europa acompañado por el patriarca Heraclio y por el maestre de los hospitalarios; eran conscientes de que ellos solos no podían detener por mucho tiempo a Saladino y pedían que fuese convocada una nueva cruzada. Trataron de conseguir refuerzos de Europa y llegaron a exigir al rey Enrique II de Inglaterra que les ayudara con doscientos caballeros como modo de contrarrestar su intervención en el asesinato de Tomás Becket, el arzobispo de Canterbury, cometido por personas cercanas al soberano inglés, pero Torroja murió en la ciudad de Verona mientras trataba de recabar esa ayuda.

En marzo de 1185, a los veinticuatro años de edad, murió Balduino IV de Jerusalén, el rey leproso. Su valor había sido extraordinario y sus victorias sobre los musulmanes se debieron sin duda a su arrojo y a su capacidad para sobreponerse a toda adversidad. Pero la lepra pudo con él. Le sucedió Balduino V, de efímero reinado, quien tras su muerte un año más tarde dejó el reino en una situación muy inestable. Así, mientras en Jerusalén era coronado como nuevo monarca Guido de Lusignan, con el apoyo de los

templarios, una asamblea de nobles del reino reunida en la ciudad de Nablús pidió al pueblo de la Ciudad Santa que derrocaria a Guido y propuso al noble Hunfredo, esposo de la princesa Isabel, como candidato al trono. Heraclio, el patriarca de Jerusalén, no les hizo caso y en agosto de 1186 coronó a Sibila, que de inmediato se quitó la corona para colocarla con sus propias manos en la cabeza de su esposo Guido de Lusignan.

Por si hubiera pocos problemas, Reinaldo de Chatillon, convertido en un verdadero pirata, volvió a atacar una caravana en septiembre. Guido, que no tenía el trono asegurado, no se atrevió a recriminar la acción de su vasallo, y Saladino, agotada ya su paciencia, dio por concluida la tregua y en 1186 regresó a Siria.

Los templarios, que seguían aliados con Chatillon, presionaron al rey para que actuara. A comienzos de 1187 estaba al frente del Temple el maestre Gerardo de Ridefort, hombre irreflexivo, impetuoso y pendenciero, considerado unánimemente como el peor, con diferencia además, de todos los maestros de la Orden. Su ingreso como caballero templario se había producido a causa de un despecho amoroso; no había podido casarse con Lucía, hija del señor de Botrun, por la cual, y según una leyenda, un mercader italiano ofreció a su padre su peso en oro. Hombre sin escrúpulos, había alcanzado el cargo en 1185, elegido en un capítulo al parecer muy tenso, y se había empeñado en que su mandato no pasara desapercibido.

Este maestre amaba la guerra y estaba dispuesto a enfrentarse a Saladino cuanto antes. Tenía además como aliado a Reinaldo de Chatillon, un hombre que había demostrado con creces tener todavía menos escrúpulos que el templario. El rey Guido de Lusignan no dispoma de mucha capacidad de maniobra. Si quería mantener su trono no tenía más remedio que aliarse con los templarios y con el sector de la nobleza que apoyaba a Reinaldo, aunque esa decisión significara la guerra con Saladino.

Los templarios, alentados por su maestre, atacaron a los musulmanes el 1 de mayo de 1187 en el paraje conocido como la fuente de Cresson, cerca de Nazaret. Eran apenas doscientos, pero se lanzaron contra unos siete mil musulmanes. La carga de los caballeros templarios, realizada sin la menor estrategia y de manera alocada, fue un suicidio. En la refriega murieron casi todos, y sólo pudo escapar el maestre Ridefort y dos de sus escoltas. Si todavía no lo estaba lo suficiente, la tragedia de Cresson acabó por enloquecer por completo al maestre del Temple, que ha sido calificado de «apóstol de todo acto violento y peligroso» y «genio maligno del Temple».⁸⁰

Saladino decidió acabar con aquella situación y avanzó sobre la ciudad de Tiberiades, cuyo señor, Raimundo, intentaba poner un poco de sensatez entre las filas cristianas. Pero las fuerzas de los cruzados eran entonces un verdadero caos, y a su frente estaban dos insensatos ávidos sólo de sangre y guerra, como el maestre Ridefort y Reinaldo de Chatillon, y un rey con menguada autoridad y muy cuestionado.

El 26 de junio de 1187 Saladino se puso en marcha con sus sesenta mil hombres, treinta mil de ellos jinetes, hacia Tiberiades. El 1 de julio cruzó el Jordán y esperó allí a que llegara el ejército cristiano. Los musulmanes se habían asentado en la meseta de Kafgs Sabt, entre Tiberiades, cuya ciudad habían conquistado aunque no su castillo, y Saffouriyah. Los cristianos, que se habían reunido en Samaria, a unos veinte kilómetros, eran dieciocho mil, seis mil caballeros y doce mil infantes.

La situación táctica era muy favorable a los musulmanes, por lo que Raimundo de Tiberiades intentó convencer al rey Guido para que esperara. El maestre del Temple estaba ansioso por entrar en combate, pues pesaba sobre él el baldón de que por cobardía no se había atrevido a enfrentarse con Saladino cuatro años antes y quería vengarse de la derrota de Cresson. Además, Guido le dijo que Raimundo sólo pretendía humillarlo.

Guido dio la orden de atacar. Bajo un sol abrasador, el ejército avanzó por un terre-

no árido, con Raimundo encabezando la vanguardia, el rey en el centro con la Vera Cruz y los templarios y los hospitalarios en la retaguardia. Saladino había preparado una celada, pues para llegar hasta el agua tenían que caminar durante unas cuatro horas a través de un terreno asolado y fragoso. Esa zona estaba dominada por dos cerros entre los cuales se abría una vaguada perfecta para una encerrona; la llamaban «los Cuernos de Hattin».

El 3 de julio los cristianos avanzaron hacia el lago, pero se encontraron con la barrera del ejército de Saladino. Hacía un calor extremo, no tenían agua y el terreno era pedregoso, casi imposible para el despliegue de la caballería. El rey Guido ordenó atacar, pero los templarios alegaron que era imposible y los infantes huyeron hacia las colinas pese a las consignas de su rey. Ante las dificultades, los templarios realizaron varias cargas de caballería, pero no lograron romper el cerco. Cayó la noche y se interrumpió la batalla, pero no el hostigamiento de los musulmanes, que arrojaron flechas y quemaron las hierbas en la dirección del viento para que el humo sofocara más todavía a los sedientos cristianos.

La noche fue muy calurosa y al amanecer del 4 de julio, sedientos hasta la desesperación y casi extenuados por la falta de sueño, los cristianos se lanzaron ladera abajo en busca del agua. Raimundo de Tiberiades logró atravesar las filas de Saladino, que tal vez se abrieran para facilitar su huida, y el noble se alejó del lugar de la batalla y ya no paró hasta Trípoli. Los templarios, la hueste de Reinaldo de Chatillon y las tropas del rey Guido quedaron encerrados en una trampa mortal. Los templarios, pese a su estado casi agónico, lanzaron vanas cargas de caballería, pero todas fracasaron. Poco a poco el cerco se fue cerrando, hasta que se vio caer la tienda roja en la que el rey Guido tenía alzado su estandarte de mando. La batalla de los Cuernos de Hattin había terminado. De los doscientos cincuenta templarios que participaron en ella, una parte sustancial de los caballeros templarios destinados en Tierra Santa, murieron doscientos treinta; sólo se salvaron el maestre Ridefort y unos veinte templarios.

Saladino hizo traer a su presencia al maestre del Temple, a Reinaldo de Chatillon y al rey Guido. Con Reinaldo no hubo piedad; fue el propio Saladino quien lo degolló, su cabeza fue cortada y su cuerpo arrastrado. Al rey Guido y al maestre templario Gerardo de Ridefort se les perdonó la vida pero fueron llevados presos a Damasco. Los templarios que habían sobrevivido a la batalla fueron decapitados por ulemas, musulmanes religiosos, a la vista del maestre, y sus doscientas treinta cabezas colocadas en lo alto de picas.

La Vera Cruz, la reliquia más preciada del reino cristiano de Jerusalén, que portaba en la batalla el obispo de Acre, cayó en manos de Saladino. Más tarde se dijo que fue enterrada bajo el umbral de la gran mezquita de los omeyas en Damasco, para que todo musulmán pisara sobre ella al entrar a rezar; un templario declaró que había logrado enterrarla antes de que fuera capturada por los musulmanes; y en una tercera versión se relata que fue a parar a Egipto, donde desapareció porque no despertaba el menor interés entre los musulmanes.

La victoria de los Cuernos de Hattin abrió a Saladino las puertas de Jerusalén; en realidad, toda Tierra Santa parecía perdida. El reino estaba sin rey, las órdenes militares descabezadas, los mejores soldados muertos...; en el verano de 1187 parecía cuestión de meses el final de los dominios de los cruzados.

En las semanas siguientes a Hattin, Saladino ocupó Acre, Nazaret, Nablús, Sidón, Beirut, Gaza, Ascalón... Una a una las ciudades y fortalezas conquistadas en la Primera Cruzada estaban cayendo sin que nadie pudiera evitarlo. A Jerusalén le tocó en septiembre. El día 20 comenzó el sitio de la Ciudad Santa, defendida por Balian de Ibelin, señor de Ram-leh, quien amenazó a Saladino con morir matando y destruir las mezquitas de la

explanada del Templo. Tras varias escaramuzas y conversaciones, Jerusalén capituló el 30 de septiembre de 1187. Según el acuerdo de rendición, se perdonaría la vida de los pobladores, pero deberían pagar diez dinares cada hombre, cinco cada mujer y uno cada niño, y abandonar la ciudad. Los pactos se cumplieron escrupulosamente y hasta el patriarca pudo salir de Jerusalén con todos sus tesoros tras pagar sus correspondientes diez dinares. Los templarios abandonaron la ciudad dando escolta a una de las tres columnas en las que se dividieron los cristianos para la marcha.

El viernes 2 de octubre de 1187, 27 de *rayab* del año 583 de la Hégira, Saladino entraba en la ciudad santa para las tres religiones del Libro; ese mismo día se conmemoraba el aniversario de la ascensión de Mahoma al cielo precisamente desde la Roca. Sus primeras órdenes fueron derruir los edificios construidos por los templarios en al-Aqsa, «la mezquita lejana», y derribar la gran cruz que habían colocado sobre la cúpula de la mezquita de la Roca, que fue arrastrada por las calles y pisoteada. Todo el complejo religioso del Templo fue purificado y lavado cuidadosamente con agua de rosas traída desde Damasco; al-Aqsa fue consagrada de nuevo como mezquita el 9 de octubre. El odio que Saladino profesaba hacia los templarios aumentó más si cabe por haber profanado aquel lugar sagrado del Islam.

Capítulo 5. Un reino sin Jerusalén (1188-1244)

5.1. La Tercera Cruzada (1188-1192)

Si la pérdida de Edesa provocó una gran conmoción en Europa y movilizó a Luis VII de Francia y a Conrado III de Alemania, la de Jerusalén supuso el mayor cataclismo para la cristiandad desde la aparición del Islam. En ese momento era papa Urbano III, contra quien estaba luchando el emperador Federico I Barbarroja. Abrumado y desesperado por el impacto de las noticias que llegaban de Tierra Santa, Urbano III falleció apenas una semana después de saber que Jerusalén ya no era cristiana; hubo quien aseguró que el papa había muerto de pena.

Gregorio VIII, elegido pontífice inmediatamente, envió una carta fechada el 29 de octubre del mismo año 1187 a los monarcas cristianos conminándoles a unirse para una nueva cruzada a cambio de notables indulgencias, a la vez que les pedía que resolvieran las querellas entre ellos y se centrasen en la lucha contra el enemigo común: los musulmanes. Pero Gregorio VIII, que había sido entronizado el 20 de octubre de ese año, falleció el día 15 de diciembre; su pontificado no duró ni siquiera dos meses. Aun así, el llamamiento a la cruzada ya estaba en marcha. A fines del siglo XII los ímpetus de los primeros años de las Cruzadas se habían desvanecido. Entre los cristianos de Tierra Santa y los de Occidente se había abierto una brecha demasiado amplia. En territorio cruzado vivían cristianos que ya habían nacido en él y no quedaba vivo ninguno de los pioneros.

Con la pérdida de Jerusalén y de la mayoría de las ciudades de Palestina y Líbano, los templarios perdían buena parte de su razón de ser, y su papel en la Iglesia comenzó a ponerse en entredicho. Antes incluso de la caída de la Ciudad Santa en manos de Saladino, algunos clérigos habían criticado la actitud de los templarios, sobre todo su afán desmesurado de riquezas y su orgullo y altivez, en tantas ocasiones manifestado. Como ocurriera en Europa hacia 1140, también en Tierra Santa surgieron voces que cuestionaron a la Orden del Temple. Guillermo de Tiro, nacido en Jerusalén hacia 1130, y que ocupó importantes cargos eclesiásticos en varias ciudades, denostó a los templarios en su crónica. Escrita hacia 1170, antes de que Saladino entrara en Jerusalén, su crónica contiene algunos pasajes en los que los templarios no salen precisamente bien parados. Uno de los aspectos más criticados de los caballeros de la Orden es precisamente su altivez y su desmesurado orgullo:

Como habitan en el palacio real, junto al templo del Señor, se les llama hermanos de la milicia del Temple. Pero aquellos que durante largo tiempo se habían mantenido fieles a su honorable proyecto, cumpliendo de un modo bastante prudente con su profesión, luego olvidaron la humildad [...], se apartaron del señor patriarca que les había concedido la institución de la orden y sus primeros beneficios, y le negaron la obediencia mostrada por sus predecesores. Se convirtieron en una gran molestia para las iglesias de Dios, a las que retiraron los diezmos y las premisas y cuyas posesiones perturbaron indebidamente.

Está claro que ni siquiera en Tierra Santa los templarios despertaban unanimidad a la hora de ser considerados como los principales defensores de la cristiandad, que es como a ellos les gustaba presentarse.

Sin embargo, a fines de 1187 esa cuestión no era precisamente la más importante. La llamada del papa para una nueva cruzada fue bien acogida en Europa. Los reyes de Francia e Inglaterra y el emperador de Alemania reaccionaron con presteza y decidieron unir sus esfuerzos para recuperar Jerusalén. Desde luego, los enfrentamientos entre los monarcas cristianos, entre el emperador de Alemania y el papado y entre genoveses y pisanos resultaban una fuente constante de escándalos que una nueva cruzada podía contribuir a atemperar.

Por su parte, la moral de los templarios no estaba precisamente en su mejor momento. Su maestre Ridefort estaba preso, su sede fundacional en Jerusalén, que además les había dado nombre, estaba perdida y destruida y Saladino había ocupado sus castillos de Baghras y Darbsaq, además de la fortaleza de Safed, que habían considerado como inexpugnable. La realidad les había demostrado que ellos solos no podían siquiera mantener Tierra Santa en manos de los cristianos. Su orgullo quedó muy resentido.

Tras el desconcierto que siguió al desastre de 1187, los templarios procuraron reorganizarse. El hermano Terricus, que había sido preceptor del Temple en Jerusalén, se había hecho cargo de la dirección de la Orden en ausencia del maestre Ridefort. Terricus, olvidándose del legendario orgullo templario, pidió ayuda a los reinos cristianos y procuró acordar con Saladino la liberación del maestre. Por estar prohibido pagar rescate alguno para liberar a un templario de prisión, se negoció la libertad de Ridefort a cambio de Gaza. Los templarios que custodiaban esta ciudad costera debieron de sorprenderse mucho cuando oyeron al maestre ordenarles que se rindieran y entregaran sin luchar la ciudad a Saladino. Los caballeros obedecieron y Gaza pasó sin que se derramara una gota de sangre a poder del sultán, quien cumplió su palabra y soltó a Ridefort.

Una vez libre, Gerardo de Ridefort, que tanto daño había causado por su insensatez y su afán de guerra, volvió a dirigir el Temple tras su captura en los Cuernos de Hattin. Y si antes de la prisión su actitud había sido muy belicosa, ahora lo sería mucho más. En cuanto fue liberado, se puso al frente de los templarios y volvió a inmiscuirse en los asuntos políticos.

En el verano de 1188 también fue liberado el rey Guido, tras un año de cautiverio en Damasco. Saladino estaba seguro de que los cristianos volverían a enfrentarse entre ellos y que la presencia de Guido sería un factor más para la confusión.

En 1188 la cristiandad se movilizó como nunca antes lo había hecho para la Tercera Cruzada. Felipe II de Francia, Ricardo I de Inglaterra y Federico I de Alemania, los tres soberanos más poderosos de Occidente, tomaron la cruz y decidieron ir en persona a la cruzada. Durante todo un año se realizaron los preparativos para llevar a cabo una empresa de semejante envergadura. El emperador de Alemania congregó a varias decenas de miles de hombres, hasta cien mil según algunos cronistas, con el propósito de trasladarse por vía terrestre atravesando Europa hasta Constantinopla, para desde allí, siguiendo la ruta de la Primera Cruzada, llegar hasta Jerusalén. Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León lo harían por mar, desde las costas del sur de Francia y desde Sicilia. La idea inicial era realizar un ataque combinado y planificado, pero no se decidió que hubiera un mando unificado.

A comienzos de 1189 empezaron a llegar importantes contingentes de cruzados a las costas de Tierra Santa; eran la avanzadilla de la Tercera Cruzada, que se adelantaban a la llegada de los tres soberanos. Guido había logrado recuperar el mando del ejército y decidió, junto con el maestre Ridefort, que la reconquista de la ciudad de Acre sería el primer paso para reconquistar los territorios perdidos en 1187, pues su posesión era cru-

cial para lanzar una contraofensiva contra Jerusalén.

El maestre Ridefort estaba tremendamente excitado; era consciente de que con su actitud irreflexiva y su torpeza táctica había conducido a su orden al borde de la desaparición, y es probable que se sintiera culpable de la pérdida de Jerusalén. Con su cautiverio y su puesta en libertad a cambio de Gaza había perdido el poco prestigio que le quedaba, si es que todavía conservaba alguno; su mente no estaba en condiciones de pensar con claridad y quería resarcirse de las derrotas y de los errores anteriores.

En agosto de 1189 un nutrido ejército cristiano, en el que formaban los templarios, sitió Acre. Saladino envió tropas para rechazarlos, pero los cristianos resistieron. En septiembre apareció el propio sultán con más contingentes. El 4 de octubre se libró en las afueras de Acre una batalla entre ambos bandos; los cristianos no conseguían rechazar a los musulmanes y éstos no lograban desbaratar el cerco, por lo que, tras varias horas de lucha, el resultado de la pelea quedó en tablas.

Gerardo de Ridefort, totalmente desquiciado y loco, se negó a abandonar el campo de batalla. La escena que presenciaron ambos bandos fue esperpéntica. Completamente solo, en medio del campo, Ridefort blandía su espada amenazando al ejército musulmán, mientras todos los demás cristianos se habían retirado a sus posiciones defensivas. Ni uno solo de los templarios se había quedado al lado de su maestre, quien desafió a los musulmanes a combatir. Durante un buen rato los hombres de Saladme contemplaron con asombro a aquel personaje gritando como un poseso y amenazándolos con su espada. Cansados de sus diatribas y bravatas, lo capturaron con facilidad. En esta segunda ocasión Saladino no se molestó lo más mínimo y ordenó la ejecución del maestre.

Nadie debió de sentir la menor pena por ello; los templarios respiraron al fin por haberse librado de un jefe tan obcecado. Las acciones de Ridefort los habían conducido a una situación extrema, sin duda la peor que hasta entonces había atravesado la Orden. Cuanto hizo Ridefort acabó manchando a todos los templarios; tanto que cuando, a principios del siglo XIV, se disuelva el Temple todavía se recordarán las infamias cometidas por este maestre, que se aducirán en el memorial de agravios de la Orden.⁸²

Federico I Barbarroja hizo votos solemnes, aparcó su enfrentamiento con el papa y en mayo de 1189 se puso en marcha hacia Oriente. El impetuoso emperador germánico obtuvo algunas victorias en Asia Menor y avanzó hasta Cilicia, cerca ya de las fronteras de Siria, pero un acontecimiento inesperado dio al traste con la cruzada de los alemanes. En el Selef, un riachuelo de escaso caudal, el emperador se ahogó el 10 de julio de 1190; nadie vio lo que pudo sucederle, porque se había separado de sus hombres para acercarse solo al río.

El efecto de su muerte fue fulminante sobre los cruzados alemanes; unos regresaron a sus casas y otros continuaron de manera descoordinada hacia el sur para integrarse en el ejército cruzado o buscar como mercenarios la fortuna que habían venido persiguiendo.

Pese a semejante revés —se había perdido la mitad de la fuerza armada de la Tercera Cruzada—, Felipe II y Ricardo I decidieron seguir adelante. Participaron juntos en una ceremonia religiosa en Vézelay, donde Bernardo de Claraval había llamado a la Segunda Cruzada, y partieron hacia Tierra Santa.

Ricardo Corazón de León se detuvo algún tiempo en Sicilia; allí pactó con los templarios para que éstos velaran por sus intereses. Ahí comenzó la relación amistosa entre el Temple y el rey de Inglaterra, que se mantendría hasta la muerte de Ricardo.

Desde Sicilia el rey inglés llegó a Chipre. Sin apenas esfuerzo conquistó esta isla, pero la vendió enseguida a los templarios por cuarenta mil monedas de oro. El Temple podía haber hecho de esta isla el solar de un Estado propio, como los hospitalarios en Rodas o en Malta más tarde, pero no supieron ni siquiera gobernar el territorio. Su orgu-

llo, pese a lo que les había sucedido en los últimos años, seguía siendo enorme y su arrogancia les llevaba a tomar cuanto deseaban sin tener en cuenta a la población indígena, que no tardó apenas nada en enemistarse con sus nuevos señores hasta estallar una abierta rebelión. Acosados por los chipriotas, los caballeros que habían tomado posesión de la isla se refugiaron en un castillo bajo la dirección del hermano Bouchart, el jefe templario de Chipre. Agrupados en la fortaleza, realizaron una salida y perpetraron una gran matanza entre la población. La situación del Temple en Chipre era insostenible y la única solución era abandonar la isla. Por mediación de Ricardo, el Temple alcanzó un acuerdo económico con el rey Guido de Lusignan, que les compró Chipre. Los Lusignan gobernaría este reino durante los siguientes trescientos años.

Mientras Ricardo I y Felipe II viajaban hacia Tierra Santa, el Temple había perdido a su maestre y no se había reunido el Capítulo General para elegir a su sucesor. A comienzos de 1191, casi año y medio después de la muerte de Ridefort, seguían sin maestre. El provenzal Gilberto de Erail, que ya estuviera a punto de ser elegido, era el principal candidato, pero los caballeros decidieron optar por Robert de Sable, caballero de Maine, que estaba viudo y tenía hijos, pero la razón principal era que lo recomendaba Ricardo Corazón de León, de quien era pariente lejano. Se alteraba así una tradición no escrita por la cual solía ser elegido como maestre un caballero que había pasado la mayor parte de su vida en la Orden.

Los templarios seguían ocupados en sus asuntos de Chipre y en el cerco de Acre, y sus encomiendas en Europa no cesaban de enviar recursos económicos y hombres para hacer frente a sus necesidades. Decenas de caballeros, centenares de caballos y miles de libras fluyeron en los últimos meses de 1189 y los primeros de 1190 hacia las fortalezas templarias en Tierra Santa. La Orden había atravesado sus peores momentos e incluso se había sorprendido a uno de los hermanos, el caballero Gilberto de Hoxton, robando el dinero recaudado para la cruzada, pero la situación más grave parecía ya superada.

Además, la llegada de Ricardo I y de Felipe II constituyó un motivo de esperanza; eran pocos los que dudaban que Saladino no podría resistir a la fuerza combinada de estos dos soberanos, conocidos con los apelativos de Corazón de León y de Augusto respectivamente.

El maestre Sable ordenó a los templarios que redoblaran sus esfuerzos ante Acre; los dos reyes cristianos llegaron ante la ciudad, sitiada desde hacía casi dos años, mediado 1191. La acumulación de tropas ante Acre fue tal que la ciudad se rindió el 11 de julio de ese mismo año. Ricardo eliminó a todos los musulmanes y Saladino respondió negándose a entregar la Vera Cruz, que reclamaban los cristianos. El éxito pudo haber calmado los ánimos entre los cristianos, pero se despertaron demasiados celos entre los caudillos. Felipe de Francia, enfermo y sin ganas de seguir adelante, consideró que había cumplido sus votos de cruzado y a los pocos días de la conquista de Acre retiró sus tropas, las embarcó en el puerto de Tiro y regresó a Francia. Apenas había comenzado la cruzada y de los tres soberanos que la iniciaron uno había muerto, otro la había abandonado y el tercero dudaba entre marcharse o seguir adelante en solitario.

No obstante, la euforia se extendió por el bando cristiano y algunos creyeron que la reconquista de Jerusalén estaba próxima. Pero, en contra de lo que suponían, Ricardo no se dirigió hacia Jerusalén. Aliado con los templarios, con los que tenía una concordancia absoluta y con los que participaría en todas las batallas, avanzó por la costa en dirección sur, hacia Jaffa. El 20 de agosto Ricardo cometió un acto deshonesto; en Ayyadiah asesinó indiscriminadamente a una multitud de cautivos musulmanes, muchos de ellos capturados en Acre, entre los que había mujeres y niños.

Saladino se indignó y fue contra Ricardo. Se enfrentaron el 7 de septiembre de 1191 en Arsuf; venció el rey de Inglaterra, que cabalgaba siempre al lado de sus aliados

templarios. La ruta hacia Jerusalén parecía abierta, pero el invierno se echó encima con frío y lluvias torrenciales, y además las noticias que llegaban de Inglaterra no eran nada halagüeñas. De vez en cuando se recibían mensajes sobre la actitud del príncipe Juan, el hermano menor de Ricardo, y de sus ambiciones de ocupar el trono del ausente.

Ricardo comenzó a sentirse incómodo. Saladino era un rival formidable y su reino quedaba demasiado lejos de allí. Él era un guerrero, pero probablemente echara también de menos las cortes de amor de Aquitania y la vida caballeresca en la que lo había iniciado su madre, la reina Leonor.

Por fin, pasado el invierno, Ricardo decidió arremeter contra Jerusalén. Las dos grandes fuerzas estaban muy parejas y hubo entrevistas secretas y propuestas de pactos por ambas partes durante toda la primavera de 1192. Saladino estaba seguro de que Ricardo acabaría intentando ocupar Jerusalén. Entretanto, Ricardo consiguió reorganizar los territorios cristianos, absolutamente desvertebrados desde 1187. Logró convencer al rey Guido de Lusignan para que renunciara a la corona de Jerusalén y se convirtiera en rey de Chipre al comprar la isla a los templarios; el nuevo monarca, Conrado de Montserrat, fue asesinado por un miembro de la secta de los «Asesinos», y la corona pasó entonces al noble Enrique de Champaña, sobrino de Ricardo, a quien casaron con la princesa Isabel, viuda de Conrado.

Resuelto el problema de la sucesión en Chipre y en el reino de Jerusalén, el rey de Inglaterra avanzó hacia la Ciudad Santa, acampando a unos veinte kilómetros de allí a fines de la primavera de 1192. Una tradición relata que llegó a taparse los ojos con su escudo al ver a lo lejos el resplandor de sus tejados. Jerusalén estaba al alcance de su mano, apenas a dos horas de marcha a caballo, pero Saladino cortó el acceso al agua y, ante la duda, Ricardo se retiró a la costa. Hubo varias escaramuzas durante todo el verano hasta que ambas partes comprendieron que la derrota del adversario iba a ser muy difícil, por lo que decidieron negociar. Saladino y Ricardo llegaron a un acuerdo en Jaffa en septiembre de 1192, y pactaron una tregua de cinco años, de la que los templarios serían garantes por el lado cristiano. El rey de Inglaterra, cada vez más preocupado por la ambición de su hermano Juan, que se estaba convirtiendo en el verdadero soberano de su reino, declaró solemnemente que deseaba regresar a su tierra. El orgulloso soldado no había visto a Saladino en persona ni había puesto un pie en Jerusalén, pero sus acciones, gracias a una eficaz campaña de propaganda mediante canciones y poemas, lo convirtieron en un rey de leyenda, en el gran caballero de la cristiandad.

Los templarios habían estado a punto de regresar a su solar del Templo, de donde salieron en 1187. Cuando Ricardo decidió volver a Inglaterra, el maestre del Temple le proporcionó una escolta formada por cuatro caballeros de la Orden y le entregaron al rey inglés un hábito de caballero a modo de disfraz. Ricardo partió de Acre el 9 de noviembre de 1192, y su regreso fue muy accidentado; al pasar por Austria fue identificado, capturado y preso en un castillo durante casi dos años. Su madre, la reina Leonor, tuvo que hacer un gran esfuerzo hasta que logró reunir el dinero suficiente para comprar su libertad. Corazón de León fue liberado en febrero de 1194.

El maestre Robert Sable había ayudado y aconsejado a Ricardo Corazón de León en todo cuanto pudo, no en vano había logrado el puesto gracias a su recomendación. El rey de Inglaterra había sido el gran valedor de los templarios en unas circunstancias bien difíciles para los caballeros de la cruz, y nunca dejaron de agradecerle su apoyo.

Tras la conquista de Acre y la venta de Chipre, el Temple ubicó allí su sede principal, en un enorme edificio conocido precisamente con ese nombre, «el Temple». Robert Sable murió el 13 de enero de 1193, el mismo año que Saladino, y poco después, a comienzos de 1194, fue elegido, al fin, Gilberto de Erail, el provenzal cuya candidatura había estado encima de la mesa del Consejo desde hacía varios años.

La Tercera Cruzada logró recuperar algunas plazas costeras, como Acre, pero fracasó en el gran objetivo que se había planeado en 1188: la reconquista de Jerusalén. La muerte de Saladino vino a dar un respiro a los cristianos, sobre todo cuando su imperio se desmembró entre sus tres hijos, que gobernaron Alepo, Damasco y Egipto. La gran obra que construyera Saladino parecía venirse abajo.

5.2. La Cuarta Cruzada (1199-1204)

Mientras en Oriente los templarios se rehacían del desastre y reorganizaban sus fuerzas a partir de la recomposición del mapa político que se produjo en 1191 en plena Tercera Cruzada, en Occidente las cosas les iban bastante mejor. Sus posesiones habían alcanzado un volumen extraordinario, disponían ya de miles de encomiendas y las rentas que generaban eran capaces de suministrar dinero y caballeros de refresco para mantener su presencia en Tierra Santa.

Todavía poseían castillos y fortalezas en la costa de Palestina, del Líbano y en el norte de Siria, su organización militar se había restablecido y la llegada de caballeros noveles procedentes de las encomiendas de Europa había suplido las enormes pérdidas sufridas en la guerra contra Saladino.

A fines del siglo XII el Temple parecía renacer de los tiempos oscuros en los que lo había sumido la vorágine de Gerardo de Ridefort. Gilberto de Erail era un hombre eficaz y cumplidor, fiel a la Orden y a su regla, muy distinto del aventurero sin escrúpulos que había sido Ridefort. Era el maestre que en esos momentos necesitaban los templarios, un hombre serio y tranquilo capaz de transmitir sosiego a sus hermanos.

El 8 de enero de 1198, tras varios papados de corta duración y un tanto provisionales, fue elegido papa Inocencio III, uno de los personajes más influyentes en la historia de la Iglesia. Era un hombre muy preparado y al cabo de la política de su tiempo. Una de sus primeras decisiones fue convocar a los reyes de Europa a una nueva cruzada, la Cuarta. Estaba dispuesto a gobernar la Iglesia con mano firme y en esa opción no quedaban al margen los templarios, a los que los papas, cosa que no habían hecho hasta 1196, comenzaron a amonestar.

En 1199 publicó la bula *Insolentia Templaiorum*. La máxima autoridad de la Iglesia y el único hombre que estaba por encima del maestre en la Orden criticaba con cierta dureza algunas actitudes que hasta entonces habían mantenido los templarios y les pedía que, siguiendo el mandato evangélico, actuaran con mayor humildad. Además, dictó una orden mediante la cual los obispos quedaban autorizados a actuar, es decir, a perseguir de oficio a aquellos caballeros que, habiéndose comprometido temporalmente con el Temple, lo abandonaran antes de haber agotado el plazo.⁸³

Inocencio III pretendía que la nueva cruzada tuviera éxito mediante la buena armonía entre todos los cristianos; sus intenciones eran buenas, pero el resultado de la Cuarta Cruzada fue un auténtico dislate para la cristiandad.

Constantinopla, la capital del Imperio bizantino, era uno de los puntos donde solían recalar miles de peregrinos camino de Tierra Santa, sobre todo aquellos *que* viajan desde el centro y el norte de Europa por vía terrestre. La antigua Bizancio seguía siendo a comienzos del siglo XIII una de las ciudades más populosas y ricas del mundo. Ocho siglos de cristianismo habían dejado en sus calles decenas de iglesias y monasterios en los cuales se guardaban tesoros extraordinarios. Barrios de comerciantes venecianos, genoveses, písanos y alemanes estaban repletos de tiendas y almacenes rebosantes de mercancías de Oriente y Occidente. Constantinopla era el cruce de todas las rutas, don-

de se unían el este y el oeste, el norte y el sur. Una población de medio millón de habitantes requería un suministro constante de alimentos y productos básicos, su refinada aristocracia demandaba joyas y sedas, su escuela patriarcal, su universidad y sus bibliotecas tenían que ser provistas de hojas de papiro y pergamino, y sus templos de cera, iconos, orfebrería y productos para la liturgia.

Su población estaba acostumbrada a las amenazas procedentes de todas partes, pero se sentía segura tras su triple cinturón de murallas dotadas de fosos y parapetos. Eran tan sólidas y formidables que habían resistido todos los ataques, incluso los que los árabes lanzaron contra ellas en el momento de mayor pujanza en la expansión del Islam. Sus habitantes habían hecho frente con éxito a todas las amenazas, pero no se podían imaginar lo que se les venía encima.

Con la cristiandad en crisis, ningún caudillo tenía plena autoridad moral para ponerse al frente de la cruzada. Los que acudieron a la llamada de Inocencio III, un papa tremendamente ambicioso, se fueron reuniendo en las afueras de Venecia en las últimas semanas de la primavera de 1202. Sin un objetivo claro y sin un líder fuerte, los cruzados embarcaron rumbo a Oriente.

Los templarios esperaban con fruición la nueva cruzada; el islam estaba dividido y había una buena oportunidad para recuperar los territorios perdidos. Pero en 1203 una catástrofe natural provocó un cambio sustancial. Tierra Santa fue sacudida por una serie encadenada de terremotos, de mayor magnitud que los acontecidos en 1154 y sobre todo en 1170, que dejó en muy mal estado todas las fortalezas. El Temple, que había ido reuniendo fondos para contribuir a la Cuarta Cruzada, tuvo que dedicarlos a reconstruir sus castillos, pieza fundamental en su estrategia de defensa y absolutamente imprescindibles para garantizar la seguridad del territorio cristiano.

Los cruzados, entre tanto, fueron llegando a Constantinopla en las primeras semanas del verano de 1203, donde una crisis política había provocado la huida, con un buen tesoro en las manos, eso sí, del emperador Alejo III. El trono imperial fue pasando de mano en mano, del viejo y ciego Isaac Ángelus a su joven e inexperto hijo Alejo IV, ambos ejecutados cruelmente. La ciudad era ingobernable y los cruzados, acampados en las afueras, decidieron intervenir. El 6 de abril de 1204 se lanzaron sobre las murallas, apenas custodiadas por unos cuantos mercenarios ante la ausencia de autoridad que se vivía en la ciudad. El asalto apenas duró seis días, y el *dux* de Venecia, que había encabezado la cruzada, y los nobles que mandaban los variopintos contingentes tomaron una decisión que resultaría traumática. Emitieron una orden por la cual durante tres días los cruzados podrían tomar cuanto quisieran de la ciudad. La enemistad entre los cristianos de Oriente, los ortodoxos, y los de Occidente, los latinos, era secular; el emperador de Bizancio Isaac II incluso había enviado un emisario para felicitar a Saladino cuando éste conquistó Jerusalén.

El resultado fue uno de los mayores saqueos de la historia de la humanidad. Iglesias, conventos, palacios, casas particulares, tiendas, almacenes, todo fue arrasado y robado; piezas de arte extraordinarias fueron destruidas. Al saqueo siguió una matanza indiscriminada y violaciones sin cuento. Las iglesias fueron convertidas en tabernas y los monasterios en prostíbulos.

Cuando al fin pudo restablecerse un poco de calma, los venecianos cobraron lo que los cruzados les debían por el transporte y los víveres suministrados para el viaje y el resto fue repartido al cincuenta por ciento entre Venecia y los saqueadores. En las naves de la Señoría se cargaron obras de arte, mármoles, esculturas y cuanto de valor se pudo transportar, y cargadas de tesoros partieron hacia la Laguna.

En Tierra Santa podían esperar a los cruzados en vano. Los templarios habían elegido a su decimotercer maestre a comienzos de 1201; se trataba de Felipe de Le Plessis,

o Le Plessiez, caballero del condado de Anjou, que tenía difícil igualar la obra de reconstrucción que había realizado Gilberto de Erail, quien había asistido a la reunificación del Imperio islámico por Al-Adil, el hermano de Saladino, cuando éste hubo derrocado en 1202 a sus tres incompetentes sobrinos.

La cristiandad parecía haberse vuelto loca, y el ideal templario sonaba en esta situación como una música ajena a cuanto estaba pasando. La Cuarta Cruzada había olvidado a los musulmanes, y sus miembros se habían dedicado a saquear la mayor de las ciudades cristianas, que además era la primera defensa de la cristiandad frente al islam.

Pero aún faltaba el estrambote. En 1209, el papa Inocencio III, ávido de poder y ansioso por dotar a la Iglesia de un monolitismo inquebrantable, predicó una nueva cruzada, pero en esta ocasión no iba a ir dirigida contra los musulmanes, sino contra los cataros del sur de Francia, a quienes la Iglesia condenó por herejes. Entre 1209 y 1244 miles de cataros o albigenses fueron perseguidos y condenados a la hoguera en una vorágine de muerte y sangre. La idea de cruzada se había transformado en «un sangriento instrumento del poder papal»,⁸⁵ y el pontífice pidió a los templarios que le ayudaran en tan cruenta empresa. En 1219 los templarios participaron en una expedición que encabezaba el delfín de Francia, el futuro Luis VIII, contra los cataros. Sus votos de no combatir jamás contra cristianos quedaban rotos, aunque el papa los tranquilizó anunciando que esos herejes no se contaban precisamente entre las filas de los fieles de Dios.

Y en 1212, mientras un gran ejército constituido bajo la bula de la cruzada y compuesto por los reyes de Castilla, Aragón y Navarra derrotaba en la batalla de las Navas de Tolosa a los musulmanes almohades, un niño pastor francés llamado Esteban ponía en marcha la llamada «cruzada de los niños», que se dirigió hacia Oriente y que acabó con miles de muchachitos muertos o vendidos como esclavos en los mercados de las ciudades islámicas.⁸⁶

Inocencio III estaba dispuesto a ser el gran hacedor de la política europea, además del sumo pontífice de la Iglesia. Para ello actuó como un verdadero señor temporal, participando activamente en cuantas ocasiones se le presentaban para influir en los reinos cristianos. En 1213 dispuso, con el beneplácito de los nobles de la curia real de Aragón, que el joven Jaime I, rey de Aragón a la muerte de su padre Pedro II (caído en los campos de Muret defendiendo a sus vasallos cátaros del ataque de los cruzados del papa), fuera educado por los templarios en el castillo aragonés de Monzón. El más longevo de los reyes aragoneses se educó durante tres años bajo la disciplina del Temple; y algo del espíritu de los caballeros de Cristo debió de permanecer en él, porque en alguna ocasión este monarca ha sido llamado precisamente «el rey templario».

El prestigio del Temple y su influencia se habían recuperado gracias al buen hacer de los maestros Gilberto de Erail y Felipe de Le Plessis, que habían actuado con prudencia y evitado caer en los tremendos errores de Gerardo de Ridefort. Y esa nueva imagen quedó bien patente cuando en 1209, finalizada una tregua de seis años que el rey Amalrico de Jerusalén había pactado con Al-Adil, el maestro Felipe de Le Plessis se negó a prorrogarla, como quería el sultán, y convenció a los nobles y obispos del remo a que hicieran lo propio. El nuevo rey, Juan de Brienne, se mostró enseguida dispuesto a colaborar plenamente con los templarios.

La alta nobleza y los grandes señores volvieron a ver a los templarios como a los grandes caballeros de la cristiandad. Por ejemplo, uno de los más notables, el famosísimo Guillermo el Mariscal, gran caballero, campeón de justas y torneos y lugarteniente de los reyes de Inglaterra, murió en 1219 haciéndose cubrir a modo de mortaja de honor con el manto blanco de los templarios.

A ello contribuyó el decimocuarto maestro, Guillermo de Chartres, quien pugnó por recuperar el prestigio perdido, así como el hecho de que las encomiendas templarias

estaban más florecientes que nunca y producían unas rentas muy cuantiosas. El dinero fluía de manera copiosa y, ante la abundancia de capital, se convirtieron en prestamistas de nobles y reyes, creando una red financiera que los convirtió en los grandes banqueros de Europa en el siglo XIII.

5.3. La Quinta Cruzada (1217-1221) y la Sexta Cruzada (1227-1229)

Hacia 1220, en el momento más esplendoroso del Medievo en Occidente, algunas voces empezaron a criticar la situación. El fiasco de la Cuarta Cruzada y el saqueo de Constantinopla, la persecución sangrienta contra los cataros, los enfrentamientos entre Francia e Inglaterra, la inestabilidad política en Alemania y la atomización de Italia eran los principales problemas de la cristiandad, que parecía haberse olvidado de Tierra Santa.

No obstante, allá seguían llegando peregrinos a los que había que atender, y con creces, pues muchos se quedaban un año e incluso más; buena parte de ellos pagaba su estancia enrolándose en el ejército como mercenarios. Las órdenes de ténplanos, hospitalarios y del Santo Sepulcro mantenían sus actividades gracias a las rentas que les llegaban de sus encomiendas de Europa, pero daba la impresión de que el papado y los reyes cristianos habían renunciado a recuperar Jerusalén. La tensión fue en aumento y el ancestral odio que se profesaban mutuamente templarios y hospitalarios estalló de modo violento en 1217, produciéndose entre ambas órdenes enfrentamientos armados en las calles de algunas ciudades de Palestina, con muertos por ambos bandos; la animadversión recíproca ya no desaparecería nunca.

Inocencio III, tal vez a petición de los ténplanos, decidió predicar una nueva cruzada, ahora sí contra el islam, pero mientras la estaba preparando murió en 1216 sin haber llegado a convocarla. Lo hizo su sucesor, Honorio III. Los templarios fueron informados de inmediato y pusieron en marcha una gigantesca campaña en busca de fondos para financiarla. El éxito fue considerable. En apenas un año lograron recaudar la fabulosa cifra de un millón de besantes, la moneda de oro bizantina, con los cuales iniciaron la construcción de la que iba a ser su más imponente fortaleza en Palestina, el famoso castillo Peregrino, en la localidad de Athlit, unas pocas millas al sur de la ciudad de Haifa, donde hasta entonces sólo tenían una atalaya denominada torre Destroyit.

A la llamada del papa respondieron franceses, alemanes, austríacos y húngaros, con su rey Andrés a la cabeza, que además dejó su reino en custodia del maestre provincial de Hungría, un caballero templario llamado Pons de la Croix. El volumen de tropas era considerable, pero la logística fue un desastre. Nadie había previsto la manera en que tantos soldados iban a desplazarse al otro lado del Mediterráneo, de manera que cada cual hizo el viaje como pudo. Las tropas que lograron llegar se concentraron en Acre, donde templarios y hospitalarios aguardaban para unirse a ellas. Eran bastantes, y además cada grupo obedecía sólo a su señor, con lo que no hubo manera de organizar una fuerza homogénea. Además, el rey Andrés de Hungría se marchó enseguida; apenas tocó Tierra Santa, se dedicó a comprar todo tipo de reliquias -hasta una jarra con la que Cristo convirtió el agua en vino en las bodas de Cana—, declaró que había cumplido su voto de cruzado y regresó a su reino.

En las últimas semanas de 1217 siguieron llegando más y más cruzados hasta que su número fue considerado suficiente para emprender la campaña militar. Con muchas reticencias por parte de los nobles llegados de Europa, al fin se decidió que el rey Juan

de Jerusalén dirigiera el ejército. La campaña militar de la Quinta Cruzada tenía como objetivo Egipto, donde radicaba el poder del Imperio mameluco. El plan consistía en destruir las bases musulmanas en el delta del Nilo e intentar la conquista de El Cairo. La ocupación de la ciudad de Damietta, en el gran brazo oriental del río, era vital para continuar hacia El Cairo. Los cruzados llegaron al delta en la primavera de 1218. Durante un año, en el que sufrieron todo tipo de penalidades, se mantuvieron firmes, hasta que el 21 de agosto de 1219 decidieron ocupar Damietta. Como solía ser habitual, templarios y hospitalarios fueron los primeros en lanzarse al asalto; el resultado fue cincuenta templarios y treinta dos hospitalarios muertos, y el ataque rechazado.

Dos testigos de excepción estaban presentes ese año en el delta del Nilo. Por un lado, el templario alemán Wolfram von Eschenbach, a quien le impresionó tanto el arrojo de sus hermanos en la Orden que a su regreso a Alemania escribió el poema épico *Parzival*, en el cual convirtió a los templarios en los guardianes del Santo Grial.

El otro gran personaje era Francisco de Asís, considerado como un santo en vida, que viajó desde Italia con el convencimiento de que mediante la palabra y la buena voluntad se podía poner fin a tantas muertes y tantas guerras. En aquella plétora de guerreros, mercenarios y aventureros, el santo de Asís debía de ser el único que creía realmente que los conflictos podían resolverse mediante el diálogo y el entendimiento mutuo. A los templarios, las ideas de Francisco de Asís debieron de parecerles como de otro mundo. Ellos eran los guerreros de Dios, los soldados de Cristo, y estaban allí para defender a la cristiandad y para matar musulmanes. Así constaba en el discurso que les dedicara san Bernardo de Claraval y eso era lo que les habían enseñado y para lo que estaban aleccionados; algunos todavía recordaban que cuando en 1124 el abad del monasterio de Morimond propuso a Bernardo la fundación de un monasterio cisterciense en Tierra Santa, el futuro santo le contestó que «las necesidades allí son caballeros que luchen, no monjes que canten y se lamenten». ¿Cómo explicar si no el sacrificio al que se sometieron los ciento cuarenta de sus hermanos que hundieron a propósito su nave atacada por mil quinientos musulmanes para irse al fondo todos juntos en el verano de 1218 en el delta del Nilo?

El asedio de Damietta acabó de manera inesperada. Los defensores musulmanes, aislados y sin alimentos, fueron muñendo de hambre y de enfermedades; allí falleció, víctima de la fiebre, el maestre Guillermo de Chartres el 26 de agosto de 1218. Cuando los cruzados se dieron cuenta de lo que estaba pasando, se acercaron con cautela a la ciudad y la tomaron sin apenas lucha; ya no quedaban hombres vivos o sanos. El sultán de Egipto ofreció un pacto: entregarles Palestina a cambio de la paz y de la devolución de Damietta, además de reintegrarles la Vera Cruz.

No se llegó a un acuerdo y se reanudaron las hostilidades. Los cruzados dominaban parte del delta del Nilo, pero estaban atrapados en un terreno pantanoso que además se inundaba cada año con las crecidas del río. En el verano de 1220 los musulmanes abrieron los canales aguas arriba y toda la zona se inundó, causando un enorme desconcierto en los cruzados, que iniciaron una desordenada retirada. Miles de musulmanes cayeron sobre ellos provocando una matanza. Los cruzados capitularon y abandonaron Egipto. La Vera Cruz, que el sultán había ofrecido devolver a los cristianos, no apareció.

En 1219 los templarios eligieron maestre a Pedro de Monteagudo, que tenía experiencia como administrador por haber ejercido el cargo de preceptor en Provenza y Aragón, y además era considerado un hombre valeroso y diestro en el combate.

En 1227 el nuevo papa, Gregorio IX, hizo otro llamamiento a la cristiandad. La Sexta Cruzada se puso en marcha y a su frente iba a colocarse por primera vez un jefe indiscutible, Federico II, emperador de Alemania, que se puso en marcha en septiembre de 1227. A pesar de haber sido excomulgado por el papa, Federico II desembarcó en

Acre y fue recibido como un verdadero libertador; hasta los templarios le mostraron toda su fidelidad, pese a la enemistad del emperador con el papa. Federico se casó con Isabel, la hija del rey de Jerusalén Juan de Brienne; y al morir, recién nacido, el hijo de ambos, Federico, se coronó rey de Jerusalén.

El objetivo de Federico era uno solo: Jerusalén. Con apenas diez mil soldados, de ellos ni siquiera mil caballeros, se puso en marcha desde Acre hacia la Ciudad Santa en la segunda mitad de 1228. A los templarios se les planteó un grave conflicto. No podían ir a la par que Federico II, pues su plan estaba condenado por el papa, pero no podían faltar a sus votos de acudir en defensa de los cristianos en Tierra Santa.

El maestre Pedro de Monteagudo decidió seguir a Federico, pero a una cierta distancia. Los templarios no irían a Jerusalén al lado del emperador, pues estaba excomulgado, pero se mantendrían al alcance de la retaguardia por si los cristianos eran atacados para poder intervenir en su defensa. Con esa actitud el maestre Monteagudo creía cumplir los dos preceptos: obedecer al papa al no ayudar directamente a Federico y estar listos para ayudar a los cristianos si era necesario; los hospitalarios decidieron hacer exactamente lo mismo. Pero en el camino, el emperador hizo gala de su habilidad diplomática. Ofreció a los maestros del Temple y del Hospital que cabalgaran a su lado pero sin atenerse a sus órdenes; su ejército no era el del emperador de Alemania, sino el de Cristo, les dijo. Los dos maestros accedieron y templarios y hospitalarios se adelantaron hasta unirse al grueso del contingente.

Entretanto, Federico estaba negociando un acuerdo con el sultán de Egipto sobre Jerusalén. En 1229 esta ciudad había perdido gran parte de su importancia; tantos años de luchas y muertes habían esquilado a la población, que estaba muy disminuida. Además, buena parte de sus murallas había sido derruida, y ya no tenía para los musulmanes la importancia estratégica de antaño. Al sultán de Egipto no le causó demasiados problemas aceptar un pacto sobre la ciudad con Federico II, que lo único que pretendía era regresar a Europa revestido con la aureola de haber sido quien devolviera Jerusalén a la cristiandad.

Ambos soberanos llegaron al acuerdo de que Federico recibiría Jerusalén, Nazaret y Belén, pero los musulmanes conservarían Hebrón. Los Santos Lugares de todas las religiones serían respetados y los musulmanes mantendrían bajo su control la explanada del Templo de Salomón y sus dos mezquitas, la de la Roca y la de al-Aqsa, ambas abiertas al culto islámico.

En cuanto se enteraron de las cláusulas del tratado, los témplos se enfurecieron, como también los hospitalarios y el patriarca de Jerusalén, que los acompañaba. Federico los había engañado. Los templarios querían recuperar su antigua sede de al-Aqsa; hacía más de cuarenta años que habían sido expulsados de allí por Saladino y su orgullo quedó muy herido al comprobar que al-Aqsa, el lugar en el que se había fundado la Orden, iba a seguir siendo una mezquita y que en la mezquita de la Roca una inscripción que había ordenado colocar Saladino siguiera anunciando a todos cuantos pudieran leerla que «Salah ad-Din purificó esta Ciudad Santa de los politeístas».

El emperador entró en Jerusalén el 17 de marzo de 1229 y se auto-coronó como rey en la iglesia del Santo Sepulcro; a la ceremonia no asistieron los maestros del Temple ni del Hospital, ni por supuesto el patriarca, pero sí Hermann von Salza, el maestre de la Orden Teutónica, quien realizó un encendido elogio de Federico II. El emperador se sintió desairado y planeó vengarse de los templarios, a los que acusó de traición,⁸⁸ pues sospechaba que pretendían asesinarlo. Pero los caballeros de Cristo eran demasiado poderosos incluso para Federico, quien intentó secuestrar al maestre Monteagudo una vez que regresaron a Acre, pero desistió porque el maestre siempre iba protegido por una formidable escolta de caballeros. Federico II abandonó Tierra Santa el 1 de mayo de

1229; embarcó en Acre tras recibir una lluvia de inmundicias en su camino por las calles de la ciudad hacia el puerto. Tierra Santa volvía a quedar huérfana, y ahora sin siquiera un rey presente, pues aunque nominalmente lo era Federico II, sus intereses estaban exclusivamente en Europa.

El desconcierto también se cebó en la Orden del Temple, que a la muerte de Montegudo en 1232 eligió como nuevo maestre a Amiand de Périgord, quien en los primeros años de su mandato realizó acciones alocadas, como el ataque suicida a la fortaleza musulmana de Darbsaq, donde murieron varios caballeros y otros muchos fueron apresados. El caos general condujo a nuevos enfrentamientos entre templarios y hospitalarios, en torno a los cuales, y ante la ausencia de otra autoridad en la zona, se congregaron los nobles y los soldados cristianos. En su desesperación y soledad, los templarios llevaron a cabo acciones impropias de su condición de caballeros; en octubre de 1241 atacaron la ciudad de Nablús, mataron a todos sus habitantes y quemaron la gran mezquita. La Orden parecía abocada a convertirse en una organización al margen de lo que hasta entonces había sido. Claro que semejantes demostraciones de fuerza bruta la convirtieron en el único poder de referencia en los territorios cristianos de Tierra Santa.

Aunque en los primeros años de su mandato Armand de Périgord se vio sumido en el caos general que se extendió por Tierra Santa tras la marcha de Federico II, en los últimos dos años, 1243 y 1244, logró varios éxitos diplomáticos que restañaron los errores de la década 1230-1240. Armand, ante la división que se había extendido entre los musulmanes de Egipto y los de Siria, aprovechó la ocasión para recuperar el solar fundacional en Jerusalén. A fines de 1243 llegó a un acuerdo con el gobernador Ismail de Damasco, quien aceptó que los musulmanes se retiraran de las mezquitas de la Cúpula y de al-Aqsa. Los templarios regresaron a Jerusalén y se ofrecieron para dirigir la reconstrucción de las arrumbadas murallas y de la poderosa fortaleza conocida como la torre de David. Las buenas noticias llegaron a Roma y el papa Inocencio IV elogió a sus caballeros, con lo que volvieron a recuperar parte del prestigio perdido en los años anteriores.

Aun así, la recuperación de su casa matriz en la explanada del Templo fue efímera. Ayub, sultán de Egipto, lanzó un ataque contra su enemigo, el señor de Damasco, al que ayudaron los templarios. En el verano de 1244 Ayub se dirigió contra Jerusalén; los templarios casi habían acabado las fortificaciones, pero no fueron suficientes para resistir el ataque de los egipcios, apoyados por varios regimientos de feroces jinetes jorismios, mercenarios reclutados por Baibars en Asia Central; la división en el bando musulmán era la misma que en el cristiano. Los defensores no eran muchos y la ciudad cayó en manos musulmanas el 11 de junio; de los seis mil pobladores cristianos que había en ella sólo se salvaron trescientos. Jerusalén fue saqueada y la iglesia del Santo Sepulcro, tal vez la más venerada de la cristiandad, fue quemada.

Los egipcios aprovecharon su ventaja para asolar el sur de Palestina, y aunque los cristianos se rehicieron, fueron derrotados el 17 de octubre de 1244 en la batalla de La Forbie, al noreste de Gaza. Las tropas musulmanas las dirigía un general aguerrido que en los años siguientes sería el azote de los cristianos; se llamaba Baibars, y algunos lo consideraron un segundo Saladino. En la batalla murieron cinco mil cristianos. En ella participaron trescientos caballeros templarios, de los que sólo se salvaron treinta y tres, y entre ellos no estaban ni el mariscal ni el maestre Armand de Périgord, que cayeron en el combate. La cabeza del maestre fue cortada y exhibida como trofeo de guerra en las puertas de El Cairo.

El final de la presencia cristiana en Tierra Santa parecía ahora más próximo que nunca.

Capítulo 6 El final de la presencia templaria en Tierra Santa

6.1. La Séptima Cruzada (1248-1254)

En el año 1206, a orillas del río Onón, en el norte de Mongolia, tuvo lugar una reunión de clanes mongoles que cambiaría la historia. En una asamblea de jetes o *kuriltai*, los caudillos tribales decidieron nombrar a Temujín, un guerrero del clan de los borchigmes, gran kan de todos los pueblos de las estepas. Ese mismo día, Temujín, más conocido como Gengis Kan, inició la conquista del mundo.

Entre 1206 y 1227 los mongoles conquistaron China, Asia Central y llegaron hasta el corazón de Europa. Aquella horda de guerreros incansables arrasó a cuantos ejércitos y ciudades encontraron a su paso. Orgullosos de su gran kan, los mongoles crearon una maquinaria de guerra que parecía invencible.

En Occidente corría desde hacía varios siglos una curiosa leyenda. Se decía que más allá de las tierras del islam había un reino cristiano gobernado por un rey misterioso al que se denominaba como el Preste Juan. Cuando llegaron a Europa las primeras noticias de la expansión de los mogoles, no faltaron quienes creyeran que ese kan —obsérvese la similitud fonética entre Juan y Kan, pronunciado Jhan— era el monarca cristiano del fabuloso reino oriental, y que una alianza con este soberano dejaría a los musulmanes atrapados entre los dos grandes territorios cristianos, y sería así más fácil acabar con ellos.

En realidad, Gengis Kan no era un rey cristiano, pero entre los mongoles había muchos cristianos nestorianos que se habían convertido evangelizados por monjes seguidores de esta modalidad del cristianismo llegados a Asia Central desde Iraq, y probablemente también desde el norte de Paquistán y la India.

A mediados del siglo XIII viajaron hasta la corte del gran kan varios embajadores cristianos,⁹ que a su regreso describieron cómo era este pueblo y cuáles eran sus costumbres. Fue entonces cuando en Occidente se ideó la posibilidad de alcanzar un gran acuerdo con los mongoles y entre ambos, cristianos y mongoles, derrotar al Islam y repartirse sus dominios.

En 1227 murió Gengis Kan y dos años después fue elegido nuevo gran kan su tercer hijo, Ogodei, quien mantuvo la unidad del imperio pese a su desmedida afición a la bebida. No obstante, una figura como la de Gengis Kan, cuya autoridad fue absoluta, era irrepetible, y a la muerte de Ogodei el imperio se dividió en varias regiones dirigidas por los nietos de Gengis Kan, aunque siempre sometidos todos ellos a la autoridad nominal y teórica del gran kan.

El Islam, atrapado en 1247 entre cristianos y mongoles, parecía abocado a su desaparición.⁹⁰ La irrupción de los mongoles, que nadie había imaginado siquiera, trastocó por completo la situación.

Consciente de todo ello, Luis IX, rey de Francia, se embarcó en una nueva cruzada, la Séptima. Hombre devoto y piadoso, estaba obsesionado con las reliquias y con dar a la cristiandad el triunfo que necesitaba sobre el islam. En 1248 se había terminado en París uno de los edificios más asombrosos de la arquitectura europea, la Santa Capilla, un prodigio del arte gótico en el que las paredes de piedra habían sido completamente

sustituídas por vidrieras multicolores a través de las cuales el interior del edificio quedaba iluminado de una manera mágica. La construcción de la Santa Capilla había sido ordenada por Luis IX para guardar en ella varias reliquias que había comprado al emperador de Constantinopla, entre ellas la Vera Cruz y la corona de espinas que colocaron a Cristo sobre la cabeza durante la Pasión; era por tanto como un enorme y precioso relicario que el rey de Francia ofrecía a Cristo para guardar los emblemas de su sacrificio.

Con la Santa Capilla recién terminada, Luis IX juró sus votos de cruzado, concentró a su ejército y se hizo a la mar. En su ejército formaba una compañía de templarios al mando de Reinaldo de Vichiers, preceptor del Temple en Francia. En la primavera de 1249 desembarcó en el delta del Nilo, donde años atrás habían fracasado los cruzados, y el 5 de junio conquistó la ciudad de Damietta. Durante varios meses, y como ocurriera en 1219 en la Quinta Cruzada, los cristianos se mantuvieron en las zonas pantanosas del delta, intentando consolidar sus posiciones y preparando un ataque Nilo arriba hacia El Cairo.

Los templarios acudieron prestos a la llamada del rey de Francia y se presentaron en el delta, con su maestre al frente de al menos trescientos caballeros. El maestre del Temple era el francés Guillermo de Sonnac, un guerrero elegido en 1247, a los dos años de la muerte del anterior maestre, el normando Ricardo de Bures, que sólo ocupó el cargo seis meses. La silla del maestre había estado vacante dos años, demasiado, y Sonnac quería recuperar cuanto antes el tiempo perdido. Los templarios querían demostrar a toda la cristiandad que seguían siendo sus principales valedores en Tierra Santa, y en esa cruzada, con el rey de Francia presente, tenían una oportunidad inmejorable.

A finales de 1249 Luis IX decidió avanzar río arriba hacia la ciudad de Mansura; cuando llegaron ante ella, Baibars, el general del ejército egipcio, les tendió una trampa. Dejó abiertas las puertas y los cruzados, con trescientos templarios en vanguardia, entraron en la ciudad sin tomar precauciones. Cuando una buena parte de ellos estaba dentro, comenzaron a dispararles desde las azoteas, causando una gran matanza en los cristianos, que apenas podían maniobrar en las estrechas callejuelas, convertidas en una verdadera ratonera. Doscientos ochenta y cinco templarios murieron allí, y sólo escaparon cinco, entre ellos el maestre Sonnac, que resultó malherido y falleció a las pocas horas; era el 8 de febrero de 1250.

Baibars contraatacó desde Mansura tres días después y se entabló una gran batalla el 11 de febrero. Miles de muertos por ambos bandos cubrieron de cadáveres el campo de batalla; entre ellos estaba el maestre del Temple, quien ante la vergüenza sufrida por la muerte de sus hermanos en la encerrona de la ciudad, prefirió lanzarse a la muerte que vivir con aquel pesar. Su cuerpo fue recogido por los pocos templarios que quedaron vivos tras la batalla de Mansura.

Unos días después se rindió el ejército cristiano, y el rey Luis fue capturado. Pudo ser liberado gracias al pago de 200.000 libras, 170.000 procedentes del tesoro real de Francia, todo cuanto quedaba, y 30.000 que tuvo que aportar el Temple. En el acuerdo estaba contemplada la entrega de Damietta a los musulmanes, que se hizo efectiva el 6 de mayo de 1250.

Luis IX no podía regresar así a Francia, de modo que decidió que darse en Acre para intentar ganar tiempo y mitigar en lo que fuera posible el desastre de Mansura. La mayoría de los nobles que había acudido a la llamada del rey regresó a Francia; con Luis IX se quedaron tan sólo unos mil quinientos hombres.

El Temple había perdido a su maestre, y era necesario elegir a su sustituto. Luis IX influyó cuanto pudo para que el cargo recayera en la persona de Reinaldo de Vichiers, que había sido comendador de Acre y después preceptor de la Orden en Francia, y por tanto el encargado de recaudar el dinero para la Séptima Cruzada y de organizar la in-

tendencia y el viaje. Era además un fiel aliado del rey, y hombre de su plena confianza. El Capítulo General del Temple, pese a la incompetencia demostrada por el rey de Francia, aceptó su propuesta y Reinaldo de Vichiers, que había ocupado el cargo de mariscal, fue elegido nuevo maestro.

Desde su fortaleza en Acre, Luis IX procuró alcanzar algún éxito que le permitiera regresar a Francia con el orgullo y la estima recuperados. Trató de conseguir del sultán de Egipto la cesión de Jerusalén, aprovechando las endémicas disputas entre los musulmanes, y jugó a incidir en la confusión entre las diversas facciones del islam para debilitarlo desde dentro. Pero los cristianos estaban igual de divididos; templarios y hospitalarios seguían profesándose un desprecio mutuo y en 1251 volvieron a enfrentarse violentamente.

Por su parte, los templarios seguían negociando, como acostumbraban, por su cuenta. El maestro Vichiers había cerrado un acuerdo secreto con el emir An-Nasir Yusuf, señor de Alepo, quien, enemistado con los mamelucos de Egipto, había ocupado Damasco. El pacto consistía en el reparto de unos territorios en Siria entre templarios y An-Nasir. Cuando Luis IX supo de la existencia de este tratado, ordenó al maestro que lo rompiera. Y para que no quedara duda de su autoridad, organizó una ceremonia que causó un tremendo malestar entre los templarios. En presencia de todo el ejército obligó al maestro a romper ese pacto, humillándolo ante sus caballeros. Desde luego, para ellos fue una afrenta terrible, pues su autonomía quedaba absolutamente deshecha ante la subordinación del maestro al rey de Francia. Un cronista que escribió medio siglo después de este episodio lo narró del modo siguiente:

El rey se enfureció mucho y le dijo [al maestro del Temple] que se había mostrado muy audaz por establecer convenios o negociaciones con el sultán sin hablarle de ello; y el rey le exigió una reparación. Y la reparación fue la siguiente: el rey mandó levantar los paneles de tres de sus tiendas y allí se reunió con el grueso del ejército que quiso acudir; y el maestro del Temple acudió, y todos los religiosos, descalzos, a través del campo, porque sus tiendas estaban fuera del campo. El rey mandó sentarse al maestro del Temple ante su persona, así como al enviado del sultán, y el rey le dijo al maestro: «Maestro, le diréis al enviado del sultán que lamentáis haber acordado una tregua con aquél sin haberme hablado de ello. [...] Ahora arrodillaos» dijo el rey «y decid públicamente que habéis ido en contra de mi voluntad». El maestro se arrodilló.⁹²

Luis IX, fracasado su intento de recuperar Jerusalén, poco más tenía que hacer en Tierra Santa, y en 1254, tras seis años de cruzada, decidió que era hora de regresar a Francia.

El Capítulo del Temple eligió en 1256 como maestro a Tomás Berard, probablemente un caballero inglés, a quien creyeron con carácter suficiente como para no dejarse influir por ningún soberano. La Orden quería volver a recuperar la autonomía perdida, pero a partir de 1254 las órdenes militares se quedaron solas. La retirada de Luis IX constituyó el principio del largo final de la presencia cristiana en Tierra Santa.

Todavía quedaba una remota esperanza. En 1253, en un *kurihai* celebrado en el curso alto del Onón, los jefes mongoles encargaron al príncipe Hulegu la conquista de Jerusalén; el plan se inscribía en un amplio acuerdo cerrado con el rey cristiano Hetum I de Armenia, vasallo del Imperio mongol.⁹³ La formidable maquinaria de guerra que era el ejército mongol se puso en marcha. Varios miles de soldados atravesaron las cordilleras de Asia Central e irrumpieron en territorio musulmán. En 1256 destruyeron el castillo de Alamut, en el norte de Irán, donde desde finales del siglo XI estaba la fortaleza en

la que tenía su sede la secta de los «Asesinos», en 1257 ya estaban a las puertas de Europa y al año siguiente, en febrero, tomaron y arrasaron la ciudad de Bagdad, sede del califato abasí y orgullo de la civilización islámica desde hacía cinco siglos. Lo que no habían logrado las siete grandes cruzadas organizadas por los cristianos desde 1095 hasta 1248, es decir, el fin del islam, parecía que estaban a punto de lograrlo los mongoles. La caída de Bagdad fue un verdadero aldabonazo en la conciencia de todos los musulmanes. Es cierto que, desde que cayera bajo el protectorado de los turcos a mediados del siglo XI, el Imperio abasí ya no había vuelto a convertirse en la gran potencia que fue en los siglos IX y X, y que la ciudad de Bagdad, aun manteniendo buena parte de su población, de su influencia económica y de su desarrollo cultural, no disfrutaba ni mucho menos de la brillantez de la época del califa Harum ar-Rachid, cuya figura inspirara la colección de relatos reunidos bajo el título de *Las mil y una noches*, pero ambos seguían siendo un referente para los musulmanes. El avance mongol con el apoyo de los cristianos de Armenia se fue cerrando como una tenaza sobre Siria.

No todos los cristianos de Oriente estaban de acuerdo con la alianza sellada con los mongoles. El papado, pese a haber enviado varias embajadas ante el gran kan, recelaba de esos hombres de las estepas que permitían en sus tierras que se practicara libremente todo tipo de religiones y que no mostraban la menor sumisión hacia Roma. A esta animadversión se sumaba el recuerdo de las viejas profecías, basadas en el libro de Ezequiel y en el Apocalipsis de san Juan, en las que se auguraba que la cristiandad sería destruida por las tribus de Gog y Magog,⁹⁴ que llegarían de las frías tierras del este como una plaga aniquiladora. Los mongoles fueron identificados por algunos visionarios como los hijos de Gog y Magog.

Así, en 1259 los mongoles estaban a punto de invadir Tierra Santa, los musulmanes aguardando un destino que presentían trágico y los cristianos divididos entre los que se habían aliado con los mongoles y los que los contemplaban como enemigos peores si cabe que los propios musulmanes. Algunos príncipes cristianos, como Bohemundo VI de Antioquía, pactaron con los emisarios del gran kan y por ello fueron excomulgados por el legado papal.⁹ Pero ese año murió Mong-ka, el cuarto de los grandes kanes, y Hulegu tuvo que regresar a Mongolia para participar en el *kurihai* encargado de designar a su sucesor. El mando del ejército quedó entonces en manos de su lugarteniente, el general Kitbuka, un cristiano nestoriano con el que los cristianos de Tierra Santa podrían entenderse mejor; pero la marcha de Hulegu mermó considerablemente las fuerzas mongoles, que quedaron reducidas a veinte mil guerreros.

En enero de 1260 los mongoles y sus aliados cristianos tomaron la ciudad de Alepo y su formidable fortaleza en una sola semana, y el 1 de marzo entraban triunfantes en Damasco; Kitbuka lo hizo acompañado de sus aliados cristianos el rey Hetum I de Armenia y el príncipe Bohemundo VI de Antioquía y Trípoli. Pero entretanto, el príncipe cristiano Julián de Sidón atacó a unas patrullas mongoles; el resultado fue la destrucción de esa ciudad como represalia de los mongoles y la imposibilidad de alcanzar un pacto general entre éstos y los cristianos. Siria entera cayó en su poder, en tanto el islam oriental quedaba reducido a Egipto y a los desiertos de Arabia. Todo parecía presagiar que su fin estaba próximo.

Los mamelucos decidieron actuar de manera casi desesperada. Un ejército salió de El Cairo en el mes de julio de ese año 1260 y avanzó hasta Gaza, donde aniquiló a un pequeño destacamento mongol que había llegado hasta allí como avanzadilla. Kitbuka decidió entonces ir directamente contra los mamelucos y dirigió su ejército de veinte mil mongoles hacia el sur bordeando el mar de Galilea por su orilla oriental. El sultán mameluco Qutuz salió al encuentro de los mongoles sabiendo que su ejército era muy superior en número.

La batalla se libró el 3 de septiembre de 1260 cerca del río Jordán, en una estrecha llanura entre el monte Gilboa y los cerros de Galilea, en un lugar conocido como El pozo de Goliat, *Ayn Yaiut* en árabe. El ejército mongol fue aniquilado y la cabeza de Kitbuka enviada a El Cairo como trofeo de guerra; sólo cinco días más tarde los mamelucos entraban en Damasco como libertadores. La batalla de El pozo de Goliat fue sin duda una de las más importantes de la historia; la derrota mongol supuso el final de sus ambiciones en Oriente Próximo y nunca más volvieron a esta zona. Algunos historiadores han supuesto que, de haber ganado esa batalla el ejército mongol, la historia del mundo hubiera sido muy distinta.⁹⁶

Los mamelucos tomaron represalias contra la población cristiana de Siria, que fue aniquilada. El sultán Qutuz decidió regresar a El Cairo para hacer una entrada triunfal como salvador del islam, pero su gran general Baibars, contrariado por no recibir el premio del que se creía merecedor, lo asesinó en el camino. El propio Baibars asumió el sultanato mameluco y fue él quien entró victorioso en El Cairo. La derrota mongol, la desunión de los cristianos y el ascenso de Baibars fueron los síntomas que anunciaron la agonía del reino cristiano de Jerusalén.⁹⁷

En Europa las posturas sobre los templarios empezaban a enconarse; así, mientras en 1259 Jaime I declaraba que los templarios estaban bajo su protección, el influyente intelectual Roger Bacon acusaba a las órdenes militares de practicar «un celo brutal».⁹⁸

6.2. La Octava Cruzada (1270)

A la llamada para organizar una nueva cruzada que proclamó el papa Urbano IV en 1263 no respondió nadie. Los templarios comprendieron que todo por lo que habían luchado durante siglo y medio comenzaba a desmoronarse y que no se advertían síntomas de que la cristiandad reaccionara. Así lo contemplaba un caballero templario en una carta que escribió en 1265 en Tierra Santa, y en la que augura el desastre ante la falta de esperanza y la corrupción de la Iglesia, a la que acusa de haberse olvidado de Tierra Santa para centrarse en sus intereses terrenales en Europa:

El monasterio de Santa María se convertirá en una mezquita, y puesto que Su Hijo, que debería dolerse por ello, se muestra complacido ante este hecho, nosotros también nos vemos forzados a mostrarnos complacidos con El. ¡Pobre de aquel que quiera luchar contra los turcos, porque Jesucristo ya no le contesta! Ellos han vencido y, aunque me pese, vencerán a los franceses y a los tártaros, y a los armenios y a los persas. Saben bien que cada día nos humillarán, puesto que Dios, que en otro tiempo velaba, hoy duerme, y Mahoma resplandece de poder y hace que resplandezca el sultán de Egipto. El papa concede con mucha generosidad las indulgencias a los franceses y provenzales, que lo ayudan contra los alemanes. Nos da muestras de mucha codicia, ya que nuestra Cruz no vale lo mismo que una cruz turonesa y quiere abandonar la cruzada por la guerra de Lombardía. Nuestros legados, os digo la verdad, venden a Dios y su perdón por dinero.

Un juglar y poeta, tal vez miembro del Temple, escribía en ese mismo año 1265 un poema en el que denuncia el abandono de la Orden a su suerte y la escasa esperanza de los templarios, abocados a un final irremediable:

La ira y el dolor se han asentado hasta tal punto en mi corazón
que apenas me atrevo a permanecer con vida.
Pues no hemos tomado en honor de Aquél que fue puesto en su cruz.

Ni la cruz ni la ley valen ya nada para nosotros,
 ni nos protegen contra los felones turcos,
 ¡a los que Dios maldiga!,
 pero parece, por lo que puede verse,
 que Dios quiera mantenerlos para nuestra perdición.
 Han conquistado primero Cesárea,
 y tomado por asalto la fortaleza de Asur.
 ¡Ay, Dios mío!
 ¿Dónde han ido los sargentos y los burgueses
 que había entre los muros de Asur?
 Por desgracia, ha perdido tanto el reino de Oriente
 que, a decir verdad, jamás podrá reponerse.
 ¡Qué desesperación y abandono!
 En medio del naufragio,
 a los templarios no les queda más que la Virgen,
 sublimación de todo el amor cortés de aquel siglo
 apasionado. Pues Nuestra Señora fue el principio de nuestra
 religión,
 y en Ella y en Su honor estará, si Dios quiere,
 el final de nuestras vidas y el final de nuestra Orden,
 cuando Dios quiera que así sea.¹⁰⁰

En 1265 Baibars sitió San Juan de Acre; doscientos templarios formaron ante la puerta y los musulmanes les dijeron que abjuraran de su fe y aceptaran el islam. El comandante templario exhortó a sus hombres a permanecer en la fe de Cristo. Los musulmanes lo sacaron de la fila y lo torturaron con tenazas. Prefirió el martirio a abjurar.

En la segunda mitad del siglo XIII aparecieron los primeros síntomas de la larga crisis que afectó durante toda la Baja Edad Media a Europa. Por ello, el Temple se vio obligado a pactar con sus seculares enemigos. En 1266 el maestre Berard mantuvo correspondencia secreta con Qala'un, el emir del sultán Baibars. Abandonados por todos, enfrentados con media cristiandad, los templarios actuaron desde entonces de manera absolutamente autónoma. Su misión ya no era proteger a los peregrinos, que cada vez llegaban en menor número a Tierra Santa, sino defenderse a sí mismos. Sus bajas en las cruzadas habían sido enormes y cada vez llegaban menos caballeros de refresco y menos rentas de sus encomiendas en Europa. Ya sólo cabía resistir desesperadamente y aguardar un final irremisible. En el ataque de los mamelucos al castillo de Safed en junio de 1266 murieron sus seiscientos defensores por no rendirse; los templarios que lo custodiaban fueron decapitados. Cada baja era muy difícil de reemplazar, y ante esa situación, Baibars entendió que había llegado el momento de acabar con la presencia cristiana en tierras del islam. De ahí que, pese a las conversaciones secretas con los templarios, su decisión fuese firme. En 1268 Baibars conquistó Antioquía, que durante casi dos siglos había sido un verdadero símbolo del triunfo cristiano en Tierra Santa.

En 1268 Baibars atacó Jaffa; el comandante templario se rindió. Antioquía fue destruida y la que había sido una de las mayores ciudades de Siria quedó convertida en un poblachón. Los templarios iniciaron el repliegue y abandonaron sus castillo de Baghras y la Roca de Russole.

En 1269 uno de los reyes más prestigiosos de la cristiandad, el aguerrido Jaime I de Aragón, conquistador de los reinos musulmanes de Mallorca y de Valencia, decidió por su cuenta organizar una cruzada. Sus embajadores habían estado negociando con los tártaros (los mongoles), sin llegar a ningún acuerdo, pero de esas conversaciones surgió

la idea de acudir a Tierra Santa. Tenía sesenta años y, tras guerrear durante toda su vida contra el islam andalusí, había dedicado la última década a gobernar sus Estados y a acordar pactos y tratados con sus vecinos castellanos y franceses. Probablemente ya no estaba en condiciones de iniciar una aventura bélica pero en su vejez se despertaron en él los recuerdos de sus años de infancia, en los que fue educado por los templarios en el castillo aragonés de Monzón. La armada del rey de Aragón, compuesta por más de treinta navíos, partió hacia Tierra Santa el 4 de septiembre desde Barcelona. Una tormenta desbarató la armada; la galera del rey recaló en el sur de Francia y decidió regresar a Barcelona. Algunas naves continuaron su ruta y llegaron hasta las costas de Palestina, desembarcando en Acre.¹⁰¹

Luis IX de Francia siguió el ejemplo de Jaime I de Aragón. El soberano francés, atormentado por su fracaso veinte años antes, deseoso de calmar su alma ante la proximidad de la muerte, zarpó de sus bases portuarias en la Provenza el 1 de julio de 1270 y en pocos días alcanzó las costas de Túnez. Apenas tuvo tiempo para organizar la cruzada, porque falleció el 25 de agosto. La efímera Octava Cruzada acabó de manera tan fulminante como había comenzado, pero Luis IX alcanzó tras su muerte una recompensa que había buscado en vida: fue proclamado santo, el único monarca elevado a los altares de cuantos remaron en Francia, «la hija predilecta de la Iglesia».

En Tierra Santa la noticia del fracaso de Jaime I, y sobre todo de Luis IX, acabó con las escasas esperanzas de ayuda, si es que todavía quedaba alguna. Baibars seguía con su ofensiva total y en 1271 conquistó el Krak de los caballeros, la formidable fortaleza de los hospitalarios que se había construido para ser inexpugnable. Un intento de organizar una nueva cruzada que predicó Gregorio X el 7 de mayo de 1274 en Lyon acabó en fracaso; de todos los soberanos de la cristiandad sólo acudió el anciano Jaime I de Aragón, que propuso construir una flota y enviar en ella cinco mil caballeros y dos mil infantes.

La muerte de Baibars, envenenado en 1277, concedió una tregua a los cristianos, que seguían enfrentados entre ellos. Los hospitalarios odiaban a los templarios y procuraban aliarse con cualquiera que mostrara la más mínima enemistad hacia ellos; los templarios correspondían a los hospitalarios con el mismo odio y estaban enfrentados con príncipes cristianos como Bohemundo VII y el rey de Chipre, y con los genoveses, ya abiertos rivales de los venecianos, los únicos que mantenían una cierta alianza con el Temple.

Entre 1283 y 1289 se acordó una tregua que convenía a todas las partes; los mameucos tenían que solventar la sucesión de Baibars y los cristianos intentar resolver sus enconadas disputas. Es probable que el papado lamentara su antigua cerrazón a pactar con los mongoles, y en 1285 procuró establecer nuevos contactos con su gran kan.¹⁰² Pero el Imperio mongol ya no tenía el menor interés en el occidente de Asia. El emperador Kubilai estaba asentado en el trono de Pekín y se había convertido en un soberano más próximo a las refinadas costumbres chinas que al espíritu aventurero de los mongoles. Una pequeña porción de tierra en un extremo perdido del mundo carecía de atractivo para el «soberano del cielo».

Qala'un, sultán de Egipto desde 1279, juró que arrojaría a los cruzados al mar, retomó la ofensiva paralizada tras la muerte de Baibars por la tregua y el 27 de abril de 1290 conquistó Trípoli. Los templarios no podían mantener sus fortalezas y se replegaron a sus posiciones en la costa. Los dominios cristianos en Tierra Santa se habían reducido a tan sólo una estrecha franja costera de apenas veinte kilómetros de ancha entre el litoral sino y el palestino, interrumpida por varias fortalezas ya en manos de los musulmanes.

El nuevo maestro del Temple, Guillermo de Beaujeu, que en 1273 había sucedido a

Tomás Berard, carente de hombres y de recursos, ordenó a sus caballeros que se replugaran a las fortalezas que todavía conservaban en el litoral. La defensa se basaría en mantener la posesión de la ciudad de Acre, protegida por el mar y por un doble recinto de poderosas murallas.

El rey Enrique II, que en 1285 había heredado las coronas de Chipre y de Jerusalén, pidió desesperadamente ayuda al papa. La alarma fue transmitida a toda la cristiandad, pero sólo respondió el rey de Aragón, que envió a Acre cinco galeras. También llegó a Acre una flota en la que viajaban centenares de fanáticos y aventureros dispuestos a apoderarse de cualquier botín que cayera en sus manos. Hacía tiempo que el espíritu original de las cruzadas se había perdido y estos mercenarios eran hombres de fortuna sin más ambición que robar cuanto les fuera posible.

En cuanto llegaron a Acre en 1290, se desplegaron por sus calles, atiborradas de gente que buscaba allí el último refugio, y se dedicaron a asaltar a los mercaderes musulmanes que, procedentes sobre todo de Damasco, hacían negocio aprovisionando de mercancías a la ciudad.

Los témplanos tuvieron que actuar como una especie de policía urbana y las autoridades cristianas apenas lograron restablecer la calma, que ese agosto volvió a romperse cuando, tras un banquete, un grupo de esos mercenarios salió a las calles a degollar a cuantos musulmanes encontraron a su paso. Los que consiguieron huir denunciaron ante el sultán Qala'un lo que estaba sucediendo en Acre y éste decidió acabar con tal situación. Envío una embajada a Acre para que le entregaran a los culpables de los asesinatos de los mercaderes musulmanes, pero las autoridades cristianas se negaron alegando que los musulmanes habían intentado violar a una cristiana, lo que había provocado la vergüenza de los cristianos.

Qala'un no aceptó la excusa y decidió conquistar Acre. En la mezquita mayor de El Cairo y ante un ejemplar del Corán, el sultán de Egipto juró solemnemente que no dejaría las armas hasta expulsar al último cruzado. Convocó al ejército y escribió una carta al maestro del Temple en la que le decía que Acre debía ser destruida. Los contactos secretos entre los templarios y los musulmanes seguían existiendo y el maestro le pidió al sultán que contemplara la posibilidad de dejar tranquila Acre a cambio de un rescate. Qala'un lo consideró, pero el 4 de noviembre de 1290 ordenó a su ejército que se pusiera en marcha rumbo a Palestina. Tenía setenta años y murió una semana después de iniciada la campaña. Pero su muerte nada cambió; le sucedió su hijo Jalil, quien continuó el plan trazado por su padre.

El maestro del Temple, que sabía cuáles eran las intenciones del sultán, había intentado convencer a los defensores de Acre para llegar a un acuerdo, pero fue tachado de cobarde y de estar más preocupado de sus intereses económicos y de sus negocios con los mercaderes musulmanes que de luchar por la defensa de los Santos Lugares.

6.3. El final del Temple en Tierra Santa

Perdida Jerusalén, la ciudad de Acre se había convertido en 1191 en la sede en Tierra Santa de la Orden del Temple. Era una ciudad ubicada sobre un saliente rocoso, a la orilla del mar, a la altura del paralelo del norte del lago de Tiberiades, en la ruta costera entre el Líbano y Palestina. Estaba rodeada de agua por el sur y el oeste, mientras que los lados este y norte los protegía un doble recinto murado articulado con numerosas torres. El vértice donde se unían los dos lados estaba defendido por los dos torreones más potentes del recinto, llamados torre Nueva y torre Maldita. En el centro de la ciu-

dad se levantaba un castillo y en el extremo sur, pegado a la orilla, una enorme fortaleza llamada precisamente el Temple o la Bóveda de Acre, porque era en ella donde tenía su sede central la Orden. El puerto se abría en el lado sur, protegido por un muro y un muelle que lo aislaban de la playa próxima.

Los habitantes de Acre debieron de apesadumbrarse cuando contemplaron el despliegue de los miles de soldados musulmanes que se extendían por el llano fuera de sus muros. Parecía obvio que, si no recibían ayuda inmediata del exterior, estaban perdidos. La suerte de Acre estaba echada. El 5 de abril de 1291 el sultán Jalil se presentó ante sus murallas; comenzaba así el último gran episodio de los cruzados en Tierra Santa.

El ejército egipcio era uno de los más imponentes jamás reclutado por los mamelucos; estaba integrado por la formidable cifra de cuarenta mil jinetes y ciento sesenta mil peones, un total de doscientos mil soldados, muchos de ellos veteranos de las campañas realizadas por los sultanes Baibars y Qala'un. Además de semejante número de combatientes, el sultán disponía de doscientos mandrones, máquinas de asedio capaces de lanzar enormes piedras a más de trescientos metros de distancia, y las dos mayores catapultas jamás construidas hasta entonces, que fueron llamadas la *Victoriosa* y la *Furiosa* y para cuyo transporte fueron necesarias varias decenas de carros arrastrados por doscientos bueyes durante un mes desde la localidad egipcia de Hosn al-Akrad, en Egipto, donde habían sido construidas a piezas.

Frente a semejante poderío, los defensores eran unos pocos miles de cristianos divididos entre caballeros templarios, hospitalarios, caballeros de la Orden Teutónica, franceses, ingleses, pisanos, venecianos, genoveses, milicias concejiles de la propia ciudad de Acre y caballeros del rey de Chipre.

Nada más iniciarse el asedio, las catapultas comenzaron a lanzar proyectiles sobre la ciudad con el fin de minar la resistencia de los defensores, que, ante la imposibilidad de recibir ayuda, sólo podían esperar el asalto final o huir en los barcos anclados al abrigo del puerto.

Sin embargo, los templarios no estaban dispuestos a mantenerse pacientes sopor-tando los disparos de las catapultas, así es que planearon una salida para desbaratar algunos de esos ingenios, sobre todo la *Victoriosa*, que estaba dirigida por uno de los hijos del sultán, el joven de dieciocho años Abu-l-Fida. El maestro del Temple planificó la salida para la noche del 15 de abril, que sería dirigida por el mariscal. Trescientos jinetes, la mayoría témplos reforzados con algunos caballeros ingleses, se concentraron en el interior de la puerta de San Lázaro, ubicada en el norte de la ciudad, cerca de la línea costera. A la orden del mariscal, los trescientos caballeros se lanzaron contra el campamento musulmán donde se agrupaban los musulmanes que asediaban Acre desde el sector norte. Lo que en principio iba a ser un golpe de mano con la intención de acabar con la *Victoriosa* y provocar el desánimo entre los sitiadores, acabó en un desastroso fiasco. En medio de la oscuridad de la noche, las patas de los caballos de los templarios y de los ingleses se trabaron entre el marasmo de cuerdas que sujetaban las tiendas del campamento de los musulmanes y no pudieron maniobrar. Los musulmanes acudieron prestos y liquidaron a dieciocho de ellos. El resto se retiró a Acre derrotado. A la mañana siguiente las cabezas de los dieciocho caballeros templarios fueron enviadas a la tienda del sultán Jalil como trofeo de guerra.

Los hospitalarios, que defendían la otra mitad del lado norte, decidieron realizar unos días después otra salida nocturna. Pretendían enseñar a los templarios cómo se debían hacer las cosas. La caballería de los hospitalarios salió por la puerta de San Antonio, pero los musulmanes ya estaban prevenidos, encendieron antorchas y fogatas y a la luz de las llamas los hospitalarios fueron presa fácil. Los supervivientes corrieron a refugiarse en la ciudad.

La moral de los defensores comenzaba a derrumbarse a la vez que sus murallas, golpeadas una y otra vez por los dos centenares de catapultas que arrojaban sin cesar miles de proyectiles sobre ellas y sobre la ciudad. Un rayo de esperanza llegó el 4 de mayo; el rey de Chipre arribó al puerto con víveres y dos mil soldados de refuerzo. Los mamelucos no habían llevado su flota con ellos, de modo que los barcos cristianos podían entrar y salir libremente del puerto sin impedimento alguno, por lo que los suministros a la ciudad no escaseaban.

El rey de Chipre asumió el mando, que hasta entonces nadie ejercía de manera unificada, y envió una embajada ante el sultán con el propósito de conseguir algún acuerdo. El encargado de parlamentar con el sultán fue el caballero templario Guillermo de Canfranc, que hablaba bien el idioma árabe. En plena conversación con Jalil, una piedra lanzada por una catapulta desde los muros de Acre cayó al lado de donde se estaban entrevistando. El sultán se enfureció y las negociaciones quedaron rotas de inmediato.

Un mes de insistente bombardeo había causado estragos en los muros; algunas torres estaban en ruinas y en el exterior miles de guerreros mamelucos aguardaban ansiosos la orden de asalto. Los minadores habían cavado túneles bajo las torres y acumularon leña, a la que prendieron fuego. Varias torres comenzaron a caer; el 8 de mayo se vino abajo la torre Maldita, una de las principales; por primera vez en mucho tiempo se vio luchar sobre sus ruinas codo con codo y en el mismo bando a caballeros templarios y a hospitalarios; el 15 de mayo lo hizo la llamada torre de Enrique II. Pese a la defensa heroica de los sitiados, los musulmanes ganaban cada día una torre y un tramo de muralla. El 16 de mayo había caído la exterior de las dos líneas de muralla.

El vértice central del recinto estaba a punto de quebrarse y con ello toda la ciudad caería de inmediato. Para evitarlo, el 18 de mayo templarios y hospitalarios lanzaron una contraofensiva para recuperar la torre Maldita. En el combate cayó gravemente herido el maestre del Temple Guillermo Beaujeu, alcanzado en la axila derecha por una flecha. De todos los que participaron en ese intento, sólo sobrevivieron diez templarios y siete hospitalarios. El maestre murió pocas horas después y también su lugarteniente, caído sobre las ruinas de la torre. El maestre del Hospital también resultó herido de gravedad, aunque pudo ser retirado y puesto a salvo en un barco.

La desbandada fue total y los que pudieron se abalanzaron sobre los muelles del puerto en busca de un barco en el que poder huir. El rey Enrique II de Chipre embarcó con sus caballeros rumbo a su isla. El patriarca de Jerusalén se hundió con su galera porque cargó más peso del que podía soportar. La confusión en el puerto era absoluta y algunos desaprensivos la aprovecharon para enriquecerse. Uno de ellos fue precisamente un sargento templario llamado Roger de Flor, natural de Brindisi, quien se hizo con una galera propiedad del Temple llamada *El Halcón*, gracias a la cual amasó una fortuna cobrando pasaje a ricas damas a cambio de un medio de huir de Acre. Roger de Flor fue expulsado del Temple por ello, se convirtió en un corsario y acabó dirigiendo a los almogávares en la famosa Compañía catalana que arrasó el oeste de Anatolia a comienzos del siglo XIV.

El ataque general que los musulmanes lanzaron a continuación desbordó el segundo recinto en la zona de la puerta de San Antonio, en el centro de las murallas, por donde penetró un torrente de soldados musulmanes prestos a acabar con toda resistencia. Cuantos cristianos se encontraron en la ciudad fueron asesinados y sus casas y tiendas saqueadas.

Los defensores que no habían huido en alguno de los barcos que escapaban del puerto se replegaron hasta el extremo occidental de la ciudad, encerrándose en «el Temple». Durante diez días resistieron todos los ataques y el permanente bombardeo de las catapultas. Los arquitectos que habían construido aquel edificio lo habían levantado a

conciencia, de modo tan sólido que parecía inexpugnable.

Pedro de Sévry, mariscal del Temple, era el encargado de dirigir la defensa tras la muerte del maestre. El sultán le ofreció un pacto: todos quedarían libres y podrían marcharse con sus armas y propiedades si entregaban el edificio. Sévry aceptó. Un destacamento de mamelucos entró en la fortaleza para hacerse cargo de la rendición, pero los soldados musulmanes amenazaron a las mujeres y se entabló una lucha en la que los templarios acabaron con todo el destacamento. Esa misma noche Teobaldo de Gaudin embarcó con el tesoro de los templarios a través de un portón que daba directamente desde la fortaleza al mar y puso rumbo norte, hacia el castillo del Mar, junto a Sidón.

Al día siguiente los mamelucos pidieron excusas por lo sucedido el día anterior e invitaron a Sévry a que acudiera ante el sultán para recibirlo en persona. El conde mariscal del Temple así lo hizo y con una escolta de caballeros salió de la fortaleza. Todos fueron decapitados allí mismo.

Entretanto, una brigada de zapadores egipcios había construido dos túneles bajo la fortaleza y los había entibado con maderos; les prendieron fuego y un lienzo de los muros exteriores de la fortaleza templaria se vino abajo, abriendo una brecha por donde dos mil mamelucos se lanzaron al asalto. La lucha que se entabló a continuación entre los defensores templarios y los asaltantes duró poco. Las minas que habían abierto los zapadores eran demasiado grandes y como quiera que los maderos allí depositados seguían ardiendo, todo el edificio se vino abajo aplastando tanto a los defensores templarios como a los soldados musulmanes que habían penetrado por la brecha. Era el día 28 de mayo de 1291; esa noche no quedaba ya un solo cristiano vivo en Acre.

En el verano de 1291 fueron cayendo una a una las pocas ciudades y fortalezas que mantenían los cruzados: Haifa, Tortosa, Tiro, Beirut y Sidón. Los templarios evacuaron el castillo Peregrino, la gran fortaleza nunca conquistada, el 14 de agosto; recogieron a todos sus caballeros en Tierra Santa, y marcharon a Chipre. Una guarnición que dó apostada en el islote de Ruad, a unos tres kilómetros frente a la ciudad costera de Tortosa, y allí se mantendría hasta 1303. La época de las cruzadas, la presencia de los templarios en Tierra Santa y su razón de ser habían terminado.

Capítulo 7 Caída y supresión del Temple (1292-1314)

7.1. El último esfuerzo

En agosto de 1291 y tras la derrota en Acre, fue elegido maestre del Temple Teobaldo de Gaudin; la elección se llevó a cabo en la ciudad de Sidón unos días antes de ser definitivamente abandonada por los cristianos. Gaudin gobernó la Orden poco más de un año, hasta el 16 de abril de 1293. A los pocos meses fue elegido Jacques de Molay, natural del Franco Condado, que sería el último maestre del Temple. El cargo le fue disputado por Hugo de Peraud, tesorero de la encomienda de París y amigo del rey Felipe IV, que lo apoyaba. El proceso de elección fue muy acalorado y tuvo que intervenir como mediador el maestre de los hospitalarios. Felipe IV no olvidaría la derrota de su candidato, que era la suya propia.

Se ha dicho que Molay era un hombre poco cultivado, de escasa inteligencia, muy reducida elocuencia y sin profundidad de pensamiento. Era sobre todo un soldado al que, según las crónicas de la época, no le faltaba valor. Su ascenso al cargo de maestre coincidió con el peor momento de la Orden. Abandonada Tierra Santa, en la cristiandad surgieron muchas voces que cuestionaron la validez de los templarios, e incluso hubo quien abogó por su disolución al carecer de objetivos concretos que cumplir. El Orden de los caballeros templarios se había identificado de manera muy profunda con Tierra Santa,¹⁰³ y más en concreto con la defensa de los peregrinos y de los cristianos que allí habitaban, aunque mantenía intactas todas sus encomiendas y posesiones en Europa. Sin embargo, desaparecido el dominio cristiano de tierras de Palestina y Siria, la función para la que había sido creada y que había venido desarrollando durante casi dos siglos había dejado de existir, y con ella su razón de ser.

Molay había nacido poco antes de 1240 y entró en la Orden en una encomienda en Beaune, cerca de Dijon, con el rango de caballero en 1265, pues era miembro de una familia de la baja nobleza afincada en la ciudad de Besançon. Su carrera en la Orden debió de ser brillante, pues si bien no es muy conocida, eso parece deducirse del cargo de mariscal que ocupaba en el momento de su elección. Desde luego, era un reconocido experto en la construcción de fortalezas y un buen estratega militar, porque de otro modo jamás hubiera sido elegido para dirigir el ejército de la Orden.

Pese a su escasa capacidad intelectual, en cuanto fue elegido maestre o se dio cuenta de la penosa situación del Temple o fue informado y alertado de ella por sus consejeros, porque al poco tiempo de tomar posesión del cargo viajó a Europa en busca de ayuda. En diciembre de 1294 se encontraba en Roma, donde asistió a la abdicación del anciano papa Celestino V y a la elección del nuevo pontífice, Bonifacio VIII, quien ratificó la exención (del pago de cualquier tipo de impuestos) de la Orden en la isla de Chipre.

Chipre, donde los templarios habían tenido muy mala experiencia en la corta época en que a fines del siglo XIII la gobernaron, se había convertido en el refugio de todos los miembros de la Orden que tuvieron que abandonar los castillos de Tierra Santa en 1291. A un Capítulo General del Temple, celebrado por estas fechas en la ciudad chipriota de Nicosia, asistieron cuatrocientos caballeros, la mayoría, pues en la isla de Chi-

pre debía de haber alrededor de quinientos. Molay pretendía renovar la Orden tras el abandono de Tierra Santa; para ello abogaba por una mayor disciplina, por lo cual se confiscaron los objetos personales de los templarios y cualquier tipo de escrito que tuvieran guardado; también se retiraron todas las ropas que no fueran reglamentarias y se reforzaron todas las normas de la regla.

El reino chipriota hubiera podido ser un buen dominio para los ténplanos, como lo sería la isla de Rodas para los hospitalarios, si en su momento, allá por 1190, hubieran comprendido la importancia de poseer un señorío territorial de estas características donde asentar su autonomía y extender su dominio. Pero no fue así. Chipre había sido adquirida a los ténplanos por la familia de los Lusignan, y eran ellos los señores de la isla cuando hubo que abandonar Sina y Palestina. En esas circunstancias, la convivencia no era fácil. Los reyes de Chipre tenían instalado en el interior de sus dominios a un poder autónomo, como era el Temple, que nunca obedecería sus mandatos, en tanto los templarios carecían de unas bases territoriales propias en las que asentarse con seguridad. Y así, los enfrentamientos no tardaron en producirse. En 1298 Molay discutió con el rey de Chipre por el control del ejército templario.

Entretanto, el papado optó por intentar recomponer la situación y sondeó el estado de la cristiandad para convocar una nueva cruzada. Ya en 1291, el 21 de marzo, poco antes de la caída de Acre, el papa Nicolás V había realizado una convocatoria de cruzada. Los que quisieran asistir a ella deberían reunirse el 24 de junio de 1293. Cuando la bula de la nueva cruzada llegó a sus destinatarios, reyes, príncipes, nobles y clérigos europeos. Acre ya había caído en poder del Islam y no existía una sola posesión cristiana en Tierra Santa, exceptuando el islote de Ruad. La convocatoria papal fue un absoluto fracaso.

Sólo quedaba una solución: intentar retomar la vieja alianza con los mongoles, quienes a punto estuvieron de lograr la derrota del Islam cuarenta años antes. El soberano mongol de las tierras del Occidente asiático era entonces el ilkan Ghazan, quien aceptó el acuerdo que le ofreció el rey cristiano de Armenia. Los templarios, ansiosos de participar en nuevas batallas tras ocho años de inactividad en Chipre, se sumaron a la alianza que años atrás tanto habían denostado. Mongoles, armenios y templarios se reunieron en el otoño de 1299 en las ruinas de la otrora imponente ciudad de Antioquía, ahora reducida a un montón de ruinas. El ejército combinado de estas tres fuerzas se elevaba a unos cien mil hombres, divididos en varios cuerpos de ejército. Uno de ellos, compuesto por treinta mil combatientes, lo dirigía Jacques de Molay. Era la primera vez que un maestro del Temple tenía bajo su mando vanas divisiones del ejército mongol. Los aliados avanzaron hacia el sur hasta encontrarse con el formidable ejército musulmán, integrado por unos ciento cincuenta mil soldados, la mayoría mamelucos de Egipto.

El enfrentamiento entre ambas fuerzas se produjo los días 22 y 23 de diciembre de 1299. De un lado formaban los mongoles de Ghazan, los armenios del rey Hetum y los templarios, además de algunos armenios, chipriotas y los caballeros hospitalarios, y del otro los musulmanes. La batalla, librada en Hims, entre Alepo y Damasco, es una de las más grandes de cuantas se han librado en la historia de la humanidad. Los musulmanes fueron derrotados y durante seis meses el sur de Siria y el norte de Palestina quedaron en manos de los aliados. Los ténplanos pudieron regresar, aunque por muy poco tiempo, a su primera sede en el Templo de Jerusalén.¹⁰⁴ En el verano del año 1300 un maestro del Temple, Jacques de Molay, pudo pisar el suelo de la explanada de las mezquitas, ciento doce años después de que la Orden tuviera que abandonarla cuando Saladino la conquistara.

Aun así, para afianzar este triunfo hacían falta tropas que consolidaran las conquis-

tas, miles de hombres dispuestos a acudir a la defensa de Tierra Santa, como había ocurrido durante los últimos doscientos años. Jacques de Molay envió columnas de soldados en varias direcciones con instrucciones de moverse mucho y rápido para dar la impresión de que eran muchos más hombres de los que realmente había, pero fue en vano. El papa no convocó ninguna nueva cruzada y los templarios debieron abandonar definitivamente Jerusalén, aunque todavía realizaron algunas incursiones en la región de Tortosa y en el delta del Nilo.

A los europeos, inmersos en los inicios de una larga crisis que duraría dos siglos, ya no les interesaba ni Tierra Santa, ni los Santos Lugares ni la mismísima Jerusalén. Los templarios eran los únicos que mantenían un cierto espíritu de resistencia ante el Islam, encarnado en la guarnición que habían destacado en Ruad, un islote rocoso a tres kilómetros de la costa a la altura de la ciudad de Trípoli, que no disponía ni siquiera de agua para abastecer a su guarnición. Pese a todo, los templarios aguantaron allí hasta 1303, cuando la mayoría de los defensores sucumbió ante un ataque de veinte barcos y diez mil soldados mamelucos; sólo unos pocos lograron huir y alcanzar las costas de Chipre. Jacques de Molay había decidido mantener este enclave con ciento veinte caballeros, quinientos arqueros y cuatrocientos sirvientes, pese a las dificultades y gastos que entrañaba esa defensa, con la esperanza de disponer de una cabeza de puente desde la que invadir Tierra Santa. La derrota de mongoles y armenios en 1303 en la batalla de Marj as-Saffar, unos pocos kilómetros al sur de Damasco, acabó definitivamente con las pocas esperanzas que les quedaban a los templarios.

Ante la gravedad de la situación, el papado optó por aplicar algunas medidas urgentes. Una de ellas consistió en proponer la unión de las órdenes de Temple y del Hospital en una sola. El proyecto no fue bien visto por los templarios, a quienes no les apetecía en absoluto mezclarse hasta confundirse en una nueva orden fruto de la fusión con sus enemigos seculares, los hospitalarios. El papa sostenía que la existencia de una sola orden mejoraría mucho su acción y su eficacia. Desde luego, los templarios se negaron y su maestre Molay se mostró tajante: el Temple debería seguir siendo una orden autónoma y con su propia personalidad.

La propuesta del papado iba en serio. En 1301 se presentó en Chipre el sabio mallorquín Ramón Llull, una de las figuras más prestigiosas y consideradas de la Iglesia de su tiempo. Propuso al maestre Molay que reconsiderara la idea de la fusión de las dos grandes órdenes de la cristiandad. Llull tenía sesenta y seis años y pese a su edad y a la fama que le precedía no pudo lograr que el maestre del Temple alterara su negativa a la unión. Una tradición asegura que Llull había sido salvado por los templarios de un envenenamiento del que fue víctima durante su viaje a Oriente. Los hospitalarios también se negaron a considerar siquiera su fusión con el Temple; ninguna de las dos órdenes estaba dispuesta a renunciar a su autonomía.

7.2. El inicio del fin

El Temple era demasiado poderoso; a principios del siglo XIV ya no tenía que mantener castillos y tropas en Tierra Santa, y aunque las rentas señoriales estaban cayendo debido a la crisis que comenzaba a sentirse en toda Europa, seguía disponiendo de dinero y propiedades; un oscuro complot empezó entonces a urdirse contra los templarios.

Desde 1285 reinaba en Francia Felipe IV, nieto de Luis IX el Santo, el que fuera ascendido a los altares por el papa Bonifacio VIII en 1296, sólo veintiséis años después de su muerte en la que sería la última gran cruzada. Felipe IV es conocido con el apela-

tivo de «El Hermoso», dada su elevada estatura, su altivez, su tez pálida y su rubia cabellera. El monarca era un hombre de fuerte carácter y estaba empeñado en hacer del suyo un gran reino. Durante buena parte de su vida se había enfrascado en guerras para ampliar los menguados territorios de la corona de Francia, lo que le había costado mucho dinero; la guerra contra Flandes había dejado las arcas reales muy menguadas a principios del siglo XIV y con enormes deudas, a las que se sumaban las heredadas de la guerra de su padre, Felipe III, con la Corona de Aragón, a las que el tesoro de Francia no podía hacer frente.

Para poder hacer efectivas las dotes de su hermana Margarita, a la que casó con el rey Eduardo I de Inglaterra, y de su hija Isabel, que contrajo matrimonio con el príncipe de Gales, tuvo que pedir dinero al Temple; su amigo el tesorero de la casa de París, Hugo de Peraud, se lo concedió en préstamo. Las deudas contraídas por Felipe IV con el Temple eran enormes; el rey de Francia sabía que jamás podría pagarlas. Tal vez fue entonces cuando comenzó a maquinarse su plan para destruirlo.¹⁰⁵

Por otra parte, Felipe IV ansiaba controlar a la Iglesia y someterla a un tributo, a lo que se opuso con firmeza el papa Bonifacio VIII, quien en 1296 había publicado la bula *Clericis laicos* por la que se aplicaba la pena de excomunión a cuantos exigieran impuestos extraordinarios al clero sin el acuerdo del papa.¹⁰⁶ Con intereses tan encontrados, el conflicto entre el rey de Francia y el papa parecía inevitable.

Felipe IV consideraba que intervenir en el control de las rentas que se producían en sus dominios, incluidas las eclesiásticas, era un derecho feudal que el soberano ejercía, en tanto el papa Bonifacio defendía que el poder del sumo pontífice estaba por encima de cualquier otro en la tierra; en la bula *Unam Sanctam* llegó a afirmar: «Toda criatura humana está sometida al pontífice romano y su sumisión es indispensable para su salvación».

La tensión iba en aumento; en 1297, el rey Felipe declaró ante dos delegados pontificios que el gobierno temporal de su reino era suyo, y solamente suyo; y para demostrar al papa quién era el dueño, expulsó al obispo de París de su puesto. El siguiente paso consistió en crear un impuesto que gravaba a los eclesiásticos. El conflicto estaba servido. Felipe IV ansiaba las riquezas de la Iglesia, y entre ellas estaba la enorme fortuna que se decía que atesoraban los templarios, a quienes el papa apoyaba pese a que el odio y el rencor hacia ellos iba en aumento en toda Europa.

Bonifacio VIII se había convertido en un estorbo para el rey de Francia, y por ello los agentes del monarca pusieron en marcha una intensa campaña para desacreditar al papa, que fue acusado de herejía y sodomía. Eran éstos dos pecados terribles, y más si quien los cometía era el máximo responsable de la Iglesia.

El plan diseñado por los agentes de Felipe IV se fue cerrando, y lo consumó uno de sus hombres de confianza. Se trataba de Guillermo de Nogaret, nacido hacia 1265. Este personaje había estudiado leyes en Montpellier y había sido juez real en la localidad de Beaucaire en 1295. Felipe IV se fijó en él y le encomendó la misión de acabar con el papa. Algunos historiadores sostienen que Nogaret era nieto de un cátaro que había sido excomulgado por el papa Bonifacio VIII, y que por ello sentía un enorme rencor hacia la Iglesia. En cualquier caso, la ascensión de Nogaret fue meteórica.

El canciller preparó hasta veintinueve acusaciones contra el papa, entre otras las de sodomía, herejía, robo, hechicería y asesinato. El papa respondió excomulgando a Felipe IV y colocando a todo el reino de Francia bajo interdicto.

Nogaret fue enviado entonces a la localidad italiana de Agnani, donde se encontraba Bonifacio VIII, con la misión de amedrentarlo. Las tropas francesas pusieron sitio a la ciudad en septiembre de 1303, y entraron en ella para dirigirse enseguida hasta la residencia papal. Un sicario de Nogaret, llamado Sciarra Colonna, natural de Florencia

y miembro de una importante familia italiana entre la que había dos cardenales a los que Bonifacio había excomulgado (Pedro y Jaime Colonna) abofeteó al papa sin siquiera quitarse el guante. La humillación para la Iglesia fue terrible, y Bonifacio VIII no pudo soportarla; el papa, abatido, ofendido y humillado, murió a las pocas semanas, se dijo que de vergüenza. Sus sucesores, Benedicto XI, envenenado en julio de 1304 con unos higos, y sobre todo Clemente V, elegido tras estar más de un año vacante la sede de San Pedro, se plegaron a los intereses de Francia. Clemente V llegó incluso a levantar la excomunión sobre los dos cardenales Colonna que habían apoyado a Felipe de Francia en contra de Bonifacio VIII.

El rey de Francia guardaba su tesoro en el enorme complejo que el Temple tenía en París;¹⁰⁷ sabía por tanto que esta orden militar disponía de mucho dinero, el suficiente como para que se acabaran los apuros económicos de la corona.

Los templarios conocieron las intenciones de Felipe IV. El rey de Francia se las había comunicado al papa y éste se las hizo saber a Jacques de Molay, que a mediados de 1305 estaba en Europa rogando que fuera elegido un nuevo papa que predicara una cruzada. El maestre convocó un gran cónclave de la Orden en París entre los días 24 y 29 de agosto de ese año; allí les transmitió a los comendadores lo que un año antes le había dicho el papa Benedicto XI. Pero este pontífice había muerto sin convocar la cruzada, y en noviembre fue elegido en Viterbo el arzobispo de Burdeos, un francés llamado Bertrand de Got, que era un hombre fiel al rey francés.

Felipe IV tenía un plan bien diseñado. El 29 de diciembre de 1305 hizo votos de cruzado y tomó la cruz, emulando a su abuelo Luis IX, a la vez que proponía al papa la necesidad de que se fusionaran las órdenes militares para una mayor eficacia en su labor de defensa de la cristiandad; la nueva orden resultante sería dirigida por uno de sus hijos.

En realidad, Felipe IV estaba tratando de ganar tiempo, pero la crisis que afectaba a su reino empezaba a tener serias consecuencias. Para hacerle frente tuvo que devaluar varias veces la moneda, sin que estas medidas supusieran ninguna mejora; al contrario, la situación de carestía y hambruna iba en aumento en toda Francia, y sobre todo en las ciudades, donde la población apenas tenía para comer. Los momentos más graves se vivieron en los primeros meses de 1306 en París, donde estalló una revuelta popular de tal magnitud que el mismo rey se vio obligado a refugiarse en el recinto del Temple, el bastión más poderoso de toda la ciudad. La hipocresía del monarca y su difícil situación le llevaron a solicitar ser admitido en el Temple como miembro honorífico de la orden, pero los templarios le negaron el ingreso. El monarca consideró este rechazo como una ofensa que no olvidaría.

El rey de Francia seguía entretanto con su doble juego; en la primavera de 1306 comenzaron a correr los primeros rumores de que los templarios realizaban prácticas y ritos maléficos. Los agentes de Felipe IV, hábilmente instruidos por Nogaret y por Pedro de Blois, un jurista que elaboró muchos de los panfletos en los que se acusaba al Temple de todo tipo de delitos, difundieron las acusaciones más terribles, entre otras que estos caballeros obligaban a los novicios a realizar ritos imcíaticos, a escupir sobre el crucifijo, a tener relaciones homosexuales y a adorar a ídolos. Para un cristiano esos delitos sólo podían acarrear como castigo la muerte.

A lo largo de 1306 los rumores fueron creciendo y se extendieron por toda Francia con suma celeridad. Los bienes del Temple eran codiciados por el rey, y la riqueza de la orden, su altanería y orgullo y la creencia cada vez más extendida de que practicaban ritos secretos provocó que fueran mirados con creciente inquina por parte de la gente común. En julio, los judíos fueron expulsados de Francia; buena parte de sus bienes pasaron a la corona. Se trataba de un paso más en el plan de enormes confiscaciones

diseñado por Felipe IV y sus consejeros, una especie de ensayo general sobre lo que les iba a ocurrir a los templarios.¹⁰⁸

Jacques de Molay, maestre del Temple, conoció estos comentarios contrarios a su Orden estando en la isla de Chipre, a donde había regresado tras su estancia en París. Su reacción fue inmediata; el maestre templario embarcó en Chipre, donde seguía en octubre, rumbo a Europa, y lo hizo rodeado de una gran pompa y boato. La travesía del Mediterráneo fue rapidísima, pues el 12 de noviembre ya estaba en Poitiers, donde se reunió con el papa y con el maestre del Hospital. Traía un memorando en el que respondía a la propuesta de fusión de las órdenes, en el cual, aun considerando que dicha fusión podría acarrear algunos beneficios, señalaba que los inconvenientes serían mucho mayores, por lo que descartaba esa propuesta, alegando que el Temple era más rico que el Hospital, y que por tanto los templarios saldrían perdiendo con la unión. Además, propuso que el papa predicara una nueva cruzada.¹⁰⁹

Mientras, Felipe IV encargó a sus agentes que difundieran que los templarios estaban rodeados de escándalos; los rumores ya eran conocidos por todo el mundo, e incluso algunos caballeros expulsados del Temple se encargaron de airearlos con detalles. Enterado de lo que estaba pasando, Jacques de Molay pidió al papa Clemente V que abriera una investigación sobre esos rumores que circulaban ya por todas partes sobre los presuntos escándalos protagonizados por los templarios, sin duda para demostrar que no tenían nada que temer. El pontífice accedió y el 24 de agosto de 1307 anunció que se iniciaba un proceso para averiguar qué había de verdad en aquellas acusaciones.

Pero mientras los templarios actuaban de esta manera, Felipe IV estaba tramando una encerrona. El día 14 de septiembre de 1307 envió a todos los oficiales de sus reinos una circular en la que les ordenaba que estuvieran dispuestas unas fuerzas armadas para la noche del 12 de octubre, y además añadía otra orden sellada con el mandato de que no se abriera hasta ese mismo día 12. La orden secreta indicaba que todos los caballeros templarios destinados en las encomiendas de Francia fueran arrestados bajo las terribles acusaciones de cometer pecado de orgullo, de avaricia, de crueldad, de celebrar ceremonias degradantes, de proferir blasfemias, de practicar ritos idólatras y de sodomía.

Parece increíble que los templarios no tuvieran noticia de esta orden real. A pesar de haber realizado numerosas acciones de espionaje en Tierra Santa y de tener una amplia red de encomiendas, nada supieron sobre la tragedia que sobre ellos se avecinaba. Ni siquiera el maestre Molay adivinó lo que iba a ocurrir, pues poco antes del día señalado para su apresamiento recibió una invitación del rey para asistir en París a las exequias que se iban a celebrar por la muerte de Catalina de Courtenay, esposa de Carlos de Valois, el hermano del soberano; al maestre se le concedía el honor de sostener el paño fúnebre. Nada le hizo presagiar que al día siguiente iba a ser preso.

Molay ha sido tildado de «poco imaginativo, inflexible y carente de astucia»,¹¹⁰ y en efecto, sus actos así parecen definirlo. No sospechó lo más mínimo de las intenciones del rey, y por ello los templarios fueron sorprendidos sin que ofrecieran la menor resistencia.

En la orden remitida el 14 de septiembre a todos los senescales del reino, Guillermo de Nogaret indicaba que el día 13 de octubre todos los templarios de todas las encomiendas del reino de Francia deberían ser apresados a la misma hora y confiscados todos sus bienes. El canciller de Francia, que era además arzobispo de Narbona, dimitió el 22 de septiembre, y Felipe IV nombró entonces a Nogaret para ocupar este cargo. En un mes los oficiales del rey pusieron en marcha un complejo sistema operativo que funcionó perfectamente. Poco antes de amanecer el 13 de octubre de 1307, los guardias de Felipe el Hermoso entraron a la vez en todos los conventos y residencias de los templarios y los apresaron sin el menor contratiempo.

Jacques de Molay fue arrestado en París, donde descansaba tras haber participado en la ceremonia fúnebre de la cuñada del rey. Ningún templario se resistió a la orden de su captura. El despliegue policial fue enorme, pues fueron apresados a la vez los veinte mil miembros del Temple, de ellos sólo quinientos cuarenta y seis eran caballeros, que vivían en las alrededor de tres mil casas que tenía el Temple en toda Francia. Para que semejante operativo funcionara como lo hizo, debieron de participar en el mismo no menos de cincuenta mil hombres armados.

¿Cómo es posible que fueran capturados sin resistir? Se ha dicho que la mayoría eran hombres ya muy mayores o que no habían combatido nunca, pues los soldados templarios preparados para luchar estaban en Chipre. Aunque hubiera sido así en la mayoría de las encomiendas, es seguro que el maestre estaría protegido por un grupo de caballeros bien armados y muy diestros en el manejo de la espada; pero tampoco éstos se defendieron. Da la impresión de que se dejaron atrapar convencidos de que lo que les estaba ocurriendo era como una pesadilla, que a ellos, a los caballeros que más habían peleado por defender los Santos Lugares, los que más hermanos muertos habían dejado en los campos de Tierra Santa, no les podía pasar cuanto en verdad sí estaba sucediendo.

7.3. El proceso

Desde luego, la redada alcanzó un éxito total. La noche del 13 de octubre todos los templarios de Francia estaban presos en nombre del rey y bajo la custodia de sus oficiales. El plan diseñado por Guillermo de Nogaret había funcionado a la perfección. Los cargos de los que se les acusaba fueron cayendo uno a uno sobre ellos como losas. Pueden sintetizarse en los diez siguientes:

1. Obligar a los novicios a abjurar de Dios, Cristo, la Virgen y los Santos como requisito para ingresar en la Orden.
2. Realizar actos sacrilegos sobre la cruz o la imagen de Cristo.
3. Practicar una ceremonia infame de recepción de los neófitos con besos en la boca, ombligo y nalgas.
4. No consagrar las hostias por los sacerdotes templarios y no creer en los sacramentos; omitir en la misa las palabras de la consagración.
5. Adorar a ídolos con la forma de un gato y de una cabeza humana.
6. Practicar actos de sodomía; dar besos a los novicios en la partes pudendas.
7. Arrogarse por parte del maestre y de otros oficiales la facultad de perdonar los pecados.
8. Celebrar ceremonias nocturnas con ritos secretos.
9. Quedarse con las riquezas mediante fraude y abuso de poder.
10. Tener orgullo, avaricia y crueldad, realizar ceremonias degradantes para los iniciados y proferir blasfemias.

Con los templarios encarcelados se hacía necesario actuar con diligencia, aunque Felipe IV sabía que nadie estaba dispuesto a mover un dedo en su defensa. La leyenda de la extraordinaria riqueza del Temple, su orgullo rayano en la altanería, sus abundantes posesiones en toda Europa, su autonomía dentro de la Iglesia, sus aires de suficiencia e independencia en Oriente y el secretismo que lo rodeaba habían provocado en todos

los estatutos de la sociedad un rechazo general a los templarios.

Al día siguiente de la detención masiva, Nogaret convocó a un grupo de profesores de la Universidad de París y les explicó con detalle las acusaciones que pesaban sobre la Orden. Había allí algunos teólogos y expertos en leyes; ninguno, al parecer, mostró una opinión contraria a la decisión real.

El 16 de octubre, conforme iban llegando a París noticias del éxito de la operación, Felipe IV puso en marcha una gran ofensiva diplomática dirigida a convencer a los reyes de la cristiandad europea para que hicieran lo mismo y arrestaran a los templarios de sus respectivos reinos. Jaime II de Aragón lo rechazó contestando que los templarios «habían vivido en forma digna de encomio como hombres religiosos... Han sido siempre fieles a nuestro servicio, reprimiendo a los infieles».

Poco después comenzaron los interrogatorios. El primero en ser preguntado fue el maestro, que seguía preso en París. La primera sesión tuvo lugar el 24 de octubre, y continuó al día siguiente, ahora en presencia de profesores de la Universidad de París, a la que Felipe IV quería presentar como garante de todo el procedimiento.

¿Sabía el papa Clemente V cuáles eran las intenciones del rey de Francia? Si las conocía, lo supo disimular con habilidad, pues, presuntamente muy ofendido, el 27 de octubre dirigió una carta al soberano en la que le mostraba su indignación por el arresto de los templarios, a quienes el papado seguía considerando el verdadero ejército de la Iglesia. No obstante, salvo la protesta formal, el papa nada más hizo de momento para paliar las detenciones.

La sede del Temple en París y las del resto de encomiendas en Francia fueron registradas minuciosamente, pero no apareció en ninguna de ellas ese fabuloso tesoro que se decía que poseían, ni los ídolos satánicos ni ningún documento comprometedor. Felipe IV sintió por ello una enorme frustración; estaba convencido, o al menos eso parece deducirse de su actuación, de que los templarios guardaban en cámaras ocultas riquezas sin cuento procedentes de Tierra Santa. Pero la realidad era bien distinta. La rentas de las encomiendas de Europa se destinaban a dotar de hombres y medios a los castillos y conventos templarios en Oriente, de modo que cuanto conseguían recaudar en Occidente iba destinado a sostener sus actividades en Oriente. Además, a principios del siglo XIV la regresión económica había afectado a toda Europa, y los templarios también lo habían notado en sus balances económicos y en un notable descenso de sus ingresos.

El papa necesitaba alguna prueba contundente para apoyar al rey de Francia sin parecer sospechoso de connivencia, y Felipe IV la consiguió de manera un tanto fraudulenta. Un oscuro delincuente llamado Esquiú de Floyran, que había sido prior de Montfaucon, en el Périgueux, estaba preso en espera de la pena de muerte a que había sido condenado por haber asesinado al maestro provincial, que lo había destituido de su cargo de prior y no había querido reponerlo en él. Floyran huyó a Aragón y pretendió vender su delación al rey Jaime II, pero éste no aceptó. Entonces Floyran regresó a Francia, y ahí se urdió el plan. Compartía celda en la prisión de la ciudad de Agen con un templario renegado que le confesó los delitos cometidos por la Orden del Temple cuando él era miembro de la misma. Floyran reveló a sus guardianes las confesiones del templario a cambio del perdón y de una suma de dinero, y acusó a los templarios de herejía. Guillermo de Nogaret, que dirigía todo el procedimiento en nombre del rey y que sabía lo que hacía porque era jurista, necesitaba al menos un testigo de cargo, y lo encontró en Esquiú de Floyran. Para la Inquisición esa denuncia era suficiente, y además, el gran inquisidor de Francia, Guillermo de París, era el confesor del rey desde 1305. Ya había una acusación formal de un testigo. Ahora los templarios debían demostrar su inocencia.

Desde luego, este asunto parece un montaje burdo y simple de los agentes del rey de Francia, pero fue suficiente para que el papa, instalado en Aviñón, considerara como

justificado el arresto. Con este informe del rey en la mano, Clemente V publicó el 22 de noviembre de 1307 la bula *Pastoralis praeminentiae*, en la que elogiaba a Felipe IV, al que denominaba «defensor de la fe y verdadero hijo de la Iglesia», reconocía que las acusaciones contra los templarios eran veraces, ordenaba que fuera investigada la Orden del Temple en toda la cristiandad y que las autoridades civiles confiscaran todos sus bienes hasta que pudiera hacerse cargo de ellos la Santa Sede.

Tan sólo cuatro días después enviaba desde Aviñón una delegación formada por tres cardenales para que interrogaran personalmente a Jacques de Molay. En la sesión, que tuvo lugar en París, el maestre defendió la inocencia de su Orden.

Al rey de Francia le interesaba que todo este asunto se complicara, a fin de poder maniobrar en la confusión. Por todas partes surgieron acusaciones, como la que recayó sobre el obispo de Troyes, a quien un individuo llamado Noffo Dei -un nombre, por cierto, bastante sospechoso— acusó de herejía, sin duda para evitar que el proceso contra el Temple cayera en manos del papado; pero enseguida se demostró que este hombre había mentado y fue ahorcado.

Felipe IV estaba dispuesto a que la persecución encarnizada que había iniciado contra los templarios acabara definitivamente con la Orden. Conseguida la acusación mediante testigos, aunque fueran tan sospechosos que no parece haber duda de que estaban preparados o comprados por los agentes de la corona, los templarios comenzaron a ser torturados a fines de 1307. El maestre del Temple tenía cerca de setenta años y ante las torturas confesó todos los delitos imputados, y con él los demás altos dignatarios de la Orden. Molay se acusó de haber escupido sobre la cruz, de haber renegado de Cristo, de haber practicado la sodomía y de haber adorado a ídolos. Las torturas causaron mella en los caballeros; de los 138 templarios que fueron sometidos a interrogatorio en París, se supone que bajo tortura o amenaza de ella, 134 confesaron haber realizado las prácticas de que se les acusaba y tan sólo cuatro las negaron.

Conforme iban llegando a las encomiendas de la Orden fuera de Francia las noticias de lo que estaba sucediendo en París y en ese reino, la estupefacción de los caballeros templarios iba en aumento. El papa tuvo que reaccionar; en mayo de 1308 el rey de Francia convocó una reunión de los Estados Generales en la ciudad de Tours, y unos días después, entre el 26 y el 29 del mismo mes, se entrevistaron el rey y el papa en Poitiers. Allí se decidió que fuera el papado quien tomara el control del proceso. El rey aceptó colocar a los templarios bajo custodia del pontífice. Entretanto, el maestre Molay fue trasladado desde París al castillo de Chinon para proseguir los interrogatorios.

Fruto de la nueva situación fueron las bulas *Faciens misericordiam* y *Regnans in coelis*, emitidas el 12 de agosto de 1308; en ellas se instaba a los obispos de todas las diócesis de la cristiandad a crear comisiones interrogatorias integradas por dos canónigos, dos dominicos, dos franciscanos y el propio obispo para interpelar a los templarios. La respuesta de los reinos cristianos sobre los caballeros de Cristo fue muy desigual. Portugal y Castilla no reaccionaron hasta que se promulgaron esas bulas; en Chipre, donde radicaba la casa central de la Orden, se negaron en principio a entregarse, pero al final claudicaron sin resistencia 83 caballeros y 35 sargentos; en Aragón hubo una defensa armada de los castillos, donde resistieron hasta fines de la primavera de 1309; en Flandes la orden de detención de 13 de noviembre no causó ningún efecto y tuvo que ser repetida el 26 de marzo de 1308; en Alemania comenzaron a ser detenidos en el verano de 1308.

Los interrogatorios se intensificaron a mediados de 1308. Algunos templarios, al verse ahora bajo la custodia de la Iglesia, decidieron retractarse de las confesiones que habían realizado bajo tortura. Eso fue todavía mucho peor para ellos, pues la Inquisición condenaba a la hoguera a los relapsos.

Como resultado de los interrogatorios llevados a cabo entre mediados de 1308 y octubre de 1309, el papa Clemente V, que ese mismo año se había instalado en Aviñón, recibió un informe de doscientos folios, una copia del cual quedó en París. Para consultar este expediente era necesario un permiso especial del papa.

Todos los interrogatorios se habían basado en un cuestionario preparado al efecto, cuyos principales puntos eran los siguientes:

Primeramente que en su admisión en la Orden y a veces después cuando encontraban ocasión para ello renegaban de Cristo Jesús o del Crucificado y también de Dios, de la Virgen y de todos los santos y santas de Dios, inducidos o exhortados a ello por ellos mismos que los recibían en la Orden.

ítem que ordinariamente los freires practicaban lo mismo.

ítem que la mayor parte de ellos lo hacían.

ítem que también después de su recepción algunas veces.

ítem que aquellos que los recibían decían y aseveraban a los nuevos admitidos que Cristo no era verdadero Dios, y lo mismo a veces de Jesús y a veces del Crucificado.

ítem decían a los nuevos admitidos que Cristo era falso profeta.

ítem que decían que Cristo no había sufrido la Pasión ni había sido crucificado por la redención del género humano sino por sus propios crímenes.

ítem que ni admitentes ni admitidos tenían la esperanza de alcanzar la salvación por Cristo, y esto o algo parecido les decían a los aspirantes.

ítem que obligaban a los aspirantes a escupir sobre la cruz o sobre la señal o escultura de la cruz y sobre la imagen de Cristo, aunque los candidatos a veces escupían junto a la cruz.

ítem que los obligaban a pisotear la misma cruz.¹¹¹

Una de las declaraciones más singulares fue la que el 13 de mayo de 1310 hizo el sargento templario Aymery de Villiers-le-Duc, quien, asustado por lo que estaba pasando y por las torturas, sentenció: «Mataría al mismo Dios sí me lo pidieran».

Desde luego, el informe que leyó Clemente V era demoledor para los templarios, y en consecuencia emitió el 12 de noviembre la orden de arrestar a todos los miembros del Temple en todas partes e iniciar un proceso general cuya fase de interrogatorios duró hasta el 26 de mayo de 1311. El 22 de noviembre emitía desde Aviñón la orden a todos los soberanos cristianos de arrestar a los caballeros ténplanos de las encomiendas de cada uno de sus reinos.

Jacques de Molay volvió a ser interrogado por la comisión papal el 26 de noviembre de 1309. El maestre debía de estar cansado, confuso y con su espíritu muy quebrantado tras dos años de prisión, interrogatorios varios y torturas; con más de setenta años, su ánimo se vino abajo y declaró que era ya incapaz de defender al Temple. A partir de ese momento, centenares de templarios fueron quemados en hogueras; 36 de ellos fueron ejecutados en París a fines de 1309, y en el resto de la cristiandad miles de caballeros y sargentos fueron torturados y ejecutados una vez que confesaron ser culpables de los delitos imputados.

La persecución total que había encabezado el rey de Francia estaba dando sus frutos. Felipe IV se había autoproclamado «Guardián de la cristiandad de Occidente» y bajo ese título se consideraba con derecho a justificar cuanto estaba haciendo. Sus problemas económicos no estaban resueltos, pues el presunto tesoro templario no aparecía pese a las torturas y a las ejecuciones, y tal vez por ello acusó al Temple de haber propiciado las revueltas populares.

Poco a poco pero de manera inexorable, las acusaciones contra los templarios iban tomando cuerpo y forma. El 14 de marzo de 1310 se plantearon 127 artículos, que se incluyeron en el enorme expediente contra la Orden, que constituían el fruto del cuestionario general.

Publicadas las acusaciones, el papa emitió la bula *Alma Mater*, conocida el 4 de abril, en la que explicaba las razones del procesamiento.

Entonces, y tal vez como reacción, se produjo un hecho novedoso; quinientos cincuenta templarios pidieron declarar en defensa de la Orden. En mayo ya eran más de medio centenar los templarios que, retractándose de declaraciones anteriores en las que se habían inculcado, mostraban su rechazo a la condena, se proclamaban inocentes y aseguraban que habían admitido su culpa a causa de las torturas. Pero ya no había marcha atrás; el arzobispo de Sens les contestó con una dureza extrema. El 11 de mayo condenó a la hoguera a cincuenta y cuatro templarios por relapsos, por haberse retractado de su primera inculpación.

Las matanzas causaron cierto estupor, pese a la inquina que la sociedad profesaba al Temple. El papa procuró que aquella situación de vorágine no se escapara de sus manos y convocó un concilio en Vienne para octubre de 1310; pero ante el retraso de la llegada de los informes de las distintas comisiones interrogatorias, tuvo que retrasarse al año siguiente. Sólo nueve témplos solicitaron defenderse ante el tribunal. El papa ordenó su encarcelamiento. Los que se negaban a confesar eran condenados a muerte, los que confesaban sus culpas solían ser perdonados y liberados, pero si se retractaban eran condenados por relapsos.

Por fin, el 3 de abril de 1311, Clemente V emitía un edicto en el que proclamaba la suspensión de la Orden del Temple. Pocos días después, el 19 de abril, los comisarios pontificios reunidos en París llamaban a testificar al hermano Pedro de la Palud, miembro de la Orden de Predicadores de la diócesis de Lyon; parte de su declaración fue la siguiente:

He oído decir que al principio, cuando la Orden de los templarios estaba empezando, había dos caballeros que montaban en el mismo caballo durante un combate en ultramar: el que iba delante se encomendó a Jesucristo y luego resultó herido en la batalla. El otro, el que cabalgaba detrás, y que, según se cree, era el diablo que había tomado forma humana, dijo que él se encomendaba a quien mejor le pudiera ayudar. Y como no había resultado herido en el combate, criticaba al otro por haberse encomendado a Jesucristo, y añadió que, si depositaba su confianza en él, la Orden crecería y se enriquecería. Y el testigo ha oído decir, no sabe a quién, que el primer caballero, el que había resultado herido, se dejó seducir por aquel diablo con forma humana, y así nacieron los susodichos errores. Declara haber visto con frecuencia la imagen de dos hombres con barba montando un único caballo, y cree que se trata de una representación pictórica de aquellos dos.¹¹²

En Francia la persecución fue terrible, pero en otros reinos de la Europa cristiana se produjo de manera menos virulenta. Prueba de ello es la capitulación de los templarios de la encomienda de Monzón, la más importante del reino de Aragón. El de Monzón era el único castillo que resistía el asedio de las tropas del rey Jaime II. Estaba defendido por su comendador, Berenguer de Bellvis, y por varios caballeros templarios. Capitularon el 24 de mayo de 1309, pero lo hicieron con las siguientes condiciones:

-Se les concedía el derecho a que cuatro o cinco frailes fueran ante el papa

para tratar sus derechos.

-Conservarían sus joyas y bienes inmuebles.

-Entregarían las armas al rey si lo decía el papa, pero si la Orden siguiera, las recuperarían.

-Conservarían las muías para cabalgar y cada comendador mantendría dos criados.

-El rey de Aragón intercedería ante el papa para que no sufrieran tormento.

-Se perdonaría a los seglares del castillo.

-Podrían vivir en los centros donde hubiera conventos.

Desde luego, las condiciones eran muy favorables, y aún mejoraron más tarde, pues en 1311, tras la disolución, recibieron una renta de entre quinientos y tres mil sueldos por templario, y el 7 de octubre de 1312 el concilio de Tarragona absolvió a los templarios de la Corona de Aragón al considerarlos inocentes. Comoquiera que la Orden había sido suprimida, quedaron adscritos a sus obispos, que se encargaron de la custodia de los bienes incautados, entre los que había libros, objetos de culto y relicarios. No obstante, Jaime II dilató el proceso cuanto pudo porque también aspiraba a quedarse con parte de las propiedades templarias. Todos los templarios de Aragón negaron las acusaciones, pese a que el papa ordenó torturarlos. Una vez disuelta la Orden, los templarios de las encomiendas aragonesas se distribuyeron por los conventos del Hospital en Aragón, permaneciendo en sus antiguos distritos.

En el reino de Castilla se incoaron procesos en Medina del Campo y Salamanca entre 1310 y 1312; como en Aragón, también fueron declarados inocentes y se les dejó libres.

En Inglaterra, Eduardo II rechazó las acusaciones contra el Temple, no quiso capturarlos y retrasó cuanto pudo toda acción contra ellos.

Lo cierto es que en todas partes fueron absueltos, excepto en Francia.¹¹³ En este reino, testigos de poco fiar, pruebas poco seguras pero aceptadas sin más y declaraciones sin contrastar pero contundentes se acumulaban en contra del Temple. El 5 de junio el papa tenía ya todos los informes y pudo proceder al cierre de la comisión y a la convocatoria del concilio aplazado en Vienne, que se inauguró el 16 de octubre de 1311, tras un año de retraso, con presencia de Clemente V. Algunos hicieron correr la voz de que en los bosques de los alrededores de la ciudad había ocultos entre mil quinientos y dos mil templarios prestos a intervenir para defender a la Orden. Sólo siete se presentaron en el concilio. Lo tenían muy difícil ante la manipulación de las pruebas, la defensa de los templarios había cometido muchos errores.¹¹⁴

7.4. La ejecución

El 12 de marzo de 1312, en el concilio de Vienne, se decidió la disolución del Temple. Unos días después, el 20, llegó a esa ciudad Felipe IV, el único monarca que se presentó allí. El día 22 el papa Clemente V publicaba la bula *Vox m excelso*, por la cual se disolvía el Temple, aprobando lo dictaminado en el concilio unos días antes. Y para mayor paradoja, en la misma bula se anunciaba la organización de una nueva cruzada para el año 1319. Como media de gracia, algunos templarios fueron perdonados.

En los días siguientes se procedió al reparto de los bienes de la Orden recién suprimida; en la bula *Adprovidam*, de 2 de mayo, se dictaminaba que todas las posesiones de

los témplanos pasaran a integrar el patrimonio de la Orden del Hospital, exceptuadas las que habían tenido en los reinos de Castilla, Mallorca, Aragón y Portugal, que irían a manos de las órdenes de Montesa y de Cristo, pues allí continuaba la guerra contra el Islam. Esto se ratificó en una nueva bula, la *Nupes in generali*, de 16 de mayo. La concesión al Hospital no le salió gratis; Felipe IV consiguió que los hospitalarios le entregaran doscientas mil libras tornesas como compensación por los bienes recibidos en Francia.

Los templarios que no fueron ejecutados o que no huyeron se colocaron en diversas órdenes. A lo largo de 1313 el papa fue logrando que estos caballeros fueran acogidos entre los hospitalarios, sus antiguos rivales, o en las órdenes militares creadas en la península Ibérica, o incluso en monasterios.

A principios de 1314 ya nada quedaba del Temple, salvo su maestre, el anciano Jacques de Molay, y los principales cargos de la desaparecida orden, que seguían recluidos en prisión. Por supuesto, su presencia constituía un problema para el rey de Francia y para el papa. Tal vez habían esperado que Molay muriera pronto, dada su avanzada edad y las malas condiciones de su vida, pero había logrado sobrevivir a seis años y medio de prisión y de tortura.

El 18 de mayo la comisión que lo juzgaba, presidida por Felipe de Marigny, secretario de Felipe IV y arzobispo de Sens, condenó a Jacques de Molay a cadena perpetua; por la bula *Considerantes*, de 6 de mayo de 1312, el papa se había reservado el derecho a juzgar a Molay. Con el maestre también fueron condenados los caballeros templarios Godofredo de Charnay, preceptor de Normandía, Hugo de Pairand, visitador de Francia, y Godofredo de Bonneville, preceptor de Aquitania. Al oír la condena, Jacques de Molay, que a su edad y en sus condiciones no tenía otra cosa que perder que la vida, declaró solemnemente que era inocente de cuantos cargos le habían acusado y por los que había sido condenado, retractándose de todo cuanto había declarado con anterioridad, alegando que lo había hecho por haber sido sometido a tortura. Godofredo de Charnay hizo lo mismo que su maestre, y añadió que sólo en una ocasión había renegado de Cristo, pero que lo había hecho con la boca pequeña y a causa de la tortura, y no con el corazón. Algunos templarios los apoyaron.

¿Fue un arrepentimiento espontáneo o un súbito gesto de valentía lo que llevó a Molay y a Charnay a declararse inocentes? Las opiniones de los historiadores son a este respecto muy variadas. No hay duda de que el maestre tenía unos setenta y seis años y nada esperaba ya de la vida. Su moral, su resistencia y su ánimo debían de estar muy quebrantados, pero tuvo el valor suficiente como para proclamar su inocencia a sabiendas de que le conduciría a la muerte en la hoguera.

Desde luego, las autoridades algo imaginaban al respecto, porque la declaración de inocencia del maestre conllevó su condena a muerte de manera inmediata. Y se hizo de modo tan rápido que Jacques de Molay, Godofredo de Charnay y treinta y siete templarios más fueron quemados al atardecer del mismo día 18 de mayo en el que por la mañana habían sido condenados y ellos mismos habían proclamado su inocencia. Todo estaba muy preparado; los templarios, con su maestre al frente, fueron conducidos a una pequeña islita en el río Sena conocida con el nombre de islote «de los Judíos» o «de las Cabras»¹¹⁵ y allí fueron quemados.

La ejecución del maestre y de los demás templarios se ha rodeado de una aureola de leyenda. Una tradición recoge las últimas palabras que pronunció Jacques de Molay antes de morir. Mientras las llamas alcanzaban su cuerpo, se asegura que pidió venganza para los asesinos y que lanzó una maldición sobre el linaje real de Francia fundado por Hugo Capeto en el año 987 y que había reinado en el país interrumpidamente desde entonces.

Fuera como fuese la muerte del último maestre templario, lo cierto es que la maldición pareció cumplirse, pues uno a uno los principales responsables de la supresión del Temple y de la ejecución de De Molay fueron sucumbiendo unos pocos meses después.

El 29 de noviembre de 1314 murió Felipe IV el Hermoso, rey de Francia. Corrieron varias versiones sobre su fallecimiento; unos dijeron que fue en una cacería, al caer del caballo mientras perseguía a un jabalí, otros que se enganchó del estribo y que fue muerto por el ataque de un jabalí al no poder librarse del caballo, otros que tuvo un derrame. Suciediera como sucediese, el rey que había destruido el Temple entregó su corazón y la legendaria cruz de oro de los templarios, de la que se había apoderado, al monasterio de dominicas de Poissy; corazón y cruz se perdieron en un incendio en 1695. Los descendientes de Felipe IV son conocidos con el nombre de «Los reyes malditos». ⁶ Le sucedieron sus dos hijos Felipe V y Carlos IV; este último murió en 1328 sin descendencia, pese a haberse casado tres veces; fue el último monarca de los capetos.

Guillermo de Nogaret, el canciller de Francia, murió poco después.

Enguerando le Portier de Marigny, chambelán e intendente de finanzas, que se había hecho cargo del tesoro del Temple de París y lo había administrado en nombre del rey, fue condenado a muerte y ahorcado por herejía en abril de 1315 por un tribunal en el que estaba como miembro su propio hermano Felipe, secretario real y arzobispo de Sens.

El papa Clemente V falleció el 20 de abril de 1315; a él se debe el traslado de la sede pontificia de Roma a Aviñón, donde se iniciará lo que se ha dado en llamar «la segunda cautividad de Babilonia» y que desembocó a fines del siglo XIV en el Cisma de Occidente, que a punto estuvo de provocar la segregación de la Iglesia católica.

El 13 de septiembre del año 2001 la investigadora Bárbara Frale aseguró haber encontrado en el Archivo Secreto del Vaticano un pergamino de un metro de longitud en el que, tras la declaración de Jacques de Molay ante los delegados del papa Clemente V, éste absolvía a los templarios de toda culpa de herejía y apostasía. Esta absolución papal nunca se hizo pública.

Pero el Temple no desapareció del todo con la muerte de Molay; el 24 de junio de 1314 participaron en la batalla de Bannockburn 432 templarios, entre ellos Henry Saint-Clair, barón de Rosslyn, el mítico lugar escocés donde se supone que se refugiaron los últimos templarios. Pelearon al lado del rey Robert Bruce y derrotaron al ejército inglés de Eduardo II. Ahí se fundó la Real Orden de Escocia.

En 1315 los templarios se habían desvanecido; unos se habían reintegrado a la Iglesia incorporándose a las diferentes órdenes,¹¹⁷ incluso a la de los hospitalarios, o ingresando en monasterios, algunos se hicieron caballeros errantes en busca de fortuna, y otros regresaron con sus familias. Sus destinos fueron muy diversos y los que huyeron se afeitaron la barba para no ser identificados.¹¹⁸ Bernardo de Fuentes, templario aragonés, se hizo mercenario y entró al servicio del emir musulmán de Túnez; allí alcanzó altos cargos y regresó a Aragón como embajador en 1313.¹¹⁹ Everardo, antiguo templario, clérigo de Bar-sur-Aube, se vio envuelto en 1316 en un asunto de brujería. Son unos pocos ejemplos de un destino personal sobre el que queda mucho por investigar.

¿Por qué desapareció la Orden del Temple? Eran poderosos, tenían una extensa red de encomiendas por toda la cristiandad, habían sido la principal fuerza armada en la defensa de Tierra Santa y se habían ganado el reconocimiento de papas, reyes y nobles durante dos siglos. Pero en su contra pesaron factores muy poderosos:

—La crisis se había cebado en los reinos de Occidente provocando la bancarrota de algunos monarcas, que vieron en la confiscación de las propiedades de los templarios un remedio para paliar sus dificultades financieras; especialmente Felipe IV de Francia, cuya hacienda estaba arruinada por las deudas contraídas por su padre a causa de la gue-

rra contra Aragón y por él mismo en la guerra de Flandes.

—El papado se encontraba en una situación muy débil tras la muerte de Bonifacio VIII.¹²⁰ Clemente V le debía la tiara papal al rey de Francia y desde 1305 hasta finales del siglo xiv la Iglesia, que incluso trasladó la sede pontificia a la ciudad de Aviñón abandonando Roma, giró en torno a los intereses de Francia. Al perder el apoyo del papado, que a su vez había perdido la independencia, los ténplanos se quedaron sin la cabeza que los había protegido hasta entonces.

—La pérdida de Tierra Santa y la caída de Acre supusieron en la cristiandad un fuerte impacto; algunos la achacaron a los templarios, que no habrían sabido defender los Santos Lugares, e incluso los consideraron culpables de la derrota ante el Islam.

—Las riquezas de los templarios, o al menos la leyenda que se creó sobre su fabuloso tesoro, los convirtió en objeto de envidia por señores y villanos.

—Su orgullo y la sensación de superioridad que mostraban les acarrió la animadversión de muchos, que ansiaban verlos caer de su elevada posición.

Tras casi dos siglos de existencia, la Orden del Temple se convirtió en un simple recuerdo. Nadie abogó por su defensa, nadie se puso a su lado para evitar su eliminación.

Capítulo 8 La regla y la organización de la Orden

8.1. Precedentes, modelos y desarrollo de la regla

La fundación de la Orden del Temple en 1120 respondió al impulso de varios caballeros, encabezados por Hugo de Payns, para proteger a los viajeros cristianos que acudían en peregrinación a Jerusalén. El compromiso de los primeros templarios pretendía ir más allá de una simple promesa; su misión sería de por vida, y por tanto se requería una organización que estuviera bien estructurada para poder hacer frente con eficacia al reto que asumían. La idea que impulsó Hugo de Payns distaba mucho de la fundación de un simple grupo de caballeros andantes en defensa de los peregrinos a título poco menos que individual; desde el principio, es decir, desde 1120, la premisa fundacional consistía en establecer un tipo de vida conventual en el que conjugar por primera vez en el cristianismo la dedicación a Dios en un modelo de convivencia conventual y la práctica de la lucha con las armas en defensa de la cristiandad: es decir, ser a la vez monjes y soldados, lo que parecía hasta entonces ciertamente incompatible.

En este nuevo modelo, el individuo no contaba en absoluto. A diferencia de la caballería andante, donde las proezas individuales son alabadas y donde la destreza del caballero es el paradigma de la fama y la fortuna, en el Temple el triunfo individual no se reconocía, nada se poseía de modo privado, todo debía ser realizado para mayor gloria de la Orden.

Un modelo como éste no tenía precedentes en el mundo cristiano. Los monjes nunca habían luchado con las armas, sino con la fe y la oración, y los caballeros no vivían en comunidades religiosas. Era necesario conjugar mediante una regla o unos estatutos las dos dedicaciones, hasta entonces antagónicas, de los templarios.

Los primeros caballeros del Temple profesaron los votos de pobreza, castidad y obediencia que eran obligados para cualquiera que deseara ingresar en religión, especialmente en el clero regular de abadías y conventos. La vida en comunidad requería una regla por la que se rigieran todos los aspectos de la institución religiosa, desde la disciplina y jerarquización hasta los horarios de comidas y rezos.

A principios del siglo XII las comunidades monásticas cristianas se regían por dos reglas principales: la de san Agustín y la de san Benito. La de san Agustín hacía especial hincapié en la propiedad comunitaria de todos los bienes de los hermanos del convento, en la oración individual, el ayuno y la castidad,¹²¹ en tanto la regla de san Benito enfatizaba la disciplina y la jerarquía, la oración reglada y el cumplimiento de un estricto horario en el convento.

La reforma que el papa Gregorio VII introdujo en la Iglesia de fines del siglo XI provocó una reestructuración de las normas e incluso de algunas costumbres por las que se regían los hombres y mujeres que «entraban en religión». Las grandes órdenes monásticas de Cluny y del Císter, convertidas ya a comienzos del siglo XII en las principales de la cristiandad, habían adoptado la regla de san Benito, y eran por tanto sus normas las que regían en los monasterios más influyentes de la Europa cristiana.

Las órdenes monásticas se dividieron pronto entre las de carácter caritativo, como la del Santo Sepulcro, y las de carácter militar, como la del Temple, en función del tipo

de funciones que cumplían.¹²³

Hugo de Payns había optado por dotar a su nueva orden de una estructura monástica pero con un perfil netamente militar, y por tanto sujeta a una regla en la que este tipo de aspectos debía contemplarse.

Apenas nada se sabe sobre cuáles fueron las normas por las que se organizaron los templarios durante los primeros nueve años de su existencia; tal vez recibieran influencias de algunas sectas islámicas, como la de «los Hermanos de la Pureza». Desde luego, es seguro que vivieron en comunidad, pero sin uniformidad de hábito, pues seguían usando ropas seculares. Este hecho, unido a la falta de estructura y al escaso número de miembros, parece indicar que entre 1120 y 1126 al menos, los templarios se organizaron mediante unas normas mínimas que aceptarían los caballeros fundacionales de manera colectiva, tal vez en función de unas instrucciones básicas dictadas por el patriarca de Jerusalén, del que dependían en el aspecto religioso. No obstante, la carencia documental para estos años impide conocer cómo se organizaron los pioneros, aunque para asuntos internos de tipo conventual parece que utilizaron la regla del Santo Sepulcro.

Es evidente que, si querían crecer y convertirse en un instituto reconocido dentro de la Iglesia necesitaban disponer de un instrumento para funcionar que fuera sancionado por el papa.

Se ha dicho que la regla primitiva fue una adaptación de la de san Benito a las características específicas de la nueva orden, bajo la subordinación al patriarca de Jerusalén, pero en la regla de 1129 se hace alusión a que sigan en la oración las costumbres fijadas en la ley canónica por la que se rigen «los maestros regulares de la Ciudad Santa de Jerusalén», es decir, los canónigos del Santo Sepulcro.¹²⁴ Esta primera regla, que no se conoce en su versión original, habría sido redactada en Oriente y constituiría la base de la que se aprobó en 1129.¹²⁵

Ese tipo de ordenamiento interno podía bastar para comenzar a funcionar de manera provisional y para un número reducido de hermanos, pero el Temple en crecimiento necesitaba de una regla bien estructurada de modo que su funcionamiento, su legalidad y su organización no pudieran ser cuestionados por nadie.

Para que fuera así, la sanción del papa era imprescindible y por ello viajaron a Europa Hugo de Payns y varios caballeros templarios. Tras varias entrevistas con diversas autoridades eclesiásticas, a las que se mostraron cartas de recomendación del patriarca y del rey de Jerusalén, los templarios consiguieron que se convocara un concilio en Troyes, la capital de la región de Champaña y por tanto tierra propicia y favorable, pues los más notables de entre los primeros caballeros eran naturales de allí.

La regla primitiva fue aprobada en ese concilio de Troyes en el día de san Hilario, el 13 de enero de 1129. Según el acta del concilio, levantada por el notario Juan Miguel, allí presente, se redactaron 68 normas o artículos según mi cálculo, 72, 73 o 76 según otros,¹²⁶ de las que se ha estimado que al menos 30 están basadas en la regla de san Benito de Nursia.¹²⁷ Esta regla de 1129 se conoce por una copia posterior, a la que se incorporaron algunas modificaciones, enmiendas y correcciones en varias ocasiones a lo largo de los siglos XII y XIII.

¿Quién redactó esta primera regla? A la vista de la copia de las actas conciliares fue el propio Hugo de Payns quien defendió ante las autoridades reunidas en Troyes los postulados que los templarios traían de Tierra Santa y que habían adaptado tras entrevistarse con el papa. Los miembros del concilio oyeron «de labios del maestre Hugo de Payns» cuanto éste tenía que decir y luego «lo que nos pareció bueno y beneficioso lo alabamos, y lo que nos pareció malo lo dejamos de lado».¹²⁸ Así, lo que salió de este concilio de Troyes fue el resultado de pulir y adecuar la regla redactada en Jerusalén, retocada en Roma y perfilada en Troyes. Pero el texto así obtenido no debió de resultar

del todo satisfactorio. Es probable que algunos templarios muy influyentes, quizás el mismo Hugo de Champaña, el conde que había ingresado en la Orden en 1125, intervinieran para que la autoridad moral indiscutible de su tiempo, Bernardo de Claraval, participara en la redacción definitiva de la regla.

La regla de 1129 fue modificada entre esa fecha y 1131, año en el que se redacta el primer texto en latín,¹²⁹ con intervención de Bernardo de Claraval, que la corrigió. En su tratado *Elogio de la nueva milicia templaria*, san Bernardo dejó claros cuáles habían de ser los postulados básicos de la Orden del Temple:

- Luchar contra las fuerzas espirituales del mal.
- Servir a Cristo ofreciéndole la propia vida.
- Ser disciplinados, castos y obedientes.
- Vivir en común.¹³⁰

A la vista de todos los documentos, da la impresión de que en Troyes se aprobó una especie de borrador, muy completo, eso sí, para que Hugo de Payns pudiera marcharse con todas las certificaciones necesarias, pero que se decidió mejorar el texto hasta fijarlo en 1131, desde luego teniendo en cuenta de manera decisiva la opinión de Bernardo de Claraval, que si no fue el redactor final de la obra fue sin duda quien dio el último visto bueno al texto definitivo que se copió en 1131.

Esta primera regla conocida tiene un preámbulo, dividido por su editor en ocho apartados, que contiene una exhortación «a todos aquellos de vosotros que hasta ahora habéis llevado las vidas de caballeros seculares, en las que Jesucristo no era la causa y las cuales habéis abrazado únicamente en busca del favor humano, que sigáis a quienes Dios ha escogido de entre la muchedumbre de la perdición y a los que ha ordenado a través de su graciosa misericordia que defiendan a la Santa Iglesia, y que os apresuréis a uniros a ellos para siempre».¹³¹ Este párrafo parece redactado por el mismo Bernardo de Claraval, pues utiliza ideas y estilo idénticos a cómo escribe su obra *Elogio de la nueva milicia templaria*. A continuación se anima a los caballeros que deseen entrar en el Temple, que «ha florecido y es revitalizada la orden de la caballería», a ser diligentes, perseverantes y dignos de reunirse con los mártires que dieron su vida por Jesucristo. Se hace referencia al protagonismo de Hugo de Payns, fundador del Temple «por gracia del Espíritu Santo», y que ha acudido a Troyes para exponer su idea. La redacción del acta es obra del notario Juan Miguel que la escribe por orden del concilio y de Bernardo de Claraval, a quien denomina «venerable padre». A continuación se citan los asistentes al concilio de Troyes y se decide poner lo allí debatido por escrito.¹³²

Tras esta introducción se incluyen los 68 capítulos de la regla, de los que se dice que han sido acordados tras examinar, se entiende que para confrontarlos con ellas, las Sagradas Escrituras, y que en esa tarea han participado el papa Honorio II, el patriarca de Jerusalén, el capítulo del Temple y los padres reunidos en el concilio de Troyes.

En el texto de la regla no existe lo que podría denominarse una clasificación temática, pero sí hay un cierto orden en los temas abordados.¹³³

Los primeros capítulos están dedicados a la manera de asistir a los oficios religiosos, señalando la obligación de oír los maitines y el resto de oficios o en caso contrario rezar varios padrenuestros, a cómo acceder a la Orden, siempre después de un tiempo de prueba y jamás admitir a niños, la forma de vestir y los colores de los hábitos, las oraciones y sus horarios, las comidas y su organización, las normas de la vida comunal, la necesidad de practicar la obediencia, la regulación de los animales para uso de los caballeros, la necesidad de disponer de tierras y rentas, el cuidado de los hermanos enfermos y ancianos y el trato a los fallecidos, las diferentes categorías dentro de la Orden, las

faltas cometidas y sus castigos y por fin las fiestas propias del Temple.

Monjes y guerreros a la vez; esa combinación no había existido en la Iglesia cristiana hasta la fundación de los templarios, de manera que se ha pensado que en la idea original de Hugo de Payns, si es que fue suya realmente, pudieron ejercer alguna influencia las cofradías de guerreros musulmanes que se juramentaban para dedicar su vida al servicio de la *yihad*, es decir, de la defensa del islam por las armas si fuera preciso. Hace años era comúnmente aceptada la idea de que el Temple se había constituido como tal por influencia de este tipo de cofradías musulmanas, integradas por los llamados hombres del *ribat*, que en el occidente musulmán se concretarán en sectas que darán lugar a imperios como el de los almorávides en la segunda mitad del siglo XI.

La regla de 1129-1131 fue revisada en 1139; hasta entonces el Temple debió de estar sometido al patriarca de Jerusalén, pero desde esa fecha parece claro que sólo obedeció al papa, tal como se deduce de una versión francesa de la regla editada en 1140. A partir de aquí, y bien mediante bulas papales o mediante incorporaciones aprobadas en los capítulos generales de la Orden, la regla irá completándose con nuevas normas relativas al ordenamiento interno, a la forma de elegir cargos, a cómo celebrar los capítulos, a la forma de acoger a los neófitos, a cómo comportarse en la batalla, a la penitencia que cumplir por faltas cometidas, a los motivos para la expulsión o a la regulación de la vida conventual. Estas nuevas regulaciones se fueron introduciendo en el siglo XII e incluso en el XIII, como ocurrió con las retracciones de 1165, los estatutos de 1230-1240 y las consideraciones de 1257-1267.¹³⁴

8.2. El ingreso en la Orden del Temple

No todo el mundo podía ser templario, ni en cualquier momento. Desde el principio, el Temple quiso distinguirse de cualquier otra orden de la cristiandad y por tanto era necesario cumplir ciertos requisitos para poder profesar como caballero de Cristo.¹³³

Para ingresar en la Orden era necesario, tras la solicitud correspondiente, pasar por un período de prueba. En la regla se señala que nadie podía ser admitido de manera inmediata, sino que era necesario profesar como novicio por algún tiempo; para ello se citaba expresamente la frase de san Pablo «Poned a prueba el alma a ver si viene de Dios».

Se prohibía expresamente acoger a niños en las encomiendas, no se podía entrar antes de los dieciocho años de edad —cuestión que por cierto no se cumpliría a rajatabla—, con el argumento de que quien deseara entregar a su hijo al Temple debería educarlo «hasta que sea capaz de empuñar las armas con vigor»; cuando ocurriera así, los padres deberían llevarlo a la casa de la Orden. Era entonces cuando comenzaba el período de prueba, sobre el que no se establece ninguna duración concreta.

Superada esta fase, se demandaba al resto de hermanos si alguno de ellos tenía algún inconveniente en acoger en el seno de la Orden al postulante; si nadie ponía objeciones, el neófito era conducido a una estancia ubicada cerca de la sala donde se reunía el Capítulo, donde era asistido o por «dos hombres de mérito» o por «tres de los más ancianos de la casa», que debían indicarle lo que tenía que hacer a partir de ese momento.

Esos padrinos le preguntaban si solicitaba ingresar en el Temple y ser siervo y esclavo de la Orden «para siempre»; si el postulante contestaba de manera afirmativa, pasaban a explicarle los muchos sufrimientos que debería soportar a lo largo de su vida

como templario, y la obligación de abandonarlo todo. A continuación le interrogaban por su condición y acerca de su pasado, para ver si cumplía los requisitos para ser caballero, que eran los siguientes:

- No tener esposa o prometida.
- No haber hecho voto de promesa en ninguna otra orden.
- No tener ninguna deuda con un seglar que no pudiera pagar.
- Estar sano de cuerpo y no padecer enfermedades secretas.
- No ser siervo de ningún hombre.
- No ser sacerdote.
- No estar excomulgado.

Si cumplía todos estos condicionantes, el aspirante a caballero templario era conducido desde la sala preparatoria hasta la del Capítulo, a presencia del maestre o de quien lo representara (un comendador provincial, por ejemplo). Los padrinos lo presentaban y declaraban que, tras haberlo sometido a interrogatorio, no encontraban ningún obstáculo que impidiera su ingreso en el Temple.

El maestre se dirigía a los presentes demandando si alguien conocía alguna traba, y si no la había preguntaba al postulante si solicitaba el ingreso en la Orden, a lo que éste debía responder que sí deseaba ser siervo y esclavo para siempre.

El maestre le advertía que debería obedecer a cuanto se le ordenase, y que no se tendrían en cuenta ni sus deseos ni sus apetencias, sino todo lo contrario, que se le enviaría a servir a la Orden a donde no desease ir y que se le despertaría cuando durmiese o se le ordenaría descansar cuando quisiese estar despierto. El postulante mostraba su acatamiento.

A continuación el maestre le invitaba a salir de la sala capitular para rezar. Tras su salida, volvían a ser preguntados los miembros del Capítulo sobre si había algún motivo de rechazo. Se reclamaba de nuevo al postulante, que ahora debía postrarse de rodillas, con las manos unidas, y solicitar el ingreso.

Todos juntos rezaban un padrenuestro y el maestre, o el comendador en su caso, le preguntaba si cumplía los requisitos citados, y se le amenazaba con los siguientes castigos si no era cierto que los reunía:

- Si se demostraba que tenía mujer, sería despojado del hábito, encarcelado y sometido a vergüenza pública y expulsado de la Orden para siempre.
- Si hubiera estado en otra orden sería despojado del hábito, expulsado del Temple y devuelto a la de origen.
- Si tuviera alguna deuda, sería despojado del hábito y entregado al acreedor.
- Si estuviera enfermo podría ser expulsado de la Orden.
- Si se demostrara que había pagado a alguien para entrar en el Temple sería acusado de simonía y expulsado.
- Si fuera siervo de algún hombre sería expulsado y devuelto a su señor.
- Si se trataba de un hermano caballero se le podía preguntar si era hijo de caballero y dama y si su padre era del linaje de los caballeros, y si había nacido de un matrimonio legal.

Cumplido este requisito, se le exigían los tres votos monásticos, el de obediencia al maestre y a cualquier superior, el de castidad de por vida y el de pobreza (vivir sin propiedades); y además tenía que jurar los votos como soldado de Cristo y observar las

costumbres y tradiciones de la Orden, ayudar a conquistar la Tierra Santa de Jerusalén y no actuar en contra de ningún cristiano. El postulante pronunciaba a continuación la profesión de fe con la siguiente fórmula:

Yo, N, estoy dispuesto a servir a la regla de los Caballeros de Cristo y de su caballería y prometo servirla con la ayuda de Dios por la recompensa de la vida eterna, de tal manera que a partir de este día no permitiré que mi cuello quede libre del yugo de la regla; y para que esta petición de mi profesión pueda ser firmemente observada, entrego este documento escrito en la presencia de los hermanos para siempre, y con mi mano lo pongo al pie del altar que está consagrado en honor de Dios Todopoderoso y de la bendita Virgen María y de todos los santos. Y de ahora en adelante prometo obediencia a Dios y a esta casa, y vivir sin propiedades, y mantener la castidad según el precepto de nuestro señor el papa, y observar firmemente la forma de vida de los hermanos de la casa de los Caballeros de Cristo.¹³⁶

A cambio de todos esos votos, al postulante sólo le ofrecían «el pan y el agua y las modestas ropas de la casa y mucho dolor y sufrimiento».

La ceremonia continuaba con la imposición de los hábitos; el maestre tomaba el manto blanco con la cruz roja, distintivo de los caballeros templarios, y lo colocaba sobre los hombros del postulante, atándole las cintas al cuello mientras el capellán rezaba en voz alta el salmo 132, o 133 en la otra numeración, que reza «¡Mirad qué bueno y agradable habitar juntos los hermanos!», y una oración al Espíritu Santo para rezar después todos juntos un padrenuestro. Un beso en la boca, emulando así el símbolo que sellaba los contratos de vasallaje, cerraba esta fase del ritual, mientras repicaba la campana.¹³⁷

Ya aceptado en la Orden con la imposición del manto o capa y el beso, se le enumeraban las obligaciones que debía cumplir durante su vida como templario:

- No golpear jamás a ningún cristiano, ni tirarle del pelo, ni patearlo.
- No jurar ni por Dios, ni por la Virgen, ni por los santos.
- No usar los servicios de una mujer, salvo por enfermedad y con permiso, ni besar jamás a una mujer, aunque fuera la propia madre o la hermana.
- No dirigirse a ningún hombre con insultos ni con palabras malsonantes.
- Dormir siempre en camisa, pantalones y calzones ceñidos con un cinturón pequeño, y no usar otra ropa que la que le proporcionase el hermano pañero.
- Ir a la mesa del comedor sólo cuando sonara la campana, y esperar a la bendición antes de empezar a comer.
- Acudir a la capilla en acción de gracias una vez comido.
- Levantarse para rezar los maitines y rezar todas las oraciones estipuladas cada día.

El protocolo de ingreso en el Temple recoge elementos del ritual de la caballería y del vasallaje, manteniendo fórmulas, símbolos y señales muy similares y combinando ambos en cierta armonía. No en vano, ser templario significaba ser a la vez siervo y caballero de Cristo.

8.3. Las normas de comportamiento y los castigos

En cuanto monjes que eran, los templarios debían someterse al conjunto de reglas monacales por las que se regía la vida en común en sus casas o conventos. Además de los votos de pobreza, castidad y obediencia de todos los monjes, los templarios habían jurado también contribuir a la conquista y a la defensa de la presencia cristiana en Tierra Santa, dando su vida por ello si fuera necesario; por eso, desde el principio, la regla quiso ser muy estricta, imponiendo una disciplina dura y férrea para crear un grupo humano sólido y comprometido con sus ideales, evitando cualquier situación en la que esa disciplina pudiera relajarse.

El silencio se imponía en cada momento; guardarlo siempre que fuera posible constituía una norma básica. En caso de tener que hablar, el templario debía de hacerlo sin gritos, en voz baja y dirigiéndose a su interlocutor de manera comedida. Al salir de la oración estaba prohibido hablar, salvo causa mayor, especialmente en las oraciones nocturnas. Hablar en demasía se consideraba casi un signo de pecado, por lo que estaban prohibidas las charlas ociosas y aquellas que pudieran derivar en situaciones jocosas o de regocijo por causa de asuntos triviales y mundanos. Debían procurar siempre la cortesía y la elegancia; incluso a la hora de dar órdenes, que se solían impartir con expresiones como «gentil y dulce hermano». Ahora bien, si un templario tenía conocimiento de que otro había cometido una falta, debía denunciarlo de inmediato.

El templario se debía a su labor, y por tanto debía estar siempre listo para lo que sus superiores demandaran de él. Por ello les estaba prohibido salir del convento sin permiso, aunque esta norma se podía saltar si se estaba en Jerusalén y sólo para ir a rezar ante el Sepulcro del Señor o a otros lugares de culto en la Ciudad Santa, pero siempre que lo hicieran en pareja, probablemente por razones de seguridad.

La seriedad debía regir todos sus actos. Debían evitar «la envidia, la calumnia, el rumor y el despecho», y no despreciar a nadie; prudencia, fortaleza y templanza eran las virtudes máspreciadas. Tenían prohibido realizar cualquier tipo de manifestación de orgullo, lo que no siempre cumplieron ni siquiera los maestros. Debían huir de cualquier protagonismo, pues todo lo que hacían estaba destinado a mayor gloria de Dios y de la Orden. El individuo nada importaba, la Orden lo era todo y todo era de la Orden, pues ninguno podía poseer la menor cosa de valor en cuanto ingresaba en ella. Tanto, que ni siquiera podían dedicar dinero al rescate de cautivos. Si un templario era apresado en batalla, el único destino que le esperaba era tratar de escapar, morir ejecutado o pudrirse en prisión de por vida o mientras durase la condena.

Consideraban que su energía procedía de la castidad y la obediencia. Por ello, les estaba prohibido siquiera abrazar o tocar a una mujer, aunque fuera una familiar, y se les decía que era peligroso tan sólo mirarlas de frente a los ojos.

El incumplimiento de las normas o el no seguir los preceptos contenidos en la regla era castigado con la imposición de penas que se clasificaban en dos apartados: la expulsión y la pérdida del hábito; aunque para pequeñas faltas, como por ejemplo tener descuidado el equipo, los castigos consistían en dormir en el suelo, ser privado de alguna comida, realizar tareas reservadas a los siervos o incluso ser azotado.

La expulsión implicaba la salida de la Orden para siempre, en tanto que la pérdida del hábito variaba en el tiempo de aplicación según la gravedad de la falta; en este caso se podía castigar desde un día sin hábito hasta un año. Se cumplía la penitencia a la entrada de la capilla y se podía incluir algún tipo de castigo corporal, que se aplicaba los viernes o los domingos.

En caso de expulsión, se realizaba un acto infamante para el culpable, que debía acudir ante el Capítulo vestido sólo con sus pantalones y una cuerda alrededor del cue-

llo, y cumplir penitencia por un año y un día.

A. Faltas que conllevaban la expulsión: eran las más graves que un templario podía cometer y por ello estaban penadas con la sanción más dura, la exclusión definitiva de la Orden. Eran las siguientes:

1. Simonía: haber entrado en la Orden ganándose a un hermano mediante la compra.
2. Revelación: contar a un hermano que no estuvo presente o a cualquier persona lo deliberado en una sesión del Capítulo.
3. Asesinar a un cristiano o a una cristiana.
4. Robar.
5. Salir de un castillo o casa fortificada por un lugar que no fuera la puerta señalada.
6. Conspirar.
7. Marcharse con los sarracenos.
8. Cometer un acto de herejía.
9. Abandonar el estandarte y huir por miedo a los musulmanes.

B. Faltas que implicaban la pérdida del hábito (que podía ser temporal): este tipo de faltas podía ser castigado con la prisión o con la pérdida de derechos, como no poder participar en la elección de maestro, no comer con el resto de los hermanos, no ir a la capilla, no poder portar el estandarte o el sello. En muchos de estos casos, la pérdida del hábito se deja a discreción de los hermanos, que lo decidían en capítulo. Las faltas que conllevaban la aplicación de estos castigos eran las siguientes:

1. Desobedecer.
2. Poner la mano encima y golpear a un hermano.
3. Golpear a un cristiano o a una cristiana.
4. Tener contacto con una mujer.
5. Acusar a un hermano en falso.
6. Autoacusarse para obtener un permiso.
7. Irse a otra orden, o amenazar con hacerlo, sin autorización.
8. Amenazar con irse con los sarracenos.
9. Bajar el estandarte para golpear.
10. Cargar sin permiso siendo el portador del estandarte.
11. Cargar sin permiso (salvo que se viera a un cristiano en peligro de muerte).
12. Negar el pan y el agua a un hermano.
13. Entregar el hábito a alguien a quien no se debe.
14. Aceptar un donativo de quien desea apoyo para ingresar en la Orden.
15. Romper el sello del maestro sin permiso (abrir una carta, se entiende).
16. Forzar un cerrojo sin permiso.
17. Dar limosna sin permiso.
18. Prestar cualquier pertenencia de la Orden sin permiso.
19. Prestar el caballo a otro hermano sin permiso.
20. Mezclar las pertenencias de un señor con las del Temple.
21. Declarar que pertenecen al Temple unas tierras siendo falso.
22. Matar, herir o perder a un esclavo por error propio.
23. Matar, herir o perder a un caballo por error propio.

24. Cazar.
25. Probar las armas y el equipo si se deriva de ello algún mal.
26. Entregar un animal del aprisco sin permiso.
27. Edificar una casa sin permiso del maestre o del comendador de la zona.
28. Causar a sabiendas o por error una pérdida de cuatro dineros o más.
29. Atravesar la puerta del convento con intención de irse y luego regresar arrepentido.
30. Dormir dos noches fuera del convento.
31. Devolver el hábito o tirarlo por ira.
32. Coger el hábito que otro ha tirado y ponérselo al cuello.

No obstante, los templarios tenían permitidos algunos juegos y diversiones como medio para escapar de la rutina cotidiana. Así, podían realizar pequeñas apuestas con otros de sus hermanos siempre que no les costara dinero, como podía ser con flechas sin punta, clavijas inservibles, cuerdas gastadas, etc. En cuanto a los juegos, sólo estaba permitido jugar a las tabas, al llamado *marelles* o rayuela, sin duda practicado sobre un tablero con fichas, y al desconocido *forbot*, pero estaban expresamente prohibidos el ajedrez o el *backgammon*.

La soberbia y el orgullo de que fueron acusados los templarios, y que está presente en muchas de sus actitudes, intentaba ser rebajada con ciertos ritos, como la obligación de lavar los pies y secárselos con paños y después besárselos con humildad a trece pobres a los que, siguiendo la costumbre de la Iglesia, se les reunía el día de Jueves Santo.

8.4. Estructura territorial, gobierno, cargos y categorías de la Orden

8.4.1. Estructura y gobierno

Hasta 1128 la Orden del Temple no tenía ninguna estructura territorial, ni prácticamente otras posesiones que la antigua mezquita de al-Aqsa en la explanada que Balduino II les concedió sobre el solar donde había estado el Templo de Salomón en Jerusalén. Pero a partir del viaje a Europa que entre 1128 y 1130 realizaron Hugo de Payns y algunos de los templarios pioneros, las donaciones aumentaron a tal ritmo que se constituyeron encomiendas por toda la cristiandad. A lo largo del siglo XII el Temple tuvo que ir adaptando su estructura territorial al proceso de rápido crecimiento, teniendo en cuenta además los cambios de ubicación de su sede central en Tierra Santa.

La estructura del Temple partía de una casa central desde la cual se dirigía toda la Orden. Esta casa estuvo en tres lugares entre 1120 y 1311:

-JERUSALÉN (1120-1187): En la Ciudad Santa se fundó la Orden en 1120 y allí radicó la sede hasta la pérdida de Jerusalén en 1187, con la conquista de Saladino. El edificio que se utilizó como casa central fue la mezquita de al-Aqsa, a la que se le añadieron varias construcciones que fueron derribadas por Saladino.

-ACRE (1191-1291): Esta ciudad fue reconquistada por los cristianos en el transcurso de la Tercera Cruzada. Los templarios edificaron junto al mar un enorme y sólido edificio, denominado precisamente «el Temple», donde depositaron su tesoro. Esta ciudad fue la sede de los maestros hasta su conquista por los musulmanes en 1291.

-CHIPRE (1291-1311): Perdida Acre, la sede central se trasladó a la isla de Chipre, gobernada por el linaje de los Lusignan, y allí permaneció hasta su disolución.

La administración de la Orden se basó en los años siguientes a la expansión por Europa, entre 1128 y 1140, en dos grandes territorios: el de Tierra Santa, donde residía el maestre, y el europeo, llamado *Citra mare*, que era administrado por un templario al que se denominaba maestre de *Citra mare*, y que era el responsable de todas las encomiendas en Europa.¹³⁸

Sin embargo, pronto se vio la necesidad de estructurar y agrupar las encomiendas europeas en varias grandes provincias territoriales, cuya delimitación solía coincidir con la de los reinos cristianos de Occidente. Estas provincias comprendían varias encomiendas, que eran la unidad básica y que funcionaban en torno a un centro del cual dependían diversas explotaciones y propiedades.

Esta estructura organizativa permitía a los templarios disponer de una enorme capacidad de autonomía para la gestión de sus recursos, que se fue ampliando hasta lograr en el siglo XIII una independencia casi total incluso de la administración episcopal de las diócesis donde estaban ubicadas cada una de las encomiendas.¹³⁹

La vida cotidiana del templario giró en torno a su encomienda, de la que no podía salir sin permiso. Las había rurales y urbanas.¹⁴⁰ Las rurales constaban de capilla, sala capitular, moradas para los caballeros, bodegas, almacenes, edificios auxiliares, tierras de labor, y casi siempre un castillo; si era urbana disponía de varias casas y tiendas en la ciudad.

La encomienda era gobernada por el Capítulo,¹⁴¹ y estaba compuesta por un comendador o preceptor, un subcomendador o compañero, un clavijero encargado de las cuentas, un camarero y un capellán, además de los hermanos caballeros, sargentos, artesanos, siervos y criados.

El Temple sólo obedecía al papa, pero el poder efectivo de la Orden radicaba en los Capítulos, que se celebraban en tres niveles.

El Capítulo General era el principal órgano de gobierno de toda la Orden; lo presidía el maestre. Formaban parte de él los principales cargos y dirigía los grandes asuntos por los que se regían los templarios; en su seno se debatían y se tomaban las decisiones importantes y era el órgano colegiado que ponía en marcha el sistema de elección del maestre. Su sede era una sala, primero junto a la mezquita de al-Aqsa en Jerusalén, luego en «el Temple» de Acre y por fin en Chipre.

El Capítulo Provincial dirimía los asuntos de cada una de las provincias templarias; a lo largo del siglo XIII se fueron asimilando a los reinos en los que estaban ubicados. Lo presidía el comendador de la provincia y asistían todos los comendadores de las casas o conventos de esa circunscripción.

El Capítulo Ordinario o de la encomienda era el propio de cada unidad en que se dividía el Temple. Se reunía una vez a la semana en la sala capitular que había en cada convento, en domingo, además de las vísperas de Navidad, Pascua y Pentecostés; se exceptuaban los domingos que fueran vísperas de estas tres fiestas. Para que fuera legal tenía que convocar al menos a cuatro hermanos. Era el organismo encargado de amonestar a los infractores y de imponer las penas o la penitencia para cada caso, además de dirigir todos los aspectos concernientes a su encomienda.

En cada uno de los tres niveles, el Capítulo solventaba la admisión de nuevos miembros, rubricaba los acuerdos económicos, actuaba como órgano consultivo del maestre o de los comendadores y servía como espacio para la confesión pública de las faltas por parte de los hermanos que las habían cometido.

8.4.2. Los cargos de la Orden

La Orden del Temple se estructuraba mediante una jerarquización de cargos basada en el principio rígido de obediencia. En los primeros años sólo consta la existencia del maestre, Hugo de Payns, como autoridad única, aunque la relevancia que se le otorga en algunos textos de esos primeros tiempos al caballero flamenco Godofredo de Saint-Omer parece indicar la existencia de un lugarteniente del maestre o un cargo similar.

Con la eclosión de la Orden a partir de 1128 fue necesario adaptar los cargos al rapidísimo crecimiento de la misma, y se hizo aplicando el criterio que regía en el convento de Jerusalén a las encomiendas que se fueron fundando por toda Europa, manteniendo la estructura jerarquizada desde el cargo de maestre.

No obstante, la estructura de mando no quedó del todo perfilada hasta mediado el siglo XIII.

El maestre

Algunos autores lo llaman «gran maestre», quizá para otorgarle la dimensión que en realidad tenía, pero tanto la regla como los documentos nunca lo denominan así, sino simplemente «maestre».

Habitualmente era elegido para dirigir el Temple un caballero que hubiera realizado una carrera militar de larga trayectoria en la Orden, aunque en momentos de dificultades intervinieron reyes y papas para colocar a sus candidatos, como hizo por ejemplo Ricardo Corazón de León. Sobre el maestre recaía todo el poder de los templarios y sólo estaba obligado a obedecer al papa.

Para su servicio disponía de un equipo de ayudantes formado por dos hermanos caballeros, un capellán, un asistente, un sargento, un ayuda de cámara, un herrador, un amanuense sarraceno (traductor) y un turcopole. Se le asignaban cuatro caballos y dos o hasta cuatro, según la ocasión, bestias de carga para portar su equipo; sus caballos recibían una cantidad adicional de cebada con respecto a los de los demás.

En realidad, sus competencias estaban muy limitadas, pues sin el permiso del Capítulo General apenas podía hacer otra cosa que repartir a su discreción algunas limosnas, elegir el primer caballo en cada remesa que llegaba de Europa, decidir qué cantidad de vino se servía en la cena, entregar a los caballeros el cuarto caballo, un segundo escudero y el segundo caballo para los sargentos. Debía velar por que se cumplieran los castigos impuestos a los hermanos, de modo que ninguno de los que cumplían penas de penitencia postrados en el suelo estaba autorizado a levantarse hasta que no le ayudara el maestre. Era el único que podía conceder permiso, o delegar en otro que lo hiciera en su nombre, para derramar sangre, correr caballos, bañarse y celebrar justas y torneos.

Todo lo demás debía hacerlo con consentimiento expreso del Capítulo; entre las competencias sujetas a aprobación estaba la de prestar hasta mil besantes, con el beneplácito de un grupo «numeroso» de caballeros, objetos por valor de cien besantes y armas, salvo lanzas, espadas y cotas de malla, que no se podían dar. No estaba autorizado a dar o vender tierras ni a apropiarse de castillos sin permiso del Capítulo, ni a iniciar una guerra o acordar una tregua. No podía enviar comandantes fuera de las casas, ni admitir el ingreso de nuevos templarios.

Como señal de humildad, debía acoger a su mesa a cinco pobres cada día en la casa donde estuviera comiendo y el Jueves Santo tenía que lavar los pies a trece pobres.

Su función en la Orden se sintetizaba en una frase: «Todos le obedecen y él obedece a la casa».

El senescal

Era el segundo cargo en importancia, y actuaba como lugarteniente del maestre. Pa-

ra su servicio disponía de un caballero, dos escuderos, un sargento, dos infantes, un diácono, un turcopole y un amanuense sarraceno.

Se le asignaban cuatro caballos y un palafrén para cargar el equipo. Era el portador del estandarte «picazo» del Temple y usaba el mismo sello y una tienda redonda de campaña similar a la del maestro, cuyo lugar y funciones ocupaba cuando éste se ausentaba.

El mariscal

Su función era eminentemente militar. Para su ayuda disponía de dos escuderos, un sargento y un turcopole. Se le asignaban cuatro caballos, un caballo turcomano y un rocín sin castrar. Cuando estaba en campaña, residía en un pabellón con cuatro faldones y tres postes y una tienda para sus escuderos y su equipo.

Todas las armas del Temple estaban bajo su jurisdicción, tanto las compradas como las ganadas en botín de guerra, excepto las ballestas y las armas turcas.

Era el estratega en las batallas y el encargado de dar las órdenes directas de combate; nadie podía sustituirlo en esta función salvo que se encontrara enfermo o impedido. No estaba permitido entrar en combate hasta que el mariscal daba el grito de guerra; en ese caso los comandantes debían reunir a sus tropas y acudir a formar junto al mariscal, bajo cuyo mando debían permanecer en tanto durara la batalla.

Como experto en la guerra, era el encargado de comprar los caballos de batalla, de asignarlos a los caballeros y de inspeccionarlos, aunque debía informar al maestro de cuanto hacía, así como del aprovisionamiento de acero para forjar armas y de alambre para fabricar cotas de malla.

Si lo estimaba oportuno, podía nombrar a un vicemariscal, que era un sargento encargado de dirigir a los artesanos, y designar al abanderado.

El abanderado disponía de dos caballos; en la marcha iba delante del estandarte, que físicamente lo sostenía un escudero.

El comendador del reino de Jerusalén

Tenía a su servicio dos escuderos, un sargento, un diácono (que supiera escribir), un turcopole, un amanuense sarraceno y dos infantes. Se le asignaban además cuatro caballos, un palafrén, un pabellón como el del mariscal y una tienda para sus ayudantes.

Su principal función era ejercer como preceptor y tesorero supremo de la Orden, recibir todas las pertenencias y ser guardián del tesoro. Tenía que llevar una lista en la que se anotaran todas las propiedades del Temple y mantenerla al día por si el maestro o un grupo de caballeros ilustres deseaban consultarla.

Debía suministrar a la pañería las cantidades de paño y tela que se necesitaran para los hábitos y ropajes de los templarios, recibir las ropas que se regalaran y distribuir las con buen criterio. Estaba autorizado a comprar las bestias de carga, camellos incluidos, que necesitara para poder desarrollar su trabajo.

Recibía todos los tributos, impuestos y rentas que ingresaba la Orden, así como los beneficios procedentes del botín de guerra. También era el encargado de la flota y del astillero que el Temple tenía en San Juan de Acre.

El comendador de la ciudad de Jerusalén

Era ayudado por dos escuderos, un sargento, un amanuense sarraceno y un turcopole. Se le asignaban cuatro caballos y otro más que podía ser una muía, un caballo turcomano o un rocín, una tienda redonda y un estandarte «picazo», bajo el cual debían cabalgar todos los caballeros que se encontraran en Jerusalén.

Su principal misión era organizar las escoltas que protegían a los peregrinos que

iban desde Jerusalén hasta el río Jordán, llevándolos en las bestias de carga incluso si ello fuera preciso.

Era el encargado de proteger la reliquia de la Vera Cruz cuando ésta era transportada en campaña, para lo cual se le asignaban diez caballeros que debían protegerla día y noche.

Tenía derecho pleno sobre el botín de guerra ganado más allá del río Jordán, del cual podía quedarse la mitad y repartir el resto.

Este cargo desapareció en 1187 tras la toma de Jerusalén por Saladino.

Los comendadores de Trípoli y Antioquía

Ambos tenían asignados como ayuda a un caballero, un sargento, un diácono, un turcopole, un amanuense sarraceno y un infante. Tenían derecho a cuatro caballos y un palafrén, una tienda redonda y un estandarte.

Ejercían la función del maestre, en su ausencia, en los territorios bajo su mando.

Estaban obligados a proporcionar a las fortalezas bajo su jurisdicción todo lo necesario para su mantenimiento, realizar inspecciones en las mismas, controlar los tesoros de cada lugar y disponer que estuvieran listas y preparadas las guarniciones.

El pañero o «vestiario»

Tenía asignados dos escuderos y un encargado de las bestias de carga; además, disponía de cuatro caballos, un pabellón como el del mariscal, una tienda para sus ayudantes y otra para los sastres, y varias bestias de carga para portar sus pertenencias y el equipo de los sastres.

Era el encargado de la ropa de la Orden, por lo cual tenía que proporcionar los hábitos y la ropa de cama a los témplos, salvo las mantas de lana. Cuando llegaban ropas de Europa las inspeccionaba, hacía los correspondientes lotes y los repartía entre los hermanos. Supervisaba la uniformidad de todos los templarios y si alguno no iba correctamente vestido podía darle órdenes y corregirle. Su cargo era considerado el tercero en la jerarquía del Temple, sólo precedido por el maestre y el senescal.

Los comendadores provinciales

Al frente de cada una de las grandes provincias en las que se organizó territorialmente la Orden del Temple había un comendador provincial, también llamado maestre provincial, que ejercía las funciones del maestre en su jurisdicción. Era elegido por el capítulo provincial y, a diferencia del maestre, que era elegido de por vida, este cargo se ejercía por cuatro años, aunque podía prorrogarse el mandato. Era ayudado por un **h**garteniente o subcomendador, al que se denominaba compañero, y un capellán que hacía las veces de escribano.

Los comendadores de las casas (encomiendas)

Cada casa o convento del Temple estaba gobernado por un comendador, a veces llamado maestre de encomienda. Disponía de dos escuderos y de cuatro caballos, o en cualquier caso siempre un caballo más que el resto de los caballeros de la encomienda.

Sus atribuciones estaban sujetas a las directrices emanadas del Capítulo General y a lo que ordenara el maestre, a quien debían pedir permiso para cualquier decisión extraordinaria, aunque estaba facultado para entregar a los hermanos del convento un besante, una sobreveste, una camisa, una copa, una piel de oveja y un paño de lino. No podía construir edificios nuevos sin autorización, pero sí reconstruir o reparar los ya existentes.

Había además un comendador de los caballeros que apenas tenía otra atribución que aprobar que un templario pasara una noche fuera del convento. Cada escuadrón de diez

caballeros tenía a un comendador o comandante al frente.

En las más importantes solía nombrar a un subcomendador para que le ayudara, y además a un clavero, encargado de las llaves y de la despensa, y a un preceptor, que llevaba las cuentas.

Las mujeres en el Temple

La castidad era uno de los tres votos esenciales que debían profesar todos los templarios. Se consideraba el mayor símbolo de la pureza, y su cumplimiento elevaba espiritualmente a quienes la practicaban por encima de los demás seres humanos. En su *Elogio*, Bernardo de Claraval había dejado claro que los templarios debían vivir sin mujeres,¹⁴⁴ siguiendo así la práctica que se venía observando en los conventos cristianos desde hacía siglos.

La regla del Temple era todavía más contundente que el santo cisterciense, al prohibir a los templarios tocar siquiera a una mujer, ni aunque fueran sus madres o sus hermanas:

La compañía de mujeres es cosa peligrosa, pues a través de ella el diablo ha apartado a muchos del sendero que conduce al Paraíso. **De** ahora en adelante, que ninguna dama sea admitida como hermana en la casa del Temple; ésa es la razón, queridísimos hermanos, por la que de ahora en adelante no es conveniente seguir esta costumbre, para que así la flor de la castidad pueda mantenerse por siempre entre vosotros.

Creemos que es peligroso que un religioso tenga demasiadas ocasiones de contemplar el rostro de una mujer, ya sea viuda, joven, madre, hermana, tía o cualquier otra cosa; y de ahora en adelante los caballeros de Jesucristo deberían evitar a toda costa los abrazos de las mujeres, por los que los hombres han perecido en tantas ocasiones, para que así puedan permanecer eternamente ante el rostro de Dios con una conciencia pura y una vida segura.

Ahora bien, en algunas encomiendas ciertas mujeres fueron admitidas como cofrades; así, en la encomienda navarra de Novillas había 90 cofrades, 49 eran hombres y 41 mujeres.¹⁴⁶

8.4.3. Las categorías de los templarios

El Temple era una Orden eminentemente militar, pero además de soldados, siervos y escuderos hacían falta administradores, constructores y gentes de leyes y de religión.

No todos los templarios eran iguales en categoría ni en condición. Había cuatro figuras dentro de la Orden, atendiendo sobre todo a su extracción social y a su ingreso: caballeros, sargentos, capellanes y artesanos, escuderos y siervos, a los que habría que añadir los turcopolos, soldados mercenarios contratados en Tierra Santa.

Caballeros y sargentos eran los combatientes, y se denominaban los hermanos, fra-tes o freires del convento.

Capellanes, artesanos, escuderos y siervos no participaban en el combate.

Los caballeros, sargentos, capellanes, artesanos y escuderos eran los hermanos mayores.

Los siervos eran los hermanos menores.

Caballeros

Eran los templarios por antonomasia, los auténticos «caballeros de Cristo». Se reclutaban entre los miembros de la aristocracia europea, y debían demostrar su pureza de sangre y la nobleza de su linaje, además de ser hijos legítimos. Su número dentro de la

Orden osciló a lo largo de los dos siglos de existencia, desde los nueve fundadores a un número en torno a los mil en la época de mayor presencia en Tierra Santa.

Eran los únicos que podían llevar la capa y sobreveste completamente blanca con la cruz roja sobre el lado izquierdo, y para sus funciones disponían de tres caballos y un escudero, e incluso un cuarto caballo y un segundo escudero si así lo decidía el maestro.

Había caballeros de tres tipos:

—El permanente: era el que había hecho los votos, tomado el hábito y profesado renunciando al mundo para servir a la Orden de por vida. Eran los verdaderos monjes-soldados, la esencia del Temple.

—El temporal: era quien decidía dedicarse a la Orden pero por un tiempo concreto y limitado durante el cual serviría como los caballeros permanentes, pero una vez cumplido el plazo podía regresar a su vida anterior. Esta noción de servicio temporal es por completo extraña al monacato cristiano, por lo que se ha visto en esta figura una influencia ajena a la Iglesia; de modo que no son considerados como «hermanos».¹⁴³

—El de la Orden Tercera: eran caballeros que deseaban servir en el Temple pero sin renunciar a su vida. Podían seguir casados, si ya lo estaban, pero en ese caso debían dormir fuera del convento. Hubo reyes, como García Ramírez o Sancho VI de Navarra, y nobles *que* adoptaron este modelo.

Sargentos

Su ingreso en la Orden seguía los mismos cauces que los caballeros, pero se diferenciaban de éstos por su condición social. Los sargentos eran individuos de condición no nobiliaria, y por tanto inferiores en cuanto a extracción social a los caballeros.

Vestían hábito con capa y sobreveste de color negro, a veces marrón, con una cruz roja delante y otra detrás, y disponían del mismo equipo que los caballeros, salvo el número de caballos (sólo se les asignaba uno) y no disponían ni de tienda ni de caldero propio.

Sólo cinco sargentos podían poseer dos caballos: el vicemariscal, el abanderado, el cocinero, el herrero y el comandante del astillero de Acre, que además tenían también un escudero.

Uno de los sargentos era denominado como gonfalonero y se encargaba de mandar a los escuderos.

Tanto los sargentos como los caballeros estaban exentos de realizar trabajos manuales, pero podían ser castigados a ejercer tareas de los artesanos o de los siervos como castigo.

Capellanes

Eran de condición eclesiástica y habían recibido las órdenes para poder administrar los sacramentos; no combatían y se dedicaban a los servicios religiosos, además de actuar como notarios y escribanos. El Temple dispuso de sus propios sacerdotes al margen del clero diocesano.

Artesanos, escuderos y siervos

Los artesanos eran los freres de *mestiers*, o de los oficios, que realizaban actividades laborales como tareas de horno, forja, establo, construcción, vestidos...; estaban exentos de realizar actividades militares.¹⁴⁷ Los escuderos o *armigers* eran los ayudantes de los caballeros, y se encargaban de mantener su equipo militar y de asistirles en el combate.

Turcoples

Los turcoples eran soldados mercenarios que integraban las tropas auxiliares contratadas por los templarios para reforzar sus ejércitos en Tierra Santa. La mayoría procedían de extracción turca, de ahí el nombre.

Al mando de estas tropas mercenarias estaba el *turcoplesier*, cargo que recaía en uno de los caballeros y que podía disponer de hasta cuatro caballos.

8.4.4. La elección del maestre

El cargo de maestre era vitalicio. Una vez elegido y habiendo tomado posesión de su dignidad, el maestre permanecía al frente de la Orden hasta su muerte. El procedimiento de elección de cada nuevo maestre estaba perfectamente definido en la regla.

Cuando el maestre fallecía era sustituido de manera provisional por el mariscal, que se encargaba de organizar los funerales y de convocar a Capítulo General extraordinario a los miembros que tenían derecho a participar en la asamblea.

Los funerales eran sencillos pero se rodeaban de un gran efectismo; se encendía «un gran número de velas», honor sólo reservado al maestre, y era enterrado con toda solemnidad. Durante los siete días siguientes los hermanos rezaban doscientos padrenuestros, ayunaban a pan y agua durante tres viernes y cien pobres eran alimentados en la comida y la cena.

Acabados los funerales y convocado el Capítulo, éste debía reunirse, si era posible —no lo fue a partir de 1187—, en Jerusalén, en un día fijado por el mariscal y el comendador del reino de Jerusalén. A partir de ese momento era el comendador quien se encargaba de la custodia del sello del maestre.

Al amanecer del día señalado para la elección, los electores —la regla sugiere que sean dos o tres «hermanos ilustres» por cada casa o encomienda— acudían a la sala capitular después de asistir a la oración de maitines. Una vez reunidos, el comendador del reino de Jerusalén proponía la elección de un «comendador de la elección», que debería ser un hermano que hablara todas las lenguas, amara la paz y la concordia y no alentara las discrepancias. Elegido éste comendador, él mismo nombraría a su vez un compañero para que le ayudara. Ambos pasaban la noche rezando y sin hablar, salvo que tuvieran que comentar alguna cosa con respecto a la elección.

El día discurría entre oraciones, rezos en la capilla y una misa dedicada al Espíritu Santo, a quien se pedía Su gracia para elegir bien al nuevo maestre. A continuación el comendador del reino llamaba al comendador de la elección y a su compañero para exhortarles a elegir bien a dos compañeros, de modo que ya eran cuatro. A su vez, estos cuatro escogían a dos más, con lo que ya eran seis; los seis a otros dos, siendo ocho; los ocho a dos más, para ser diez, y los diez a otros dos, con lo que el número de electores ya era de doce. Los doce elegían al último elector, que tenía que ser capellán y ocupar así el lugar simbólico de Jesucristo, en recuerdo de la Última Cena. De los trece electores, ocho tenían que ser caballeros, cuatro sargentos y uno capellán, y además deberían ser de distintas nacionalidades para evitar que una de ellas monopolizara el cargo.

Los trece electores se retiraban de la sala del Capítulo y se reunían en otra estancia. Comenzaba entonces el proceso de elección del nuevo maestre mediante la admisión de las propuestas nominales concretas que cada uno de los trece fuera realizando. Si no había acuerdo, el comandante de la elección lo comunicaba al Capítulo, cuyos componentes rezaban de rodillas pidiendo la intercesión del Espíritu Santo. La sesión de los

trece continuaba hasta la elección del maestre; sus deliberaciones estaban sujetas a un estricto secreto.

Una vez elegido maestre, el comendador de la elección comunicaba su nombre al Capítulo y solicitaba su asentimiento. A continuación, el maestre juraba su cargo si estaba presente y en caso contrario se enviaba una delegación para comunicarle el nombramiento, era conducido a la capilla, se arrodillaba ante el altar y se ofrecía un *Te Deum* de acción de gracias.

Capítulo 9 La economía y las finanzas del Temple

9.1. La construcción del patrimonio

La Orden del Temple nació en 1120 con un escaso patrimonio; tan sólo un solar en Jerusalén y la mezquita de al-Aqsa consagrada como iglesia que el rey Balduino II donó a los pioneros para que dispusieran de un lugar en el que poder reunirse y vivir como frailes en un convento. Durante los cinco primeros años no hay constancia de ninguna otra donación; en esos primeros tiempos, los templarios pretendían vivir de las limosnas de los peregrinos. La pobreza era uno de sus normas, como señalara Bernardo de Clara-val: «se visten con lo que les dan y no buscan comida ni vestido por otros medios». ¹⁴⁸

Una y otra vez la regla de 1129-1131 alude a los templarios como «los pobres Caballeros de Cristo». ¹⁴⁹ Pero en esas fechas su patrimonio se había incrementado notablemente. Un hecho parece decisivo: la incorporación en 1125 del conde Hugo de Champaña a la Orden significó la obtención de importantes recursos económicos y por supuesto una carta de presentación inmejorable. Por eso, cuando la delegación de templarios llegó a Europa en 1128 para darse a conocer ante los reyes de la cristiandad, las donaciones se produjeron en masa, a pesar de que estos caballeros eran hasta entonces unos perfectos desconocidos.

¿Qué cambio se produjo para que ocho años después de su fundación los monarcas y los nobles cristianos se volcaran para ofrecer al Temple tantas dádivas? Obviamente, el conde de Champaña, uno de los grandes señores nobiliarios de Europa, tuvo mucho que ver en ello, así como sus cartas de recomendación unidas a la defensa que de esta nueva orden realizara el prestigioso e influyente Bernardo de Clara-val.

A partir de 1128 las donaciones se multiplican. En Portugal, en Castilla y León, en Navarra, en Aragón, en el condado de Barcelona, en Francia, en Alemania, en Inglaterra..., por todas partes les llueven las donaciones inmuebles (castillos, tierras, bosques...) y muebles (dinero, joyas, armas, caballos...).

Nunca había ocurrido nada semejante. Los monarcas cristianos —ninguno de ellos había acudido a la llamada del papa en la Primera Cruzada— lavaban su mala conciencia por haber dejado solos a los primeros cruzados en Tierra Santa, y los nobles que no habían atendido la convocatoria predicada en 1095 en Clerrnont pretendían hacer olvidar que ellos tampoco habían respondido con entusiasmo.

Entre 1128 y 1236 se constata una verdadera catarata de donaciones al Temple; las tierras y los edificios no se podían transportar a Tierra Santa, pero las dádivas en dinero sí, y éstas se produjeron en grandes cantidades. El hijo de Hugo de Payns, cuyo nombre de pila era igual que el de su padre, abandonó el monasterio de Santa Coloma de Troyes, del que era abad, y en 1140 se marchó a Jerusalén llevándose consigo parte del tesoro que se guardaba en la abadía. ¹⁵⁰

Y para que la acumulación de riqueza fuera mayor y más rápida, los templarios consiguieron notables exenciones fiscales del papado, y fueron eximidos del pago de casi todos los impuestos entre 1130 y 1150, además de lograr el control absoluto de los impuestos y donaciones que ellos a su vez recibían, como los derechos de sepultura en sus templos.

Entre 1140 y 1150 una gran cantidad de dinero, fruto de las donaciones en metálico o de las primeras rentas obtenidas en las explotaciones de las encomiendas, llegó a la

casa del Temple de Jerusalén. Los donativos superiores a la cantidad de cien besantes, es decir a cien monedas de oro, se enviaban directamente a la sede central, en tanto las cantidades inferiores las guardaba el comendador de la encomienda en la que se había realizado el donativo.

Las donaciones se realizaban por caridad, para sostener la obra del Temple y por amor a Dios y remisión de los pecados.

El Temple sabía cómo invertir tanto dinero. Una buena parte iba destinada a la compra de bienes inmuebles (tierras, casas o tiendas), para que le proporcionaran unas rentas seguras y constantes en el futuro. Entre 1150 y 1180 adquirió varios edificios y tiendas en Jerusalén,¹⁵¹ que presuntamente alquilaba a comerciantes, al igual que las casas. El arqueólogo Adrián Boas descubrió vanas inscripciones con la letra «T» en edificios que formaron parte del mercado medieval de Jerusalén, lo que le ha hecho suponer que todas esas tiendas eran propiedad del Temple.¹⁵²

En Europa las inversiones se centraron sobre todo en la construcción de edificios sede de las encomiendas y en graneros para guardar las cosechas de sus tierras; en el condado inglés de Essex, por ejemplo, disponían de un enorme granero que ha sido considerado como el más grande de la Europa medieval.¹⁵³

Junto a ese tipo de inversiones, los templarios dedicaron una gran parte de sus ingresos a construir fortalezas en Tierra Santa, y también en Europa, y a equipar su ejército profesional de caballeros, sargentos y escuderos, integrado en Tierra Santa por unos cinco mil hombres. Para semejante número de combatientes hacía falta una enorme cantidad de dinero, pues cada soldado a caballo, y lo eran los caballeros y los sargentos, necesitaba además de la montura todo el costosísimo equipo militar de combate (armas ofensivas, cota de mallas, corazas, cascos, etc.).

Pero también levantaron iglesias en Tierra Santa y en Europa. El 15 de julio de 1149, justo cincuenta años después de la conquista en la Primera Cruzada, se consagró solemnemente el nuevo templo del Santo Sepulcro en Jerusalén; las obras se realizaron con importantes aportaciones financieras del Temple procedentes del flujo de capital de Occidente hacia Oriente gracias al excedente de las encomiendas europeas, que se denominó *responsio*.¹⁵⁴

Tampoco faltaron incorporaciones en bloque de propiedades enteras de algunas pequeñas órdenes militares que se habían fundado a lo largo del siglo XII y que acabaron integradas en el Temple, como por ejemplo la del Santo Redentor de la localidad de Alfabra, en el reino de Aragón, que fue absorbida con todas sus propiedades en 1196.

A fines del siglo XII se había producido una enorme paradoja; los templarios habían nacido con vocación de pobreza, la predicaban y hacían votos de ella al profesar en la Orden, pero el Temple era cada vez más y más rico y atesoraba más y más propiedades.

9.2. Las riquezas del Temple

En el año 1200 el Temple era sin duda la orden religiosa más rica de la cristiandad. No se ha realizado un censo sistemático y completo de las numerosas encomiendas templarias, pero algunas estimaciones calculan en unas nueve mil las existentes en Europa,¹⁵⁵ aunque otros han rebajado considerablemente esta cifra a mil quinientas.¹⁵⁶ Tal vez la enorme diferencia de estimación radique en que en el primer caso se han contabilizado todos los lugares donde el Temple tenía propiedades, y en el segundo sólo los

centros que alcanzaban la categoría de encomienda.

Por supuesto que esas encomiendas producían un considerable nivel de rentas, que propició que en la segunda mitad del siglo XII los templarios dispusieran de considerables cantidades de dinero. No es posible, de momento, precisar cuándo se dieron cuenta de la gran oportunidad que tenían en sus manos, pero no hay duda de que fue muy pronto, pues en 1135 ya existen documentadas algunas operaciones de préstamo. Con tanto dinero atesorado e inmovilizado como tenían en sus fortalezas podían realizar préstamos y cobrar por ello un interés.

Su prestigio, su fama de austeros y su condición de caballeros propició que se convirtieran en prestamistas de reyes, de nobles y de mercaderes; por ejemplo, en 1264 concedieron al rey Jaime I de Aragón un crédito de 32.000 sueldos a un interés del 10 por ciento anual, que no parece demasiado elevado.

Además, su amplia red de encomiendas les permitía convertirse en banqueros, es decir, podían emitir un documento de depósito a un mercader en París y hacerle efectivo el pago en metálico en Jerusalén.

Así, desde la segunda mitad del siglo XII los templarios tuvieron la capacidad de financiar el rico comercio que seguía fluyendo entre Oriente y Occidente.

También supieron ganarse la confianza de muchos comerciantes, nobles e incluso reyes, que depositaron en las encomiendas templarias sus capitales, joyas y objetos de gran valor. En la casa del Temple de París se custodiaba el tesoro real de Francia al menos desde el siglo XIII;

Jaime I depositó sus joyas y las de su esposa Violante a cargo de los templarios en su castillo de Monzón, aunque, eso sí, como fianza hasta 1240.

Eran propietarios de una considerable flota cuyos barcos recalaban en los puertos de Niza, Biot, Toulon, Marsella y Barí, y en su base naval de La Rochelle; sus barcos y galeras tenían nombres tan sonoros como *La Buenaventura*, *El Halcón*, *La Rosa del Temple* o *La Bendita*. Algunos de ellos estaban especialmente diseñados para el transporte de caballos, absolutamente imprescindibles para la tarea de los templarios; los llamados *huissies* eran capaces de transportar hasta sesenta caballos.

Sus flotas comerciales movieron enormes cantidades de mercancías, con las cuales obtuvieron pingües beneficios; solían recaudar además entre el 8 y el 12 por ciento de la seda, el aceite, la pimienta, la canela, la lana, el alumbre, los barnices, el lino, la nuez moscada, el clavo, las gallinas de la India, el azúcar, el pescado salado de Babilonia, el ébano, el vino y el azafrán, todos ellos productos de lujo de considerable valor en los mercados. Y también obtuvieron ingresos de los pasajes que cobraban a los peregrinos que viajaban a los Santos Lugares.

Su capacidad financiera y la disposición monetaria que poseían les permitió remodelar barrios enteros en ciudades como París, Londres o Barcelona, donde eran propietarios de decenas de casas y de tiendas que alquilaban a particulares.

Sus ingresos eran cuantiosos, pero las inversiones en Tierra Santa demandaban más y más dinero. La construcción y reparación de fortalezas, el mantenimiento de una flota operativa y la reposición de material de guerra era un verdadero pozo sin fondo al que se destinaba la mayor parte de los recursos. Los templarios en Oriente eran guerreros, y para ejercer su misión se hacía necesario disponer de un considerable equipo militar, que implicaba enormes cantidades de dinero. A fines del siglo XIII, por ejemplo, un inventario de los templarios instalados en la ciudad de Limassol, en la isla de Chipre, da cuenta de la propiedad de 930 cotas de malla, 970 ballestas y 604 carros.¹⁵⁷ Es decir, un equipamiento para cerca de mil soldados, lo que significaba un desembolso cuantiosísimo.

Eran dueños de bienes considerables, pero no vivían como ricos; la vida de los

templarios, tanto en Tierra Santa como en Europa, era bastante austera en la mayoría de las encomiendas. No existen noticias, ni evidencias arqueológicas o materiales, sobre la existencia de grandes lujos. Los edificios templarios que se han conservado son sólidos pero austeros; sus castillos y sus iglesias fueron construidos con la mayor simplicidad posible, desprovistos de elementos artísticos relevantes que pudieran encarecer la obra. En algunas fortalezas se emplearon materiales costosos, como sillares de buena factura, pero se evitaron ornamentos innecesarios. Y lo mismo se hizo en las iglesias, que en general son de pequeño tamaño, apenas el necesario para la comunidad de hermanos del convento y del servicio; carecen de decoración escultórica relevante y cuando existen pinturas no suelen ser de una gran calidad artística, por lo que parecen obras realizadas por talleres locales o incluso por la mano de algunos hermanos con cierta capacidad para el dibujo.

Ninguno de los inventarios de las numerosas encomiendas recoge la existencia de grandes tesoros o de joyas maravillosas. Es cierto que poseían un tesoro, del cual no existe ningún dato cuantitativo, en Tierra Santa, que se guardaba en el formidable edificio conocido como «el Temple» o «la Bóveda» en la ciudad de Acre, en cuyos flancos un cronista cita los únicos elementos de ostentación que se conocen: cuatro leones rampantes «del tamaño de un buey» recubiertos de oro y valorados en mil monedas de oro.

La mayoría de los investigadores que se han dedicado a estudiar las finanzas del Temple ha llegado a la conclusión de que, en general, fueron buenos administradores de sus bienes. La red de encomiendas estaba bien articulada, extendida por toda la cristiandad y su interrelación y la fluidez entre las encomiendas parece que funcionaba correctamente. En realidad cada encomienda, además de una unidad de explotación económica y en consecuencia una fuente de producción de rentas, actuaba a la vez como un depósito de bienes tanto propios como ajenos. Semejante red era ya de por sí una garantía para quienes les confiaban sus fondos.

Una gran ventaja jugaba en este sentido a favor del Temple. Los caballeros no tenían nada en propiedad, todo era de la Orden, de manera que, salvo casos de corrupción por lucro personal, que los hubo, ningún templario tenía intereses personales en actividades económicas privadas, de modo que todo beneficio que se obtenía era para el fondo común del Temple. Aunque es cierto que alguno, como el famoso Roger de Flor, usó del Temple en su beneficio, pero fue expulsado de la Orden y perseguido por ello.

La encomienda era la base de todo el sistema económico de la Orden, y en ella se sostenía su compleja estructura financiera. Como unidad básica de producción y sede a la vez de los freires o hermanos del convento, la encomienda estaba diseñada para cumplir todas las funciones que le eran propias; así, disponía de una capilla para la oración, una sala capitular para las reuniones del Capítulo, un edificio para morada de los hermanos, con al menos un comedor y un dormitorio, ambos espacios comunes; no faltaban las bodegas y los almacenes, algunos edificios auxiliares y cuadras y establos para el ganado y para los caballos.

Una pequeña encomienda de tipo medio en la Francia de finales del siglo XIII poseía los siguientes bienes:

—Animales: 14 vacas, 3 terneras, 1 novillo, 8 becerros, 2 bueyes, 3 toros, 98 cerdos, 1 cerda, 1 cochinito, 8 yeguas, 8 potros, 1 caballo, 5 rocines y abundante número de aves de corral.

—Tierras de cultivo: 18 acres sembrados de mijo y centeno, 24 de cebada y arveja, 15 de avena, 14 de guisantes, 6 de algarrobo.

—1 campo de cáñamo.

- 1 almacén con provisiones de cerveza, carne, vino y pan.
- 1 cocina con sus correspondientes utensilios.
- 1 iglesia dotada con libros, varias copas de plata y ropa de oficiar la misa.

La encomienda de Monzón, la más importante del reino de Aragón, disponía en 1289, entre otros bienes, de las siguientes propiedades:

- El castillo, con iglesia, refectorio y edificios auxiliares.
- Una completa armería provista de yelmos, corazas, espadas y ballestas.
- 48 cautivos y 1 cautiva.
- 182 puercos, 143 vacas y 811 cabezas de ganado lanar.

Una encomienda urbana podía ser propietaria de decenas de casas, tiendas, molinos y hornos de cuyos alquileres obtenían importantes rentas.

¿Cómo fueron capaces de conseguir semejante nivel de «especialización» en la gestión económica de sus bienes? Los caballeros y los sargentos templarios no eran expertos en la administración de capitales; todo lo contrario, eran guerreros, hombres de acción, muchos de los cuales apenas sabían leer y escribir. ¿Quiénes dirigían entonces las finanzas de la Orden? Parece evidente que no pudieron ser otros que los capellanes. De entre todas las categorías que existían en la Orden, éstos eran los únicos que habían recibido instrucción de letras en las escuelas episcopales o alguna otra institución educativa de la Iglesia, y estaban por tanto preparados para ejercer de notarios o escribanos, además de para poder llevar la contabilidad de cada encomienda.

Una de las actividades que más dinero en efectivo les proporcionó fue su papel de banqueros. Quizá sea exagerado afirmar que los templarios fueron los creadores de la banca medieval, pero no cabe duda de que, gracias a su amplia red de encomiendas, fueron capaces de tejer una trama que les facilitó la concesión de préstamos y la emisión de letras de cambio, con lo que se convirtieron en los principales banqueros del siglo XII.

Llama la atención la rapidez con la que se convirtieron en banqueros, pues apenas dos años después de que recibieran las primeras donaciones en Europa ya estaban realizando préstamos importantes. Semejante precocidad sólo es explicable atendiendo a la procedencia de los primeros templarios; la mayoría de ellos, incluido el gran impulsor, el conde Hugo de Champaña, era originaria de esta región, la más dinámica de toda Francia, y probablemente de Europa, en cuanto a experiencia comercial se refiere, en la primera mitad del siglo XII. Las principales localidades del condado (Troyes, Bar, Provins) eran centros de afamadas ferias que se habían organizado en un circuito muy bien estructurado y reglado a lo largo de casi todo el año. La experiencia financiera y comercial que allí se gestó no debe de ser ajena a la temprana capacidad comercial del Temple.

El capital se guardaba en la cámara del tesoro, en unas arcas de madera y de hierro; allí, en una especie de huchas, se depositaban también otros bienes en dinero o joyas que se les entregaban para su custodia. Las grandes encomiendas, sobre todo la de París, disponían de una verdadera oficina bancaria que abría durante todo el día hasta que a media tarde, y tras el cierre, se hacía un arqueo o balance de la jornada.¹³⁸

Reyes, nobles y mercaderes fueron clientes del Temple, y beneficiarios de sus préstamos, como Jaime I de Aragón en la segunda mitad del siglo XIII o Felipe IV de Francia a principios del siglo XIV. Algunos reyes llegaron a entregarles como aval por un préstamo objetos veneradísimos: Balduino III, rey de Jerusalén, les ofreció la reliquia de la Vera Cruz como fianza por un préstamo.

El sistema financiero ideado por el Temple funcionó bien hasta mediado el siglo

XIII, pero a partir de la década de 1240-1250 las donaciones a la Orden y sus propias rentas comenzaron a menguar. La crisis estructural que comenzaba a cebarse en la sociedad europea no fue ajena a las finanzas de los templarios, que contemplaron impotentes cómo disminuían sus ingresos en tanto que sus gastos se mantenían o incluso aumentaban, ante la ofensiva que en Tierra Santa lanzaron los musulmanes contra los territorios de los cruzados a partir de 1262.

Mientras duró la bonanza económica y las rentas llegaron de manera fluida, el Temple sostuvo su prestigio y su poder, pero con la crisis financiera aparecieron los problemas. Incluso las grandes exenciones que habían logrado entre 1130 y 1150 se volvieron contra ellos.¹⁵⁹

Capítulo 10 La vida cotidiana de los templarios: la paz y la guerra

10.1. Un día en la vida de un templario

La Orden del Temple se había creado para la guerra, pero no todos los días había una guerra; la idea original había sido la de establecer un instituto armado en el que los monjes-soldados pelearan contra los musulmanes en defensa de los peregrinos cristianos. Por ello, la disciplina tenía que ser muy estricta, y lo era en una doble dirección: de un lado la militar, imprescindible en una orden de caballería integrada por guerreros, y de otra la eclesiástica, obligatoria para quienes profesaban los votos de pobreza, castidad y obediencia y el compromiso de vivir de manera monacal.

La rígida disciplina imponía a los templarios un ritmo diario monótono y reiterativo, salvo cuando estaban en campaña o preparándose para la batalla.

La mayor parte de los días discurrían en el convento, según el horario y las actividades que la regla imponía. Un templario no tenía oportunidad para la acción individual, no se le permitían iniciativas propias, no podía actuar por su cuenta, ni siquiera plantear nada que no estuviera contemplado en la regla. Todo cuanto hacía, todo lo que le sucedía estaba reglamentado y escrito en las normas de comportamiento que juraba seguir y cumplir al ingresar en la Orden. Dormir, rezar, comer, vestir, hablar..., todo estaba regulado.

Una jornada habitual en cualquier encomienda comenzaba a la hora de maitines,¹⁶⁰ en plena madrugada, cuando sonaba la campana y el templario tenía que levantarse, ponerse los calzones y los zapatos, cubrirse con la capa y acudir con el resto de hermanos a rezar en la capilla del convento el primer oficio del día y veintiséis padrenuestros; sólo los enfermos o los que hubieran trabajado en algún servicio especial el día anterior tenían permiso para quedarse en la cama. En la capilla y durante las oraciones permanecía siempre en pie, para dominar así el cuerpo, aunque la regla admite que se podía sentar tras oír el salmo *Venite* para levantarse después del *Gloria Patri*.

Finalizado este primer oficio religioso, se dirigía a los establos y allí inspeccionaba los caballos y su equipo, y si algo no estaba bien debía dejarlo en perfectas condiciones con la ayuda de su escudero. Una vez finalizada esta tarea regresaba a la cama, todavía de noche, para seguir durmiendo.

A la hora prima, al amanecer, sonaba de nuevo la campana, y tenía que levantarse de inmediato, vestirse completamente y acudir a la capilla para oír el segundo oficio religioso del día y una misa; tras ello acudía de nuevo a revisar su equipo, su armadura y las tiendas de campaña. A lo largo de la mañana tenía que asistir a dos nuevos oficios religiosos, los de las horas tercia y sexta, y rezar hasta sesenta padrenuestros, treinta para los vivos y treinta para librar a los muertos de las penas del Purgatorio.

A mediodía sonaba la campana anunciando que había llegado la hora de la comida; la primera llamada era para los caballeros, y la segunda, en el turno siguiente, para los sargentos. Salvo causa mayor, nadie podía faltar en el refectorio. Una vez allí esperaba en pie a que llegara un sacerdote, el hermano capellán, para bendecir la mesa, en la que siempre había pan, agua y vino; antes de sentarse rezaba un padrenuestro.

Mientras comía en silencio y sin hacer ruido, un hermano clérigo leía las Sagradas

Escrituras en voz alta. Nadie podía levantarse de la mesa mientras comía salvo por causa de guerra, por enfermedad súbita o porque se hubiera prendido fuego en alguna dependencia.

Acabada la comida, acudía a la capilla en compañía de todos los hermanos y se rezaba un padrenuestro para dar gracias a Dios.

A media tarde disponía de unas horas de asueto, durante las cuales podía hacer aquello «que le instruya Nuestro Señor», pero tenía que permanecer «en su sido», lo que significa que cada templario tenía asignado un lugar en el convento, y evidentemente en el dormitorio, a fin de poder ser localizado en todo momento.

A la hora nona, al atardecer, repicaba de nuevo la campana y a su sonido debía acudir a la capilla para escuchar el oficio religioso correspondiente a esa hora y rezar trece padrenuestritos, para hacerlo de nuevo a la hora de vísperas, ya puesto el sol.

Tras asistir al oficio de vísperas, donde tenía que rezar dieciocho padrenuestritos, se llamaba para la cena, que discurría de manera similar a la comida.

Acababa el día con la llamada a completas, de noche, para asistir a la capilla, aunque antes, si así lo deseaba, podía reunirse con los hermanos para beber vino rebajado con agua, pero sin cometer excesos. Oído el oficio y la oración de la hora de completas, acudía a inspeccionar su caballo y su equipo antes de irse a dormir previo rezo de un padrenuestro.

Rezar, revisar y reparar el equipo y comer, eso era cuanto hacía a lo largo de un día un templario. Las plegarias y el servicio divino eran la ocupación principal de buena parte de la jornada, estructurada y compartimentada en función de las horas de los oficios religiosos. Y siempre en silencio y sin hacer el menor ruido. Permanecer callados, hablar sólo si se consideraba estrictamente necesario, no levantar la voz, eran actitudes exigidas a los templarios, hasta tal punto que tenían un lenguaje de signos con las manos para evitar hablar en muchos casos.

El espíritu ascético lo impregnaba todo; no había lugar para la risa, ni para el ocio, ni para las distracciones, incluso las conversaciones agradables o que indujeran a la diversión estaban mal vistas. Sólo le estaba permitido jugar a tabas, a la rayuela y al *forbot*, cuya práctica es desconocida, y ni siquiera podía practicar la caza, la gran diversión del Medioevo para los caballeros seculares, salvo la del león.

Tenía absolutamente prohibido cualquier tipo de contacto con mujeres, cuya simple presencia debía intentar evitar debido al voto de castidad que había jurado cumplir.

El dormitorio era un espacio comunal; se ubicaba en una amplia nave, con las camas separadas convenientemente y todas iguales. Una lámpara tenía que permanecer siempre encendida para iluminar el dormitorio,¹⁶¹ al igual que ocurría en los monasterios cistercienses, sin duda para evitar cualquier tentación de carácter homosexual. Dormía con la camisa, las calzas o pantalón bien atados y un cinturón estrecho puestos, dejando la capa o el manto convenientemente colgado.

Así relata Bernardo de Claraval el modo de vida de los templarios:

Tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra observan una gran disciplina y nunca falla la obediencia, porque, como dice la Escritura, el hijo indisciplinado perecerá: «Pecado de adivinos es la rebeldía, crimen de idolatría es la obstinación»; van y vienen a voluntad del que lo dispone, se visten con lo que les dan y no buscan comida ni vestido por otros medios. Se abstienen de todo lo superfluo y sólo se preocupan de lo imprescindible. Viven en común, llevan un tenor de vida siempre sobrio y alegre, sin mujeres y sin hijos. Y para aspirar a toda perfección evangélica, habitan juntos en un mismo lugar sin poseer nada personal, esforzándose por mantener la unidad que crea el Espíritu,

estrechándola por la paz. Diríase que es una multitud de personas en la que todos piensan y sienten lo mismo, de modo que nadie se deja llevar por la voluntad de su propio corazón, acogiendo lo que les mandan con toda sumisión.

Nunca permanecen ociosos ni andan merodeando curiosamente. Cuando no van en marchas —lo cual es raro-, para no comer su pan ociosamente se ocupan en reparar sus armas o coser sus ropas, arreglan los utensilios viejos, ordenan sus cosas y se dedican a lo que les mande su maestro inmediato o trabajan para el bien común. No hay entre ellos favoritismo; las deferencias son para el mejor, no para el más noble por su alcurnia. Se anticipan unos a otros en las señales de honor. Todos arriman el hombro a las cargas de los otros y con eso cumplen la ley de Cristo. Ni una palabra insolente, ni una obra inútil, ni una risa inmoderada, ni la más leve murmuración, ni el ruido más remiso queda sin represión en cuanto es descubierto.

Están desterrados el juego de ajedrez y el de los dados. Detestan la caza y tampoco se entretienen —como en otras partes— con la captura de las aves al vuelo. Desechan y abominan a bufones, magos y juglares, canciones picarescas y espectáculos de pasatiempo por considerarlos estúpidos y falsas locuras. Se tonsuran el cabello porque saben por el Apóstol que al hombre le deshonra dejarse el pelo largo. Jamás se rizan la cabeza, se bañan muy rara vez, no se cuidan el peinado, van cubiertos de polvo, negros por el sol que los abrasa y la malla que los protege.¹⁶²

En la vida de un templario no había lugar para la intimidación; hasta las cartas que le llegaban de familiares o amigos eran leídas en público, con presencia del maestro o del capellán en su caso.¹⁶³ Jamás mostraba su cuerpo desnudo, ni siquiera ante los demás hermanos, y debía dejarse la barba larga, sin afeitarse nunca, aunque el pelo de la cabeza lo llevaban casi completamente rapado —la regla de 1129-1131 recomendaba «no llevarlo demasiado largo»—, aunque siempre «sin ningún exceso en sus cuerpos».

El calendario anual de la Orden se regía, obviamente, por las festividades religiosas. Los domingos no eran demasiado diferentes al resto de los días de la semana, a excepción de que durante esa jornada se celebraban las reuniones del Capítulo. Todos los días del año eran iguales, aunque se conmemoraban de manera especial la Navidad, Pentecostés y Todos los Santos.

En el Temple se sentía un fervor especial hacia la Virgen María, de la que eran muy devotos y a la que dedicaban capillas e iglesias. En el santoral destacaban las festividades de algunos santos, como por ejemplo las de san Juan Bautista, el más venerado por los templarios, san Miguel Arcángel, san Bartolomé, san Julián y san Juan Evangelista; y en un segundo orden las de san Ginés, san Blas, san Pantaleón, santa María Magdalena, santa Águeda, santa Lucía y santa Catalina.

El templario solía ingresar en la Orden entre los dieciocho y los veinte años, y no antes, pues se consideraba que ésa era la edad adecuada, en la que el cuerpo ya estaba completamente formado y se tenía la fuerza necesaria para poder empuñar las armas. Era preferible acoger en el Temple, en la categoría de caballeros, a miembros de la nobleza, los hijos varones de la aristocracia tenidos en segundo o tercer lugar; probablemente muchos de ellos ingresaron con una dote proporcionada por sus padres.

Mientras el caballero mantenía plenas sus condiciones para luchar, se quedaba en Tierra Santa, destacado en alguno de los castillos y fortalezas del Temple, participando en la guerra contra el Islam, escoltando a los peregrinos o defendiendo las posiciones de los cristianos; cuando sus fuerzas mermaban por la edad, las heridas o el paso del tiempo, y si había logrado sobrevivir a las batallas libradas en las cruzadas, regresaba a Eu-

ropa para acabar sus días de manera absolutamente anónima en alguna de las miles de encomiendas o conventos del continente.

Al morir era enterrado en uno de los cementerios de la Orden, lo que se consideraba un gran beneficio y un honor.¹⁶⁴ No se celebraban funerales especiales, salvo que los hermanos del convento rezaban para remedio de su alma cien padrenuestros, y era sepultado bajo una modesta lápida, sin ninguna indicación personalizada.

10.2. Los vestidos y el ajuar

Todas las órdenes monásticas han puesto en sus respectivas reglas un especial interés en uniformar a sus miembros. La uniformidad es una señal de identificación, pero a la vez, salvo distintivos especiales asignados a los cargos y autoridades, representa el espíritu de igualdad y de hermandad entre los frailes, resaltando así el espíritu de compañerismo que debía regir entre ellos.

Durante los primeros años de la Orden, entre 1120 y 1129, no portaron ningún hábito específico, sino que vistieron con las «ropas seculares» que recibían como limosna. No había por tanto ningún signo distintivo para diferenciar a los templarios de cualquier otro caballero que estuviera en Tierra Santa en aquellos años. Ahora bien, a partir de la regla de 1129-1131 se fijó un estricto equipamiento que cada caballero o sargento debía cumplir so pena de ser castigado por romper la uniformidad.

Era la propia Orden la que suministraba a sus miembros todo cuanto necesitaban, tanto los vestidos y el ajuar de diario como, por supuesto, el equipo militar propio y el de sus monturas.

Todo el equipamiento, sean los vestidos sean los complementos, tenía que ser sencillo y austero, por lo que estaba prohibido cualquier tipo de adorno que supusiera el menor indicio de lujo, como por ejemplo repujados de plata o de un efecto similar; incluso los zapatos tenían que denotar sencillez, y no llevar ni cordones ni estar rematados en punta. Ahora bien, semejante sobriedad no implicaba ni desaliño ni descuido, de modo que, en su simplicidad, los hábitos tenían que estar siempre limpios y sin remiendos.

La uniformidad se aplicaba en función de las categorías a que pertenecían los templarios, porque dentro de cada una de ellas no había distinciones, ni siquiera el maestre disponía de un hábito especial. Las dos principales, caballeros y sargentos, utilizaban hábitos con colores diferentes.

Los caballeros vestían un hábito y capa o manto blancos, de inspiración cisterciense y en señal de absoluta pureza y castidad, con el único distintivo de la cruz patada roja estampada sobre el hombro izquierdo, privilegio otorgado por el papa Eugenio III en 1147. Algunos autores han interpretado el uso de este color con la idea de salir de la oscuridad, se entiende que de este mundo, para conciliarse con el Creador, en consonancia con la imagen de caballeros celestiales vestidos de blanco apareciéndose en las batallas.¹⁶⁵

Los sargentos portaban un hábito y un manto de color marrón, a veces grisáceo o negruzco, con la misma cruz roja. Esos hábitos debían ser sencillos, sin adornos y sin siquiera contener un pedazo de piel.

A cada templario se le proporcionaban dos camisas (una de lino para el verano), dos pares de calzas, dos calzones, un sayón corto cortado en zig-zag, una pelliza, una capa, dos mantos (uno de invierno, forrado de piel de oveja, nunca con pieles preciosas, y otro de verano), una túnica, un cinturón ancho de cuero, dos bonetes (uno de algodón

y otro de fieltro), y un ajuar accesorio compuesto por una servilleta, una toalla de aseo, un jergón, dos sábanas, una manta de estameña ligera, una manta gruesa de lana de invierno (blanca, negra o a rayas), un caldero, un cuenco para la cebada del caballo y tres pares de alforjas.

Los vestidos y los elementos del ajuar no eran un regalo, sino un préstamo que el usuario no podía modificar de ninguna manera, salvo permiso del comendador, así como tampoco podía utilizar otras ropas que no fueran las proporcionadas por el hermano pañero. Así los prescribe la regla:

Ordenamos que los hábitos de todos los hermanos sean siempre de un color, que es el blanco o el negro o el marrón. Y otorgamos a todos los hermanos caballeros capas blancas en invierno, y en verano a ser posible; y a nadie que no pertenezca a los antes mencionados caballeros de Cristo le está permitido tener una capa blanca, de tal manera que quienes han abandonado la vida de la oscuridad puedan así reconocerse los unos a los otros como habiéndose reconciliado con su Creador a través del signo de los hábitos blancos, los cuales significan pureza y completa castidad. Castidad es certeza de corazón y salud de cuerpo. Pues si un hermano no hace el voto de castidad no puede conocer la paz eterna ni ver a Dios, por la promesa del apóstol que dijo; *Pacem sectamini cum omnibus et castimoniam sine qua nemo Deum videbit*. Lo que quiere decir:

«Esfuézate por traer la paz a todos y sé casto», sin lo cual nadie puede ver a Dios.

Pero esos hábitos no deberían tener adorno o lujo alguno ni exhibir ningún orgullo. Y por eso ordenamos que ningún hermano tenga un trozo de piel, en sus ropas, ni ninguna otra cosa que pertenezca a los usos del cuerpo y ni siquiera una manta, a menos que sea de lana de oveja o de cordero.¹⁶⁶

10.3. Las comidas

Todo cuanto se refiere a los alimentos estaba especificado en el Temple. En la regla de todas las órdenes monásticas se incluyen artículos que regulan la forma de comer, el horario e incluso los alimentos que han de tomar los monjes, con los respectivos momentos y días dedicados al ayuno. Por su propia constitución y las normas que en él rigen, un monasterio es un centro para ascetas en el que el lujo y la voracidad solían estar ausentes. La frugalidad en la comida, tanto en la cantidad como en la sofisticación a la hora de elaborar los platos, es norma habitual en los conventos. Ahora bien, los templarios eran soldados, hombres de armas, y por tanto sus cuerpos debían estar suficientemente alimentados para mantener las fuerzas y no desfallecer en el combate; por esa misma razón, el ayuno no se contempla para los miembros de la Orden, pues siempre debían estar preparados para la batalla, salvo los viernes desde Todos los Santos hasta Pascua. Por ello, las comidas que realizaban y la cantidad son distintas a las de las órdenes que se dedicaban sólo al estudio o a la oración.

La regla impone que las comidas se hagan siempre en común, en el comedor del convento y en presencia de todos los hermanos, aunque por turnos y separados según las categorías. Un toque de campana, la bendición y el rezo de un padrenuestro daban paso a la hora de comer y a la de cenar. En el refectorio, los templarios comían en silencio mientras escuchaban las Sagradas Escrituras leídas por un clérigo desde un pulpito. En

el comedor, el maestre, o el comendador en su caso, ocupaba el sitio de honor, y eran los ancianos quienes se sentaban en primer lugar en torno a unas mesas cubiertas con manteles blancos.

Mientras duraban la comida o la cena se imponía el silencio, que sólo se podía alterar, si no se conocían los signos manuales para hacerlo, para pedir «con la máxima humildad» lo que se necesitara de la mesa. Tras la comida daban gracias a Dios. Nadie podía levantarse de la mesa antes de que lo hicieran o dieran permiso el maestre o el comendador.

El maestre y todos los hermanos sanos y robustos deberían comer en la mesa del convento y oír la bendición, y cada hermano debería rezar un padre-nuestro antes de cortar su pan y no mientras esté comiendo. Y después de haber comido debería dar gracias a Dios por lo que le ha dado; y no debería hablar hasta que haya dado gracias en la capilla si ésta se encuentra cerca, y en el mismo lugar si no lo está.

Ni el maestre ni ningún otro hermano deberán tener recipientes de vino o de agua en la mesa del convento, ni permitir que ningún hermano los lleve allí. Y si un seglar envía un regalo de vino o carne, sólo el maestre puede mandarlo a la enfermería o donde le plazca, excepto a la mesa del convento. Y todos los otros hermanos, si se les regala algo, deberían enviárselo al maestre si está en la mesa del convento, y si no está en ella, a los hermanos que están en la enfermería. Y si el maestre come en otra mesa o en las mesas de la enfermería, cuando no coma en el convento, entonces el regalo debería serle enviado a él.¹⁶⁷

En los primeros años de la Orden los hermanos comían de dos en dos de la misma escudilla, compartiéndola, pero esa práctica fue modificándose con el tiempo. Cada hermano tenía una copa para el vino, que se servía en raciones iguales para todos. Uno de los castigos más leves era comer en cuclillas.

Los alimentos se consumían con parquedad y mesura. La dieta solía ser equilibrada y variada, pues comían carne tres veces a la semana, además de pescado, verduras y legumbres, que podían ser sustituidos si se consideraba que estaban crudos o estropeados. Los enfermos recibían una dieta especial, pues podían comer carne todos los días salvo los viernes.

Cada templario recibía un ajuar de mesa consistente en una escudilla, dos copas de boca ancha, probablemente una para agua y otra para el vino, y una cuchara.

10.4. Caballeros para la guerra

Insistimos en que la principal ocupación para la cual los templarios habían sido realmente fundados y formados era hacer la guerra. Esa era su razón de existir como orden y la que justificaba su existencia. Habían nacido para proteger a los peregrinos, pero también se habían convertido en los protectores de las posesiones cristianas en Tierra Santa.¹⁶⁸

No obstante esta dedicación a la guerra, es muy extraño que en la regla no se fijen una serie de horas para practicar tanto técnicas de lucha como tácticas de combate.

Desde luego, dada la edad de los caballeros y de los sargentos que ingresaban en la

Orden, es evidente que ya tenían un entrenamiento militar avanzado, obtenido en alguna de las cortes señoriales en las que se habían educado durante su juventud.

Una vez en la Orden debían seguir practicando, pues en caso contrario hubieran perdido forma y eficacia, pero ¿cuándo lo hacían? Es probable que se realizaran algunos ejercicios de armas y ecuestres después de comer, pues la regla prevé para esas horas de comienzos de la tarde un buen rato de asueto en el cual los templarios podían «hacer sus cosas».

Un guerrero no puede dejar de practicar con las armas, manejar la espada una y otra vez, lanzar flechas, montar a caballo, o ensayar fintas y estocadas; es la única manera de mantenerse en forma, de fortalecer los músculos para adaptarlos al peso de las armas y de estar preparado para la batalla.

Pero no sólo para eso; los templarios luchaban en grupos compactos a la grupa de sus caballos de guerra y esta táctica requería una preparación muy precisa para poder definir los movimientos que luego se aplicarían a la batalla. De hecho, por cómo actuaron los escuadrones de caballería templaria en las batallas en las que participaron, es evidente que sus movimientos se llevaron a cabo gracias a la disciplina militar y a los ejercicios que necesariamente tuvieron que entrenar.

La principal y más repetida maniobra de combate de su caballería pesada era la carga frontal, realizada con toda la contundencia posible, con la que lograron notables éxitos. Para que resultara eficaz se necesitaba una gran disciplina táctica y el mantenimiento a ultranza del orden en el ataque. La efectividad de este tipo de acciones fue muy grande, pero también provocó tremendas derrotas.

Cada vez que los templarios eran vencidos en una batalla, como sucedió en varias ocasiones, sus bajas eran enormes, llegando incluso a sucumbir la práctica totalidad del contingente que había participado en esa acción bélica. ¿A qué se debía semejante porcentaje de pérdidas? Cuando un templario entraba en combate debía ser ayudado por sus hermanos, y ninguno estaba autorizado a abandonar el puesto en el campo de batalla ni a separarse de sus filas hasta que no lo autorizara el maestro o quien dirigiera las tropas en ese momento. Y esa orden casi nunca se dio, pues trece de los veintitrés maestros del Temple murieron en plena batalla con la espada en la mano o como consecuencia de una acción de guerra. Esa pudo ser una causa del elevadísimo porcentaje de muertos templarios en cada una de las batallas que perdieron. En julio de 1187, por ejemplo, murieron doscientos treinta caballeros templarios en la batalla de los Cuernos de Hattin. Allí nadie dio la orden de retirada; los templarios lucharon hasta la extenuación, sin hacer el menor movimiento que apuntara siquiera la posibilidad de una huida; pese a su inferioridad numérica y a su desventaja posicional, cargaron una y otra vez sobre las filas de Saladino hasta quedar exhaustos; casi ninguno se salvó, pues los sobrevivientes fueron ejecutados, a excepción del maestro y de algún alto cargo de la Orden. Algo similar ocurrió en el asedio a Acre en 1291, donde, pese a que muchos pudieron haber escapado en alguno de sus navíos, murieron todos los templarios que se quedaron para defender el gran torreón donde guardaban su tesoro y donde había estado hasta entonces la casa central del Temple.

La disciplina se imponía en campaña de la misma manera que en la vida cotidiana en el convento. Antes de salir a una expedición militar se revisaban todos los equipos y se dejaban listos para la ocasión. Cuando se desplazaba en marcha, el ejército templario lo hacía en forma de cruz griega —¿tal vez la cruz templaria?—, y respetando un orden de columna muy jerarquizado: en primer lugar cabalgaba el maestro, y a su lado el senescal y el mariscal, detrás iban colocados los comendadores del reino de Jerusalén, de Trípoli y de Antioquía. Justo detrás lo hacían el pañero y el turcoplier (el encargado de dirigir a las tropas mercenarias de los turcopolos) y el submariscal; el siguiente era el

portaestandarte o gonfalonero, protegido por la guardia de diez caballeros asignada al maestre. Tras ellos venían los caballeros, los sargentos, los escuderos, los capellanes y los siervos, en columna de a dos, guardando escrupulosamente el orden asignado a cada uno y cabalgando en la manera adecuada.

En la batalla era el mariscal quien daba las órdenes precisas que todos los combatientes templarios tenían que cumplir. Su táctica de combate era la carga compacta con sus caballos en formación cerrada, perfeccionada por el tercer maestre, Everardo de Barres, durante la Segunda Cruzada. Fue este maestre quien convirtió a los templarios en un modelo de destacamento militar en el que los caballos eran entrenados para usar las pezuñas como un arma más de combate.¹⁶⁹

Los templarios tenían orden tajante de luchar mientras su estandarte de combate permaneciera izado; si lo veían caer y no era sustituido por el de reserva, debían localizar entonces el estandarte de los hospitalarios y, pese a que eran sus más enconados rivales, acudir a reunirse junto a él; si el del Hospital también había caído, podían acudir ante el estandarte de cualquier señor cristiano que permaneciera alzado.

Cuando el mariscal desea tomar el estandarte del vicemariscal para alzarlo en nombre de Dios, el vicemariscal debe ir al turcoplier si el mariscal no quiere tenerlo junto a él. Y entonces el mariscal debería ordenar a cinco, seis o hasta diez hermanos caballeros que lo guarden a él y al estandarte; y estos hermanos deberían abatir a sus enemigos luchando lo mejor que puedan hacer alrededor del estandarte y no deberían dejarlo solo ni marcharse, sino que deberían mantenerse lo más cerca posible de él, para que así puedan prestarle ayuda en caso de necesidad. Y los otros hermanos pueden atacar por delante y por detrás, y a la izquierda y a la derecha, y dondequiera que crean poder atormentar a sus enemigos de tal manera que si el estandarte los necesita puedan prestarle ayuda, y el estandarte pueda ayudarles a ellos si lo necesitan.¹⁷⁰

Todo el equipo militar era proporcionado por la Orden. El material básico lo integraban una loriga con almófar, un par de calzas de cuero, un casco de hierro, un yelmo de hierro cilíndrico, una cota de malla, unos zapatos de armas, una espada recta de doble filo, una lanza de madera de fresno con punta de hierro, un escudo triangular de madera contrachapada por una cara y con cuero por la otra, tres cuchillos, una gualdrapa y los correspondientes jaeces para los caballos de combate. Al igual que el vestido, las armas y sus complementos eran muy sólidos, aunque sencillos, y también debían estar desprovistos de ornamentos. Hasta las sillas turcas, que solían presentar coloristas detalles decorativos, eran tapadas con pieles blancas o negras en caso de usarlas.

Completamente equipado para el combate, la imagen del templario debía de ser impresionante de veras; cubierto de hierro con la cota de malla y la loriga, y la capa blanca con la cruz roja, su aspecto físico causaría un gran impacto entre los combatientes musulmanes. Una carga de caballería de cien o doscientos jinetes templarios, blancos y negros, en campo abierto provocaría un considerable temor entre sus enemigos.

Para contrarrestar la enorme potencia de carga de los jinetes del Temple, los musulmanes aplicaron un método muy eficaz. La caballería ligera se acercaba a una distancia razonable y lanzaba una andanada de flechas sobre la formación compacta de los caballeros, para retirarse de inmediato en cuanto éstos amagaban con un contraataque. Esta táctica no causaba demasiadas bajas entre los soldados equipados con armaduras y escudos, pero a veces provocaba que sus filas se descompusieran y desperdigarán, y es ahí donde perdían eficacia los caballeros templarios. También se usaron ballestas de tiro múltiple, fuego griego, jeringas con ácido sulfúrico e incluso armas de pólvora, ya

avanzado el siglo XIII.

El equipo militar de un caballero o de un sargento suponía un coste económico muy elevado. Una sencilla cota de malla era tan cara como dos e incluso tres caballos¹⁷¹ y para que no perdiera eficacia tenía que ser cuidada y engrasada con frecuencia. Se ha estimado que el equipo completo de un caballero en el siglo XIII podía ser el equivalente al precio de veinte bueyes. El equipo del siglo XII, más sencillo, se fue haciendo más complejo en el siglo XIII; el simple casquete cónico con lengüeta para proteger la nariz fue sustituido por un pesado yelmo cilíndrico con dos pequeñas aberturas para ver y respirar, y a la cota de malla se le superpusieron unas placas de metal en pecho y hombros.

Claro que no todos los templarios tomaron las armas; en realidad, el número de combatientes que mantuvieron en Tierra Santa nunca fue superior a los mil, tal vez mil doscientos caballeros en los momentos de mayor presencia templaria. En las guerras en la península Ibérica contra el Islam tampoco aportaron demasiados combatientes; a la conquista de Mallorca acudieron con treinta caballeros y veinte ballesteros en 1229,¹⁷² y con veinte caballeros estuvieron presentes en la de Valencia en 1236. En Castilla tampoco ayudaron demasiado, pues en Calatrava se tuvieron que retirar en 1157, tal vez por carecer de suficientes efectivos.

Y es que la mayoría de los templarios eran hermanos encargados de administrar las miles de encomiendas repartidas por toda Europa, de donde se extraían las rentas para pagar esos costosísimos equipos militares que usaban en las guerras en Tierra Santa.

Capítulo 11 Mitos y leyendas sobre los templarios

Ya fuera por su atribulado y en cierto modo inesperado final, ya por su historia repleta de situaciones no del todo claras, ya por el secretismo que los rodeó, los templarios son sin duda la organización religiosa que ha producido una mayor cantidad de especulaciones y de propuestas esotéricas para explicar su fundación, su existencia y su final, e incluso más allá todavía, pues son muchos los que sostienen que la Orden del Temple sobrevivió a la supresión papal de 1312 y a la muerte de su último maestre, Jacques de Molay.

En general, todo lo relacionado con los templarios ha sido trufado, prácticamente desde el momento de la supresión de la Orden, con un halo de misterio que ha dado lugar a especulaciones sin cuento, la inmensa mayoría de ellas pura ficción sin el apoyo de la menor prueba documental. Se ha llegado a decir por ello que «existe la historia del Temple y la de su leyenda».¹⁷³

Buena parte de la catarata de incongruentes aseveraciones se debe a la falsificación documental que en el siglo XIX se cebó con la historia del Temple. En realidad, no se conserva en los archivos un solo documento original que ofrezca el menor indicio de que los templarios realizaran actividades esotéricas o ritos iniciáticos que no fueran los propios de ingreso para novicios en cualquiera de las órdenes de caballería.

Los templarios no sólo fueron caballeros cristianos, defensores de peregrinos, brazo armado de la Iglesia y soldados de la cristiandad; para los especuladores de la nada también se habrían dedicado, pese a que no existe una sola prueba de ello, a la alquimia, materia en la que habrían sido unos expertos consumados.¹⁷⁴

La mayor parte de los libros que se han dedicado a la presunta faceta esotérica, ocultista o misteriosa de los templarios no tiene el menor fundamento real ni documental ni siquiera medianamente razonable; todos ellos parten de presupuestos falsos y manipulados que no resisten el menor análisis.

11.1. Las sociedades secretas y la masonería

Toda asociación humana se rige por un código de comportamiento que es aplicado para el buen gobierno de la misma. Los templarios lo hacían por una regla, bien conocida, cuyos artículos eran públicos y estaban refrendados por los papas y los concilios. Esa regla, ya comentada, no ofrece ni un solo componente que dé pábulo a la especulación sobre posibles actividades secretas de los templarios.

Ahora bien, ante la absoluta carencia de cualquier referencia documental al respecto, ni siquiera del menor indicio, los fabuladores del absurdo se han inventado códigos secretos que habrían quedado al margen de la historia, de los archivos y del sentido común, sólo conocidos y transmitidos por iniciados que habrían mantenido la reserva y el silencio durante siglos.

Así, sostienen que, antes de morir, Jacques de Molay, el último maestre, habría establecido una sociedad secreta para mantener viva la herencia del Temple, y habría designado a su sucesor, un tal John Mark Larmenius,¹⁷⁵ un maestre que habría recibido

las instrucciones para continuar en secreto la labor futura -¿cuál?, cabría preguntarse- de los templarios.

Algunos de esos especuladores sostienen que esa sociedad secreta habría dado origen a la masonería, que tiene la principal seña de identidad en el Templo de Salomón, mientras otros aseguran que esa presunta sociedad secreta se mantiene hoy oculta.

Es verdad que algunas logias masónicas recogen en sus designaciones o en sus estatutos ciertos componentes que parecen templarios; por ejemplo, los masones que siguen el rito de York son designados con el nombre de «caballeros ténplanos masónicos», pero no parece que lo hagan en referencia a una continuidad con la Orden del Temple, sino precisamente con el Templo de Salomón como símbolo y referente efectivo de la sabiduría.

Algunas logias de masones en la Alemania del siglo XVII se reclamaron de filiación templaria y herederos de la Orden del Temple. Pero aquí no hay ninguna herencia real, sino un movimiento nacionalista alemán que se concretó a lo largo del siglo XIX y que buscó en la Edad Media todo tipo de precedentes históricos para la justificación de la creación de la Gran Alemania que culminaría con la unificación de 1871 y más tarde con la vorágine insensata del Tercer Reich proclamado por Adolf Hitler y el Partido Nacionalsocialista.

En varias leyendas se asegura que los templarios eran los custodios de una santa estirpe real procedente del matrimonio de Jesucristo con María Magdalena, del cual habrían nacido varios hijos que habrían dado lugar al linaje de los reyes merovingios en Francia. Esta leyenda ha propiciado una enorme proliferación de libros en los que se considera la existencia de este linaje como el mayor secreto de la humanidad, que en caso de hacerse público socavaría los cimientos de la Iglesia católica.

A comienzos del siglo XXI, numerosos grupos, no menos de docena y media de cierta importancia numérica y con capacidad organizativa y muchos más de menor calado, se consideran herederos del Temple, pero esa autoconsideración no significa otra cosa que lo que realmente es: asociaciones de individuos unidos por una sensación de pertenencia a una sociedad secreta que reivindica el resarcimiento de una decisión injusta emitida contra los templarios a comienzos del siglo XIV.

11.2. Los símbolos

Toda asociación que se precie se dota de unos símbolos de identidad; hoy los llamamos logotipos. La Edad Media fue una época de la humanidad marcada por los símbolos y los ritos. En los siglos XII y XIII, los tiempos del Temple, la inmensa mayoría de la gente no sabía ni leer ni escribir, y muchos menos contar o ejecutar las más elementales operaciones matemáticas. Sólo un reducido número de personas tenían la capacidad de transmitir sus ideas mediante la escritura e interpretar los signos alfabéticos en forma de discurso coherente.

Ante semejante panorama, la Iglesia, sobre todo, pero también otros poderes, como la realeza, los nobles o los concejos urbanos, recurrieron a los símbolos, a los iconos, a la escultura y a la pintura como forma habitual de comunicar a las masas iletradas el mensaje del poder y su significado.

Cuando ese lenguaje de los símbolos dejó de ser necesario, simplemente se olvidó, y hoy se plantean interpretaciones extrañas y esotéricas de señales que en su tiempo eran habituales pero que, al perder su significado, nos parecen propias de un código ultrasecreto para consumo exclusivo de iniciados.

Los templarios no eran en eso diferentes a los hombres de su tiempo; muchos de ellos, incluso alguno que llegó a ocupar altos cargos, no sabían leer. Su misión era la guerra, luchar contra el infiel en defensa de los peregrinos cristianos, y su oficio la espada, no los libros. La regla nada dice sobre que un caballero deba saber escribir, tan sólo ordena que durante las comidas un hermano lea la Biblia. En el resto de la jornada del templario no hay previsto ni un solo momento para el estudio, la lectura o la escritura. Por supuesto que había templarios que sabían leer, escribir y realizar operaciones matemáticas, pero a la mayoría le era suficiente con conocer un código de símbolos y de señales.

Los aficionados al esoterismo templario han desarrollado todo un conjunto de teorías sobre los símbolos del Temple, más o menos delirantes en función de la capacidad especulativa de cada cual. Incluso se dijo que la letra T («tau» en griego) fue la que portaban los maestros por ser la letra de los elegidos según el Antiguo Testamento.¹⁷⁶

Eligieron como divisa el versículo 115-1 del *Libro de los Salmos* del rey David, que reza así: *Non nobis, Domine, non nobis, sed Tuo nomine da gloriam* (Da gloria no para nosotros, Señor, no para nosotros sino para tu nombre). Todo un ejercicio retórico de falsa modestia.

En general, la iconografía templaria es escasa, pues sus conventos e iglesias suelen ser sencillos en cuanto a la decoración, y además, tras la caída de la Orden fueron borradas muchas de las imágenes que decoraban las paredes.

Como colores distintivos utilizaron el blanco y el negro, bien por separado, bien mezclados en forma de franjas o de ajedrezado. La capa blanca que vestían los caballeros impresionó a sus contemporáneos y estaba cargada de un gran sentido simbólico¹⁷⁷.

El maestro portaba un símbolo distintivo, un *abacus* o bastón con el pomo blanco y un círculo con la cruz templaria.

11.2.1. El *baussant* o estandarte

Su uso era ya absolutamente común en las prácticas heráldicas de esa época, el siglo XII. Ha sido identificado como un símbolo dual del día y la noche, del verano y el invierno o de la sombra y la luz, buscando en esos dos colores un significado que por otra parte es más que obvio. En algún caso, la bandera templaria se dibujó de manera muy similar a la tradicional bandera que los piratas izaban en sus navíos en los siglos XVII y XVIII, es decir, una calavera sobre dos tibias en forma de cruz aspada pintadas en blanco sobre un fondo negro. Porque lo importante eran los colores, y no tanto el diseño. Así, a veces el *baussant* se presentaba con las bandas blanca y negra en forma horizontal, otras veces en vertical e incluso en algunas ocasiones en forma de damero o ajedrezado, con una cruz roja en el centro; en determinadas circunstancias se incluía una oración o una divisa. En la regla se le denomina «estandarte picazo».

El *baussant* constituía la enseña templaria en el combate y se convertía en la referencia para que los caballeros lucharan agrupados. Su custodia estaba encomendada al senescal de la Orden¹⁷⁸ y era portado por un gonfalonero que debía de custodiarlo con su propia vida. Por si era capturado, llevaban otro plegado y preparado para ser izado en cualquier momento. Si también caía, los templarios debían acudir entonces a agruparse bajo el estandarte rojo con la cruz blanca de los hospitalarios.

En 1289 los templarios de la Corona de Aragón desplegaron su estandarte en la zona del Bajo Ebro en una guerra feudal entre las poderosas familias de los Moncada, a

quienes apoyaba el Temple, y los Entenza; a ese estandarte le llamaban *balza*,¹⁷⁹ probablemente una mala lectura de *baussant*.

Se han atribuido varios significados a esta palabra. En francés, un término similar identifica a un caballo de dos colores; también se ha dicho que significa «semipartido» o «de doble color». El blanco y el negro son los dos colores opuestos que representan los dos principios contrarios conjugados y unidos en armonía; el blanco es el símbolo de la pureza y la castidad y el negro el de la fuerza y el valor.¹⁸⁰ Sería por tanto una representación cromática de los dos grandes valores de los templarios: «Los templarios tienen un estandarte negro y blanco al que denominan *beaucent* para expresar que son francos y benevolentes para sus amigos, y negros y terribles para sus enemigos... Leones en la guerra y corderos en la paz».¹⁸¹ En San Bevignate, en Italia, se conservan unos frescos en los que aparece un escudo del Temple con el *baussant* con las franjas en forma horizontal, la blanca arriba y la negra debajo; la cruz va sobre la franja blanca;¹⁸² en los frescos de la capilla de Cressac un templario porta una lanza con un estandarte con la cruz templaria patada, que repite modelo en el escudo, aunque en éste bajo la cruz hay dibujada la figura esquematizada de un águila con las alas a medio desplegar.

11.2.2. La cruz

Es el principal símbolo del cristianismo, y el que tomaban los «cruzados», por eso llamados de esta manera, cuando decidían participar en una expedición a Tierra Santa. Los templarios utilizaron una cruz patada (*paté*) de tipo griego, con los cuatro brazos iguales —a veces el extremo inferior aparece ligeramente apuntado—, aunque sin que hubiera un modelo estándar universal, pues en las representaciones que se conservan hay variaciones a menudo muy considerables. Esta cruz ha sido interpretada como un jeroglífico alquímico que representa el crisol, es decir, el recipiente donde el alquimista funde diversos materiales para transformarlos en otro totalmente distinto en propiedades y valor. El crisol del alquimista se convierte así en el lugar donde la materia muere para resucitar en otra forma distinta. En este caso, los templarios habrían sido expertos alquimistas que habrían dejado su señal en el símbolo de su cruz. Nada más y nada menos.

Como uniforme distintivo optaron por el manto blanco con la cruz roja como señal de identidad, además de símbolo de pureza y de obediencia a Cristo y a su Iglesia. Fue el papa Eugenio III quien, en 1147, les concedió el derecho a portar la cruz griega patada sobre el manto, a la altura del hombro izquierdo.¹⁸³

11.2.3. El sello

Se ha considerado una representación de la unión mística entre la cruz y la espada. El más antiguo hasta ahora conocido es el que usaba el maestre Everardo de Barres entre 1146 y 1149; una cúpula coronada por una cruz simboliza la casa del Temple en Jerusalén, que está abierta para dejar pasar el fuego de Pentecostés.¹⁸⁴ Existen dos tipos de sello para toda la Orden, aunque luego cada encomienda poseía el suyo propio; la de Huesca, en Aragón, por ejemplo, presenta un castillo con seis almenas coronado con una «V» con la leyenda *Dom. Templi de Osca* (Casa del Temple de Huesca).

El primer sello de la Orden presenta en el anverso un escudo con la cruz del Temple y en su derredor la leyenda *Signum Militie Templi* (Sello de la Milicia del Templo); en el reverso se representaba el Templo de Salomón, en realidad una esquematización de la

mezquita de al-Aqsa en Jerusalén, y la misma leyenda.

El segundo sello ofrece en el anverso un caballo montado por dos templarios a la vez, equipados con escudos alargados y lanzas, rodeado por la leyenda *Sigillum Militum Xristi* (Sello de los Soldados de Cristo), y en el reverso la imagen del Templo con la leyenda *Templum Salomonis* (Templo de Salomón). El motivo de los dos caballeros sobre una misma montura ha sido interpretado de manera sorprendente. Se ha dicho que es el símbolo de los conocimientos cabalistas de los templarios, por la sinonimia entre «caballo» y «cabala»,¹⁸⁵ pero también que era un símbolo de la pobreza, e incluso de los dos poderes que residían en Cristo. Fue Pedro de la Palud, un fraile de Predicadores que declaró en el proceso de principios del siglo XIV, quien llegó a decir que había oído la historia según la cual dos jinetes templarios cabalgaban sobre el mismo caballo y que el que iba detrás era el demonio con forma humana que le dijo al templario que se encomendara a él en vez de a Cristo y así lo salvaría. Los detractores del Temple aseguraban que ésta era la prueba de las prácticas homosexuales de los caballeros. También se ha identificado como señal de la comunidad de bienes en la Orden,¹⁸⁶ como símbolo de la unión, entrega, buen entendimiento y armonía que debía reinar entre los caballeros,¹⁸⁷ o como icono de la pobreza a la que se comprometían con sus votos.¹⁸⁸ No ha faltado una interpretación más esotérica, relacionando la pareja de caballeros con el culto devocional de los templarios a los santos Cosme y Damián, mártires dudosos, y a Gervasio y Caprasio, que se ha identificado con un culto a los dióscuros, es decir a los gemelos Castor y Pólux, de la mitología antigua. Así, las figuras del sello serían un símbolo de humildad o de dualidad para alcanzar la verdad según la cabala. Incluso se ha llegado a decir que pudo ser una imagen que recordaba un tiempo en el que témplanos y hospitalarios cabalgaban juntos, algo que nunca ocurrió.

El maestre y el senescal eran los únicos que portaban sendos sellos generales, idénticos ambos, en la Orden.

11.2.4. El *bafomet*

Era una cabeza barbada que aparece descrita en los interrogatorios y que algunos templarios confesaron haber visto colocada en contadas ocasiones sobre el altar de las iglesias del Temple. Es descrita como una cabeza barbada con cabellos rizados de oro, hecha de madera o del mismo oro. Algunos dijeron que era un ídolo de cuerpo entero que sustituía en las iglesias templarias a la imagen de Cristo; a veces tenían dos y hasta tres caras. Se han considerado como iconos de buena suerte, pues al parecer algunos templarios las tocaban con cordeles que luego portaban encima a modo de amuletos.

Algunos de los templarios interrogados durante el proceso que condujo a la disolución de la Orden confesaron que habían adorado a esta cabeza: El caballero Raymond de Larchent declaró que «era una cabeza con barba que se besaba y a la que se llamaba Salvador»; Rodolfo de Grisú afirmó que «era un demonio. Me horrorizó cuando lo vi. Lo guardaba el gran visitador, el hermano Peyrande»; Bartolomé Rocheri fue interrogado el 19 de abril de 1311 y confesó: «Fui armado caballero en una iglesia del Temple de París. Tras ser armado entré en una capilla donde me encontré sólo con el oficial, que me mostró una cabeza cubierta con un fino velo. No sé si era de marfil, metal o madera. Sólo la vi una vez».

Un trovador del siglo XIII llamado Ricard Bonomel profesó en el Temple; escribió poemas en los que aparece la palabra *bafomet*, refiriéndose con esta expresión a algo que «actúa con toda su energía a favor de Baibars», el caudillo musulmán. Sería por tanto una especie de amuleto de procedencia islámica que por razones desconocidas ha-

brían adoptado, si es que lo hicieron, como propio los templarios.

Esta cabeza ha sido considerada por algunos como una representación del demonio Asmodeo. Los defensores de la Orden suponen que esta cabeza era en verdad una especie de imagen del diablo que se exponía en los conventos a los neófitos para que se fueran acostumbrando a perder el miedo, e incluso una manera de amedrentar a los neófitos a modo de broma para novatos.

Incluso se han buscado similitudes fonéticas. Así, *bafomet* sería una tergiversación del nombre del profeta del Islam, Mohamet o Mahoma; pero las imágenes están prohibidas por el Islam, por lo que parece difícil que pudieran querer emular a su profeta.

Otra etimología lo hace derivar de las palabras *bapheus* (tintorero) y *meto* (cosecha); así, *bafomet* sería «la cosecha del tintorero»; demasiado rebuscada esta identificación. Se dice, sin la menor prueba, que esta cabeza protegía los edificios del Temple y que algunos templarios portaban como amuleto pequeñas cabecitas talladas en piedra.

El escritor sufí Idries Shah señaló que esta palabra podría ser una alteración fonética del concepto árabe *abu fi-hamat*, que significa «padre del conocimiento»;¹⁸⁹ o incluso una palabra compuesta por *baph* (bautismo) y *metis* (sabiduría).

Hay quien ha afirmado que era un recuerdo de la cabeza cortada de Juan Bautista; e incluso la mismísima cabeza de Jesucristo, que los templarios hallaron en Jerusalén embalsamada y que habrían conservado hasta su disolución, momento en el cual la trasladaron en secreto a Escocia, donde seguiría enterrada bajo un pilar de la iglesia de Rosslyn.

No han faltado quienes han buscado en la cabala un significado a la palabra *bafomet*. Cambiando en el alfabeto hebreo la primera letra por la última, la segunda por la penúltima y así sucesivamente, según un código llamado *atbash*, se ha leído como *sofía*, «sabiduría» en griego,¹⁹¹ en un extraño y forzadísimo paso del alfabeto hebreo al griego.

Éliphas Lévi, un ocultista francés del siglo XIX, descompuso la palabra en grupos de letras leídas al revés en la forma del acrónimo latino TEM OPH AB, que significaría *Templi Omniun Pacis Abbas* (el padre del Templo de todos los hombres).

Una última leyenda cuenta que el mandilón de la Verónica, el paño con el cual esta mujer secó el rostro de Jesús cuando iba camino del Calvario y donde quedó impresa su imagen en sangre, fue encontrado por el templario Robert de Cari en 1204 en la iglesia de Blanquerna de Constantinopla;¹⁹² claro que más que «encontrado» sería expoliado durante el saqueo a que los cruzados latinos sometieron la capital de Bizancio ese año. La leyenda supone que este paño era el verdadero Santo Grial porque en él estaba impresa la imagen sangrante de Cristo. El mandilón estaba colgado en esta iglesia de una cadena de plata, y los templarios habrían copiado esa imagen del rostro de Jesús dando origen al *bafomet*.

Y podrían hacerse al respecto todavía muchas más «cabalas».

11.3. La maldición y los ritos satánicos

En el momento en el que en París en 1314 las llamas comenzaban a quemar el cuerpo de Jacques de Molay, último maestro del Temple, el anciano clamó venganza y lanzó una maldición sobre la casa real francesa de los Capetos. A los pocos meses, como hemos visto, murieron el rey Felipe IV, el 29 de noviembre de 1314, Guillermo de Nogaret, el instructor del proceso, el papa Clemente V, el 20 de abril de 1315, y Enguerando de Marigny, el custodio del tesoro, que fue ejecutado acusado de herejía diez días

después.

Entre 1315 y 1317 llovió sin parar, se anegaron los campos y se pudrieron las cosechas; Europa sufrió una hambruna como no se recordaba en siglos, y murieron millones de personas y de animales. Fue el inicio de toda una serie de calamidades encadenadas de hambres, pestes y guerras que hicieron de la muerte la compañera habitual de los seres humanos del siglo XIV, en un período que se ha dado en calificar como de crisis de la Baja Edad Media.

Los sucesores de Felipe IV fueron llamados «los reyes malditos».¹⁹³ Su hijo Carlos IV murió en 1328; fue el último Capeto.

Los simpatizantes de los templarios vincularon la extinción de esta dinastía con la maldición del maestro. Según una tradición, en 1792, cuando la guillotina cortó la cabeza de Luis XVI, un hombre saltó al patíbulo y gritó: «Jacques de Molay, estás vengado!».

Desde entonces, los templarios han arrastrado una enorme dosis de mitos y de leyendas.

Durante el proceso que desembocó en la disolución del Temple, los agentes del rey de Francia y los inquisidores acusaron a los templarios de haber realizado ritos satánicos y de confraternizar con miembros de algunas sectas musulmanas, festejando ceremonias conjuntas con los derviches y con los «Asesinos».

Se dijo que practicaban la sodomía, que escupían sobre la cruz, que adoraban a ídolos y que celebraban actos de iniciación infamantes al obligar a los neófitos a besar al maestro en el ano. Los defensores de los templarios sostienen que si ocurrieron algunos de estos actos no fueron sino pruebas, a modo de novatadas de cuartel, para comprobar la firmeza de la fe o el valor de los aspirantes a conseguir el honor de ser caballero de la Orden. A partir de aquí, la especulación de los aficionados al esoterismo simplón ha hecho el resto.

11.4. El tesoro

Es indudable que una de las causas del proceso que se desarrolló contra el Temple fue el deseo de Felipe IV de Francia de apoderarse de los bienes de la Orden para paliar sus deudas. Hacía tiempo que corría el rumor de que los templarios poseían un fabuloso tesoro que habían trasladado desde San Juan de Acre a París cuando se vieron obligados a abandonar Tierra Santa.

El presunto enorme tesoro se habría configurado a partir de los objetos preciosos encontrados en las excavaciones que realizaron en Jerusalén en el solar del Templo de Salomón, de las riquezas logradas en Tierra Santa, de las rentas de sus encomiendas en Europa, de los préstamos concedidos como banqueros y de otro tipo de fuentes más extrañas; se ha afirmado, sin prueba alguna, que pusieron en explotación las abandonadas minas romanas de Las Médulas, en la comarca leonesa de El Bierzo, y las de Coume-Souerde, en la localidad francesa de Rennes-le-Château.¹⁹⁴ Y también que sus naves viajaron hasta América en el siglo XIII para regresar cargadas de enormes cantidades de plata.

Una leyenda apócrifa cuenta que dos días antes de la detención general, es decir, el 11 de octubre de 1307, una carreta cargada de heno tirada por bueyes —este tipo de detalles son imprescindibles en toda leyenda que se precie de auténtica— salió de la casa del Temple en París con rumbo desconocido; claro que es de suponer que, en un

complejo como el del Temple parisino, saldrían y entrarían cada días varios carros. ¿Qué llevaba esta carreta especial, además del visible heno? Para los amantes del esoterismo templario no cabe duda, allí iba escondido el tesoro de la Orden, que, sabedora de la inmediata detención e incautación, lo ponía así lejos del alcance del rey Felipe IV. Si hubiera sido cierto este episodio, el tesoro sería más bien escaso, pues una de esas carretas del siglo XIV apenas podía transportar más allá de cuatrocientos kilos; por otro lado, si sabían que el rey iba a intervenir, ¿por qué no se pusieron ellos a salvo?

Esa misteriosa carreta iba escoltada por unos caballeros dirigidos por un templario llamado Aumont, el cual se habría dirigido a Escocía para refugiarse allí del acoso del rey de Francia, a la vez que entraba en contacto con un grupo de albañiles en la localidad de Kilwinning. Bien, ya están todos los elementos reunidos: el tesoro a salvo, los albañiles que reciben las enseñanzas del Temple y el origen de un gremio de constructores de catedrales ligado al Temple en el cual tendría su origen la masonería (*maçon* en francés significa precisamente albañil).

¿Pero poseían realmente tan extraordinario tesoro los templarios? Desde luego, la Orden era rica, pero esa riqueza se había destinado sobre todo a equipar y mantener sus castillos, sus encomiendas y su ejército en Tierra Santa. No hay que olvidar que sostener de manera permanente y renovada a unos mil caballeros y diez mil hombres más entre sargentos, turcopoles, escuderos y criados, además de no menos de seis mil caballos, una flota de navíos y varios castillos y fortalezas durante casi dos siglos supuso para el Temple un gasto desorbitado. Las rentas de sus encomiendas en Europa, los intereses de sus préstamos y las donaciones que recibían apenas eran suficientes para cubrir los inmensos gastos que todo ese complejo mecanismo militar conllevaba.

¿Quedaba algo en 1307 para poder ser considerado un gran tesoro? Probablemente no. No obstante, Marigny se apoderó de él y lo administró hasta que fue transferido a los hospitalarios.

Es curioso que en los interrogatorios del proceso el asunto del tesoro no adquiriera apenas relevancia; desde luego, de haber existido semejantes riquezas, o de haber tenido alguna sospecha de ellas, los inquisidores se hubieran empleado a fondo en la cuestión, pues ése era el objetivo principal de la incautación.

Una crónica da cuenta de que en 1291 los templarios custodiaban en la ciudad de Acre su tesoro, pero no da la menor pista de en qué consistía:

En su entrada había una fortaleza muy alta y sólida y sus muros eran muy gruesos, un bloque de diecisiete codos. En cada flanco de la fortaleza había una pequeña torre; y en cada una, un león rampante tan grande como un buey engordado, recubierto de oro. El precio de los cuatro leones, en material y mano de obra, era de mil besantes sarracenos. Era maravilloso de contemplar. Al otro lado, hacia el distrito pisano, había una torre. Cerca, pasado el monasterio de las monjas de Santa Ana, había una torre enorme con campanas y una maravillosa y muy alta iglesia. También había otra torre en la playa: era una torre antigua, de cien años, construida por orden de Saladino. Allí guardaban su tesoro los templarios. Esa torre estaba tan cerca de la playa que las olas la bañaban. Y muchas otras moradas hermosas había en el Temple, que olvidaré mencionar.¹⁹⁶

Ante la inventiva de los especuladores, todo da igual. Hasta se llegó a asegurar que un párroco llamado Berenguer Saunière había encontrado el tesoro de los templarios — o el de los cataros, porque ambos a veces se confunden—, hace un siglo en la localidad francesa de Rennes-le-Château, donde con el dinero así obtenido construyó una torre

neogótica que todavía existe y dispuso de una fortuna considerable. Claro que otros han asegurado que lo que encontró este cura fueron unos pergaminos secretos, templarios, claro está, que vendió por una enorme cantidad de dinero porque eran muy comprometedores para la Iglesia.

11.5. Los templarios en América

Puestos a situar a los templarios en el centro de todos los asuntos, una de las más curiosas hazañas es la que los hace descubridores de América varios siglos antes que Colón. Los más fervorosos seguidores de los mitos templarios aseguran que viajaron a América en numerosas ocasiones, y que incluso disponían de una flota transatlántica con base en el puerto de La Rochelle con la que trajeron grandes cantidades de plata. Hasta se ha dicho que tenían una encomienda en Canarias desde la que hacían los viajes intercontinentales,¹⁹⁷ o que una escuadra templaría al mando del comendador Ballantrodch partió «allende la mar» con rumbo desconocido, en lo que se ha supuesto una misteriosa desaparición de la flota templaría en 1307.

No existe una sola prueba ni un solo documento sobre esos viajes, pero algunos «investigadores», como Jacques de Mahieu,¹⁹⁸ aportan vestigios muy endeble sobre la presencia de templarios en América antes de Colón, como la existencia de una tradición entre los indígenas que hablaba de la llegada de hombres blancos del otro lado del mar, o el que algunas esculturas del yacimiento de Tihuahuanaco se asemejen (!) a las de la catedral de Amiens, y otras de este estilo.

También se ha tratado de aportar pruebas arqueológicas conseguidas a este lado del océano. Así, se asegura que en la mítica aldea escocesa de Rosslyn, uno de los centros esotéricos templarios por excelencia, el noble William Sinclair construyó en 1449 una capilla de origen templario donde hay una representación de maíz, áloe vera y otras plantas que no se conocían en Europa hasta que se trajeron de América.¹⁹⁹ Desde luego, esta interpretación es muy discutible, pero además no se ha estudiado bien si esas representaciones son de 1449 o se labraron en fechas muy posteriores, como suele ocurrir tantas veces a lo largo de las numerosas restauraciones de que han sido objeto muchos templos.

Incluso no faltan quienes han convertido al mismísimo Colón en un sucesor secreto de la Orden del Temple.

Si los templarios hubieran estado en América y además realizando viajes de manera permanente durante el siglo XIII, parece hartamente improbable que semejante hecho hubiera pasado totalmente desapercibido.

11.6. Las reliquias

Una de las leyendas más manidas sobre el Temple es que los caballeros fundadores fueron a Jerusalén con un objetivo primordial: encontrar las reliquias de la Pasión de Cristo. Para ello se aduce el misterio que envuelve los primeros años de existencia del Temple y que en realidad no es otra cosa que carencia de documentación. Es cierto que nada se sabe de los templarios desde su fundación en 1120 hasta que entró en ella el conde de Champaña en 1125 y se inició una nueva época con la llegada a Europa de

Hugo de Payns al frente de los pioneros para lograr la sanción papal a la Orden.

Se suele especular con que los nueve primeros caballeros se dedicaron durante varios años a excavar en el subsuelo del monte del Templo en busca de tesoros o de reliquias, para asegurar, sin la menor prueba, que encontraron ambas cosas. Considerados como grandes buscadores de reliquias, se les ha atribuido la posesión de las más importantes: la mesa esmeralda del rey Salomón, el bastón de mando del rey David, el Santo Grial, el *Lignum Crucis*, el Arca de la Alianza y las Tablas de la Ley de Moisés, ni más ni menos.

Jacques de Molay se convirtió en el mártir templario, y se decía que las gentes de París acudieron a la hoguera donde había ardido para llevarse sus cenizas como reliquias.

11.6.1. El Arca de la Alianza

Es uno de los objetos más buscados por el esoterismo mundial. Este objeto, fabricado en maderas preciosas y forrado de oro, tenía dos codos y medio de largo por codo y medio de alto y ancho, es decir, era una caja de poco menos de metro y medio de largo por unos ochenta centímetros de ancho y alto. Para transportarla eran necesarias unas varas que se pasaban por unas anillas de las que se colgaba, pues nadie la podía tocar so pena de caer fulminado. El Arca, fabricada por los hebreos en su exilio por el desierto del Sinaí a indicación divina, tenía poderes extraordinarios, y era capaz de provocar el derrumbe de murallas, como ocurrió con las de la ciudad de Jericó. Custodiada por la tribu de Leví, la casta de los sacerdotes judíos, fue depositada en el Templo que construyó el rey Salomón tras la conquista de la ciudad de Jerusalén por el rey David.

El Templo fue destruido por Nabucodonosor en el año 586 a.C., pero volvió a ser reconstruido en 515 a.C. Jerusalén volvió a ser saqueada y destruida por Pompeyo en el siglo I a.C. y el emperador romano Tito la volvió a destruir en el año 70. El templo fue demolido y los tesoros que en él se guardaban fueron saqueados en señal de triunfo; un bajorrelieve del arco de Tito en la capital del Imperio recoge la entrada en Roma del candelabro de los siete brazos. Del Arca de la Alianza nada más se supo.

Los amantes de lo oculto, siguiendo una tradición rabínica difundida por el rabino Rabbí Mannaseh ben Israel, que vivió en la primera mitad del siglo XVII, y que asegura que fue el propio rey Salomón quien ordenó construir bajo el templo una cámara secreta para ocultar el Arca, han supuesto que los sacerdotes hebreos ocultaron el Arca en el subsuelo del Templo, y que fueron los pioneros del Templo quienes, a base de excavar, la encontraron. Así, los templarios habrían sido los guardianes del Arca, y sus sucesores la mantendrían oculta todavía hoy.

11.6.2. La Sábana Santa

Junto con el Grial, es la reliquia sobre la que más se ha escrito. Incluso hay una pseudociencia llamada «sindología» que se dedica en exclusiva a estudiar este lenzo conservado en la catedral de Turín. Este objeto es considerado como el sudario que envolvió a Jesús en el sepulcro y cuya imagen corporal quedó en él milagrosamente impresa.

En realidad, esta reliquia es una falsificación realizada en el siglo XIV, pero que la leyenda ha convertido en un objeto de culto que los templarios trajeron de Oriente tras haber pasado por Constantinopla, Acre y Chipre; aunque hay quien atribuye precisamente a ellos la falsificación.²⁰⁰

Desde luego, en los interrogatorios del proceso no aparece ninguna mención a la

Sábana Santa, que de haberla poseído, sin duda hubiera salido a la luz. Ligando el mito de la cabeza que presuntamente adoraban los templarios, con la Sábana Santa, también se ha dicho que el *bafomet* no era otra cosa que una representación en bulto redondo de la imagen de Cristo que aparecía impreso en el sudario.

11.6.3. El Santo Grial

Constituye el centro de las leyendas medievales sobre reliquias en los siglos XII y XIII. Habitualmente se considera como el Grial al cáliz o copa con el que Cristo celebró la Última Cena con sus discípulos, y en el quejós de Arimatea habría recogido unas gotas de la sangre de Jesús crucificado. No obstante, también se ha considerado como una idea, una especie de quimera secreta para alcanzar la verdad, y otras muchas cosas.

La especulación pseudohistórica ha presentado a los templarios como guardianes del Templo y del Grial; ellos habrían sido quienes lo habrían encontrado en las ya famosas excavaciones del Templo de Jerusalén, convirtiéndose así en sus custodios.²⁰¹

En la Edad Media la versión más conocida fue la que difundió el alemán Wolfram von Eschenbach, un trovador templario que hacia 1195 escribió el famoso poema conocido como *Parsifal*. En ese poema se presenta a los templarios como los caballeros guardianes del Grial, custodiado en uno de sus castillos. Eschenbach asegura que tomó esta leyenda de un personaje conocido como el maestro Kyot, un cristiano de Toledo que habría encontrado en esa ciudad hispana un manuscrito del sabio pagano Flegetams, hijo de padre musulmán y madre judía. De ahí sacó que el Grial se custodiaba en un castillo templario ubicado en las montañas del norte de la península Ibérica y que se llamaba Montsalvat, en el que había una iglesia octogonal. Este castillo ha sido identificado con vanos lugares, entre otros con el monasterio de San Juan de la Peña,²⁰² en Aragón, y con el de Montserrat, en Cataluña.²⁰³

Hoy se conservan decenas de griales en muchas iglesias de España, Francia, Italia, Alemania y el Reino Unido, y todos ellos son considerados por sus devotos el verdadero.

11.6.4. La Verá Cruz

Durante las Cruzadas fue la reliquia más importante, por haber sido donde fue crucificado y muerto Jesús y por ser el símbolo de los cruzados. De la que se suponía la original, se habían sacado astillas para enviarlas a muchas iglesias y santuarios de la cristiandad.

La Vera Cruz apareció en los primeros años del siglo IV, poco después de celebrado el concilio de Nicea del año 325, justo el momento en el que el emperador Constantino y su madre la emperatriz Elena ordenaron destruir los templos paganos de Jerusalén. Según el cronista cristiano Eusebio de Cesárea, que escribe hacia el 330, la Vera Cruz apareció en unas excavaciones bajo el templo de Venus y Júpiter, donde antes había estado el Sepulcro de Cristo. A raíz del hallazgo, Elena, que sería proclamada santa, ordenó construir una basílica en el año 335, donde se depositó la Vera Cruz. Jerusalén fue conquistada por los persas sasánidas en el año 610, y de allí se llevaron esta reliquia. Pero poco después, en el 629, el emperador bizantino Heraclio reaccionó, invadió Persia, derrotó a los sasánidas y recuperó la Vera Cruz y otras reliquias de la Pasión como la lanza y la esponja. La Vera Cruz permaneció en Jerusalén, en la basílica del Santo Sepulcro, aún después de que esta ciudad fuera conquistada por los árabes en el 638.

En 1009 el sultán Al-Hakim arrasó la basílica del Santo Sepulcro y la Vera Cruz se perdió. El 15 de julio de 1099 los cruzados conquistaron Jerusalén y, milagrosamente y a los pocos días, apareció la Vera Cruz, y fue llevada de nuevo a su lugar en la nueva basílica del Sepulcro.

En los combates que se libraban en Tierra Santa entre musulmanes y cristianos, los templarios disfrutaron del privilegio de portar la Vera Cruz. Su custodia en el campo de batalla se reservaba a la Orden del Temple, y se mostraba dentro de un relicario de oro con engaste de perlas y gemas. Por la noche, dos caballeros la velaban permanentemente.

En la batalla de los Cuernos de Hattin en 1187, el ejército cristiano iba precedido de la Vera Cruz, porque se consideraba como el talismán que protegía a los cristianos. En esa batalla, los musulmanes capturaron la preciada reliquia; nunca más volvió a aparecer. Unos dijeron que la habían llevado a Egipto por orden de Saladino, pero otros aseguraron que un caballero templario la había escondido enterrándola en la arena para evitar que cayera en manos de los musulmanes en Hattin, tal vez para eludir la vergüenza de los templarios por haberla perdido en una acción de guerra.

11.7. Los documentos secretos

Según los adoradores de lo oculto, los hallazgos que realizaron los templarios en las excavaciones de al-Aqsa fueron apabullantes. A los tesoros y reliquias se sumaron además valiosísimos documentos secretos que contenían datos de un valor incalculable.

Un grupo de manuscritos habría pertenecido a Moisés, y en ellos se recogían aspectos de la sabiduría y la ciencia de los antiguos egipcios. Fue, según esta leyenda, el mismo Hugo de Payns quien los encontró; estaban escritos en griego y en arameo. En estos textos se contenía y explicaba la clave para construir las catedrales góticas, de modo que los templarios habrían sido quienes trajeron desde Oriente las medidas y las instrucciones precisas para poder levantar esos templos en el siglo XII.

Habría sido un anciano canónigo llamado Lambert de Saint-Omer quien habría traducido estos textos para los templarios; este clérigo es el mismo que escribió hacia 1120 la obra *Jerusalén celestial*. El conde Hugo de Champaña, que profesó en la Orden en 1125, tendría conocimiento de la existencia de algunos de estos manuscritos, pues conocía al sabio judío Salomón ben Isaac Rachi, que vivía en Troyes, la capital del gran condado de Champaña, a principios del siglo XII, quien a su vez tenía también manuscritos de este tipo. Así, la aparición de la arquitectura gótica tendría su explicación en la aplicación por los templarios de lo que se exponía en estos manuscritos del Antiguo Egipto.

Y no podía faltar la existencia de un alfabeto secreto, que algunos han atribuido a los témplos para poder comunicarse entre ellos, siempre, claro, para transmitirse los secretos esotéricos de la Orden.²⁰⁴

11.8. Los edificios y los lugares mágicos

Uno de los aspectos más tratados por el esoterismo en torno al Temple ha sido todo lo relacionado con los lugares mágicos. Muchos han sido los que han considerado que los templarios buscaron emplazamientos mágicos para instalarse.²⁰⁵ Se ha dicho que

«cristianizaron» santuarios de diosas paganas para convertirlos en santuarios dedicados a la Virgen María, convirtiendo a la gran diosa madre presente en tantas religiones paganas, la egipcia Isis por ejemplo, en la imagen que dio lugar a las famosas «vírgenes negras», como la del santuario de la Candelaria de Adeje, en Tenerife, de la que se ha llegado a decir que se trata de una imagen de la Virgen negra llevada hasta allí por los templarios que huían de Francia, y por Juan de Betancourt, el conquistador de Canarias en 1402.

No en vano, los caballeros templarios habían recibido del rey Balduino II de Jerusalén un lugar especialmente sagrado para instalarse, el solar del Templo de Salomón, probablemente el que ha sido considerado espacio más sagrado de la tierra, pues allí confluyen las creencias de las tres grandes religiones monoteístas: fue en ese lugar donde Jacob tuvo la visión de la escala que subía al cielo mientras dormía, allí construyó Salomón el templo que contuvo el Arca de la Alianza, allí predicó Jesucristo a los doctores y desde ese lugar ascendió el profeta Mahoma a los cielos. Un lugar tan sagrado y cargado de tanto simbolismo marcó la identificación que establecieron los templarios con este lugar sagrado y con los que luego éstos elegirían para ubicar sus construcciones.

Se ha dicho que los edificios templarios proporcionan energía a quienes tienen sensibilidad para asimilarla. Lo cierto es que los templarios construyeron sus edificios en los lugares donde se les concedieron donaciones para hacerlo.

En cualquier caso, se creó el mito de que existía una arquitectura templaria diseñada especialmente por la Orden, una especie de «estilo propio» templario. Este mito es obra en buena medida del arquitecto Viollet-le-Duc, quien imaginó que había un modelo de arquitectura templaria a partir de la imitación de la forma del Santo Sepulcro de Jerusalén,²⁰⁶ pero E. Lambert, el gran especialista en la arquitectura europea de los siglos XII y XIII, ya se encargó de desmontar ese error, demostrando que lo que hacían era seguir la moda del lugar y del momento. Pese a ello, son muchos los que han seguido insistiendo, y siguen haciéndolo, en la existencia de una especial arquitectura del Temple.

Es cierto que algunas iglesias templarias tienen planta octogonal —circular, se dice a veces—, como la del Temple de Londres, consagrada en 1185, que por cierto no forma parte de ninguna diócesis y su canónigo anglicano lleva el título de «maestre del Temple» y depende directamente de la corona, o la de Zaragoza, cuyos cimientos se excavaron hace unos años. Pero otras muchas presentan una sencilla planta rectangular, de una sola nave con ábside semicircular, al modo y manera de las iglesias de su tiempo, incluso mucho más sencillas si cabe.

A la vista de los planos de las iglesias que se conservan del Temple, parece evidente que no hubo un modelo templario de iglesia, ni otra ornamentación específica que algunos frescos con representaciones de caballeros de la Orden, al estilo de lo que es habitual en cualquier modelo de la época para cualquier orden militar. En cualquier caso, las iglesias que se han conservado o las que se han excavado no son templos grandes —pues no era necesario, al no estar abiertos al culto público—, sino sencillos, de una sola nave, con muy escasa decoración escultórica, muy en consonancia con los votos de pobreza, castidad y obediencia que los caballeros profesaban. Es cierto que en alguno de estos templos se ha conservado la decoración pictórica, realizada al fresco sobre los muros, de escasa calidad artística, al menos en lo que se conoce, y siempre en torno a una temática relacionada con las actividades de la Orden (caballeros en formación, escenas de combate, etc.). En la capilla templaria de Dognon, cerca de la localidad francesa de Cressac, unos frescos del siglo XIII representan a un caballero templario aplastando un demonio en presencia de una mujer; el caballero se ha identificado con san Jorge

y la mujer con la Iglesia o con la Virgen María; se ha llegado a afirmar que esta imagen representaba «el combate contra el paganismo».²⁰⁷ En la iglesia, ahora de culto protestante, de Blanzac, al sur de la ciudad de Angulema, existe una capilla de gran sencillez arquitectónica, con pinturas al fresco que representan unos ejercicios militares en un castillo y una carga de los caballeros templarios saliendo de una fortaleza; los dirige san Jorge, uno de los santos favoritos de la Orden.

Son muchos los libros que tratan de «templos iniciáticos de la Orden del Temple», como es el caso de la capilla de Sant Pere del Gros en la localidad de Cervera (Lérida), o de túneles secretos en fortalezas, como el que todavía se conserva bajo el interior de la cabecera de la iglesia del castillo de Monzón, asignándoles una presunta función secreta, cuando en realidad las capillas de este tipo tienen una función normal en una orden de caballería, servir de espacio para la investidura de los nuevos caballeros y para celebrar los oficios religiosos en el convento, y los túneles bajo los castillos son habituales para escapar de ellos en caso de asedio o para buscar agua en pozos subterráneos.

Los templarios dejaron miles de construcciones en toda Europa y en Tierra Santa; ni una sola de ellas presenta un solo elemento que no se repita en otras construcciones similares de la época; la torre del Temple en París, que desapareció en 1811 pero de la que quedan grabados, es igual a muchos de los grandes castillos del siglo XIII que todavía se conservan, sin la menor distinción respecto a ellos.

También se ha dicho que la obra iconográfica templaria de que hoy se dispone es tan pobre porque se destruyeron con saña las iglesias templarias y sus manifestaciones artísticas. A la vista de lo que queda y de la documentación conservada, en absoluto parece que fuera así.

Nada esotérico, ningún misterio que descifrar, ningún símbolo cabalístico o místico salta a la vista, ni siquiera en lo más recóndito de estas iglesias; los símbolos de las iglesias templarias son exactamente los mismos que los de las demás iglesias de la cristiandad de su tiempo, y el simbolismo solar que en ellos está presente no difiere en absoluto del que se observa en los templos románicos y góticos de la época.

A la vista de los planos, de los símbolos decorativos o de los signos lapidarios, nadie podría distinguir una iglesia templaria de otra que no lo es. De hecho, de la iglesia de la Vera Cruz de Segovia se ha llegado a decir, de manera temeraria y sin la menor documentación que lo probara, que era un edificio templario, atendiendo exclusivamente a su forma octogonal y a la dedicación a esta preciada reliquia de la cristiandad, cuando en realidad fue construida por la Orden del Santo Sepulcro.

Y así, sin el menor rigor documental, se han ido aduciendo atribuciones templarias a iglesias y catedrales de los siglos XII y XIII; de Nôtre-Dame de París se ha dicho que fue construida con dinero de los templarios.

Es ya vieja la leyenda que sostiene que los templarios trajeron de Tierra Santa el secreto para la construcción de las catedrales góticas. Los fervientes seguidores de las comentes esotéricas aseguran, sin el menor rubor y sin ninguna prueba documental, ni siquiera el menor indicio, que los templarios encontraron en Jerusalén, en las ya famosas excavaciones arqueológicas que realizaron entre 1119 y 1125, el Arca de la Alianza, y que dentro del Arca había unos documentos de arquitectos egipcios en los que se enseñaban las claves y las técnicas para poder construir las catedrales. La pregunta es obvia: si fue así, ¿cómo fueron capaces los templarios de traducir aquellos documentos que deberían estar escritos en el sistema jeroglífico? Este tipo de escritura no se descifró hasta los primeros años del siglo XIX, y fue gracias a la llamada Piedra de Roseta, que tenía repetido el mismo texto en jeroglífico, en copto y en griego, que fue posible descubrir el significado de los jeroglíficos tras varios años de trabajo de un equipo de egipólogos y lingüistas dirigido por el francés Champollion. Aunque hubieran encontrado

textos egipcios, hubieran sido incapaces de leerlos, de interpretarlos y de traducirlos. Para los amantes de lo esotérico, estos textos habrían sido la puerta de acceso a una especie de geometría sagrada guardada en secreto durante siglos y que los templarios trajeron a Occidente. Había que justificar también cómo llegaron los papiros con los jeroglíficos que mostraban los secretos de las construcciones hasta el interior del Arca. Y se encontró una explicación espectacular: Moisés, el caudillo que liberó al pueblo hebreo de la esclavitud de Egipto, sería el autor del robo de esos documentos secretos y se los llevó de Egipto, por eso lo persiguió con tanta saña el faraón hasta orillas del mar Rojo. Cuando en el Sinaí Dios le ordenó construir el Arca, los guardó en su interior, y allí habrían quedado custodiados hasta que los templarios los descubrieron al encontrar el Arca en el solar del Templo de Salomón.

Todo falla en este invento seudoesotérico, porque los egipcios siguieron construyendo templos tras la salida del pueblo de Israel, pese a que ya no contaban con los presuntos documentos secretos que explicaban la «geometría sagrada», y porque la continuidad de la arquitectura del mundo antiguo no se interrumpió; bien al contrario, antes de que existieran siquiera los templarios, los hombres del Medievo fueron capaces de construir edificios fabulosos como la basílica de Santa Sofía en Constantinopla, las iglesias de Rávena y de Venecia o los templos románicos de San Saturnino de Toulouse o de Santiago de Compostela. Pero el mito continúa.

Notas

1. Flon, 2003, pp. 31 y 211.
2. Keen, 1986, p. 78.
3. Flon, 2001, p. 128.
4. Deanesly, 1972, p. 109.
5. Paúl, 2003, p. 213.
6. France, 2005, p. 23.
7. Deanesly, 1972, p. 106.
8. Cardini, 2002, pp. 362-364, y Read, 2003, p. 19.
9. A principios del siglo XXI todavía hay gente en el islam que sigue denominando a los occidentales «cruzados».
10. France, 2005, p. 45, y De la Croix, 2005, p. 19.
11. Hubo muchos testigos del discurso que pronunció Urbano II en las afueras de la ciudad de Clermont, pero no consta que se escribiera, o al menos no se ha conservado el original. Este texto conocido data del siglo XII, pero no es seguro que corresponda palabra por palabra a cuanto dijo el papa en 1095.
12. Deanesly, 1972, p. 104, y Flon, 2003, p. 349.
13. Migne, *Patrología Latina*, CLVI, 685.
14. Read, 2003, p. 92.
15. Maalouf, 1992, p. 16.
16. Guillermo de Tiro escribió su crónica hacia 1170. No fue testigo presencial de la conquista de Jerusalén de 1099; por su edad no debió de conocer a nadie que estuviera presente en ella, por lo que su relato no se basa en noticias de primera mano.
17. Paúl, 2003, pp. 213-214.
18. Según la tradición, la cruz en la que Cristo sufrió el martirio fue encontrada en unas excavaciones que santa Elena, madre del emperador Constantino, ordenó realizar a comienzos del siglo IV en Jerusalén. La Vera Cruz permaneció allí hasta que los sasánidas conquistaron esta ciudad en el año 614 y se la llevaron a Persia. El emperador Heraclio la recuperó al vencer a los persas en 627, pero volvió a perderse cuando los musulmanes conquistaron Jerusalén en 636. Milagrosamente al parecer, volvió a encontrarse a las tres semanas de que los cruzados conquistaran la Ciudad Santa.
19. García-Guijarro, 1995, p. 74.
20. Paúl, 2003, p. 212.
21. García-Guijarro, 1995, p. 74.
22. De la Croix, 2005, p. 38.
23. Robinson, 1994, p. 48.
24. De la Croix, 2005, p. 49.
25. Read, 2000, p. 119, y Martínez Diez, 2001, p. 31. Hugo de Payns firmó algunos documentos al lado de su señor el conde de Champaña cuando éste se dirigía hacia el sur de Francia en 1104, por lo que algunos han supuesto que viajó con él hasta Tierra Santa.
26. Read, 2003, p. 117.
27. Payne, 1997, p. 154.
28. Así se denominan en la regla de la Orden redactada entre 1129 y 1131 (Upton-Ward, 2005, p. 36).
29. Hiestand, 1988, pp. 300-305. Hasta este trabajo, las especulaciones sobre los orígenes del Temple habían sido muchas; vid. por ejemplo, D'Albon (1913, p. 1), Carriere (1914, p. 317) y Barber (1970, pp. 225-228).

30. García Guijarro, 1995, p. 75.

31. Martínez Diez, 2001, p. 35.

32. Maalouf, 1992, p. 114.

33. Hmdley, 2004, p. 86.

34. Robinson, 1994, p. 48.

35. Paúl, 2003, p. 215.

36. Guillermo de Tiro (siglo XII) y Jacques de Vitry (siglo XIII) son los dos cronistas más notables de cuantos escribieron sobre el origen de los templarios y los primeros años de los cruzados en Tierra Santa. Guillermo de Tiro alude al año de la coronación de Balduino II como el mismo de la fundación del Temple; Balduino II fue coronado rey de Jerusalén el 14 de abril de 1118, por lo que, según el arzobispo de Tiro, el Temple habría sido fundado entre ese día y el 13 de abril de 1119.

37. La zona del Templo en Jerusalén ha sido reformada en numerosas ocasiones a lo largo del pasado. Las construcciones que llevaron a cabo los templarios fueron totalmente demolidas por orden de Saladino a fines del siglo XII. Por otro lado, el peculiar estatus de esta zona de Jerusalén, con la explanada del Templo ocupada por dos mezquitas, ambas abiertas hoy al culto religioso, y con el muro de las lamentaciones, en uno de los lados del recinto, convertido en el principal lugar de oración del judaísmo, hace muy complicado, casi imposible, llevar a cabo un estudio arqueológico riguroso del lugar. Cuando en alguna ocasión se ha intentado, los extremistas religiosos han provocado disturbios y han amenazado con llevar a cabo acciones violentas. Los enormes espacios subterráneos eran conocidos como «los establos de Salomón», y los cronistas afirman que podían albergar a más de mil caballos. Las actas del concilio, en Upton-Ward (2005, cit. en p. 35).

38. Read, 2003, p. 119.

39. Se ha reiterado que durante estos primeros años el número de caballeros no pasó de nueve, lo que parece un número mágico o cabalístico; Guillermo de Tiro, que escribió su crónica hacia 1170, dice que eran nueve, pero da al menos hasta quince nombres de caballeros hasta el año 1125. Miguel el Sirio afirma que eran treinta en 1127. En cualquier caso, como todo lo relacionado con la época fundacional, los datos sobre el número originario de los templarios no son demasiado fiables (Robinson, 1994, p. 52, y García Guijarro, 1994, p. 76).

40. De la Croix, 2005, p. 54.

41. García Guijarro, 1995, pp. 70-71.

42. Read, 2003, pp. 125-126.

43. Ferreira y Oliveira, 2005, p. 137.

44. De la Croix, 2005, pp. 77-78.

45. Girard-Augry, 1992.

46. De la Croix, 2005, p. 80. Cerrim (2001, p. 103) sí atribuye la autoría de esta carta al maestro Hugo de Payns.

47. La lista de los asistentes en Upton-Ward (2005, p. 34); Melville (1974, p. 18) es quien niega la presencia de Bernardo de Claraval en el concilio de Troyes.

48. Keen, 1986, p. 73.

49. Paúl, 2003, p. 259.

50. Girard-Augry, 1992, epístola XXXI.

51. Robinson, 1994, p. 54, y De la Croix, 2005, p. 65.

52. Keen, 1986, p. 74.

53. Payne, 1997, pp. 154-155 y Hindley, 2004, p. 78.

54. Algún autor, tal vez debido a la estanca «especialización» que a veces se instala en la investigación histórica, así lo ha afirmado categóricamente (Ayala, 2005, 13). Pero

la lista de cofradías, milicias e institutos que fueron a la vez religiosos y militares en diversas culturas y civilizaciones previas a los templarios es bastante larga y obvia como para insistir en ello.

55. Ledesma, 1994, pp. 32 y 34.

56. Ledesma, 1982, pp. 26-27 y 34.

57. Payne, 1977, p.166.

58. Demurger, 2005, p. 57.

59. Este texto de Bernardo de Claraval ha sido editado en numerosas ocasiones y en varios idiomas, además de en el latín del original. Sigo aquí la más reciente versión en castellano (Bernardo de Claraval, 2005), en traducción de Iñaki Aranguren.

60. De la Croix, 2005, pp. 89-91.

61. Con este nombre se menciona a un templario en un documento del obispo de Nazaret fechado en 1125 (De la Croix, 2005, p. 105). Para Demurger (2005, p. 67), Roberto de Craon no llegó a Tierra Santa hasta 1126.

62. García Guijarro, pp. 73 y 110, y De la Croix, 2005, p. 107, quien considera a esta bula como una reforma o una nueva redacción de la regla original (Id. 110).

63. Para García Guijarro (1995, p. 88), lo que pretendió Inocencio II fue alejar al Temple de la influencia de los obispos, y para ello no tenía otro recurso que someter la Orden directamente al papado.

64. Ledesma, 1982, p. 42.

65. García Guijarro, 1995, p. 82.

66. Hmdley, 2004, p. 99.

67. Paúl, 2003, p. 21.4.

68. De la Croix, 2005, p. 116.

69. Read, 2003, p. 141.

70. García Guijarro, 1995, p. 117.

71. Payne, 2003, pp.205-206.

72. Robmson, 1997, pp. 116-117.

73. Demurger, 2005, p. 116.

74. García Guijarro, 1995, p. 72.

75. Ledesma, 1982, p. 41.

76. La cita, muy reiterada, se atribuye a Ussama ibn Mundiqlh, emir de Shaizar, que la incluyó en una obra titulada *Kitab al-Itibar (Libro de la enseñanza con el ejemplo)*, editada en Gabrieli (1996).

77. De la Croix, 2005, p. 75.

78. Maalouf, 1992, pp. 167-168.

79. Hmdley, 2004, p. 124.

80. Payne, 2003, p. 255, y Demurger, 2005, p. 128.

81. Zenner, 1997, p. 558.

82. Robmson, 1994, p. 185, y De la Croix, 2005, p. 154. El mandato de Gerardo de Ridefort fue tan desastroso y dejó una huella tan lamentable que a su muerte el Capítulo General de la Orden introdujo algunos cambios en la regla del Temple para promover medidas disciplinarias si un maestro cometía actos inmorales o irresponsables.

83. García Guijarro, 1995, p. 73.

84. Todavía pueden verse en la catedral de San Marcos de Venecia las columnas de mármol o los cuatro caballos de bronce que los venecianos se llevaron de Constantinopla.

85. Robmson, 1994, p. 243.

86. Hindiey, 2004, p. 196.

87. Read, 2003, p. 128.

88. De la Croix, 2005, p. 190.
89. Varios viajeros se desplazaron a mediados del siglo XIII hasta Asia Central en busca del gran kan. Los que dejaron constancia escrita de su viaje fueron fray Julián en 1240, Juan de Pian del Cárpine en 1245-1247, fray Benito de Polonia en 1245, fray Ascelino en 1246-1247 y fray Guillermo de Rubruc en 1253-1255 (Gil, 1993), aunque el más famoso de todos ellos fue el veneciano Marco Polo, a fines de esa centuria.
90. Maalouf, 1992, p. 260.
91. La Vera Cruz había desaparecido en la batalla de los Cuernos de Hat-tm en 1187. Pedazos de ella habían sido, o al menos así se vendieron, repartidos por toda la cristiandad, de manera que decenas de iglesias, monasterios y santuarios poseían fragmentos de la cruz en la que Cristo sufrió el martirio; a saber qué es lo que le vendieron a Luis IX los bizantinos.
92. Joinville, *Vie de Saint Louis* (h. 1308), p. 225, trad. de J. Monfrin, 1998. Este cronista viajó con Luis IX a las cruzadas y fue por tanto testigo presencial de muchos de los actos de este monarca.
93. Gumilev, 1994, pp. 218-219.
94. Sagrada Biblia *Ezequiel* 38, pp. 18 y 39, y *Apocalipsis*, 20, p. 8.
95. Gumilev, 1994, p. 220.
96. «Si los mongoles hubieran logrado conquistar Egipto, no hubiesen tenido problemas para invadir África del Norte... La Europa cristiana se hubiera visto encerrada en un anillo de hierro que iba desde Polonia hasta el estrecho de Gibraltar, desde el que los mongoles hubieran podido invadirla por tantos puntos que hubiera sido imposible contenerlos» (Robinson, 1994, p. 372). Si hubiera sido así, paradojas de la historia, la defensa del islam en El pozo de Goliath habría significado de paso la salvación de la cristiandad y de la civilización europea.
97. Gumilev, 1994, p. 225.
98. Avala, 2005, p. 29.
99. Melville, 1951, pp. 260-261.
100. Oliverio *el Templario*, poema *Ira et dolor*.
101. Jerónimo Zurita, *Anales de Aragón*, III/LXXIV.
102. Maalouf, 1992, p. 278.
103. García Guijarro, 1995, p. 109.
104. Payne, 2003, p. 499.
105. Robinson, 1994, p. 442.
106. Paúl, 2003, p. 494.
107. El complejo del Temple en París estaba formado por diversos edificios que se conocen gracias a varios grabados de los siglos XVII y XVIII; los dos más importantes eran la iglesia, de traza gótica y en la que se aprecian tres fases constructivas de los siglos XII y XIII, y la gran torre de planta cuadrada protegida con torreones ultrasemicirculares en cada una de las cuatro esquinas. Todo el complejo estaba rodeado de una poderosa muralla.
108. Robinson, 1994, p. 454.
109. Demurger, 2001, p. 123.
110. Read, 2003, p. 293.
111. Las actas del proceso y los cuestionarios de los inquisidores pueden verse en Lizerand (1999), Michelet (1987) y Oursel (1959), todas ellas reediciones modernas; se echa en falta una edición actualizada y revisada del proceso.
112. Michelet, 1987, pp. 195-196.
113. Cardim, 2002, p. 149.
114. Lutrell, 2005, p. 56.

115. En la Edad Media esta isleta era propiedad del monasterio de Saint Germain-des-Prés; estaba situada cerca del palacio real. Hoy es el jardín Vert-Galant. Los templarios no fueron los únicos en sufrir la persecución del rey de Francia y de la Iglesia; en realidad hay que enmarcar este proceso en la campaña iniciada en 1306 contra los judíos y que también llevará a la hoguera a la beguina Margarita Porete, que fue quemada en París en 1310; vid. al respecto la relación entre la persecución contra el Temple y contra Margarita en la introducción de Blanca Gan a la edición de la obra de M. Porete *El espejo de las almas simples*.

116. Con este mismo título de *Los reyes malditos*, Maunce Duron escribió cinco novelas históricas en las que recoge los avatares de los últimos cape-tos; el primero de los títulos es *El rey de hierro* (1981).

117. El 10 de junio de 1317 el papa Juan XXII fundó la Orden de Montesa con bienes procedentes de los templarios; a ella pasaron algunos caballeros de la Corona de Aragón. En Portugal el rey Dionís los mantuvo aunque con el nuevo nombre de «Caballeros de Cristo».

118. Demurger, 2005, p. 77.

119. Cardmi, 2002, p. 150.

120. Barber, 1978, p. 247.

121. San Agustín, *Obras completas*.

122. San Benito de Nursia, *Regla de los monjes*, Buenos Aires, 2005.

123. Jaspert, 2005, p. 77.

124. Upton-Ward, 2005, p. 35.

125. Demurger, 2005, p. 43.

126. J. M. Upton-Ward (2005), editora de la regla, ha incluido en la numeración del articulado los ocho primeros párrafos, que en realidad constituyen el preámbulo y en los que no hay artículos de la misma.

127. Read, 2003, pp. 129 y 132.

128. Upton-Ward, 2005, p. 34.

129. Martínez Diez, 2001, p. 43.

130. Bernardo de Claraval, 2005, pp. 40, 43, 45 y 48 y Demurger, 2005, p. 43.

131. Upton-Ward, 2005, p. 33.

132. Asistentes al concilio de Troyes, según las actas del notario Juan Miguel: Mateo, delegado papal, cardenal y obispo de Albano; los templarios Hugo de Payns, Godofredo de Saint-Orner, Rolando, Godofredo Bissot, Payen de Montdidier y Archambaud de Saint-Amand; los arzobispos Enrique de Sens y Renaud de Reims, los obispos Goce-lin de Soissons, de París, de Troyes, de Orléans, de Auxerre, de Meaux, de Chálons, de Laón y de Beauvais; los abades de Vézéiy, de Cîteaux, de Pontigny, de Trois-Fontaines, de Saint-Denis de Reims, de Saint-Etienne de Dijon y de Molestes; los relevantes eclesiásticos Bernardo de Claraval, maese Aubri de Reims, maese Folco; el conde Teobaldo de Champaña, el conde de Nevers y el señor André de Baudemant, senescal de Champaña; y numerosos eclesiásticos de diversos rangos.

133. Upton-Ward, 2005, pp. 35-54.

134. García Guijarro, 1994, p. 100.

135. Upton-Ward, 2005, caps. 11-14, pp. 274-276 y 657-686.

136. *Ibidemp.* 105.

137. Sobre el ritual de ingreso vid. García Guijarro, 1994, pp. 113-114.

138. *Ibidem*, p. 108.

139. *Ibidem*, pp. 87 y 102.

140. Bordonove, 1993, pp. 123 y 128. 141. Demurger, 2005, pp. 181-183.

142. Bordonove, 1993, p. 134.

143. Bernardo de Claraval, 2005, p. 48.
144. Upton-Ward, 2005, p. 52.
145. Ledesma, 1982, p. 114.
146. Demurger, 2005, p. 40.
147. García Guijarro, 1994, p. 115.
148. Bernardo de Claraval, 2005, p. 48.
149. Upton-Ward, 2005, p. 35.
150. Demurger, 2005, p. 57.
151. *Ibíd.*, p. 65.
152. Boas, 1999, p. 88.
153. Robinson, 1994, p. 54.
154. Demurger, 1995, p. 158.
155. Se ha estimado que alrededor de unas treinta mil personas vivían en las encomiendas y propiedades del Temple, de ellas unas cuatro mil en París, aunque sólo unos pocos eran caballeros (Read, 2003, 218), lo que suponía que la encomienda parisina era una pequeña ciudad.
156. Los números más próximos a la realidad calculan la existencia de unas setecientas encomiendas en Francia y cuarenta en Aragón y Cataluña.
157. Demurger, 2005, p. 173.
158. *Ibíd.*, pp. 188-191.
159. Read, 2003, p. 218.
160. Los maitines eran aproximadamente a las 2 de la madrugada en verano y a las 4 en invierno.
161. Payne, 2003, p. 155.
162. Bernardo de Claraval, 2005, pp. 48-49.
163. Payne, 2003, p. 15.
164. Ledesma, 1982, p. 112
165. De la Croix, 2005, pp. 121-122
166. Upton-Ward, 2005, pp. 37-38.
167. *Ibíd.*, p. 84.
168. García Guijarro (1994, p. 75) considera que la fundación de la Orden del Temple estuvo motivada por la necesidad de defender la frontera sur del reino de Jerusalén ante su manifiesta debilidad.
169. Hindley, 2004, p. 87.
170. Upton-Ward, 2005, p. 79.
171. Flori, 2001, p. 73.
172. Ledesma (1982, p. 54) supone que tal vez participaron en la conquista de Mallorca hasta ciento cinco templarios, pues el Temple recibió bienes en la isla por valor de quinientos veinticinco «caballerías de honor», y se entregaron cinco caballerías por cada caballero.
173. Demurger, 2005, p. 14.
174. Fulcanelli, *Las moradas filosofales*, 1931.
175. Demurger, 2005, p. 14.
176. Sagrada Biblia, *Ezequiel*, 9, pp. 3-6.
177. Demurger, 2005, p. 75
178. De la Croix, 2005, p. 123.
179. Jerónimo Zurita, *Anales de Aragón*, IV/CXVII.
180. Demurger, 2005, p. 77.
181. Jacques de Vitry, *Historia orientalis*, cit. en Melville, 1974, p. 103.
182. Demurger, 2005, pp. 179-180.

183. De la Croix, 2005, p. 125.
184. Demurger, 2005, p. 76.
185. García Atienza, 1979, p. 61.
186. De la Croix, 2005, p. 179.
187. Demurger, 2005, p. 76.
188. Read, 2003, p. 127.
189. Idries Shah, *The Sufis*, Nueva York 1964.
190. Read, 2003, p. 353.
191. Hugo Schonfield, *El enigma de los esenios*, Madrid, 2005.
192. Smclair, 1994, p. 1.
193. Hindiey, 2004, pp. 261-262.
194. Atienza, 1979, p. 45.
195. Recoge esta tradición Umberto Eco en su novela *El péndulo de Foucault*.
196. No existe ningún dato que ofrezca una pista aproximada sobre en qué consistía este tesoro, que se ha convertido durante siglos en la obsesión de los especuladores sobre la historia del Temple.
197. Hurtado, 2005, p. 639.
198. Jacques de Mahieu, *Les templiers en Amerique*, París, 1987.
199. Kmght y Lomas, 1998 y 2004.
200. Juan Eslava Galán, *El fraude de la Sábana Santa y las reliquias de Cristo*, Barcelona, 1997.
201. Sinclair, 1994,-p. 122.
202. José Luis Corral, *Mitos y leyendas de Aragón*, pp. 102-114, Zaragoza 2002.
203. El nazi Otto Rhan, miembro del Estado Mayor de las SS, especialista en literatura medieval, publicó en 1933 un libro titulado *Cruzada contra el Gríal*, donde apuntó la posibilidad de que el Montsalvat citado por Wolfram von Eschenbach fuera Montserrat. El 23 de octubre de 1940 visitó ese monasterio catalán Himmler, el jerarca de las SS.
204. Probst-Biraben, 1973.
205. García Atienza, 1979, p. 38.
206. Demurger, 2005, p. 176.
207. De la Croix, 2005, p. 146.

Bibliografía

El tiempo de las Cruzadas y de la Caballería

- ABULAFIA, A. S., «The Interrelationship between the Hebrew Chronicles on the First Crusade» *JoMmai of Semitic Studies*, 27 (1982), pp. 221-239.
- , «Invectives against Christianity in the Hebrew Chronicles of the First Crusade», en P. E. EDBÜRY (ed.), *Crusade and Settlement*, Cardiff, 1985, pp.66-72.
- AL-ISFAHANI, Imad ad Din, *Conquête de la Syrie et de la Palestine par Saladin*, París, 1972.
- AL-MAJRITÍ, Hussein, «Con los ojos de Oriente», *Muy Historia*, 1 (Madrid, 2005), pp. 78-83.
- ALPHANDÉRY, P., y A. DUPONT, *La cristiandad y el concepto de cruzada*, 2 vols., México, 1959 y 1962.
- ALTHOFF, G., «Nunc fiant Christi milites, qui dudum extiterunt raptores; Zur Entstehung von Rittertum und Ritterethos», *Saeculum*, 32 (1981), pp. 317- 333.
- AMBROISE, *The Crusade of Richard Lion-Heart*, Nueva York, 1941.
- ARCHER, T. A., y C. L. KINGSFORD, *The Crusades*, Londres, 1894.
- ARMSTRONG, Karen, *Holy War*, Londres, 1988.
- ASBRIDGE, T., *The First Crusade*, Londres, 2004.
- ATIYA, Aziz Suryal, *The Crusade: Historiography and Bibliography*, Londres, 1934.
- , *The Crusade of Nicopolis*, Londres, 1934.
- , *The Crusade in the later Middle Ages*, Nueva York, 1965.
- AUBE, P., *Les Empires normands d'Orient*. París, 1983.
- AYALA MARTÍNEZ, Carlos de. *Las Cruzadas*, Madrid, 2004.
- AYALA MARTÍNEZ, Carlos de, «Origen, significado y tipología de las Órdenes Militares en la Europa medieval», en Feliciano NOVOA PÓRTELA y Carlos de AYALA MARTÍNEZ (eds.), *Las Órdenes Militares en la Europa Medieval*, Barcelona, 2005, pp. 13-44.
- BADOUIN, B., *La fantástica epopeya de las Cruzadas*, Barcelona, 2004.
- BALARI, M., *Les Croisades*, París, 1988.
- , (dir.), *Autour de la première croisade*, París, 1996.
- , (prefacio), *Atlas des Croisades*, París, 1996.
- , «Croisades: mots et réalités (ix-xi siècle)», en M. REVUELQUE (ed.). *Les croisades*, Milán, 1997.
- , *Croisades et Orient latin: xi-xiv siècle*, París, 2001.
- BALDWIN, M. W., «Western Attitudes toward Islam», *Catholic Historical Review*, 27 (1941-1942), pp. 403-411.
- , *The First Hundred Years. A History of the Crusades*, Wisconsin, 1969.
- BANCOURT, P., *Les Musulmans dans les chansons de geste du cycle du roi*, Aix-Marseille, 1982.
- BARASCH, M., *Crusader Figurality in the Holy Land*, New Brunswick, 1971.
- BARBER, Malcolm, «The Order of St. Lazarus and the Crusades», *The Catholic Historical Review*, 80 (1994), pp. 439-456.
- , *Crusaders and Heretics, 12th-14th Centuries*, Aldershot, 1995.
- BARBER, Richard, *The Knight and Chivalry*, Woodbridge, 2000.
- BARKÍR, E., *The Crusades*, Londres, 1923.
- BARTLETT, W. B., *Los Asesinos*, Barcelona, 2006.
- BAT YE'OR, *Les Chrétientés d'Orient entre jihad et dhimmitude, VII-XX siècles*, París, 1991.
- BAUDOIN, Bernard, *La fantástica epopeya de las Cruzadas (1096-1291)*, Barcelona, 2004.
- BAXTER-WOLF, K., *Papst Urban II (1088-1099)*, 2 vols., Stuttgart, 1964 y 1988.
- BECKER, Alfons, *Urban II (1088-1099)*, 2 vols., Stuttgart, 1964-1988.
- BEDIER, J., *Les Chansons de Croisade*, París, 1909.
- BEHA ED-DIN, *The Life of Saladin (1137-1193 A.D.)*, Delhi, 1988.
- BELLANGUER, Y., y QUERUEL, U. (eds), *Les Champenois et la Croisade*, París, 1989.
- BELLOC, H., *The Crusaders: The World's Debate*, Londres, 1937.
- BENITO RUANO, E., «Las Órdenes Militares españolas y la idea de Cruzada», *Hispania*, XVI (1956), pp. 3-15.
- BENNETT, M., «First Crusaders Images of Muslims: the Influence of Vernacular Poetry?», *Forum for*

- Modern Language Studies*, 22, 2 (1986), pp. 101-122.
- BENVENISTI, M., *The Crusaders in the Holy Land*, Nueva York-Jerusalén, 1970.
- BERTRAND, M., «Les tcmpliers en Non-nandie», *Heimdal. Revue d'Art et d'Histoire de Normandie*, 26 (1978).
- BILLINGS, M., *The Cross and the Crescent. A History of the Crusades*, Londres, 1987.
- BLAKE, E. O., y C. MORRIS, «The Formation of the "Crusade Ideal», *Journal of Ecclesiastical History*, 21 (1970), pp. 11-31, y 22 (1970), pp. 79-107.
- , «A Hermit goes to War: Peter the Hermit and the Origins of the First Crusade», *Studies in Church History*, 22 (1985), pp. 79-107.
- BOAS, Adrián, *Crusader Archaeology: The Material Culture of the Latin East*, Londres, 1999.
- BOASE, T. S. R., *Kingdoms and Strongholds of the Crusaders*, Londres, 1971.
- , (ed.), *The Cilician Kingdom of Armenia*, Edimburgo-Londres, 1978.
- BOISSONNADE, P., «Cluny, la papauté et la première grande croisade internationale contre les Sarrasins d'Espagne: Barbastro (1064-1065)», *Revue des Questions Historiques*, 117 (1932), pp. 257-301.
- BOULTON, Jonathan Dacre, *The Knights of the Crown. The Monarchical Orders of Knighthood in Later Medieval Europe, 1325-1520*, Woodbridge, 1987.
- BOURG, A. du, *Histoire du grand prieuré de Toulouse*, Toulouse, 1883.
- BRADFORD, Emeric, *The Great Betrayal: Constantinople 1204*, Harmondsworth, 1976.
- BRAND, Charles M., «The Byzantines and Saladin, 1185-1192. Opponents of the Third Crusade», *Speculum*, XXXVII (1962) Cambridge.
- BRELIERO, A. H., «Jérusalem dans l'Occident médiévale», en *Mélanges René Croset*, Poitiers, pp. 259-271.
- BRIGNON, J., *Ce que les chrétiens d'Occident savent et pensent de l'islam et des musulmans au moment des croisades*, Paris, 1958.
- BROSSARD-DANTRÉ, M. (ed.), *Ricardo Corazón de León: historia y leyenda*, Madrid, 1991.
- BRUGUERA, F., *Las Cruzadas*, Madrid, 1973.
- BRUNDAGE, James A., *The Crusades: A Documentary Survey*, Milwaukee, 1962.
- , *The Crusades: Motives and Achievements*, Boston, 1964.
- , «Cruce signari: the Rite for Taking the Cross in England», *Traditio*, 22 (1966), pp. 289-310.
- , «The Votive Obligations of the Crusaders; the Development of a Canonistic Doctrine», *Traditio*, 24 (1968), pp. 77-118.
- , *Medieval Canon Law and the Crusaders*, Londres, 1969.
- , «St. Anselm, Ivo of Chartres and the ideology of the First Crusade», en *Les Mutations socioculturelles au tournant des xi-xii siècles*, 1982, pp. 175-187.
- , *The Crusades, Holy War and Canon Law*, Aldershot, 1991.
- BULL, Marcus, *Knightly Piety and the Lay Response to the First Crusade*, Oxford, 1993.
- , «The Roots of the Lay Enthusiasm for the First Crusade», *History*, 78 (1993), pp. 353-372.
- BULL, Marcus, N. HOUSLEY, P. EDWARDS y J. PHILLIPS, *The experience of crusading*, 2 vols., Cambridge, 2003.
- BULST-THIELE, M. L., *Sacrae Domus Militiae Templi Hierosolymitani Maystri. Untersuchungen zur Geschichte des Templerordens 1118/19-1314*, Göttingen, 1974.
- BURNS, R. I., *The Crusader Kingdom of Valencia. Reconstruction on a Thirteenth-Century Frontier*, 2 vols., Cambridge (Massachusetts), 1967.
- , *Islam under the Crusaders: Colonial Survival in the Thirteenth-Century Kingdom of Valencia*, Princeton, 1973.
- BUSCHINGER, D. (dir.), *La Croisade: réalités et fictions*, Göttingen, 1989.
- CAHEN, Claude, *La Syrie du Nord à l'époque des croisades et le principauté franque d'Antioche*, Paris, 1940.
- , «En quoi la conquête turque appelait-elle la croisade?», *Bulletin de la Faculté des Lettres de Strasbourg*, 1950, pp. 118-125.
- , «L'islam et la croisade», *X Congresso Internazionale di Scienze Storiche*, Roma, 1955, pp. 625-635.
- , «Notes sur l'histoire des Croisades et de l'Orient latin. 2. Le régime rural syrien au temps de la domination franque», *Bulletin de la Faculté des Lettres*, XXIX Strasbourg, (1983), pp. 286-310.
- , *Oriente y Occidente en tiempos de las Cruzadas*, Madrid, 1983.
- CAMPBELL, G. A., *The Crusades*, Nueva York, 1938.
- CANARD, M., «La Guerre sainte dans le monde islamique et dans le monde chrétien», *Revue Africaine*, 79 (1936), pp. 605-623.
- CANTU, C., *Las Cruzadas*, Barcelona, 1988.
- CARDINI, Franco, «La storia e l'idea di crociata negli studi odierni (1945-1967)»,

- Anuario de Estudios Medievales*, 5 (Barcelona, 1968), pp. 641-662.
- , *Le creciate tra il mito e la storia*, Roma, 1971.
- , *Studi sulla storia e sull'idca di crociata*, Florencia, 1993.
- , *In Terrasanta. Pellegrini italiani tra Medioevo e prima Etá Moderna*, Bolonia, 2002.
- , *Nosotros y el Islam. Historia de un malentendido*, Barcelona, 2002.
- , «El reino de los cruzados. Jerusalem», *Historia Nacional Ceograpluc*, 12 (2005), pp. 74-81.
- CARLYLE, R. W., y A. J. CAKLYLE, *A History of Medieval Political Theory in tlie IVest*, 6 vols., Edimburgo-Londres, 1970 (reed.).
- CHALANDON, F., *Histoire de la Premiere Croisade*, París, 1925.
- CHARNAY.J. P., *LTslam et la querré, de la querré juste a la révolution sainte*, París, 1986.
- CHAKTRES, F. de., *A History ofthe Expedifion tojerusalem 1095-1127*, Knox-ville, 1969.
- CHAZAN, R-, *European Jewry and the First Crusade*, Berkeley-Londres, 1987.
- CHEHAD, M., *Tyr a l'époque des croisades*, París, 1975.
- Cimnicles ofthe Crusades: Nine Crusades and two hundred Years ofbitter Conflict for the Holy Lana hrought to Life to through tlie words afilióse who ivere actually títere*, Nueva York, 1989.
- Clironique anonyme de la Premiere Croisade*, París, 1998.
- CLARAMUNT, S., «Las Cruzadas. ¿Una guerra santa?». *Historia Nacional Geo-yaphic*, 2 (Barcelona, 2004), pp. 72-81.
- COLÉ, P.J., *The Preadring oftiie Crusades to the Holy Lana, 1095 -1270*, Cambridge, 1991.
- CONDER, C. R., *Tlie Latin Kingdom offerusalem*, Londres, 1897.
- CONSTABLE, Giles, «The Second Crusade as seen by Contemporaines», *Traditio*, IX (1953).
- , *Monks, Hermits and Crusaders in Medieval Europe*, Londres, 1988.
- CORRAL, José Luis, «El tiempo de las Cruzadas», *Muy Historia*, 1 (2005), pp. 6-9.
- COUPE, M. D., «Peter che Ermit, a Reassessment», *Notliingliam Medieval Sfn-dies*, 31 (1987),pp. 37-45.
- COWDREY, H. E.J., «Pope Urban II's preaching ofthe First Crusade», *History*, 55 (1970), pp. 177-188.
- , «Cluny ant the First Crusade», *Revue Bénédictine*, LXXXIII (1973), pp. 285-311.
- , «Pope Gregory VII's «Crusading» Plans of1074», en B. Z. KEDAR, H. E. MAYER y R. C. SMAIL (eds.), *Outremer. Studies in the history ofthe Crusading Kingdom offemsalem*, Jerusalén, 1982, pp. 27-40.
- , *Popes, Monks ana Crusaders*, Londres, 1984.
- , «Pope Urban II and the Idea of Crusade», *Studi Medievali*, 36 (1995), pp.721-742.
- , «The Gregorian Papacy, Byzantium and the First Crusade», enJ. L.
- HOWARD-JOHNSTON (dir.), *Byzantium and the West, c. 850-1200*, Amsterdam, 1988, pp. 146-169.
- Cmsader Syria in the Thirteenth Century: the Rothelin continuation ofthe History ofWilliam ofTyre ivith part ofErcles of Acre text*, Aldershot, 1999. *Crusades: the Illustrated History*, Michigan, 2004.
- CUESTA, J. 1., *Breve historia de las Cruzadas*, Madrid, 2005. CURZON, H. de, *La maison dii Temple a París. Histoire el desmption*, París, 1888.
- CUTLER, A., «The First Crusade and the Idea on Conversión», en *The Muslim World*, 58 (1968), pp. 57-71 y 155-164.
- DAGRON, G-, «Byzance entre le Djihad et la croisade; quelques remarques», en *Le Concile de Clemont de W95 et la Croisade*, Roma, 1997, pp. 325-337.
- DALY, W., «Christian Fraternity, the Crusader and the Security of Constantinople, 1097-1204; the Precarious Survival ofan Idea», *Medieval Studies*, 22 (1960),pp. 43-91.
- DEANESLY, Margaret, *A History ofthe Medieval Church, 590-1500*, Londres, 1972.
- DE SISMONDI,J. C. L. Simonde, *History ofthe Crusades againts the Albigenses*. Londres, 1826.
- DELAURELLE, E., «Essai sur la formación de l'idée de croisade», *Bulletin de Littérature Ecclesiastique*, XLII (1941), pp. 24-45 y 86-103, XLV (1944), pp. 13_46 y 73-90, LIV (1953), pp. 226-239, y LV (1954), pp. 50-63.
- , «L'idée de croisade chez saint Bernard», *XXIV Congres des Sociétés Savan-tes*, Dijon, 1955, pp. 53-67.
- , «L'idée de croisade dans la littérature clunisienne du xi siècle et l'abbaye de Moissac», *Alñnales du Midi*, 75 (1963), pp. 419-439.
- , «Templiers et hospitalicrs en Languedoc pendant la coisade des Albigeois», *Cahiers de Fanjeaux*, 4 (1969).
- , «L'idée de croisade dans la littérature clunisienne méridionale», *Cahiers de Fanjeaux*, 4 (1969), pp. 128-139.
- , *L'idée de croisade au Mayen Age*, Turín, 1980.
- DEMURGER, Alain, *Chevahers du Clirist. Les ordres religieux-milifaires au Mayen Age, xj-xii siecles*. París, 2002.

- DESCHAMPS, P., *Les châteaux des croisés en Terre sainte*, 2 vols.. París, 1934- 1936.
- , «La Toponomastique en Terre sainte au temps des croisades», en GEUTHNER (ed.), *Recueil des Travanx*, París, 1955.
- , *En tiempo de las Cruzadas*, Madrid, 1977.
- DEUIL, Odón de. *De profectione Ludovid VII in orientan*, Nueva York, 1948.
- DICHTER, Bemard, *The. Orders and churches of crusader Acre*, Acre, 1979.
- DUGGAN, A., *Tlie Story ofthe Crusades, 1091-1291*, Nueva York, 1964.
- DUNCALF, F., «The Pope's Plan for the First Crusade», en L.J. PAETOW (dir.), *The Crusaders and the Other Historical Essays presented to Daña C. Munro*, Nueva York, 1928, pp. 44-56.
- , «The Peasant's Crusade», *American Historical Review*, 36 (1921), pp. 440-453.
- DUPARC-QUIOC, S., «Recherches sur l'origine des poèmes épiques des croisade et leur utilization éventuelle par les grandes familles féodales», en *Problmni attuali di scienze e cultura*, Roma, 1970, pp. 771-792.
- DUPRONT, A., *La cristiandad y el concepto de Cruzada*, 2 vols., México, 1959-1962.
- , «Guerre sainte et chétienté», *Caliiers de Fanjeaux*, 4 (1969), pp. 17-50.
- , *Du sacre, croisades ef pelerinages, images et langages*. París, 1987.
- DUPRONT, A., *Le mythe de Croisade*, vol. I, París, 1997.
- EDBURY, Peter W. (ed.), *Crusade ana Settiement*, Cardiff, 1985.
- , *The Kingdom of Cyprus and the Crusades, 1191-1374*, Cambridge, 1991.
- , *Tlie Conquesf ofJerusalem and the Thrid Crusade: Sources in Translation*, Aldershot, 1998.
- , yJ. GORDON ROWE, *William ofTyre, Historian ot the Latín East*, Cambridge, 1988.
- EHRENKREUZ, Andrew S-, *Saladin*, Albany, 1972.
- EIDELBERG, Shlorno, *TheJews and the Crusaders: The Hebrew Chronicles ofthe First and Second Crusaders*, Londres, 1977.
- EISNER, M., *El hombre de las cruzadas*, Barcelona, 2002.
- ELISEEFF, N., *Nw-ad-Din, un gran prínce musulmán de Syrie au femps des croisades. Damasco*, 1967.
- ERBSTROSSER, M., *The Crusades*, Nueva York, 1979.
- EUDMANN, C-, *The Origin afilie Idea of Crusade*, Princeton, 1977.
- FEDALTO, G-, *Perché le crociafe, saggio interpretatito*, Bolonia, 1980.
- FEDDEN, R., yJ. THOMSON, *Crusader Castles*, Londres, 1957.
- FERNÁNDEZ NAVARRETE, M., *Españoles en las Cruzadas*, Madrid, 1986.
- FERREIRA FERNANDES, Isabel Cristina, y Luís FILIPE OLIVEIRA, «Las Órdenes militares en el reino de Portugal», en Feliciano NOVOA PÓRTELA y Carlos de AYALA MARTÍNEZ (eds.), *Las Órdenes Militares en la Europa Medieval*, Barcelona, 2005, pp. 137-166.
- FERREIRO, A., «The siego ofBarbastro, 1064-1065: A Reasement», *JomW of Medieval History*, 9 (1983), pp. 129-144.
- FINUCANE, R. C., *Soldiers ofthe Faith. Crusaders and Moslems at War*, Londres-Melbourne, 1983.
- FLAHIFF, G. B., «Deus non vult: A Critic ofthe Thrid Crusade», *Medioeval Studies*, 9 (1947).
- FLECKENSTEIN, Josef, *La caballería y el. mundo caballeresco*, Madrid, 2006.
- FLETCHER, R., «Reconquest and Crusade in Spain, c. 1050-1150», *Transactions ofthe Royal Historical Society*, 37 (1987), pp. 31-47. FLICHE, A., «Urbain II et la croisade», *Reme d'Histoire de l'Eglise de Franco*, 13 (1927), pp. 289-306.
- FLICHE, A., «Les origines de l'action de la Papante en vue de la croisade», *Revue d'Histoire Ecclesiastique*, XXXIV (1938), pp. 765-775.
- FLICHE, A., R. FOREVILLE, yj. ROUSSET, *Las Cruzadas. Historia de la Iglesia*, vol. IX, Valencia, 1975.
- FLORI, Jean, «L'Église et la gucrre sainte, de la paix de Dieu á la croisade», *Anuales*, 1988-2 (1988), pp. 88-99.
- , «Guerre sainte et rétributions spirituelles dans la seconde moitié du XI sié-cle: lutte contre l'islam ou pour la papante?», *Revue d'Histoire Ecciésias fique*, 85,3/4 (1990), pp. 617-649.
- , «Mort et martyre des guerriers vers 1100; l'exemple de la première croisade», *Caliiers de Civilisation Médiévale*, 34, 2 (1991), pp. 121-139.
- , «Une ou plusieurs première croisade? Le message d'Urbain II et les plus anciens pogroms d'Occident», *Revue Historique*, 285, 1 (1991), pp. 3-27.
- , Jean, *La première Croisade. L'occident chrétien confre l'islam (aiix origines des idéologies occidentales)*. Bruselas, 1992.
- , Jean, «Croisade et Chevalerie; convergence idéologique ou rupture?», en *Femmes, mariage, lignages (xil-XIII siècle)*, *Melantes Offerts a Georges Duby*, Bruselas, 1992, pp. 157-176.
- , «De la chronique de croisade á l'épopée... ou bien l'inverse?», *Perspectives Medievales* (1994),

pp. 36-44.

- , «Faut-il réhabiliter Pierre l'Ermite?», *Cattiers de Civilisation Médiévale*, 38 (1995), pp. 35-54.
- , «L'idée de croisade dans quelques chansons de geste du cycle de Guillaume d'Orange». *Medioevo Romano*, 21, 2-3 (1997), pp. 476-495.
- , *Croisade et Chevalerie, XI-XII siècle*, París-Bruselas, 1998.
- , *La caballería*, Madrid, 2001.
- , *Ricardo Corazón de León: el rey cruzado*, Barcelona, 2002.
- , *La guerra santa. La formación de la idea de cruzada en el Occidente cristiano*, Madnd-Granada, 2003.
- , *Guerra santa, yihad, cruzada. Violencia y religión en el cristianismo y el islam*, Granada, 2003.
- , Jean, *Pedro el Ermitaño y el origen de las Cruzadas*, Barcelona, 2006.
- FOREY, A. J., «The Emergence of the Military Order in the Twelfth Century», *Journal of Ecclesiastical History*, 36 (1985), pp. 175-195.
- FOREY, A.J., «The Military Orders and the Ransoming of Captives from Islam (twelfth to early fourteenth centuries)», *Studia Monástica*, 33 (1991), pp. 259-279.
- , *The Military Orders from the twelfth to the early fourteenth Centuries*, Basindstoke y Londres, 1992.
- , *Military Orders and Crusades*, Hampshire-Brookfield, 1994.
- FORSE, J. H., «Armenians and the First Crusade», *Journal of Medieval History*, 17, 1 (1991), pp. 213-221.
- Foss, M., *Cruzados*, Barcelona, 1998.
- FRANCE, John, «The Crisis of the First Crusade», *Byzantion* (1970), pp. 276-308.
- , «Arma Comnena, the Alexiad and the First Crusade», *Reading Medieval Studies*, 10 (1984), pp. 20-38.
- , *Victory in the East: A Military History of the First Crusade*, Cambridge, 1994.
- , «The Destruction of Jerusalem and the First Crusade», *Journal of Ecclesiastical History*, 47 (1996), pp. 1-17.
- , *The Crusades and the Expansion of Catholic Christendom. 1000-1714*, Londres-Nueva York, 2005.
- , y William G. ZAJAC, (dirs.), *The Crusades and their Sources*, Aldershot, 1998.
- GABRIELI, Francesco, *Storia Arabi delle Crociate*, Turín, 1957.
- GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, Luis, *Papado, cruzadas y Ordenes militares, siglos xi-xiii*, Madrid, 1995.
- , (dir.), *La primera cruzada novecientos años después: el concilio de Clermont y los orígenes del movimiento cruzado*, Madrid, 1997.
- GIBB, H., *The Damascus Chronicle of the Crusades*, Londres, 1967.
- GIBBON, E., *The Life and Letters of Edward Gibbon with his History of the Crusades*, Londres, s. f.
- GIEYSZTOR, A., «The Genesis of the Crusaders: the Encyclical of Sergius IV», *Medievalia et Humanística*, 5 (1948).
- , «The Papacy and the War against the "Saracens", 795-1216», *The International History Review*, X, 2 (1988), pp. 173-197.
- GIL, Juan, *En demanda del Gran Kan. Viajes a Mongolia en el siglo xin*, Madrid,
- GOITEN, S. D., «Contemporary Letters on the Capture of Jerusalem by the Crusaders», *The Journal of Jewish Studies*, 3 (1952), pp. 162-177.
- GOÑI GAZTAMBIDE, J., *Historia de la bula de la cruzada en España*, Vitoria, 1958.
- GOODICH, M., S. MENACHE, y S. SCHEIN (dirs.), *Cross Cultural Convergences in the Crusader Period (Essays Presented to Aryel Grabois on his Sixtyfifth Birthday)*, Nueva York, 1995.
- GOOS, V. P., y C. V. BORNSTEIN (dirs.), *The Meeting of Two Worlds: Cultural Excitants between East and West during the Period of the Crusaders (Studies in Medieval Culture)*, 21, Kalamazoo, 1986.
- GRAY, G. Z., *The Children's Crusade*, Nueva York, 1972.
- GROCOCK, C. W., y J. E. SIBERRY (eds.), *The history of the Jerusalem of Gilo of París and a second anonymous author*, Oxford, 1997.
- GROUSSET, Rene, *Histoire des croisades et du royaume franc de Jérusalem*, 3 vols., París, 1934-1936.
- , Rene, *Las Cruzadas*, 3 vols., Buenos Aires, 1960.
- , Rene, *La epopeya de las Cruzadas*, Madrid, 1996.
- GUERIFF, F., «Les chevaliers templiers et hospitaliers dans l'ancien pays de Guérande», *Bulletin de la Société Archéologique et Historique de Nantes et de Loire Atlantique*, 106 (1970).
- GUERRERO, Juan Antonio, «Hattin y Arsuf: Dos batallas decisivas. Empatía entre civilizaciones». *Muy Historia*, 1 (2005), pp. 70-77.
- GUILLEBAUD, J. C., *Sur la route des Croisades*, París, 1993.

- GUMILEV, Lev G., *La búsqueda de un reino imaginario*, Barcelona, 1994.
- HALLAN, E. (ed.), *Crónicas of the Crusades: Eye/Witness Accounts of the Wars Between Christianity and Islam*, Londres, 1989.
- HAMILTON, Bernard, «Women in the Crusader States: The Queens of Jerusalem 1100-1190», en D. BAKER, (ed.), *Medieval Women*, Oxford, 1978.
- , *The Leper King and his Heirs: Baldwin IV and the Crusader Kingdom of Jerusalem*, Cambridge, 2000.
- HARRIS, J., *Byzantium and the Crusades*, Londres, 2003.
- HAZARD, H. W., *The Fourteenth and Fifteenth Centuries. A History of the Crusades*, Wisconsin, 1975.
- , *The Art and Architecture of the Crusader States. A History of the Crusades*, Wisconsin, 1977.
- HEERS, S. J., *La Primera Cruzada*, Barcelona, 1997.
- HERDE, P., «Christians and Saracens at the Time of the Crusades», *Studia Gratiana*, 12 (1967), pp. 361-376.
- HESSE, J., *Las Cruzadas. Godofredo de Bouillon*, Madrid, 1972.
- HILLENBRAND, C., *The Crusades: Islamic Perspectives*, Edimburgo, 1999.
- HINDLEY, Geoffrey, *Saladin: a Biography*, Londres, 1976.
- , *Las cruzadas. Peregrinaje armado y guerra santa*, Barcelona, 2004.
- HOLT, P. M., *The Age of the Crusades*, Londres, 1986.
- , *The Crusader States and their neighbours*, Londres, 2004.
- HOUSLEY, Norman, *The Avignon Papacy and the Crusaders 1305-1378*, Oxford, 1986.
- , *The Later Crusades: From Lons to Alcázar, 1274-1580*, Oxford, 1992.
- , *Documents on the Later Crusades, 1274-1580*, Londres, 1996.
- , *Crusading and Warfare in Medieval and Renaissance Europe*, Hampshire, 2001.
- Il concilio di Piacenza e le crociate*, Piacenza, 1996.
- JASPERT, Nicolás, «Pequeñas Ordenes de caballería de Palestina y la Orden de canónigos del Santo Sepulcro», en Feliciano NOVOA PÓRTELA y Carlos de AYALA MARTÍNEZ (eds.), *Las Órdenes Militares en la Europa Medieval*, Barcelona, 2005, pp. 77-100.
- JOINVILLE, J. de, *Memoirs of the Crusades*, Nueva York, 1958.
- KEDAR, Benjamin Z., *Crusade and Mission. European Approaches toward the Muslims*, Princeton, 1984.
- , *The Homs of Hattin*, Jerusalén, 1992.
- , «Crusade Historians and the Massacres of 1096*, *Jemsh History*, 12, 2 (1998), pp. 11-31.
- , H. E. MAYER y R. C. SMAIL (eds.), *Outremer. Studies in the History of the Crusading Kingdom of Jerusalem*, Jerusalén, 1982.
- , J. RILEY-SMITH, y D. R. HIESTAND (eds.), *Montjoie: Studies in Crusade History in Honour of Hans E. Mayer*, Aldershot, 1997.
- KEEN, Maurice, *La caballería*, Barcelona, 1986.
- KENNAN, E., «Innocent III and the First Political Crusade: A Comment on the Limitations of Papal Power», *Traditio*, XXVII (1971), pp. 231-249.
- KENNEDY, H., *Crusader Castles*, Cambridge, 1994.
- KLEBER, H., «Pélennagc-vengeance-conquête. La conception de la première croisade dans le cycle de Graindor de Douai, dans l'Histoire de la guerre sainte d'Ambroise», en *Au carrefour des routes d'Europe: la lianson de geste, Senefiance*, 21 (1987), pp. 757-775.
- KONSTAM, A., *Historical Atlas of the Crusades*, Nueva York, 2002.
- KREY, A. C., *The First Crusade: Account of Eye-Witnesses and Participants*, Princeton, 1921 (reed. 1958). —, «Urban's Crusade, Success or Failure?», *American Historical Review*, 53 (1948), pp. 235-250.
- L'Histoire: le Temps des croisades*, n. 47 (julio-agosto de 1982).
- LA MONTE, J. L., *Feudal monarchy in the Latin Kingdom of Jerusalem*, Nueva York, 1970.
- LACROIX, B., «Deus le volt! La théologie d'un en», en *Mélanges E. R. Laban-de*, Poitiers, 1974, pp. 461-470.
- LADERO, Miguel Ángel, *Las Cruzadas*, Bilbao, 1972.
- LAMB, Harold, *The Crusades*, Nueva York, 1930.
- LANE-POOLE, S., *Saladin and the Fall of the Kingdom of Jerusalem*, Beirut, 1964.
- LASCAUX, M., *Les templiers en Bretagne*, Reúnes, 1979.
- LAWRENCE, T. E., *Crusader Castles*, 2 vols., Londres, 1936.
- LE BLEVEC, D., «Les templiers en Vivarais, les archives de la communauté de Jales et l'implantation de l'ordre du Temple en Cévennes», *Revue du Vivarais*, 84 (1980).
- Le concile de Clermont de 1095 et la Croisade*, Roma, 1997.

- LE GOFF, Jacques, *Saint Louis*, París, 1996.
- LE FEVRE, Y., *Fierre l'Ermite et la Croisade*, Amiens, 1946.
- LEBEDEL, C., *Croisades: origines et conséquences*. París, 2004.
- LECOY DE LA MARCHE, «La prédication de la croisade au xiii siècle», *Revue des Questions Historiques*, 48 (1890).
- LEGRAS, A. M., *Les commanderies des templiers et des hospitaliers de Saint-Jean de Jerusalem en Saintonge et en Aunis*, París, 1983.
- LEHMAN, J., *Las Cruzadas*, Madrid, 1989.
- LEMERLE, P., «Byzance et la croisade», en *Relazioni del X Congresso Internazionale di Scienze Storiche*, vol. III, Florencia, 1955, pp. 595-620.
- LEWIS, A. R., *Normans and Crusaders. A. D. 1000-1368*, Bloomington, 1991.
- LILIE, R. J., *Byzantium and the Crusader States: 1096-1204*, Oxford, 1993.
- LLOYD, Simón, *English Society and the Crusades*, Oxford, 1988.
- LOBRINCHON, G., *1099, Jérusalem conquise*. París, 1998.
- LOSTE RODRÍGUEZ, M. A., *Las Cruzadas*, Madrid, 1990.
- LYONS, Malcolm Cameron, y D. E. P. JACKSON, *Saladin: The Politics of Holy Land*, Cambridge, 1982.
- MAALOUF, Amin, *Las cruzadas vistas por los árabes*, Madrid, 1992. MADDEN, T. F., *Historia de las Cruzadas*, Barcelona, 2002.
- , (ed.), *The essential readings*, Oxford, 2002. MAGNOU, E., «Oblature, classe chevaleresque et servage dans les maisons meridionales du Temple au xiii siècle», *Annales du Midi*, 73 (1961).
- MAIER, C., *Preaching the Crusaders: mendicant friars and the cross in the Thirteenth Century*, Cambridge, 1998.
- , *Crusade propaganda and ideology: model sermons for the preaching of the cross*, Cambridge, 2000.
- MAIRESSE, R., «La commanderie de Sours en Chartrain», *Cahiers du Temple*, 1 (1963).
- MARKOWSKI, M., «Crucesignatus: its Origin and Early Usage», *Journal of Medieval History*, 10 (1984), pp. 157-165.
- MARSHALL, C., *Warfare in the latin East, 1192-1291*, Cambridge, 1992.
- MASTNAK, T., *Crusading Peace: Cliristendom, the muslim world and western political order*, Berkeley, 2002.
- MAYER, Hans Eberhard, *Historia de las cruzadas*. Tres Cantos, 2001.
- McGINTY, Martha Evelyn, *Fulcher of Chartres, Chronicle of the First Crusade*, Filadelfia, 1941.
- MCDONALD, F., *Las Cruzadas con Ricardo Corazón de León*, Madrid, 1991.
- MCLENNAN, Graham, *Women Crusaders; Women and the Holy Land*, Hawker, 1997.
- MICHAUD, J. F., *Bibliothèque des croisades*, 4 vols.. París, 1817-1822.
- Militia Cliristi e crociata nei secoli xi-xiii*, Milán, 1992.
- MILLER, W., *The Latins in the Levant: A History of Frankish Crece (1204-1566)*, Londres, 1908.
- MONLAU, José María, «Las ocho grandes Cruzadas (y las más insólitas)». *Muy Historia*, 1 (2005), pp. 57-69.
- MORGAN, M. R., *The Chronicle of Emoul and the Continuation of William of Tyre*, Londres, 1973.
- MORRIS, C., «The Aims and Spirituality of the First Crusade as Seen Through the Eye of Albert of Aache», *Reading Medieval Studies*, 16 (1990), pp. 99- 117.
- , «Martyrs on the Field of Batde before and during the First Crusade», *Studies in Church History*, 30 (1993), pp. 93-104.
- , *Les Croisades*, París, 1969.
- MÜELLER-WIENER, W., *Castles of the Crusaders*, Londres, 1976.
- MUNRO, D. C., «The Speech of Pope Urban II at Clermont, 1095», *American Historical Review*, 2 (1906), pp. 231-242.
- , «The Western Attitude toward Islam during the Period of the Crusades», *Speculum*, 6 (1931), pp. 329-343.
- , *The Kingdom of Jerusalem*, Washington, 1966.
- MURPHY, T. P. (dir.), *The Holy War*, Columbus, 1976.
- MURRAY, A. V. (dir.), *From Clermont to Jerusalem; the Crusades and Crusader Societies, 1095-1500 (International Medieval Research, 3)*, Turnhout, 1998. MUSCA, G., *Il Vangelo e la Torah. Cristiani ed Ebrei nella prima crociata*, Bari, 1999.
- MUSQUERA, Xavier, *La espada y la cruz*, Madrid, 2002.
- NANAI, A. M., «L'image du croisé dans les sources historiques musulmanes», en *De Toulouse a Trípoli, itinéraires de cultures croisées*, Toulouse, 1997, pp.

- 11-39. NAVALPOTRO, Ángel, «¡Caballeros, a las cruzadas!», *Muy Especial*, 5 (1991), pp. 22-27.
- NEWHALL, R. A., *The Crusades*, Nueva York, 1963.
- NICHOLSON, H.J., *The clironicle of The Thrird Crusade: a transalation ofthe «Itinerarium Peregrinorum et Gesta Regis Ricardi»*, Aldershot, 2001.
- NICOLLE, D., *Arms and Armours ofthe crusading era, 1050-1350: Western Europe and tlie Crusader states*, Londres, 1999.
- NOVOA PÓRTELA, Feliciano, y Carlos de AYALA MARTÍNEZ (eds.), *Las Órdenes Militares en la Euro- pa Medieval*, Barcelona, 2005.
- NOVOA PÓRTELA, Feliciano, y F. Javier VILLALBA Ruiz DE TOLEDO, «La labor asistencial de las Or- denes militares», en Feliciano NOVOA PÓRTELA y Carlos de AYALA MARTÍNEZ (eds.), *Las Ordenes Militares en la Europa Medieval*, Barcelona, 2005, pp. 195-226.
- O'CALLAGHAN, J. F., *Reconquest and Crusade in Medieval Spain*, Filadelfia, 2004.
- OLDENBOURG, Zoé, *La hoguera de Montségur. Los cataros en la historia*, Barcelona, 2002.
- , *Las Cruzadas*, Barcelona, 2003.
- PAETOW, L.J. (dir.), *The Crusades and Other Historical Essays Presented to Daña C. Munro*, Nueva York, 1928.
- PARTNER, P., *God of Batties; fío/y Wars of Cliristianity and Islam*, Londres, 1997.
- PAUL, J., *Historia intelectual del Occidente medieval*, Madrid, 2003. PAYNE, R., *The fío/y Sword*, Nueva York, 1959.
- , *El sueño y la tumba. Historia de las cruzadas*, Barcelona, 1997.
- PERNOUD, Regine, *In the Stops ofthe Crusaders*, Nueva York, 1959.
- , *The Crusaders*, Londres, 1963.
- , *Los hombres de las Cruzadas*, Madrid, 1987.
- , *La mujer en el tiempo de las cruzadas*, Madrid, 1991.
- PERROY, E., *Les Croisades et l'Oríent latín (1095-1204)*, París, 1994.
- PETER, Edward, *Christian Society and tire Crusades, 1198-1229*, Filadelfia, 1971.
- , *Tlie First Crusade*, Filadelfia, 1971.
- PHILLIPS, Graham, *En busca del Santo Grial*, Barcelona, 1996.
- PHILLIPS, Jonathan, *Defenders of The Holy Land: relations between the latín East and West, 1119- 1187*, Oxford, 1996.
- , (dir.), *Tlie First Crusade: origins and impact*, Manchester, 1997.
- , *La Cuarta Cruzada y el saco de Constantinopla*, Barcelona, 2003. PHILLIPS, J., y M. HOCH, *Tlie Second Crusade: scope and consequences*, Manchester, 2001.
- PISSARD, H., *La Cuerre Sainte en pays chrétien*. París, 1912. PLATELLE, H., *Les Croisades*, París, 1994.
- PORGES, W., «The Clergy, che Poor and the Non-Combattants on the First Crusade», *Speculum*, 21 (1946), pp. 1-23.
- POWELL, James M., *Anatomy of a Crusade 1213-1221*, Filadelfia, 1986.
- PRAWER, J., *Histone du Royanme Latín deJerusalem*, 2 vols, París, 1969-1971.
- , *The Crusader's Kingdom*, Nueva York, 1972.
- PRAWER, J., *Tlie Worid ofthe Crusaders*, Nueva York, 1972.
- , «Military Orders and Crusades Politics in the Second Half of the xiii Century», *Vostrage una Forschungen. Die Geistiichen Ritíerorden Europa*, XXVI (1980).
- , *Cusaders Institutions*, Oxford, 1980.
- , *The History ofthejeivs in the Latín Kingdom ofJerusalem*, Oxford, 1988.
- PRINGLE, D., *The Cliurcires ofthe Crusader Kingdom ofJerusalem: A corpus. Vol. 1: A-K (excliiding Acre andjerusalem)*, Cambridge, 1992.
- , *Tlie Churclies of tlie Crusader Kingdom ofJerusalem: A corpus. Vol. 11: L-Z (excluding Tyre)*, Cambridge, 1992.
- , *Secular Buildings in the Crusader Kingdom ofJerusalem: an arcliaelological gazetteer*, Cambridge, 1997.
- , *Fortíficatíon and Settiement in Crusader Palestino*, Aldershot, 2000.
- QUELLER, D. E., *The Latín Conquest of Constantinople*, Nueva York, 1971.
- , *Tlie Fourth Crusade: Tlie Conquest of Constantinople 1201-1204*, Filadelfia, 1977.
- , y T. F. MADDEN, *Tlie Fourth Crusade: tlie conques! of Constantinople*, Filadelfia, 1977.
- RACINE, P. (dir.), *Piacenza e la prima crociata*, Piacenza, 1995.
- Recneil des historiéns des croisades*. París, 1841-1906.
- RECOUT, R., *La doctrine de la guerre juste de saint Augustin a nos jours, d'après les tliéologiens et les canonistes catlioliques*, París, 1935.

- RESTON, J. Jr., *Guerreros de Dios: Ricardo Corazón de León y Saladino en la Tercera Cruzada*, Barcelona, 2003.
- REY-DELQUE, M., *Le croacit : UOrient e l'Occidente da Urbano II a San Lui-gi, 1096-1270*, Mil n, 1997.
- RIANT, P., «Inventaire critique des lettres historiques des croisades». *Archives de l'Orient Latin*, I (1880), pp. 1-224.
- RICHARD, J., *Le comté de Tripoli sous la dynastie toulousaine*. Paris, 1945.
- , *Le Royanme Latin de Jérusalem*. Paris, 1953.
- , «La papauté et la direction de la première croisade», *Joiw;(i/ des Savants* (abril-Junio de 1960), pp. 49-58.
- , «La vogue de l'Orient dans la littérature occidentale du Moyen Age», *Mélanges Rene Crozet*, Poitiers, 1966, pp. 557-561.
- , *L'esprit de la croisadc*. Paris, 1969.
- RICHARD, J., «Les templiers et les hospitaliers en Bourgogne et Champagne du Sud (xii-xiii s cles)», en *Die geistlichen Ritterorden Ewopas*, 1980.
- , *Missionnaires et voyageurs; perspectives orientales du monde latin medieval*, Londres, 1983.
- , *Croisades et Etats Latins d'Orient, Points de vue et documents*, Aldershot, 1992.
- , *Histoire des croisades*, Paris, 1996.
- , *Francs et Orientaux dans le monde des croisades*, Hampshire, 2003. RICHARDS, D. S., *The rare ana excellent history of Saladin: or al-Naiwadir al-Sultaniyya wa'l-Maliasin al-Yusufiyya by Balial-Din Ibn-Shaddad*, Aldershot, 2002.
- RILEY-SMITH, Jonathan, «Crusading as an Act of Love», *History*, 65 (1980), pp. 177-192.
- , «An Approach to Crusading Ethics», *Reading Medieval Studies*, 6 (1980), pp. 3-19.
- , *The Cmsades. Idea and Reality, 1095-1264*, Londres, 1981.
- , «The Motives of the Earliest Crusaders and the Settlement of Latin Pales-tine (1095-1188)», *English Historical Review*, 94 (1983), pp. 723 y ss.
- , «Death on the First Crusade», en D. LOADES (dir.), *The End of Strife*, Edimburgo, pp. 14-31.
- , «The First Crusade and the Persecution of Jews», *Persecution and Toleration (Studies in Church History)*, 21 (1984), pp. 51-72.
- , *The First Crusade and the Idea of Crusading*, Londres, 1986.
- , *The Cmsades. A Slwrt History*, Londres, 1987.
- , (ed.), *The Atlas of the Cmsades*, Nueva York, 1991.
- , *The First Crusade and the idea of crusading*, Londres, 1993.
- , (ed.), *The Oxford illustrated history of the Cmsades*, Oxford, 1995.
- , «Early Crusaders to the East and the Costs of Crusading, 1095-1130», en M. GOODICH, S. MENACHE y S. SCHEIN (dirs.), *Cross Cultural Convergences in the Crusader Period (Essays presented to Aryeh Grab is on his Sixty-fifth Birthiday)*, Nueva York, 1995, pp. 237-257.
- RILEY-SMITH, L., *The First Crusaders, 1095-1131*, Cambridge, 1997.
- , y Jonathan RILEY-SMITH, *The Cmsades. Idea and Reality, 1095-1274*, Londres, 1981.
- RIVERA CARRETAS, M., «El origen de la idea de orden militar en la historiografía reciente». *Acta Histórica et Archaeologica Mediaevalia*, 1 (1980), pp. 77-90.
- ROBINSON, Ian Stuart, «Gregory VII and the soldiers of Christ», *History*, 58 (1973), pp. 169-192.
- ROIG, Vicente, «El reino de los cielos. Una historia de los cruzados», *Clio*, 43 (2005), pp. 54-57.
- ROUSSET, P., *Les origines et les caracteres de la Première Croisade*, Neuch tel, 1945.
- , «L'idée de croisade chez les chroniqueurs d'Occident», *X Congresso Internazionale di Scienze Storiche*, vol. III, Roma, 1955, pp. 547-563.
- , «La croisade obstacle   la misión», *Nova et Velera*, 2 (1980), pp. 133-141.
- , *Histoire d'une idéologie. La Croisade*, Lausana, 1983.
- RUNCIMAN, Steven, «The Holy Lance Found at Antioch», *Analecta Bollandiana*, 68 (1950), pp. 197-209.
- , *Historia de las cruzadas*, 3 vols., Madrid, 1999.
- RUSSEL, F. H., *The just War in the Middle Ages*, Cambridge, 1975.
- SAUNDERS, J. J., *Aspects of the Cmsades*, Canterbury, 1962.
- SAVORELLI, A., *Piero della Francesca e l'ultima crociata: araldica, stoffa e arte gótica e Rinascimento*, Florencia, 1999.
- SCHAMITZER, M. (dir.), *Crusaders and Muslims in the Fifth Century Syria*, Leiden, 1993.
- SCHEIN, S., *The papacy, the West and the recovery of the Holy Land*, Clarendon, 1991.
- , *Fideles Crucis: the Papacy, the West and the recovery of the Holy Land, 1274-1314*, Oxford, 1998.

- SCHLUMBERGER, G., *Campagnes du roi Amaury Idejémsalem en Egypte*, París, 1906.
- SEGURA, Cristina, «El rey caballero. Ricardo Corazón de León», *Historia Nacional Geopgrapllic*, 10 (2004), pp. 70-78.
- SETTON, K. M. (dir.), *A History of the Crusades*, 6 vols., Madison, 1969-1989.
- SHAW, M. R. Q., *Joinville and Villehardouin, Chronicles of the Crusades*, Londres, 1965.
- SHIRLEY, J., *The Song of the Cantar Wars: a History of the Albigensian Crusade*, Aldershot, 2000.
- SIBERRY, E., *Criticism of Crusading, 1095-1214*, Oxford, 1985.
- SIGAL, P. A., *Les Marcheurs de Dieu*, París, 1974.
- SINCLAIR, Andrew, *El descubrimiento del Grial*, Barcelona, 2003.
- SIVAN, E., «La genèse de la contre-croisade: un traité damasquin du début du XII^e siècle», *Journal Asiatique* (1966), pp. 197-224.
- , *L'Islam et la Croisade*, París, 1968.
- SMALL, R. C., *Crusading Warfare (1097-1193)*, Londres, 1956.
- , *The Crusaders in Syria and the Holy Land*, Londres, 1973.
- SOLANGES, B. de, *La Théologie de la guerre juste. Cénese et orientation*. París, 1946.
- SOMERVILLE, R., «The Council of Clermont and the First Crusade», *Studia Gratiana*, 20 (1976), pp. 325-339.
- STEVENSON, W. B., *The Crusaders in the East*, Beirut, 1968.
- STOPFORD, J. (ed.), *Pilgrimage explored*, Suffolk, 1999.
- SUMNER, L. A., «The Tatars and the First Crusade», *Medieval Studies*, 21 (1959), pp. 224-246. SWEETENHAM, C., y L. M. PATTERSON, *The Canos of Antioch: an Occitan epic chronicle of the First Crusade*, Aldershot, 2003.
- TANGHERONI, M., «Pisa, l'Islam, il Mediterraneo, la prima crociata: Alcune considerazioni», en Franco CARDINI (dir.), *Toscana et Terrasanta nel Medioevo*, Florencia, 1982, pp. 31-55. TATE, G., *L'Orient des croisades*, París, 1991.
- TATTERSALL, J., «Anthropophagy and Eaters of Raw Flesh in French Literature of the Crusade Period: Myth, Tradition and Reality», *Medium Aevum*, 57 (1988), pp. 240-253.
- THEIS, Dan, *The Crescent and the Cross*, Nueva York, 1978.
- THROOP, P. A., *Criticism of the Crusade*, Amsterdam, 1940.
- TOMASSI, F. (ed.), *Aciri 1291. La fine della presenza degli ordini militari in Terra Santa e i nuovi orientamenti nel XII secolo*. Biblioteca di Militia Sacra, vol. 1, Perugia, 1996.
- TRAMONTANA, S., *Medieval French Literature and the Crusader (1100-1300)*, Ginebra, 1988.
- Trésors et routes de pèlerinages dans l'Europe médiévale*, Rodez, 1994.
- TUCHMAN, Barbara, *Bible and Sword*, Nueva York, 1984.
- TUCKER, R. W., *The Just War*, Baltimore, 1960.
- TUILLIER, A., «Byzance et la féodalité occidentale. Les vertus guerrières des premiers croisés d'après l'Alexiade d'Anne Comnène», en *La Guerre et la paix au Moyen Âge*, Lille, 1976, pp. 35-50.
- TYERMAN, Christopher, *England the Crusades 1095-1588*, Chicago y Londres, 1988.
- , *Las Cruzadas. Realidad y mito*, Barcelona, 2005.
- VAUCHEZ, A., «La notion de guerre juste au Moyen Âge», *Les Quatre Fleuves*, 19 (1984), pp. 9-22.
- VIAL, P., «Les templiers en Velay aux XII^e et XIII^e siècles», *98 Congrès National des Sociétés Savantes*, París, 1973.
- VILLEHARDOUIN, Godofredo de, *Memoirs of the Crusades*, Nueva York, 1958.
- VILLEY, M., *La Croisade: essai sur la formation d'une théorie de la Croisade*, Madison 1969. W. AA., *In Terrasanta. Dalla Crociata alla Custodia dei Luoghi Santi*, Florencia-Milán, 2000.
- , *Dei gesta per francos. Etudes sur les croisades dédiées à Jean Ricliard*, Aldershot, 2001.
- , *Muy Historia*, 1, monográfico «Las cruzadas y su época», Madrid, 2005.
- , *Codex templi*, Madrid, 2005.
- WEBER, E., «Quelques aspects de l'image de l'Autre chez Usáma ibn Mundiq», en *De Toulouse à Trápoli, itinéraires de cultures croisées*, Toulouse, 1997, pp. 93-114.
- WEISS, D., *Art and Crusade in the Age of Saint Louis*, Cambridge, 1998.
- WILKINSON, J., *Jerusalem Pilgrims before the Crusaders*, Warminster, 1977.
- WILLIAMS, J., *Los caballeros de las Cruzadas*, Bilbao, 1968.
- WILLIAMS, Ann, *The Crusades*, Harlow (Essex), 1975.
- WOLF, K. B., «Crusade and Narrative: Bohemond and the Gesta Francorum», *Journal of Medieval History*, 17 (1991), pp. 207-216.
- WOLF, R. L., y H. W. HAZARU, *The Later Crusades, 1189-1311. A History of the Crusades*, Wisconsin, 1969.
- YEWDALE, R. B., *Bolhemond I, Prince of Antioch*, Nueva York, 1980.
- ZABOROV, M., *Historia de las Cruzadas*, Madrid, 1979.

- ZELLER, M., «Le comte de Toulouse Raymond IV, chef d'un peuple á la croisade», en *Cénese de l'Etat moderno en Méditerranée*, Roma, 1993, pp. 45-60.
- ZENNER, M., *Croisades et pèlerinages*, 1997.

Fuentes cristianas

- ANONIMO, *La Geste des Francs. Chronique anonyme de la première croisade*, (h.1101), trad. de A. MATICNON, París, 1992.
- AMBROISE, *L'Histoire de la guerre sainte*, ed. de G. PARIS, París, 1897.
- BEUGNOT, A. A. (ed.), *Recudí des historiens des Croisades*, París, 1843.
- CARPIERE, V., *Histoire et cartulaire des templiers de Provins*, París, 1919.
- CASTRIES, DUQUE DE, *La conquête de la Teñe sainte par les croisés. Selection de textes*, París, 1973.
- CHARTRES, Foucher de, *Histoire de la croisade*, París, 2001.
- DUBOIS, Pierre, *De recuperatione Teñe Sánete*, cd. de C. V. LANGLOIS, París, 1891.
- , *The Recovery of the Holy Land*, Nueva York, 1956.
- ERNOUL, *Chronique d'Emoul et de Bernard le Trésorier*, ed. de L. de MAS-LATRIE, París, 1897.
- EUDES DE DEUIL, *De projectione Ludovici Vil in Orientem (La croisade de Louis VII, roi de Franco)*, París, 1949.
- FULQUERTO DE CHARTRES, *Historia Hierosolymitana*, (h. 1127), Heidelberg, 1913.
- GABRIELI, F., *Chroniques árabes des croisades*, París, 1977.
- GERARD, P., y E. MAGNOU, *Le cartulaire des templiers de Douzens*, París, 1966.
- GUIBERTO DE NOGENT, *Gestas Dei per Francos*, París, 1930.
- GUILLERMO DE TIRO, *Chronique (Historia remm in partibus transmarinis gestarum)*, ed. de R.B.C. HUYGENS, 2 vols., Turnhout, 1986.
- HIGOUNET, C., «Le cartulaire des templiers de Montsaunés», *Bulletin philologique et historique du Comité des Travaux Historiques et Scientifiques*, 1955-1956, París, 1957.
- JACQUES DE VITRY, *Historia orientalis seu Hierosolimitana*, París, 1901.
- , *Lettres de la cinquième croisade*, trad. de G. SUCHET-SUCHAUX, Turnhout, 1998.
- JAMES, B. S. (trad.), *The letters of Bernard of Clairvaux*, Londres, 1953.
- JOINVILLE, *Vie de saint Louis*, ed. de J. MONFRIN, París, 1998.
- Les gestes des Chipriotes. Recueil de chroniques francaises écrites en Orient aux xiii-xiv siècles*, ed. de G. RAYNAUD, Ginebra.
- LLULL, Ramón, *El libro de la orden de la caballería*, Madrid, 1996.
- MACCANN, J. (ed. y trad.), *The Rule of St. Benedict*, Londres, 1952.
- MATEO PARÍS, *Crónica*, París.
- MIGNE, P. (ed.), *Patrología latina*, vv. vols. Bruselas.
- MIGUEL EL SIRIO, *Chronique*, ed. de J. B. CHABOR, París, 1910.
- MORCAN, M. R. (ed.), *La continuation de Guillaume de Tyr (1184-1197)*, París, 1982.
- ODO DE DEVIL, *The Journey of Louis VII to the East*, Nueva York, 1948.
- PETEL, ABATE, *Templiers et hospitaliers dans la diocèse de Troyes: comptes de régie de la commanderie de Payns, 1307-1309*, Troyes, 1908.
- PORETE, Margarita, *El espejo de las almas simples*, ed. de BLANCA GARI, Madrid, 2005.
- RAIMUNDO DE AGUILERS, *Historia de los francos que conquistaron Jerusalén*, Madrid, 1965.
- REGNIER-BOHLER, D. (dir.), *Croisades et pèlerinages. Recits, clironiques et voyages en Terre sainte. xx-xvi siècles*. París, 1997.
- RICARDO EL PEREGRINO, *El cantar de Antioquía*, Madrid, 1985.
- RICHARD, J., *L'Esprit de la croisade*. París, 2000.
- RUTEBEUF, *Poèmes de l'infortune et poèmes de la croisade*, trad. de J. DUFOUR-NET, París, 1979.
- SOLMS, E. de, *Saint Bernard: textes choisis et presentes par Dom J. Leclercq*, Namur, 1958.
- WILKINSON, J., HILL y W. F. K\AN, *Jemsalem Pilgrimage 1099-1185*, Londres, 1988.

Fuentes árabes

- GABRIELI, F., *Chroniques árabes des croisades*. París, 1996.
- GIBB, H. A. R., *The Damascus Clironicle of the Crusades*, Londres, 1932.
- IBN-AL-ATIR (1160-1233), *Al-Kamelfit-Tarij (Historia perfecta)*, 13 vols., Beirut, 1979.
- IBN AL-QALANISI, *Damas de 1075 a 1154*, París, 1952

IMAD AD-DIN AL-ISFAHANI, (1125-12901), *Conquête de la Syrie et de Palestino per Saladin*, París, 1972.

Los templarios

- ADDISON, C. G., *The Kniglits Templáís' History*, Londres, 1853.
- AITKEN, R., «The Knights Templars in Scotland», *Scottish Review*, 32 (1898).
- ALART, B., «La suppression de l'Ordre du Temple en Roussillon», *Bulletin de la Société Agricole, Scientifique et Littéraire des Pyrénées-Orientales*, 15 (1867), pp. 25-115.
- ALMAZÁN DE GRACIA, Ángel, «Los guardianes de Tierra Santa. El esoterismo templario», en *Codex Templi*, Madrid, 2(5), pp. 351-378.
- ALONSO, Abraham, «¡A mí el Temple!», *Muy Historia*, 1 (2005), pp. 39-41.
- AMARGIER, P., «La défense du Temple devant le concile de Lyon en 1274», *1274, année charnière: mutations et continuité*, Lyon-París, 1977.
- ARROYO DURAN, Fernando, «La Orden del Templo de Salomón: primeros años y entorno social», en *Codex Templi*, Madrid, 2005, pp. 21-66.
- , (dir.), *Codex Templi. Los misterios templarios a la luz de la Historia y de la Tradición*, Madrid, 2005.
- AVILA GRANADOS, J., *La mitología templaria: los conceptos esotéricos de la Orden del Temple*, Madrid, 2003.
- AYALA MARTÍNEZ, Carlos de, *Las órdenes militares en la Edad Media*, Madrid, 1998.
- BAIGEN, Michael, y Richard LEIGH, *The Temple and the Lodges*, Londres, 1989.
- BARAHONA, Pastora, *Los templarios. Una historia muy presente*, Alcobendas, 2002.
- BARBER, Malcolm C., «The origins of the Order of the Temple», *Studia Monástica*, 12 (1970), pp. 219-240.
- , «Propaganda in the Middle Ages: the Charges against the Templars», *Nottingham Medieval Studies*, 17 (1973).
- , «The Templars and the Turin Shroud», *Catholic Historical Review*, 68 (1982).
- , «The Social Context of the Templars», *Transactions of the Royal Historical Society*, 5, 34 (1984), pp. 27-46.
- , (dir.), *The Military Orders: Fighting for the Faith and Caring for the Sick*, Aldershot, 1994.
- , *El juicio de los Templarios*, Madrid, 1999.
- , *Templarios: la nueva caballería*, Barcelona, 2001.
- , y K. BATE, *The templars*, Manchester, 2002.
- BARCELÓ, Emmanuel, *Los templarios*, Barcelona, 1998.
- BASTARD, A. de, «La colère et la douleur d'un templier en Terre sainte (1265)», *Revue des Langues Romanes*, 81 (1974).
- BASTUS, V. Joaquín, *La regla de los templarios*, Barcelona, 1931.
- , *Historia de los templarios*, Madrid, 1998 (ed. 1834).
- BECK, Andreas, *El fin de los templarios. Un exterminio en nombre de la legalidad*, Barcelona, 1996.
- BELLOT, Hugh H. L., *La Orden del Temple*, Barbera del Valles, 2001.
- BERECIARTUA OLARRA, José María, *La Orden de los templarios*, Burgos, 1957.
- BERNARDO DE CLARAVAL y Régine PÉNOUD, *Elogio de la nueva caballería templaria/ Los templarios*, Madrid, 2005.
- BERTRAND, R., «Les templiers en Normandie», *Heimdal, Revue d'Art et d'Histoire de Normandie*, 26 (1978).
- , «Les templiers á Gréoux: avatars d'une légende», *Anuales de Haute-Provence*, 48 (1979).
- BETHENCOURT, Emiliano E., y Félix R. ROJAS, *El legado del Temple. La última virgen negra de Occidente*, Madrid, 1991.
- BETZ, Bruno, *Templarios en Egipto*, A Coruña, 2003.
- BLANCARD, L., «Documents relatifs au procès des templiers en Angleterre», *Revue des Sociétés Savantes des Départements*, 6 (1867).
- BORDONOVE, Georges, *La vida cotidiana de los templarios en el siglo xm*, Madrid, 1993.
- , *Los templarios: historia y tragedia*, Madrid, 2001.
- BoTHWELL-GoosE, A., *The Templars*, Londres, 1918.
- BOURG, A. du, *Histoire du grand prieuré de Toulouse*, Toulouse, 1883.
- BOUTARIC, E., «Clément V, Philippe le Bel et les Templiers», *Revue des Questions Historiques*, 10 (1871), pp. 301-32, y 11 (1872), pp. 5-40.
- BRAMATO, F., *Storia dell'Ordine dei Templari in Italia: le fondazioni*, 2 vols., Roma, 1991 y 1994.

- BRUGUERA, Mateo, *Historia general de los caballeros del Temple*, 3 vols., Barcelona, 2000 (ed. 1888 y 1889).
- BULST-THIELE, M. L., *Sacrae Domus Militiae Templi Hierololymitani Magistri. Untersuclungen zur Gescinclite des Templerordens L118/19-1314*, Gotinga, 1974.
- BURMAN, E., *The Templars, Kniglits of God*, Londres, 1986.
- CAMPBEI.L, G. A., *The Knights Templars: Their Rise ana Fall*, Londres, 1937.
- CANTÚ, Cesare, *Las órdenes de los caballeros*, Barcelona, 1988.
- CAPELO, José Manuel, *Portugal templario. Relacao e successao dos seus mestres (1124-1314)*, Lisbosi2(m).
- CARCENAC, A. R., *Les Templiers du Lazare. La Commanderie du Temple de Sainte-Eulalie du Lazare*, Nimes, 1994.
- CARDINALE, H. E., *Orders ofKnighthood, Awards and thie Holy See*, Bucks, 1983.
- CARDINI, Franco, *Poveri cavalieri del Cristo. San Bernardo de la Fondazione dell'Ordine Templare*, Rímini, 1992.
- GARRIERE, V., «Les debuts de l'Ordre du Temple en France», *Le Mayen Age*, 2, XXVII (1914), pp. 308-335.
- , *Histoíre et cartulaire des templiers de Provins*, París, 1919.
- CASANOVAS i ROMEU, Ángcis, yJordi ROVIRA i PORT (coords.), *La Orden del Temple: entre la guerra y la paz*, Zaragoza, 2006.
- CASTÁN,J-, y A. ESTEBAN, «Los templarios. Los caballeros de Cristo», *Historia National Geognupluc*, 4 (2004), pp. 68-77.
- CASTAÑÉ i MESTRES, Jordi, «La encomienda templarí», en *Codex Templi*, Madrid,2005,pp.173-199,.
- CERRINI, Simonetta, «La tradition manuscrite de la Regle du Temple», en M. BALARD (ed.), *Atourde la Première Croisade*, París, 1996, pp. 203-219.
- , «A New Edition ofthe Latín and French Rule ofthe Temple», en *The Military Orders 2. Welfare and Warfare*, Aldershot, 2001.
- , «Le fondateur de l'ordre du Temple á ses fréres: Hugues de Payns et le *Sermo Cliristi militibus*», *Dei gesta per francos. Eludes sur les croisades*, Aldershot 2001, pp.99-110.
- , *Une expérience neuve au sein de la spiritualité médiévale: l'ordre du Temple,1120-1314*, París, 1998.
- CHARBONNEAU-LASSAY, Louis, *Le Coeur rayonnant du donjon de Chinon attrblue aus Templiers*, Milán, 1975.
- CHARPENTIER, L., *Los misterios templarios*, Barcelona, 1995 (París, 1967). CHENEY, C. R., «The Downfall ofthe Templars and a Letter in Their Defence», *Medieval Texts and Studies*, Oxford, 1973, pp. 314-327.
- CHRISTIANSEN, E., *Tire Nortiern Crusades. The Baltic ant the Catholic Frontier, 1100-1525*, Londres, 1980.
- CIERVA, Ricardo de la, *Templarios, la historia oculta: las cuatro dimensiones del Temple*, Madrid, 1998.
- , *La cara oculta del Temple*, Barcelona, 2002. CLARAVAL, San Bernardo de, «De laude novae militiae ad milites Templi», *Patrologiae cursus completus. Serie Latina*, Bruselas, 1841-1851, vol. 182, pp. 921-940.
- , *Elogio de la nueva milicia templarí*, Madrid, 1994.
- COOK, E. A., *Revised Knight Templarism Illustrated*, Chicago, 1986.
- COUSIN, P., «Les debuts de l'ordre du Temple et Saint Bernard», *Mélanges Saint Bemard. XXIV Congrès de l'Association Bourguignonne des Sociétés Savantes*, Dijon, 1953, pp. 41-52. CROIX, Arnaud de la, *Los templarios. En el corazón de las Cruzadas*, Barcelona, 2005.
- CROSS,J. L., *Templaos Cliart*, Filadelfia, 1863.
- CURZON, H. de la. *La maison du Temple a París. Histoire et description*. París, 1888.
- D'ALBON, *Cartulaire General de l'Ordre du Temple*, París, 1938.
- DAILLIEZ, Laurent, *Les Templiers et les regles de l'ordre du Temple*, París, 1972.
- , *Bibliograpliie du Temple*, París, 1972.
- , *Les Templiers, ees inconnus*. París, 1972.
- , Jacques de Molay, dernier Maître du Temple, París, 1974.
- , *Histoire de l'Ordre du Temple. Gouvernement et institutions*, Niza, 1980.
- , *Les Templiers et l'agricultwe, ou les composts templiers*, Niza, 1981.
- DELARUELLE, E., «Templiers et Hospitaliers en Languedoc pendant la croi-sade des Albigeois», *Cahiers de Fanjeaux*, 4 (1969), pp. 315-334.
- DELAVILLE LE ROULX,J., *Bulles pour l'Ordre du Temple tirées des Arhives de S. Gervasio de*

Cassolas, París, 1908.

DELGADO AYENSA, José Luis, «Caballeros templarios: monjes y guerreros, custodios y cruzados», en *Codex Templi*, Madrid, 2005, pp. 123-146.

DELISLE, L., «Mémoire sur les opérations financières des templiers», en *Mémoires de l'Académie des inscriptions et Belles Lettres*, París, 1889.

DELLA TORRE, Horacio Amadeo, *Los caballeros templarios. Vida, muerte y resurrección*, Buenos Aires, 2000.

DELORT, R. (coord.), *Les Croisades*, núm. especial de *L'Histoire*, 47 (1982).

DEMURGER, Alain, «Les ordres militaires et la croisade au début du xiv siècle: Quelques remarques sur les traités de croisade de Jacques de Molay et de Foulques de Villaret», en *Dei gesta per francos. Etudes sur les croisades*, Aldershot, 2001, pp. 117-128.

DEMURGER, Alain, *Auge y caída de los Templarios 1118-1314*, Barcelona, 1986 (reed. 2005).

—, (dir.), *Les templiers, la vérité, Histoire*, 53 (mayo-junio de 1998).

—, *Clievaliers du Christ: les orateurs, religieux-militaires au Moyen Age (xi-XV siècles)*. París, 2002.

DESSUBRE, M., *Bibliographie de l'Ordre des Templiers*, París, 1928 (reed. 1978).

DIDIER, J. C., «Un document sur les débuts des Templiers», *Revue d'Histoire Ecclesiastique*, LII, 1 (1957), pp. 81-93.

DÍEZ CELAYA, F., *Los templarios*, Boadilla del Monte, 1996.

DUMAS, Alejandro, *Los caballeros templarios*, Madrid, 1992.

DURBECK, J. A., «Les templiers dans les Alpes-Maritimes», *Nice Historique*, Niza 1938.

—, «Les Templiers en Provence. Formation des commanderies et répartition géographique de leurs biens», *Provence Historique*, IX (1959), pp. 3-37 y 97-132.

DUPUY, P., *Histoire de l'ordre militaire des Templiers*, Bruselas, 1751.

EDBURY, P. W., «The Templars in Cyprus», en M. BARBER (ed.), *Military Orders: Fighting for the Faith and Carrying for the Sicily*, Aldershot, 1994, pp. 189-195.

EDWARDS, J., «The Templars in Scotland in the 13th Century», *Scottish Historical Review*, 5 (1907).

ESLAVA GALÁN, Juan, *Los templarios y otros enigmas medievales*, Barcelona, 2002.

FAU, G., *L'affaire des Templiers*, París, s.f.

FERNÁNDEZ URESTI, Mariano, *Los templarios y la palabra perdida*, Madrid, 2002.

FERRER CUÑAT, Chema, «Los templarios y la secta de los Asesinos», en *Codex Templi*, Madrid, 2005, pp. 405-431.

FERRIS, Everett Lewis, *Los caballeros templarios: su apasionante y dramática historia*, Barbera del Valles, 2001.

—, *Historia de los caballeros templarios*, Barcelona, 2004.

FINKE, H., *Papsttum und Untergang des Templerordens*, Münster, 1907. FOREY, A., *The military orders: from the twelfth to the early fourteenth centuries*, Hampshire, 1992.

FOREY, A., *Military Orders and Crusades*, Hampshire, 1994.

FRALE, B., *L'ultima battaglia dei templari: dal codice ombra d'obbedienza militare alla costruzione del processo per eresia*. Roma, 2001.

FRITZ ROA, Sergio, «San Bernardo y el Temple», en *Codex Templi*, Madrid, 2005, pp. 147-171.

FUGUET i SANS, Joan, *Templers i Hospitallers*, Barcelona, 1997-2000.

FUTTHARK, R., *Los templarios, monjes y caballeros de la luz*, Barcelona, 2001.

GAIER, C., «La valeur militaire des Templiers», en *Armes et combats dans l'univers médiéval*, Lovaina, 1995, pp. 47-56.

GALVEZ DE LA CUESTA, María del Carmen, «Del miedo político al miedo religioso: la abolición de la Orden del Temple en el siglo xiv», en *Milenio, miedo y religión*. Santa Cruz de Tenerife, 2000.

GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, Luis, «Las raíces cruzadas de la Orden del Temple», en ÁNGEL CASANOVAS y JORDI ROVIRA (eds.), *La Orden del Temple entre la guerra y la paz*, Zaragoza, 2006, pp. 105-118.

GIL COMA, Ramiro, *Lo templario. Estado de la cuestión*, Sabadell, 1993.

GILMOUR-BRYSON, A., «The Trial of the Templars in Florence, Lucca and in the Papal States: A Comparison», *Manuscripta*, 22 (1978).

—, «Transcription and Edition of a Medieval Manuscript with the Help of the Computer», *Manuscripta*, 22 (1978).

—, *The Trial of the Templars in the Papal States and the Abruzzi, Studi e Testi*, 303, Ciudad del Vaticano, 1982.

—, «The London Templar Trial Testimony: "Truth", Myth of "Pable"», *A World Explored. Essays in Honour of Laurie Gardiner*, Melbourne, 1993, pp. 44-61.

—, *The Trial of Templars in Cyprus. A Complete English Edition*, Leiden 1998.

GIRARD-AUGRY, Fierre, *Aux origines de l'Ordre du Temple*, Nantes, 1992.

- GOBRY, I., *Le procès des Templiers*, París, 1995.
- GONCALVES, José Pires, «Témplos em Monsaraz», *Anuario de Estudios Medievales*, 11 (1981), pp. 679-686.
- GONZÁLEZ CREMONA, José Manuel, *El gran Libro de los templarios: la verdadera historia de la Orden del Temple*, Barcelona, 1983.
- GUÉNON, René, «Los guardianes de Tierra Santa», en *Símbolos fundamentales de la ciencia sagrada*. Buenos Aires, 1988.
- GUINGUAND, M., y B. LANGE, *El oro de los templarios*, Barcelona, 1996.
- GUMILEV, Lev N., *La búsqueda de un reino imaginario*, Barcelona, 1994.
- HIESTAND, R., «Kardinalbischof Matthaus von Albano, das Konzil von Troves und die Entstehung des Templerordens», *Zeitschrift für Kirchengeschichte*, vol. 99 (1988), pp. 295-325.
- HOWARTH, Stephen, *The Knights Templar*, Nueva York, 1982.
- JAMES, G. P. R., *Os últimos dias dos templarios*, Lisboa, 1851.
- KEEN, M., *La caballería*, Barcelona, 1986.
- KRÜGER, A., «Das "Baphomet-Idol". Ein Beitrag zur Provenienz der Hauptvorwürfe gegen den Templerorden», *Historisches Jahrbuch*, 119 (1999), pp. 120-133.
- LACHAUD, René, *Templarios: caballeros de Oriente y Occidente*, Barcelona, 1998.
- LASCAUX, M., *Les Templiers en Bretagne*, Rennes, 1979.
- LE BLEVEC, D., «Les templiers en Vivarais, les archives de la communauté de Jales et l'implantation de l'ordre du Temple en Cévennes», *Revue de Vivarais*, 84 (1980).
- LECLERCQ, J., «Un document sur les débuts des Templiers», *Revue d'histoire Ecclesiastique*, 52 (1957), pp. 81-91.
- LEES, B. A. (ed.), *Records of the Templars in England in the 12 Century. The Inquest of 1185 with Illustrative Charters and Documents*, Londres, 1935 (reed. de 1981).
- LEGMAN, G., *La culpabilité des Templiers*, París, 1969.
- LEGRAS, A. M., *Les commanderies des templiers et des hospitaliers de Saint-Jean de Jérusalem en Saintonge et en Aunis*, París, 1983.
- LEROY, Th., «Hugues, seigneur de Pyns, premier maître de l'ordre du Temple», en *Mémoire de Champagne*, t. II., Troyes, 2000, pp. 181 y ss.
- , *Hugues de Payns*, Troyes, 2001.
- LEWIS, F. E., *Historia de los caballeros templarios*, Barcelona, 2004.
- LINAGE CONDE, A., «Tipología de vida monástica en las órdenes militares», *Yermo*, 12 (1974).
- LION VALDERRÁBANO, R., *Las órdenes militares de caballería*, Madrid.
- LIZERAND, G., *Le dossier de l'affaire des templiers*, París, 1989.
- LÓPEZ, Santiago, *Historia y tragedia de los templarios*, Madrid, 2001.
- LÓPEZ MARTÍN, Francisco Javier, *Templarios*, Madrid, 1997.
- LOURIE, E., «The Will of Alfonso I "el Batallador", King of Aragón and Navarra: A Reassessment», *Speculum*, 50 (1975).
- LUTTRELL, A., «Two Templars-Hospitalier Preceptories, North Tuscania», en *The Hospitaliers in Cyprus, Rhodes, Greece and the West, 1291-1440*, Londres, 1978.
- , «Gli Ospitalieri e l'eredità dei Templari, 1305-1378», en G. MINNUCCI y F. SARDI (eds.), *I Templari: Mito e Storia*, Siena 1989, pp. 67-86.
- , «Las órdenes militares de San Juan de Jerusalén y del Temple», en Feliciano NOVOA PÓRTELA y Carlos de AYALA MARTÍNEZ (eds.), *Las Ordenes Militares en la Europa Medieval*, Barcelona, 2005, pp. 45-76.
- MAGNOU, E., «Oblature, classe chevaleresque et servage dans les maisons méridionales du Temple au XII^e siècle», *Annales du Midi*, LXXII (1961), pp. 377-397.
- MAILLARD, C., *Regle des statuts secrets des templiers*, Dijon, 1840.
- MARTÍN, E., *The Templars in Yorkshire*, Nueva York, 1929.
- , *The Trial of the Templars*, Nueva York, 1978.
- MARTÍNEZ, Cruz, *Los caballeros del templo de Salomón*, Barcelona, 1994.
- MARTINS BARATA, José P., «A herança templária da Acaia. Seus limites a sul do Tejo», *Anuario de Estudios Medievales*, 11 (1981), pp. 675-678.
- MARTOS RODRÍGUEZ, Julián, «Codex Templi: los textos», en *Codex Templi*, Madrid, 2005, pp. 67-121.
- MAZIERES, M. R., «Un épisode curieux en terre d'Aude du procès des templiers», *Mémoires de la Société des Arts et des Sciences de Carcassonne*, 4-5, 1963-1967 y 1971.
- MELVILLE, Marión, *La vie des Templiers*, París, 1951.
- , «Heurs et malheurs des Chevaliers du Temple», *Les Cahiers du Temple*, 1 (1973).
- , «Les débuts de l'Ordre du Temple», en J. FLECKENSTEIN y M. HELLMAN (eds.), *Die geistlichen*

- Ritterorden Europas, Constanza, 1980, pp. 23-30.
- MENACHE, S., «Contemporary Attitudes Concerning the Templars' Affair: Propaganda's Fiasco», *Journal of Medieval History*, 8 (1982).
- MESTRE GODES, J., *Los templarios: alba y crepúsculo de los caballeros*, Barcelona, 1999.
- METCALF, D. M., «The Templars as Bankers and Monetary Transfers between West and East in the 12 Century», en P. W. EDBURY y D. M. METCALF (eds.), *Coinage in the Latin East*, Londres, 1980.
- METMAN, Y., «Le sceau des templiers», *Club Français de la Médaille. Bulletin*, 39_40 (1973).
- MINUCCI, G., y F. SARDI (eds.), *I Templari: Mito e Storia*, Siena, 1989.
- MORIN, Jacques, y Robert LAFFONT, *La double mort des Templiers*, París, 1982.
- MORENO, H., y J. PÁEZ, *Milites templi*, San Andrés de la Barca, 2002.
- NAPIER, G., *The rise and fall of the knights templar: the order of the Temple, 1118-1314 a true history of faith, glory, betrayal and tragedy*, Kent, 2003.
- NEU, H., *Bibliographie de l'Ordre des Templiers*, Bonn, 1927-1965.
- NICHOLSON, Helen, «Templars Attitudes towards Women», *Medieval History*, 1, 3 (1991), pp. 74-80.
- , *Templars Hospitalliers and Teutonic Knights. Images of the Military Orders, 1128-1291*, Leicester, 1993.
- , *Los templarios: una nueva historia*, Barcelona, 2006.
- OLIVIER, Albert, *Les Templiers*, París, 1976.
- OURSEL, Raymond, *Le procès des Templiers*, París, 1955.
- , *Peregrinos, hospitalarios y templarios*, Madrid, 1986.
- PACAROLAS i SABATÉ, Laureana, «Las bases sociales y económicas del poder de la Orden del Temple», en Àngels CASANOVAS y Jordi ROVIRA (eds.), *La Orden del Temple entre la guerra y la paz*, Zaragoza, 2006, pp. 37-52.
- PARKER, T. W., *The Knights Templars in England*, Tucson, 1963.
- PARTNER, Peter, *El asesinato de los magos: los templarios y sus mitos*, Madrid, 1988.
- PASCUAL RODRÍGUEZ-VALDÉS, Florencio, «Templarios, los banqueros de la cristiandad», en *Codex Templi*, Madrid, 2005, pp. 201-222.
- PEREIRA MARTÍNEZ, C., *Os templarios; artigos e ensaios*, Noia, 2002. PÉREZ DE SOTO, A., *Resumen histórico de la fundación, instituto, progreso y extinción de la Orden del Temple*, Madrid, 1757.
- PERKINS, C., «The Trial of the Templars in England», *English Historical Review*, 24 (1909), pp. 432-447.
- , «The Knights Templars in the British Isles», *English Historical Review*, 25 (1910).
- , «The Wealth of the Knights Templars in England and the Disposition of it after their Dissolution», *American Historical Review*, 15 (1910), pp. 252-263.
- PERNOUD, R., *Les Templiers*, París, 1977.
- PETEL, Auguste, *Templiers et Hospitaliers dans la diocèse de Troyes. La Commanderie de Payns et ses dépendances*, 1872.
- PICQUET, J., *Les Templiers: étude sur leurs opérations financières*, París, 1939.
- PLAÑE, J. M., *Apología de los templarios. Juicio y expoliación*, Barbera del Valles, 1986. PONSROYE, Fierre, «Saint Bernard et la Règle du Temple», *Cahiers de l'unicorne*, 2 (1979), pp. 53-61.
- , «El temple y el Islam», en *El Islam y el Grial*, Palma de Mallorca, 1998.
- PRUTZ, H., *Ceheimelire una Gefleimstauten des Templerlieren-Ordens*, Berlín, 1879.
- RAFAEL DE PASCUAL, Francisco, «La continuidad del Temple en las órdenes militares y el Císter: Valores e ideales de los templarios», en *Codex Templi*, Madrid, 2005, pp. 323-350.
- RAYNOUARD, *Monuments historiques relatifs à la condamnation des templiers*, París, 1813.
- READ, Piers Paul, *Los templarios. Monjes y guerreros*, Barcelona, 2003.
- REINACH, S., «La tete magique des templiers», *Revue de l'Histoire des Religions*, 63 (1911), pp. 25-39.
- REZNIKOV, Raimonde, *Cotizares et Templiers*, Portet-sur-Garone, s.a.
- RICALDONE, A., *Templare e gemasilimitani di Malta in Piemonte dal XII al XVIII secolo*, 2 vols., Madrid, 1979-1980.
- RICHARD, J., «Les templiers et les hospitaliers en Bourgogne et Champagne du Sud (xii-xiii siècle)», en *Die geistlichen Ritterorden Europas*, XXVI, Sigmaringen, 1980.
- RILEY-SMITH, J., «The Templars and the Castle of Tortosa in Syria: An Unknown document concerning the Acquisition of the Fortress», *English Historical Review*, 84 (1969), pp. 278-288.
- ROBINSON, John J., *Mazmorra, hoguera y espada. Los templarios en las cruzadas, su increíble historia, su trágico fin*, Barcelona, 1994.
- RODRÍGUEZ CAMPOMANES, P., *Disertaciones históricas del Orden de Caballería de los templarios*, (ed. 1747), Barcelona, 1978.

- ROJAS, Manuel, «La Orden del Temple en batalla», en Àngels CASANOVAS y Jordi ROVIRA (eds.). *La Orden del Temple entre la guerra y la paz*, Zaragoza, 2006, pp. 87-103.
- R.OVIK, S. S., *The Templars in the Holy Land during the Twelfth Century*, Oxford, 1986.
- ROY, J., *Sangre hermosa*, Madrid, 2002.
- SAINT-HILAIRE, P. de, *Les Sceaux templiers*, Puisseaux, 1991.
- SAINT-JACQUES, Amauïd de, *Los templarios*, Madrid, 1985.
- , *Los templarios y el Evangelio de san Juan*, Madrid, 1998.
- , *La sabiduría de los templarios*, Madrid, 2000.
- SALES, Mauricio Gonzalo, *Los templarios*. San Andrés de la Barca, 2002.
- SÁNCHEZ MONTERO, José Carlos, «Apogeo y decadencia, arresto y juicio de la Orden del Temple», en *Codex Templi*, Madrid, 2005, pp. 289-322.
- SANDYS, A., «The Financial and Administrative Importance of the London Temple in the 13 Century», en *Essays in Medieval History Presented to T.F. Tout*, Manchester, 1925.
- SCHNÜRER, Gustav, *Die ursprüngliche Templerregel kritisch untersucht und herausgegeben*, Friburgo, 1903.
- SCLAFERT, C., «Lettre inédite de Hughes de Saint-Victor aux Chevaliers du Temple», *Revue d'Ascétique et de Mystique*, 34 (1958), pp. 275-299.
- SELWOOD, D., *Knights of the Cloister: Templars and Hospitallers in Central-Southern Occitania, 1100-1300*, Suffolk, 2001.
- SEWARD, Desmond, *Los monjes de la guerra. Historia de las Ordenes Militares*, Barcelona, 2004.
- SILVA, Pedro, *Ordem do Templo: em nome da fé crista*, Lisboa, 2000.
- SIMÕES Dias, Mario, *Os templarios em terras de Portugal*, 1999. SIMÓN, E., *The Piebald Standard: A Biography of the Knights Templars*, Boston, s. f.
- STEPHEN, Howard, *The Knights Templars*, Nueva York, 1991.
- TOMMASI, F., «L'ordine dei templari a Perugia», *Bolletino della Regia Deputazione di Storia Patria per l'Umbria*, 78 (1981).
- , «Interrogatorio di Templari a Cesena (1310)», *Acrl 1291. La fine Della presenza degli ordini militari in Terra Santa e i nuovi orientamenti nel xiv secolo*, Perugia, 1996, p. 265-300.
- TRUDON DES ORMES, A., «Liste des maisons et quelques dignitaires de l'ordre du Temple en Syrie, en Chypre, en France, d'après les pièces du procès», *Revue de l'Orient Latin*, 5-7 (1897-1899).
- UNDURRAGA SCHÜLER, Verónica, *San Bernardo de Claraval y la Orden militar de los caballeros templarios en el Liber ad Milites Templi. De laude novae militiae*, Santiago de Chile, 1998.
- UPTON-WARD, J. M., *The Rule of the Templars*, Rochester, 1992.
- VALOUS, G. de, «Quelques observations sur la toute primitive observance des templiers et la *Regula pauperum commilitonum Christi Templi Salomonici* par Saint Bernard au concile de Troyes (1128)», *Mélanges Saint Bernard, XXIV Congrès de l'Association Bourguignonne des Sociétés Savantes*, Dijon, 1955, pp. 32-40.
- VERDON, L., *La teña et les hommes en Roussillon aux xii et xiii siècles: structures seigneuriales, rente et société d'après les sources templières*, Provenza, 2001.
- VIAL, P., «Les templiers en Velay aux xii et xiii siècles», *Actes du 98 Congrès National des Sociétés Savantes*, Paris, 1973.
- , «L'idéologie de guerre sainte et l'ordre du Temple», en *Mélanges en l'honneur d'Etienne Fournial*, Saint-Etienne 1978.
- VOLTAIRE, «Du supplice des Templiers», en *Essay sur les moeurs*, t. I, Paris, 1990, pp. 658-663. VV. AA., *I Templari. Un avita tra viti cavallereschi e fedeltà alla Chiesa*, Cestona, 1995.
- , *Los monjes soldados, los templarios y otras Ordenes militares*, Aguilar de Campoo, 1997.
- WALKER, M., *La historia de los templarios*, Madrid, 1953.
- WILDERMANN, A. K., *Die Bemessung des Templerprozesses bis zum 17. Jahrhundert*, Friburgo de Brisgovia, 1971.
- WOOD, H., «The Templars in Ireland», *Proceedings of the Royal Irish Academy*, 27 (1907).
- ZIEGLER, Gillette, *Les Templiers*, Paris, 1973.

Fuentes

- ALBON, marqués d', *Cartulaire general de l'Ordre du Temple, 1119P-1150*, 2 vols., Paris, 1913 y 1922. —, *Cartulaire manuscrit de l'Ordre du Temple (1150-1318)*, Paris, 1921-1923.
- BLANCARD, L., «Documents relatifs au procès des templiers en Angleterre», *Revue des Sociétés Savantes des Départements*, 6 (1867).
- BRAMATO, F., «Registre diplomatici per la storia dei templari in Italia», *Rivista araldica*, vv. nn. desde 77 y ss., Roma, 1978 v ss.

- GARRIERE, V., *Histoire et cartulaire des Templiers de Provins*, París, 1919.
- CERRINI, S-, «La nouvelle edition de la Regle du Temple, latine ct francaise», en H. NICHOLSON (ed.), *Welfare ana Warfare*, Aldershot.
- CURZON, H. de. *La Regle du Temple*, (ed. 1886), París, 1977.
- DAILLIEZ, Laurent, *Regles et statuts de V orare du Temple*, París, 1972.
- , *La Regle des Templiers*, Niza, 1977.
- , y LOMBARD.J. P., *Reales et statuts de l'ordre du Temple*, París, 1996.
- DELAVILLE LE ROULX.J., «Un nouveau manuscrit de la regle du Temple», *Annuaire-Bulletin de la Société de l'Historre de Franco*, XXVI (1890), pp. 185-214.
- , «Bulles pour TOrdre du Temple tirées des Archives de S. Gervasio de Cassolas», *Revue de l'Orient Latín*, XI (1905-1908), pp. 405.439.
- FINKE, Heinrich, *Papstum una Untergang des Templeordens*, 2 vols., Munich, 1907.
- GERARD, P., y E. MAGNOU, *Cartulaire des Templiers de Douzens*, París, 1965.
- GIRARD-AUGRY, P., *Aux origines de l'ordre du Temple*, textos escogidos, Nantes, 1995.
- HAPÉL, B., *L'Ordre du Temple. Les Textes fondateurs*, París, 1991.
- HIESTAND, R., «Zum problem des Templerzentralarchivs», *Archivistische Zeitschrift*, 76 (1980).
- , *Papsturkunden für Templer und jolanniter*, 2 vols., Gotinga, 1972 y 1983.
- HIGOUNET, G., «Le cartulaire des templiers de Montsaunés», *Bulletin Pliilologique et Historíque du Comité des Travaux Historiques et Scienfifiques*, París, 1957.
- JAMES, B. S. (trad.), *Tlíe letters of Bernardo of Clairvaux*, Londres, 1953.
- LÉONARD, E. G., *Callicarum militiac Templi domorum*, París, 1930.
- LLIZERAND, G., *Le dossier de l'affaire des templiers*, (París, 1923), Bolonia, 1999.
- LOURIE, E-, «The Confratermtym of Belchite, the ribat and the Temple», *Viator, Medieval ana Renaissance Studies*, 13 (1982), pp. 159-176.
- MAGALLÓN CABRERA, M., «Los templarios de la Corona de Aragón. Índice de su cartulario del siglo xill». *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 32 (1894), pp. 451-463, y 33 (1984), pp. 90-105.
- MAURIN, Jacques, *La double mort des Templiers*, París, 1982.
- Mc.CANNJ. (ed. y trad.), *Tlíe Rule of St. Benedict*, Londres, 1952.
- MICHELET, J., *Procés des templiers*, 2 vols., París, 1841-1851 (reed. 1987).
- OURSEL, R., *Le Procés des Templiers*, París, 1959.
- Papsturkunden für Templer und jolanniter*, 2 vols., Gotinga, 1972 y 1973.
- PETEL, abate, *Templiers et hospitaliers dans le diocése de Troyes: comptes de régie de la comanderie de Payns, 1307-1309*, Troyes, 198.
- PRÜTZ, H., *Entiwicklung und Untergang des Templerlierrenordens*, Berlín, 1908(1888).
- RAYNOUARD, Francois-Just-Marie, *Monuments historiques realtifs a la condamnation des Chevaliers du Temnple et a l'aboliticon de leur orare*. París, 1813.
- SAN BERNARDO, «Liber ad Milites Templi. De laude novae Militiae», *Obras Completas*, I, Madrid, 1983, pp. 496-543.
- , Elogio de la nueva milicia templaria, *Madrid, 1994*.
- SCHOTTMÜLLER, K., *Der Untergang des Templeordens*, 2 vols., Berlín, 1887.
- UPTON-WARD, J. M., *Tfze Rule of the Templars*, Woodbridge, 1992.
- , *El código templario*, Barcelona, 2005.
- VIEIRA D'AREIRA, A., *O processo dos templarios*, Lisboa, 1947.
- ZIEGLER, Gilete, *Les Templiers*, París, 1973.

Los templarios en la península Ibérica

- ALEGRET, Adolfo, «Los templarios en Tarragona», *Boletín Arqueológico de Tarragona*, 17 (1905).
- AYALA MARTÍNEZ, Carlos de, «Las Ordenes militares hispánicas en la Edad Media. Aproximación bibliográfica», en F.Javier CAMPOS (ed.). *Estudios sobre las Ordenes militares. Lux Hispaniarum*, Madrid, 1999, pp. 425-457.
- , *Las Ordenes militares hispánicas en la Edad Media (siglos xil-xv)*, Madrid, 2003.
- , y Carlos BARQUERO GOÑI, «Historiografía hispánica y Ordenes militares en la Edad Media, 1993-2003», *Medievalismo*, 12 (2002), pp. 101-161.
- , y otros, «Las Ordenes militares en la Edad Media peninsular. Historiografía, 1976-1992», *Medievalismo*, 2 (1992), pp. 119-169, y 3 (1993), pp. 87-144.
- AYNETO, Juan, *Historia de los templarios en Aragón y Cataluña*, Lleida, 1904. BARQUERO GOÑI, Carlos, «El conflicto por los bienes templarios en Castilla y la Orden de San Juan», en *La España Medie-*

- val, 16 (1983), pp. 37-54.
- , «La orden del Hospital y la recepción de los bienes templarios en la península Ibérica», *Hispania Sacra*, 51 (1999), pp. 531-556.
- BENITO RUANO, E., «La encomienda templaria y sanjuanista de Canta-vieja (Teruel)», *Homenaje a J. M. Lacarra*, vol. III, Zaragoza, 1978, pp. 149-167.
- BIARNÉS i BIARNÉS, Carmel, *La implantado de l'Orde del Temple a Rivera d'E-bre (1148-1210)*, Flix, 1986.
- , «La toponimia d'Ascó ais documents de l'Orde del Temple», *Bulletí Interior de la Societat d'Onomástica*, XL (1990), pp. 10-11.
- , Carmel, «La comanda templera d'Ascó (segles xii-xiv)», *Primores Jornades sobre els Orares religioso-militars ais Pdísos Catalans (selles xu-xix)*, Tarraçona, 1994.
- BONET PUNSODA, A., *La Orden del Temple y su encomienda de Zaragoza*, tesis doctoral inédita, Zaragoza, 1967.
- CABELLO LAPIEDRA, Luis María, «La Vera Cruz de Segovia nunca fue de templarios», *Arquitectura*, 14, 2 (1919), pp. 165-169.
- CAMPOS, F.Javier (ed.), *Estudios sobre las Ordenes militares. Lux Hispaniarum*, Madrid, 1999.
- CAÑAGUERAL, Alberto, y Federico PUIGDEVALL, *Rutas por la España de los templarios. Historia, viajes y leyenda*, Madrid, 2005.
- CAPUT AGUADÉ, Santiago, *Distintivos templarios en la Corona de Aragón*, Zaragoza, 1993.
- CARRERAS i CANDI, Francisco, «Entonces y templers en les montanyes de Prades (1279 a 1300)», *Boletín de la Real Academia de las Buenas Letras*, II (1903-1904), pp. 209-2150.
- CASTÁN LANASPA, Javier, «Aportaciones al estudio de la Orden del Temple en Valladolid», *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 48 (1982), pp. 195-208.
- , *Arquitectura templaria castellano-leonesa*, Valladolid, 1983.
- CASTILLÓN CORTADA, Francisco, «Discusiones entre los obispos de Lérida y los templarios de Monzón», *Ilerda*, XXXVI (1975), pp. 41-96.
- CASTILLÓN CORTADA, Francisco, «Política hidráulica de templarios y sanjuanistas en el valle del Cinca (Huesca)», *Revista J. Zurita*, 35-36 (1979), pp. 381-443.
- , «Los templarios de Monzón (Huesca) (Siglos xi -xiii)», *Revista J. Zurita*, 39-40 (1981), pp. 7-99.
- CONTÉ CAZCARRO, Ángel, «Patrimonio d'o Temple en Chaca y o pleito con l'espital de S. Cristina (1242)», *X Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, Zaragoza, 1976.
- , «Dominios d'o Temple de Uesca sobre lugares y ilesias d'o Alto Aragón», *Acensóla*, IX (1975-1977), pp. 85-111.
- , «El Temple en la ciudad de Huesca», *Anuario de Estudios Medievales*, 11 (1981), pp.663-674.
- , *La encomienda del Temple de Huesca*, Huesca, 1986.
- , «Notas sobre el patrimonio templario oséense durante la incautación real (1307-1318)», *Homenatge a la memoria de Emilio Sáez*, Barcelona, 1989, pp. 461-477.
- , «El patrimonio templario oséense durante el siglo XV», *Argensola*, 104 (1990), pp. 35-74.
- DAILLIEZ, LAURENT, *U orare de Mantesa, successeur des Templiers*, Niza, 1977.
- DURAN CASTELLANO, Francisco, «Los templarios en la Baja Extremadura», *Revista de Estudios Extremeños*, 57 (2000), pp. 99-146.
- ESTEBAN, Asunción, y Javier CASTÁN, «La Orden del Temple en España», *Historia Nacional Geographic*, 22 (2005), pp. 86-97.
- ESTEPA DÍAZ, Carlos, «Las encomiendas del Temple en Tierra de Campos», *Archivos Leoneses*, 52, 26 (1972), pp. 47-57, y *Anuario de Estudios Medievales*, 11 (1982), pp. 701-718.
- , «La disolución de la Orden del Temple en Castilla y León», *Cuadernos de Historia*, 6 (1975), pp. 121-186.
- FAUS LOZANO, Jesús, *El Temple de Valencia*, Valencia, 1981.
- FITA Y COLOMÉ, Fidel, «Coria compostelana y templaria», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 61 (1912), pp. 346-351.
- FOREY, AlanJohn, «The Orden ofMountjoy», *Speculum*, XLVI (1971), pp. 250-266.
- , *The Templars in the Crown of Aragón*, Londres, 1973.
- FOREY, AlanJohn, «The Beginning of Proceedings against the Aragonese Templars», en D.W. LOMAX y D. MACKENZIE (eds.), *God ana Man in Medieval Spain. Essays in Honour ofj.R.L. Higlfíeld*, Warminster, 1989, pp. 81-96.
- , «Els templers de la Corona d'Aragó i la Reconquista», *L'Avenc*, 161 (1992), pp. 24-27.
- , «Towards a Profile ofthe Templars in the Early Fourteenth Century», en M. BARBER (ed.), *The Military Orders: Figlitingfor the Faith ana Caaríng for the Sick*, Aldershot, 1994, pp. 196-204.
- , *The Fall ofthe Templars in the Croím of Aragón*, Aldershot, 2001.
- FREEDMAN, Paúl, «Els templers al castell de Granyena segons un document de l'Arxiu Episcopal de

- Vic», *Ausa*, XI/105 (1983), pp. 1-5.
- FUGUET i SANZ, Joan, «Arquitectura del castell de Barbera (deis orígens als templers)», *Aplec de Treballs*, 5 (1985), pp. 91-120.
- , «Arquitectura de les capelles a la Catalunya Nova», *Aplec de Treballs*, 9 (1989), pp. 5-52.
- , «La parroquial de Santa María de Barbera, fundació templera?», *Acta Mediaevalia*, 10 (1989), pp. 523-530.
- , «L'arquitectura deis templers al Camp de Tarragona i la seva aportada als orígens del gòtic català», *XXXV Assemblea Intercomarcal d'Estudis de Catalunya*, Valls, 1989, pp. 369-401.
- , «L'església vella de Sant Miquel de l'Espluga de Francolí, un bell exemple d'arquitectura templera catalana», *Arreis*, 6 (1990), pp. 123-147.
- , «Santuaris marians de l'Orde del Temple a Catalunya», *Afers*, 10 (1990), pp. 419-433.
- , «Templers, trobadors i cátars. Les pintures de Sant Martí de Puig-reig», *L'Avenc*, 148 (1991), pp. 8-15.
- , «L'arquitectura deis templers catalans», *L'Avene.*, 161 (1992), pp. 62-67.
- , «Els castells templers de Gardeny i Miravet i el seu paper innovador en la poliorcètica i l'arquitectura catalanes del segle XII», *Acta Mediaevalia*, 13 (1992), pp. 353-374.
- , «Aclariments sobre la comanda templera de la Joncosa», *I Congrés d'Historia de l'Església catalana des deis orígens fins ara*, vol. I, Solsona, 1993, pp. 569-576.
- FUGUET [SANZ, Joan, «De Miravet (1153) a Peñíscola (1294): novedad y persistencia de un modelo de fortaleza templaria en la provincia catalano-ara-gonesa de la Orden», *Castillos de España*, 101 (1993), pp. 17-32.
- , «El patrimoni monumental del Temple a la Terra Alta», *Actes de les Primers Jomades d'Estudi sobre la Terra Alta*, Horca, 1994, pp. 334-365.
- , «El patrimonio monumental artístico de la Orden del Temple en Cataluña (Tres modelos de encomienda: Barcelona, Puig-Reig y Miravet)», en Àngels CASANOVAS y Jordi ROVIRA (eds.), *La Orden del Temple entre la guerra y la paz*, Zaragoza, 2006, pp. 119-135.
- , y C. PLAZA, *Los templarios en la península Ibérica*, Barcelona, 2005.
- GARCÍA ATIENZA, Juan, «Castillos templarios». *El Mundo Medieval*, 2 (s. a.), pp. 40-49.
- GARCÍA LARRAGUETA, S., «Fueros y cartas pueblas navarro-aragonesas otorgadas por Templarios y Hospitalarios», *Anuario de Historia del Derecho Español*, XXIV (1954), pp. 587-603.
- , «El Temple en Navarra», *Anuario de Estudios Medievales*, 11 (1981), pp. 535-661.
- GARCÍAS PALOU, Sebastià, «Ramón Llull y la abolición de los templarios», *Hispánica Sacra*, 26 (1973), pp. 123-136.
- GARGALLO, Antonio, María Teresa, IRANZO, y María José, SÁNCHEZ, «Aportación al estudio del dominio del Temple en Huesca», *Aragón en la Edad Media*, IV (1981), pp. 7-56.
- GAZULLA, F., «La Orden del Santo Redentor (I)», *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, IX (1928), pp. 90-107 y 157-160.
- , «La Orden del Santo Redentor (II)», *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, X (1928), pp. 98-101.
- GERRARD, Christopher, *Paisaje y señorío: la casa conventual de Ambel (Zaragoza): arqueología, arquitectura e instauración de las órdenes militares del Temple y del Hospital*, Zaragoza, 2003.
- GORDILLO, J. L., *Castillos templarios arruinados en el sur de la Corona de Aragón*, Valencia, 1974.
- GONZÁLEZ GARCÍA, Clemente, *La Orden del Temple. Estudio comparado de posesiones en la provincia de Castellón*, Madrid, 1993.
- GONZÁLEZ PÉREZ, C., *Ponteareas y los Templarios. Lonxe da Terrina*, Ponteareas, 1977.
- HERNÁNDEZ SANAUJA, B., «Extinción de la orden de los templarios en la Corona de Aragón», *Revista Contemporánea*, 58 (1985), pp. 49-64 y 174-187.
- HUICI, Serapio, «Iglesia de templarios de Torres del Río (Navarra)», *Arquitectura*, 52 (1923), pp. 252-258.
- IGLESIAS GÓMEZ, José, *Cuenca templaria*, Madrid, 1990.
- IZQUIERDO, Ricardo, y Francisco Ruiz (eds.), *Las Ordenes militares en la Península Ibérica, I. Edad Media*, Cuenca, 2000.
- JAVIERRE MUR, Áurea, «Aportación al estudio del proceso contra el Temple en Castilla», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 69 (1961), pp. 47-100.
- , *Privilegios reales de la Orden de Montosa en la Edad Media*, Madrid, s.f.
- JOSSERAND, Ph., «L'historiographie des Ordres Militaires dans les royaumes de Castille et de León. Bilan et perspectives de la recherche en histoire medievales», *Atalaya. Revue Française d'Etudes Medievales Hispaniques*, 9 (1998), pp. 5-44.
- LAMPÉREZ Y ROMEA, Vicente, «La iglesia de los Templarios en Segovia», *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, Madrid, 1898.

- , «La iglesia de los templarios de Villalcázar de Sirga (Falencia)», *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, 11 (1903), pp. 172-176.
- , «La iglesia de los templarios de Eunate (Navarra)», *Cultura Española* (1909). LAPEÑA PAÚL, A. I., «La encomienda de la Orden del Temple en Novillas (siglo XIII)». *Cuadernos de Estudios Fórjanos*, III (1979), pp. 95-169.
- LEDESMA RUBIO, M. T., «Las Ordenes Militares en Aragón durante la Edad Media», *Jornadas sobre el Estado Actual de Estudios sobre Aragón*, vol. I, Zaragoza, 1978, pp.283-292.
- , *Templarios y Hospitalarios en el Reino de Aragón*, Zaragoza, 1982.
- , «La colonización del Maestrazgo turolense por los templarios», *Aragón en la Edad Media*, V (1983), pp. 69-93.
- , «La formación de un señorío templario y su organización económica y social. La encomienda de Vilel», *Príncipe de Viana. Anejo 3* (1986) pp. 441-462.
- , *Las Ordenes Militares en Aragón*, Zaragoza, 1994.
- , «Las Ordenes Militares en la Península Ibérica durante la Edad Media», en *Repertorio de historia de las ciencias eclesiásticas en España; siglos I-xvi*, vol. VI, Salamanca, 1977, pp. 9-109.
- LOMAX, Derek W., *Las Ordenes Militares en la Península Ibérica durante la Edad Media*, Salamanca, 1976.
- LÓPEZ ELUM, P., «Aportación al estudio de los maestros y comendadores de las Órdenes del Hospital y del Temple durante el reinado de Jaime I (1213-1276)», *Ligarzas*, 2 (1970), pp. 39-56. LÓPEZ SOLER, Antonia, *Historia del Temple catalán*. Ñapóles, 1966.
- LOURIE, E., «The confraternity of Belchite, the ribat and the Temple», *Viator, Medieval and Renaissance Studies*, 13 (1982), pp. 159-176.
- LUENGO MARTÍNEZ, José María, *El castillo de Ponferrada y los templarios*. León, 1929 (reed. 1980).
- LUTRELL, A. T., «La Corona de Aragón y las Ordenes Militares durante el siglo XIV», *VIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, vol. II, Valencia, 1970, pp. 67-77.
- MAGALLÓN CABRERA, M., «Los templarios de la Corona de Aragón, índice de su cartulario del siglo XIII». *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 32 (1898), pp. 451-463 y 33 (1898), pp. 90-105.
- MARTÍNEZ DÍEZ, Gonzalo, *Los templarios en la Corona de Castilla*, Burgos, 1993.
- , «El proceso de disolución de los templarios: su repercusión en Castilla», en *Los Monjes soldados. Los templarios y otras órdenes militares*, Aguilar de Cam-poo, 1996, pp. 87-106.
- , *Los templarios en los reinos de España*, Barcelona, 2001.
- , *La cruz y la espada. Vida cotidiana de las órdenes militares españolas*, Barcelona, 2002.
- MERCATI, A., «Interrogatorio di Templar! a Barcellona (1311)», *Spanische Forschungen der Corresgesellschaft: Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens*, 6, (1937) pp. 240-251.
- MIRET i SANS, Joaquim, «Les cases des templers y hospitalers en Catalunya», *Aplech de noves y documentis històriclis*, Barcelona, 1910.
- , «Inventaris de les Cases del Temple de la Corona d'Aragó en 1289», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, VI (1911), pp. 61-75.
- MUSQUERA, X., *La espada y la cruz: tras las Iweilas de los templarios en España*, Barcelona, 2002.
- NICOLAU GONZÁLEZ, José Miguel, «El rey templario», en *Codex Templi*, Madrid, 2005, pp. 259-288.
- NIETO, Cesáreo, «Descripción de la iglesia, que con la advocación de Nuestra Señora del Temple, poseyeron los caballeros templarios en la villa de Ceinos de Campos», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 76 (1920), pp.268-274.
- OLIVER, A., «Les obres dels templers del Masdeu (segles XII-xiv)», *Primeros jomados sobre els Ordes Religioso-Militars als Països Catalans (soples XII-xix)*, Tarragona, 1985, pp. 164-177.
- OLIVEROS, T., *Historia de Monzón*, Zaragoza, 1964.
- Ordenes militares en el Mediterráneo occidental. Siglos XII-XVIII*, Madrid, 1989.
- Ordenes militares en la Península Ibérica, Anuario de Estudios Medievales*, 11 (1983).
- PAGAROLAS i SABATÉ, Laurea, *Els templers de les torres de l'Ebre (Tortosa). De Jawne I fins l'abolició de l'Orde (•1148-1312)*, Barcelona, 1992.
- , *La comanda del Temple de Tortosa: Primer període (1148-1213)*, Tortosa, 1984.
- PASCUAL GONZÁLEZ, B., «Los templarios en Mallorca», *BAEAC*, 12, (1964) pp. 255-26Ü.
- PASCUAL MARTÍNEZ, Lope, «La Orden del Temple en el reino de Murcia», *Anuario de Estudios Medievales*, 11 (1981), pp. 687-700.
- PAVÓN BENITO, Julia, y María Ángeles GARCÍA DE LA BORBOLLA, «Hospitalarios y templarios en Navarra. Formación patrimonial (1134-1494)», en *Las Ordenes Militares en la Península Ibérica*, vol. I, Cuenca, 2000, pp. 571-587.
- PEREIRA MARTÍNEZ, Carlos, «Los maestros de la Orden del Temple en los reinos de Galicia, Castilla y León», *Revista. VFeira Franca Medieval*, 2003.
- PUJOL i CANELLES, M., «Els templers a l'Empordá. La comanda del Temple de Castelló d'Empú-

- ries», *Aunáis de ITnstitut d'Estudis Empárdanosos*, 17 (1984), pp. 31-94.
- QUINTANA PRIETO, Augusto, «Los templarios en Cornatel», *Archivos Leoneses*, 17,9 (1955), pp. 47-70.
- RAMÍREZ, Teodoro, «San Juan de Otero, iglesia de templarios». *Boletín de la Sociedad Castellana de Excursiones*, 3 (1907-1908), pp. 33-35.
- RASSOW, Peter, «La cofradía militar de Belchite», *Anuario de Historia del Dere-clw Español*, 3 (1926), pp. 200-226.
- REY SOUTO, Javier A., «Los templarios y el cabildo de Santiago. A Tenza do Temple», en *Las Ordenes Militares en la Península Ibérica*, vol. I, Cuenca, 2000, pp.755-767.
- RIESGO MARTÍNEZ, Raúl, «La implantación de la Orden del Temple en los reinos hispánicos y su presencia en el Camino de Santiago», en *Codex Templi*, Madrid, 2005, pp. 573-602.
- Riu, Manuel, «Los templarios en el valle de Lord», en *Medievo Hispano, Estudios in memoriam del profesor Derek W. Lomax*, Madrid, 1995, pp. 319-323.
- RODRÍGUEZ CAMPOMANES, Pedro, *Dissertaciones históricas del orden y cavaller-ria de los templarios*, Madrid, 1747 (facs. Barcelona, 1975).
- RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, Justiniano, «Orden del Temple. Encomienda de Mayorga», *Archivos Leoneses*, 1 (1947), pp. 110-111.
- RODRÍGUEZ PICAWEA, Enrique, *Las Ordenes militares y la frontera: la contribución de las Órdenes a la delimitación de la situación jurisdiccional territorial de Castilla en el siglo xu*, Madrid, 1994.
- , «Las Órdenes militares hispánicas en la Edad Media», en Feliciano NOVOA PÓRTELA y Carlos de AYALA MARTÍNEZ (eds.). *Las Órdenes Militares en la Europa Medieval*, Barcelona, 2005, pp. 101-136.
- ROVIRA I TOVELLA, Ramón, «Un mas de l'Orde del Temple a Gélida: fündació d'un nucli?», *Miscel·lania Penedesenca*, 17 (1993), pp. 229-244. RUBIO, J., R. ALÓS y F. MART ORELL, «Inventaris inédits de l'Orde del Temple a Catalunya», *Anuari de ITnstitut d'Estudis Catalans*, 1 (1907), pp. 385- 407.
- SÁINZ DE LA MAZA, R., *La Orden de San Jorge de Alfama. Aproximación a su historia*, Barcelona, 1990.
- SANS I TRAVÉ, Josep-Mana, «Relacions de la Casa del Temple de Barbera amb el monestir de Santes Creus», *Analecta Sacra Tarraconense*, XLVIII (1975), pp. 33-74.
- , «Alguns aspectes de l'establiment deis templers a Catalunya: Barbera», *Quaderns d'Historia Tarraconense*, 1 (1977), pp. 9-58.
- , «El Rourell, una preceptoria del Temple al Camp de Tarragona (1162-1248)», *Bulletí Arqueològic*, 113-40 (1979), pp. 133-201.
- SANS I TRAVE, Josep-Maria, *Els procós deis Templers catalans. El procós. Entre el turment i la gloria*, Lleida, 1990.
- , «La introduccelo de l'Ordre del Temple a Catalunya i la seva organit-zació», en *Primores Jomados sobre les Orares religioso-militars ais Pdísos Catalans (segles xil-xix)*, Tarragona, 1994, pp. 17-42.
- , *El setge deis Templers de Miravet (1 de desembre de 1307-12 de desembre de 1308). Un episodi dramàtic del procós deis templiers catalans*, Lleida, 1998.
- , «La Orden del Temple en Cataluña», en Ángeis CASANOVAS yJordi ROVÍ-RA (eds.), *La Orden del Temple entre la guerra y la paz*, Zaragoza, 2006, pp. 7-36.
- SARASA SÁNCHEZ, Esteban, «La supresión de la Orden del Temple en Aragón. Proceso y consecuencias», en *Las Ordenes Militares en la Península ibérica*, vol. I, Cuenca, 2000, pp. 379-401.
- SCHICKL, P., «Die Entstehung und Entwicklung des Templerordens in Kata-lonien und Aragón», en *Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spanicns*, 28 (1975), pp. 91-221.
- SERRA i ROTES, Rosa, «Els templers al Berguedá», *L' Erol*, 15 (1986), pp 18-23.
- TORRES BALEAS, L., «Nota al artículo de S. Huici: Iglesia de templarios de Torres del Río», *Arquitectura*, 52, pp. 258-259.
- UBIETO, Agustín, «Cofrades aragoneses y navarros de la milicia del Temple (siglo xil). Aspectos socioeconómicos», *Aragón en la Edad Media*, III (1980), pp. 29-93.
- UBIETO, Antonio, «La creación de la cofradía militar de Belchite», *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, V (1952), pp. 427-434.
- UPTON-WARD.J., *The catalán rules oftiie templars*, Suffolk, 2003.
- USÓN SESÉ, M., «Aportaciones al estudio de la caída de los Templarios en Aragón», *Universidad*, 3 (1926), pp. 471-523.
- VEGA Y DE LUQUE, E, C. de la, «La milicia templaría de Monreal del Campo», *Ligarlas*, 7 (1975), pp. 63-80.
- VELO Y NIETO, Gervasio, «Coria y los templarios», *Norha. Revista de Estudiosos Extremeños*, 5 (1949), pp. 281-302.
- VILAR BONET, María, «Actividades financieras de la Orden del Temple en la Corona de Aragón», *Vil*

- Congreso de Historia de la Corona de Aragón, vol. I, Barcelona, 1964, pp. 57-585.
- VINAS, Robert, *Els templers al Rosselló*, Lleida, 2002.
- VV. AA., *Las órdenes militares en la Península Ibérica durante la Edad Media, Anuario de Estudios Medievales* (1981).
- , *Los monjes soldados: los templarios y otras órdenes militares*, Aguilar de Cam-poo 1996.
- , *Les Templiers en pays catalán*, Perpiñán, 1998.
- , *O Templo e a Ordem templaria de Portugal*, Lisboa, 2000.
- , *Temas de estudios templarios*, Madrid, 2003.
- , *Templarios*, Madrid, 2001.
- ZORRILLA, Emiliano P., «Otra iglesia de templarios en Navarra. El Santo Sepulcro de la villa de Torres», *Boletín de la Comisión de Monumentos Históricas y Artísticas de Navarra* (1914), pp. 129-139.

Fuentes

- CHICKL, Peter, «Die Entstehung und Entwicklung des Templeordens in Kata-lonien und Aragón», *Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens*, 28 (1975), pp. 91-228.
- FOREY, AlanJohn, «Sources for the History of the Templars in Aragón, Catalonia and Valencia», *Archives*, 21 (1994), pp. 16-24, 1994.
- GARGALLO, Antonio, y otros. *Cartulario del Temple de Huesca*, Zaragoza 1945.
- MIRET Y SANS J., *Les cases de templiers i hospitals en Catalunya: Aplecli de notes et documents historielas*, Barcelona, 1910.
- SAROBÉ i HUESCA, R., *Col·lecció diplomática de la Casa del Temple de Gardeny (1040-1200)*, 2 vols -, Barcelona, 1998.
- SANS i TRAVÉ, Josep-Maria, *Col·lecció diplomática de la Casa del Temple de Barbera (945-1212)*, Barcelona, 1997.
- VILAR BONET, M., «Datos sobre los archivos del Temple en la Corona de Aragón al extinguirse la orden», en *Martínez Ferrando, archivero. Miscelánea de estudios dedicados a su memoria*, Barcelona, 1968, pp. 491-498.

Novela histórica

- ALDERS, Hanny, *El tesoro de los templarios*, Barcelona, 1996.
- ASENSI, Matilde, *Iacobus*, Madrid, 2000.
- Azua, Félix de, *Mansura*, Barcelona, 1993.
- BENTINE, Michel, *El templario*, Barcelona, 1994.
- BERLING, Peter, *Sangre de reyes*, Madrid, 1995.
- BURMAN, E., *El último templario*, Barcelona, 1999.
- CABALLERO, Abel, *La elipse templaria*, Barcelona, 2002.
- CHANTEFABLE, Renands, *El hermano sapo*, Barcelona, 2000.
- , *La paloma oculta*, Barcelona, 2000.
- , *Los apóstoles del nuevo Temple*, Barcelona, 2000.
- , *El caballero de Quaranteine*, Barcelona, 2001.
- CHARPENTIER, L., *Los misterios templarios*, Barcelona, 1995.
- CHAUVEL, G., *Saladino. El umficador del Islam*, Barcelona, 1994.
- CLYNES, M., *Los caballeros del Grial*, Barcelona, 1998.
- CORRAL, José Luis, *El caballero del Templo*, Barcelona, 2006.
- CUOMO, F., *Gunter de Amalfi, caballero templario*, Madrid, 1991.
- DIEGO E. de, *Corazón templario*, Madrid, 2004.
- DRUON, Maurice, *El rey de Inerro*, Barcelona, 1981.
- DUGGAN, Alfred, *El conde Bohemundo, Crónicas de la Primera Cruzada*, Barcelona, 1992.
- Eco, Umberto, *El péndulo de Foucault*, Barcelona, 1991.
- FERRET TALIMÉ, Josep, *El Grial y el complot de los caballeros templarios*, Barcelona, 1998.
- JECKS, M., *La venganza templaria*, Barcelona, 1999.
- LARSEN, Juan Mariano, *Reliquias del archivo de los templarios*. Buenos Aires, 1860.
- LEGUINECHE, M., y A. VELASCO, *El viaje prodigioso. 900 años de la Primera Cruzada*, Barcelona, 1995.
- MAALOUF, Amin, *Las Cruzadas vistas por los árabes*, Madrid, 1989.

- MASOT, N., *La sombra del templario*, Barcelona, 2004.
 MORA, Juan de Dios, *Los templarios*, 1883.
 NOLLIER, Inés, *El gran maestro de los templarios*, Barcelona, 1997.
 BIBLIOGRAFÍA
 PLAIDY, Jean, *Corazón de León*, Barcelona, 1994.
 RIVELLE, Stephen, J., *El cruzado*, Madrid, 1999.
 SIERRA, Javier, *Las puertas templarias*, Barcelona, 2000.
 THIBAUUX, J. M., *Almas ardientes*, Barcelona, 1992.
 VIDAL, Gore, *En Busca del Rey*, Barcelona, 1984.
 WATSON, W., *Beltrán, un templario en el exilio*, Barcelona, 1987.
 WILCOX, Nicholas, *La lápida templaria*, Barcelona, 1999.
 —, *Los falsos peregrinos*, Barcelona, 2000.
 —, *Las trompetas de Jericó*, Barcelona, 2000.
 —, *La sangre de Dios*, Barcelona, 2000.
 —, *Los templarios y la mesa de Salomón*, Madrid, 2005.

Literatura fantástica sobre el Temple

- ALAIN, Desgrir, *Guardianes de lo oculto: la Orden del Temple y la caballería masónica templaria*, Barcelona, 2002.
 ALARCÓN HERRERA, Rafael, *La última virgen negra del Temple*, Barcelona, 1991.
 —, *A la sombra de los templarios. Los enigmas de la España mágica*, Madrid, 2001.
 —, «El gran templario en España», *Más Allá*, 27 (1998), pp. 32-35.
 —, *La liucella de los templarios: ritos y mitos de la Orden del Temple*, Teiá, 2004.
 ALMAZÁN DE GRACIA, Ángel, *Los códices templarios del río Lolws. Los custodios del Grial*, Soria, 1997.
 —, *Guía templaria soriana y el enigma del río Lolws*, Soria, 1997.
 —, «Refutaciones a los estatutos secretos de Roncelinus», *Boletín Temple*, 23 (2001).
 —, *Esoterismo templario: Santo Alto Rey-Albendiego (Cuadalajara) y San Bartolo en el cañón del río Lobos (Soria)*, Soria, 2003.
 —, *Templarios, sanjuanistas y calatravos en Soria*, Soria, 2005.
 —, «Los templarios y la búsqueda del Santo Grial», en *Codex Templi*, Madrid, 2005, pp. 483-508.
 AMBELAIN, Roberto, *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, Barcelona, 1987.
 ANÓNIMO, *Resumen Iristórico de la fundación, progresos, decadencia y total extinción de la Orden militar de los templarios*, Madrid, 1807.
 ARROYO DURAN, Fernando, «Templarios, jesuitas y masones», en *Codex Templi*, Madrid, 2005, pp. 717-784.
 AVILA GRANADOS, Jesús, *La mitología templario: los conceptos esotéricos de la Orden del Temple*, Barcelona, 2003.
 —, «Los templarios y los cataros», en *Codex Templi*, Madrid, 2005, pp. 533-549.
 —, «Los templarios y las vírgenes negras», en *Codex Templi*, Madrid, 2005, pp. 671-686.
 —, «El santoral templario», en *Codex Templi*, Madrid, 2005, pp. 845-867.
 BAIGENT, Michel, Richard LEIGH y Henri LINCOLN, *El enigma sagrado*, Barcelona, 2001.
 BARCELÓ, Emmanuel, *Los templarios (Más allá de un mito de la Edad Media)*, Arganda del Rey, 1998.
 BAYARD, Jean Fierre, *El secreto de las catedrales*, Girona, 1995.
 BETHENCOURT, E., y Rojas, F., *El legado del Temple*, Madrid, 1990.
 BONVICINI, Eugenio, *Templar! e Rosa Croco*, Roma, 1987. CALO, J. M., *Hadit del caballero templario*, Barcelona, 2001.
 CANALES MANZANO, Pablo (ed.), *En el umbral del Temple*, Madrid, 2000.
 —, *Los guardianes del Temple*, Madrid, 2001.
 —, y Arnauid de SAINT-JACQUES, *El sello y el escudo de los templarios*, Madrid, 2001. CHARPENTIER, Louis, *L'Ordre des Templiers*, París, 1944.
 —, *Los misterios templarios*, Barcelona, 1995 (reed. 2004).
 CIERVA, R. de la, *Templarios. La historia oculta*, Madrid, 2000.
 CRAWLEY, Chetwocd, *Tfje Templars legends in Freemasonry*, Londres, 1913.

- CUESTA MILLÁN, Juan Ignacio, «Los enclaves templarios españoles. Arquitectura y simbolismo», en *Codex Templi*, Madrid, 2005, pp. 223-258.
- DESCRIS, Alain, *Guardianes de lo oculto: la Orden del Temple y la caballería masónica templaria*, Barcelona, 2002.
- , *Misterios y revelaciones templarios*, Barcelona, 2003.
- DOVAN, Wait G., *La verdad sobre los templarios*, Madrid, 1997.
- FERRER BENIMELÍ, José Antonio, «El mito del Temple», en Àngels CASANOVAS y Jordi ROVIRA (eds.), *La Orden del Temple entre la guerra y la paz*, Zaragoza 2006, pp.137-155.
- FERRER CUÑAT, Chema, «Los templarios y la tradición iniciática de los trovadores», en *Codex Templi*, Madrid, 2005, pp. 461-482.
- , «El Priorato de Sión y los merovingios: un mito nacionalista», en *Codex Templi*, Madrid, 2005, pp. 785-810.
- FERRET TALIMÉ.J., *El grial y el complot de los caballeros templarios*, Barcelona, 1998.
- FERRO, Jorge F., *Los templarios: martirio y misterio*. Buenos Aires, 1990.
- FRITZ-ROA, Sergio, «Templarios y alquimistas», en *Codex Templi*, Madrid, 2005, pp. 869-890.
- FRUTOS, Pedro, *El secreto del tesoro de los templarios*, Barcelona, 1983.
- FUENTES PASTOR, Jesús, *Crónica templaria*, Madrid, 1995.
- FUTTHARK, Run, *Los templarios*, 2001.
- GALERA GRACIA, Antonio, *El último secreto de los caballeros templarios*. Murcia, 1999.
- , *Los soldados del cordero*. Murcia, 2003.
- , «Nuevos descubrimientos sobre el Bafomet templario», en *Codex Templi*, Madrid, 2005, pp. 509-531.
- , «Los templarios y la raza maldita de los agotes», en *Codex Templi*, Madrid, 2005, pp. 551-571.
- GARCÍA ATIENZA, Juan, *La meta secreta de los templarios*, Barcelona, 1979 (reed. 1998).
- , *La mística solar de los templarios*, Barcelona, 1983.
- , *El legado templario*, Teiá, 1991.
- , *Los secretos templarios*, Paracuellos de Jarama, 1992.
- , *La ruta sagrada*, Barcelona, 1992.
- , *Los enclaves templarios*, Barcelona, 1995.
- , «Cultos secretos y ritos simbólicos del Temple», *Más Allá*, 27 (1998), pp. 46-51.
- , *El misterio de los templarios: origen, esplendor y caída de una orden mítica y enigmática*, Madrid, 2000.
- GARCÍA COSTOYA, Carlos, «Los templarios y la Vera Cruz», en *Codex Templi*, Madrid, 2005, pp. 641-669.
- GARCÍA i AMAT, Nuria, *Textos templarios y rosacruces*, Barcelona, 2003.
- GARTEN, Juan de, *Os templarios. Soberana Ordem do Templo de Jerusalém*, Sao Paulo, 1987.
- GONZÁLEZ CREMONA, J. M., *El gran libro de los templarios. La verdadera historia de la Orden del Temple*, Madrid, 1985.
- GOODMAN, Robert, «Bafomet: el enigmático ídolo templario», *Más Allá*, 27 (1998), pp. 56-59.
- , «¿Qué buscaban los templarios en Jerusalén?», *Más Allá*, 27 (1998), pp. 60-63.
- , «La capilla de Rosslyn», *Más Allá*, 27 (1998). pp. 64-66.
- GUÉNON, Rene, *Esoterismo cristiano: Dante. El Grial. Los templarios*, Barcelona, 1990.
- GUIJARRO TRIADO, Josep, *El tesoro oculto de los templarios*, Barcelona, 2001.
- HAAGENSEN, E., y H. LINCOLN, *The Templar's secret island: the knights, the priest and the treasure*, Londres, 2002.
- HOWARD, Michael, *La conspiración oculta: misterios de templarios, masones y sociedades secretas*, Madrid, 1990.
- HURTADO GARCÍA, José Antonio, «De cómo el Temple llegó a América antes del descubrimiento oficial», en *Codex Templi*, Madrid, 2005, pp. 603-640.
- IACOBUS, Frater, *Rituales secretos de los templarios*, Barcelona, 1991.
- IÑIGO MARTÍN, Francisco José, *Los templarios, la Izerejía encubierta*. Pozuelo de Alarcón, 1978.
- JACQUES, Arnau S., *Los templarios y el Evangelio de San Juan*, Madrid, 1999.
- , *La sabiduría de los templarios*, Madrid, 2001.
- JERUSALÉN. Juan de, *Las profecías de los templarios*, M. GALVIESKI (ed.), Girona, 1996.
- KNIGHT, Christopher, y Robert LOMAS, *El segundo mesías. Los templarios, la Sábana Santa de Turín y el gran secreto de la masonería*, Barcelona, 1998.
- , *La clave masónica: faraones, templarios, los manuscritos perdidos de Jesús*, Barcelona, 2004.
- LACHAUD, R., *Templarios. Caballeros de oriente y occidente*, Barcelona, 1998.
- LAMY, Michel, *La otra historia de los templarios*, Barcelona, 1999.
- LE FORESTIER, R., *La franc-maçonnerie templière et occultiste aux xviii et xix siècles*. París, 1970.

- LO MASTRO, Mana, *Dossier Templari*, Florencia, 1991.
- LOISELEUR, G., *La doctrine secrete des Templiers*, Orléans, 1872.
- MATEOS RUIZ, José Antonio, «La caballería cristiana. La iniciación templaria», en *Codex Templi*, Madrid, 2005, pp. 379-404.
- MELVILLE, Marión, *Nosotros los templarios*, Girona, 1995.
- MIGNARD, P., *Eclaircissements sur les pratiques occultes des Templiers*, tuijón, 1851.
- , *Preuves du manichéisme des Templiers*, París, 1853.
- PARTNER, P., *El asesinato de los magos*, Barcelona, 1998.
- PICKETT, L., y C. PRINCE, *La revelación de los templarios*, Barcelona, 1998.
- PRINCE, Clive, *La revelación de la Orden del Temple*, Madrid, 1998.
- , *La revelación de los templarios: guardianes ocultos de la verdadera identidad de Cristo*, Madrid, 2004.
- PROBST -BIBAREN, J. H., *Los misterios de los templarios*. Buenos Aires, 1973.
- RAITZIN, Carlos, y Fernando ARROYO DURAN, «La regla secreta del Temple», *Boletín Temple*, 1 (2001).
- RIVA, Antonio de la, *La cara oculta del Temple*, Madrid, 2002.
- SÁNCHEZ HERMOSILLA, Alonso, «La Sábana Santa y los templarios. De cómo llegó la Síndone a Occidente», en *Codex Templi*, Madrid, 2005, pp. 687-715.
- SARLAT, Mary-Su, *La octava gaveta. El legado templario*, Sevilla, 2004.
- SEDE, Gérard de, *Los templarios están entre nosotros*. Málaga, 1984.
- SEGURA MARTÍNEZ, José Cayetano, *El enigma de los templarios en España*, Madrid, 2004.
- SILVA, Pedro, *Historia e Misterios dos Templarios*, Río de Janeiro, 2001.
- SINGLAIR, Andrew, *La espada y el grail*, Barcelona, 1994.
- , *Jerusalén, la cruzada interminalúe*, Madrid, 1997.
- SOLER SEGUÍ, Santiago, «Leyendas templarias», en *Codex Templi*, Madrid, 2005, pp.811-844.
- SOLÍS MIRANDA, José Antonio, *Los secretos de los templarios*. La Coruña, 2000.
- , *Los templarios y su único secreto*, La Coruña, 2002.
- , *Templarios, los caballeros de Dios*, La Coruña, 2003.
- , *Alamut: templarios y asesinos*. La Coruña, 2003.
- , *Templarios en América: las navegaciones oceánicas templarias*. La Coruña, 2003.
- , *Templarios hoy*, La Coruña, 2000.
- , *Los templarios y el Camino de Santiago: la Fraternidad de Osa*, La Coruña, 2004.
- VALENTÍ CAMP, Santiago, *Templarios, hospitalarios, teutónicos. De la caballería y las órdenes militares a la Rosacmz, el Santo Gríal y el ocultismo. Las sectas y las sociedades secretas a través de la Historia*, vol. 1, Madrid, 1997 (ed. 1912).
- VARGAS, Laurent de. *El libro negro de los templarios*, Teiá, 2001.
- VIGNATI Y PERALTA, Alejandro, *El enigma de los templarios*, Barcelona, 1975.
- VILLARRUBIA, Pablo, «Templarios en América: el viaje jamás contado». *Más Allá*, 27 (1998), pp. 66-68. WALKER, Martín, *Historia y misterio de los templarios*, Barcelona, 2003 (ed. 1993).
- WASSERMAN, James, *Templarios y asesinos. La caballería espiritual*, Barcelona, 2001.
- YÁÑEZ-SOLANA, Manuel, *El enigma de los templarios*, Madrid, 1996. —, *Los templarios*, Arganda del Rey, 2002.
- ZORRILLA HIERRO, Mauro, «Dante Alighieri y la filiación templaria de la Fede Santa», en *Codex Templi*, Madrid, 2005, pp. 433-459.

Cronología y listados

Las Cruzadas

PRIMERA CRUZADA (1096-1099)
SEGUNDA CRUZADA (1147-1149)
TERCERA CRUZADA (1189-1192)
CUARTA CRUZADA (1199-1204)
QUINTA CRUZADA (1217-1221)
SEXTA CRUZADA (1228-1229)
SÉPTIMA CRUZADA (1248-1254)
OCTAVA CRUZADA (1270)

Cronología del Temple

1009, Al-Hakim destruye el Santo Sepulcro
1064, cruzada contra la ciudad de Barbastro
1092, División del islam a la muerte del sultán seleúcida Malik Sah
1095, Concilio de Piacenza
1095, noviembre, Concilio de Clermont; Urbano II predica la Primera Cruzada
1096 diciembre 12, los cruzados llegan ante Constantinopla
1096-1099, PRIMERA CRUZADA: Godofredo de Bouillon y Bohemundo de Tarento
1096 marzo, parte la Cruzada popular
1096 agosto, Pedro el Ermitaño llega a Constantinopla
1096 octubre, Pedro el Ermitaño derrotado por los turcos en Civiot
1096 diciembre, Godofredo de Bouillon llega a Constantinopla
1097 octubre, conquista de Edesa
1098 junio 3, conquista de Andoquía
1099 julio 15, conquista de Jerusalén
1099 agosto 5, se inventa la reliquia de la Vera Cruz
1100 julio 18, muere Godofredo de Bouillon; Balduino I, rey de Jerusalén
1101. el rey Pedro I se instala en Juslivil (*Deus lo vol*), frente a Zaragoza
1102. conquista de Tortosa
1109. conquista de Trípoli
1110. conquista de Beirut
1119. fundación de la Orden del Temple en Jerusalén por Hugo de Payns
1120. el rey Balduino de Jerusalén entrega a los templarios la mezquita de al-Aqsa, en el solar del Templo de Salomón
1124, conquista de Tiro
1125-1126, el conde Hugo de Champaña ingresa en el Temple
1127. Hugo de Payns viaja a Occidente
1128. primeras donaciones en Europa a los templarios
1129 enero 14, Concilio de Troyes; se establece la regla del Temple
1129. Zangi conquista Alepo
1130. Bernardo de Claraval publica *De laude novae militiae*; Hugo de Payns vuelve a Jerusalén
1131. Alfonso I dona en su testamento el reino de Aragón a las órdenes militares
1136, muere Hugo de Payns; le sustituye como maestro Roberto de Craon
1139 marzo 29, el papa Inocencio II concede al Temple la bula *Omne datwn optimum*
1144 enero 9, el papa Celestino II concede al Temple la bula *Milites Templi*
1144, Zangi conquista Edesa
1145 abril 7, el papa Eugenio III concede al Temple la bula *Militia Dei*
1146, el papa Eugenio III proclama la cruzada; San Bernardo la predica en Vézéiy

1146. Nur ad-Din sucede a Zangi; impulso de la *yihad*
 1147. se inaugura la casa del Temple en París
 1147-1149, SEGUNDA CRUZADA: Conrado III de Alemania y Luis VII de Francia
 1148 julio, derrota de los cruzados en el sirio de Damasco
 \ 1 53, Balduino III conquista Ascalón; mueren cuarenta templarios en el asalto
 1169, Saladino, visir de Egipto
 1171, Saladino suprime el Califato Fatimí
 1174, muere Nur ad-Din; Saladino toma el poder en Siria
 1177, Balduino IV derrota a Saladino en Montgisard
 1183-1184, Saladino conquista Alepo
 1187 julio 4, batalla de los Cuernos de Hattin; captura de la Vera Cruz; masacre de templarios y hospitalarios; mueren 230 templarios; Gerardo de Riford, maestre, preso en Damasco
 1187 octubre 2, Saladino conquista Jerusalén; derruye las construcciones templarias en al-Aqsa
 1188. Saladino conquista buena parte de Tierra Santa
 1189. Guy de Lusignan sitia Acre
 1189-1192, TERCERA CRUZADA: Federico I Barbarroja, Felipe II Augusto y Ricardo I
 1190. Federico Barbarroja muere ahogado en Konya
 1191. Ricardo I conquista Chipre y la vende a los templarios 1191 julio, rendición de Acre a los cruzados; se instala en Acre la casa central del Temple
 1191 agosto, Saladino derrotado en Arsuf 1191 agosto, Felipe Augusto embarca de regreso a Francia
 1191. los templarios compran Chipre a Ricardo I
 1192. Guy de Lusignan recibe el reino de Chipre 1192 septiembre, tratado de Jaffa entre Ricardo I y Saladino 1192, Conrado de Montferrat, rey de Jerusalén, muere a manos de los «Asesinos»
 1192. Ricardo Corazón de León regresa a Europa
 1193. muere Saladino
 1198 agosto, el papa Inocencio III proclama la cruzada
 1199, se funda la Orden de los caballeros teutónicos
 1202-1204, CUARTA CRUZADA: Bonifacio de Montferrat y el dux Dándolo de Venecia
 1204 abril, los cruzados saquean Constantinopla
 1207, el papa Inocencio III proclama la cruzada contra los albigenses
 1212, cruzada de los niños
 1215, concilio de Letrán; se proclama la cruzada
 1217-1221, QUINTA CRUZADA: Cardenal Pelayo, Juan de Brienne y Federico II
 1219, conquista de Damietta por los cruzados; Francisco de Asís viaja a Egipto
 1221, derrota de los cruzados en Mansura; se pierde Damietta 1229, tratado entre Federico II y Al-Malik al-Kamil, sultán de Egipto; Jerusalén es cristiana de nuevo
 1240-1242, SEXTA CRUZADA: Ricardo, conde de Cornualles
 1241. entran tamientos entre templarios y hospitalarios
 1242. derrota de la Orden Teutónica en el lago Peipus por Alejandro Nevski de Novgorod
 1244 agosto, pérdida de Jerusalén
 1244 octubre 17-18, batalla de La Forbie, mueren el maestre del Temple y varios templarios
 1245, Inocencio IV proclama la cruzada
 1248-1254, SÉPTIMA CRUZADA: Luis IX de Francia
 1248. Luis IX desembarca en Chipre
 1249. Luis IX conquista Damietta en Egipto
 1250 febrero 8, derrota de los cruzados en Mansura; captura de Luis IX; mueren el maestre Guillermo Sonnac y treinta témplanos; se pierde Da mieta
 1258, los mongoles conquistan Bagdad
 1260. Baybars derrota a los mongoles en Ain Yaiut (El pozo de Goliat)
 1261. los griegos recuperan Constantinopla
 1263, el papa Urbano IV proclama la cruzada
 1267. Jaime I, rey de Aragón, inicia una cruzada frustrada
 1268. Baybars conquista Antioquía
 1270, OCTAVA CRUZADA: Luis IX de Francia
 1270, Luis IX muere en Túnez
 1289. el sultán Qala'un conquista Trípoli
 1290. repliegue templario a San Juan de Acre; Jaime II de Aragón envía cinco galeras de apoyo
 1291 mayo 18, los mamelucos de Jalil asaltan Acre; muere Guillermo de Beaujeu, maestre del Temple
 1291 mayo 28, los mamelucos conquistan Acre; muerte de varios templarios; fin de los Estados latinos en Tierra Santa

1291, los cruzados y quinientos templarios se refugian en Chipre 1299, victoria de los templarios, aliados con mogoles y armenios, en la batalla de Hims
 1303, los templarios abandonan la isla de Ruad, último baluarte cristiano en Tierra Santa
 1307, el papa Clemente VII proclama una cruzada contra Constantinopla
 1307 octubre 13, arresto de los templarios de Francia
 1307 octubre 19, primeros interrogatorios inquisitoriales a los templarios
 1307 noviembre 22, el papa Clemente V ordena arrestar a todos los templarios
 1308 febrero, el papa Clemente V ordena la suspensión de los procesos
 1308 agosto, Clemente V autoriza investigaciones episcopales sobre los templarios
 1308 agosto, Clemente V encabeza un proceso pontificio sobre el Temple
 1309 noviembre, comienzan los interrogatorios de la comisión pontificia
 1310, los Hospitalarios trasladan su centro a Rodas 1310 marzo, los templarios quieren defender su orden
 1310 mayo 12, el arzobispo de Sens manda quemar en la hoguera a 54 templarios; los defensores renuncian o desaparecen
 1311 junio 5, fin de los trabajos de la comisión pontificia 1311 octubre 16, inauguración del Concilio de Vienne 1312, el papa Clemente V suprime la Orden del Temple 1314 mayo 13, Jacques de Molay, último maestro del Temple, muere en la hoguera en París

Maestres del Temple

Hugo de Payns, de Champaña (1119-24 mayo 1136)
 Roberto de Craon, de Mame (1136-13 enero 1149)
 Everardo de Barres, de Meaux (1149-1152)
 Bernardo de Trémelay, del Franco Condado (1152-16 agosto 1153)
 Andrés de Montbard, de Borgoña (1153-17 enero 1156)
 Bertrán de Blanquefórt, de Berry o de Burdeos (1156-2 enero 1169)
 Felipe de Milly o de Nablus, de Tierra Santa (1169-1171)
 Eudes de Samt-Amand, de Provenza (1171-8 octubre 1179)
 Arnaldo de Torroja, de Aragón (1179-30 septiembre 1184)
 Gerardo de Ridefort, de Flandes (1185-4 octubre 1189)
 Roberto de Sable, de Mame (1191-28 septiembre 1193)
 Gilberto de Erail, de Aragón o Provenza (1194-21 diciembre 1200)
 Felipe de Le Plessis, de AHJOU (1201-12 febrero 1209)
 Guillermo de Chartres, de Chartres (1210-25 agosto 1219)
 Pedro de Monteagudo, de Aragón o del sur de Francia (1219-28 enero 1232)
 Armand de Péngord, de Périgord (1232-17 octubre 1244)
 Ricardo de Bures, de Normandía o Tierra Santa (1244/1245-9 mayo 1247)
 Guillermo de Sonnac, de Rouergue (1247-11 febrero 1250)
 Reinaldo de Vichiers, de Champaña (?) (1250-20 enero 1256)
 Tomás Berard, de Inglaterra (1256-25 mayo 1273)
 Guillermo de Beaujeu, de Beaujolais (1273-18 mayo 1291)
 Tebaldo de Gaudm, de Chartres-Blois (?) (1291-16 abril 1293)
 Jacques de Molay, del Franco Condado (1294-18 marzo 1314)

Papas

Gregorio VII (1073-1085)
 Víctor III (1086-1087)
 Urbano II (1088-1099)
 Pascual II (1099-1118)
 Gelasio II (1118-1119)
 Calixto II (1119-1124)

Honorio II (1124-1130)
Inocencio II (1130-1143)
Celestino II (1143-1144)
Lucio II (1144-1145)
Eugenio III (1145-1153)
Anastasio IV (1153-1154)
Adriano IV (1154-1159)
Alejandro III (1159-1181)
Lucio III (1181-1185)
Urbano III (1185-1187)
Gregorio VIII (1187-1187)
Clemente III (1187-1191)
Celestino III (1191-1198)
Inocencio III (1198-1216)
Honorio III (1216-1227)
Gregorio IX (1227-1241)
Celestino IV (1241-1241)
Inocencio IV (1243-1254)
Alejandro IV (1254-1261)
Urbano IV (1262-1264)
Clemente IV (1265-1268)
Gregorio X (1271-1276)
Inocencio V (1276-1276)
Adriano V (1276-1276)
Juan XXI (1276-1277)
Nicolás III (1277-1281)
Martín IV (1281-1285)
Honorio IV (1285-1287)
Nicolás IV (1288-1292)
Celestino V (1294-1294)
Bonifacio VIII (1294-1303)
Benedicto XI (1303-1304)
Clemente V (1305-1315)
Juan XXII (1316-1334)

Reyes de Jerusalén

(Godofredo de Bouillon, protector del Santo Sepulcro) (17 julio 1099-18 julio 1100)
Baldumo I (11 noviembre 1100-2 abril 1118)
Baldumo II (abril 1118-21 agosto 1131)
Fulco de Anjou (14 septiembre 1131-10 noviembre 1143)
Baldumo III (25 diciembre 1143-10 febrero 1162)
Amalrico I (febrero 1162-11 julio 1174)
Balduino IV el Leproso (15 julio 1174-marzo 1185)
Balduino V (1185-1186)
Guy de Lusignan (agosto 1186-abril 1192)
Conrado I de Montferrat (1192)
Enrique I de Champaña (1192-1197)
Amalrico II de Lusignan (1197-1205)
Juan I de Bnenne (1210-1225)
Federico II de Hohenstaufen (1225-1243)
Conrado II (1243-1254)
Conrado III (Conradino) (1254-1268)
Hugo de Chipre (1269-1276)
Carlos de Anjou (1276-1285)
Juan II (1285)

Enrique II (1285-1291)

Reyes de Francia

Felipe I (1060-1108)
Luis VI el Gordo (1108-1137)
Luis VII (1137-1180)
Felipe II Augusto (1180-1223)
Luis VIH (1223-1226)
Luis IX el Santo (1226-1270)
Felipe III el Atrevido (1270-1285)
Felipe IV el Hermoso (1285-1314)

Reyes de Inglaterra

Guillermo I el Conquistador (1066-1087)
Guillermo II Rufo (1087-1100)
Enrique I (1100-1135)
Esteban de Blois (1135-1154)
Enrique II Plantagenet (1154-1189)
Ricardo I Corazón de León (1189-1199)
Juan sin Tierra (1199-1216)
Enrique III (1216-1272)
Eduardo I (1272-1307)
Eduardo II (1307-1327)

Reyes y emperadores de Alemania

Enrique IV (1056-1105)
Enrique V (1106-1125)
Lotario III (1125-1137)
Conrado III (1138-1152)
Federico I Barbarroja (1152-1190)
Enrique VI (1190-1197)
Otón IV (1197-1212)
Federico II (1212-1250)
Conrado IV (1250-1254)
Interregno (1254-1273)
Rodolfo I (1273-1290)
Alberto I (1290-1292)
Adolfo I (1292-1308)
Enrique VII (1308-1314)

Reyes de Castilla y León (1076-1157)

Alfonso VI (1076-1109)
Urraca (1109-1126)
Alfonso VII (1126-1157)

Reyes de Castilla (1137-1230)

Sancho I II (1157-1158)
Alfonso VIII (1157-1212)
Fernando III el Santo (1212-1230)

Reyes de León (1137-1230)

Fernando II (1157-1188)
Alfonso IX (1188-1230)

Reyes de Castilla y León (desde 1230)

Fernando III el Santo (1230-1252)
Alfonso X el Sabio (1252-1284)
Sancho IV (1284-1296)
Fernando IV (1296-1312)
Alfonso IX (1312-1350)

Reyes de Aragón

Pedro I (1094-1104)
Alfonso I el Batallador (1104-1134)
Ramiro II el Monje (1134-1137)
Petronila (1137-1162)
Alfonso II el Trovador (1162-1196)
Pedro II el Católico (1196-1213)
Jaime I el Conquistador (1213-1276)
Pedro III el Grande (1276-1285)
Alfonso III el Liberal(1285-1291)
Jaime II el Justo (1291-1327)

Emperadores bizantinos

Alejo I Comneno, 1081-1118
Juan II, 1118-1143 Manuel I, 1143-1180
Alejo II, 1180-1183 Andrómco II, 1183-1185
Isaac II Ángel Comneno, 1185-1195
Alejo III Ángel, 1195-1203
Alejo IV. 1203-1204
Alejo V Ducas, 1204

Emperadores de Nicea

Teodoro I Lascans, 1204-1222
Juan III Vatatzes, 1222-1254
Teodoro II Lascaris, 1255-1258
Juan IV Lascaris, 1258-1261

Emperadores bizantinos (Imperio restaurado)

Miguel VIII, 1261-1282 Andrómco **II**, 1282-1328

Reyes de Chipre

Guy, 1192-1194
Amalrico, 1194-1205
Hugo I, 1205-1218
Enrique I, 1218-1253
Hugo II, 1253-1267
Hugo III, 1267-1284
Juan I, 1284-1285
Enrique II, 1285-1324

Sultanes de Egipto

Saladme, 1171-1193
Al-Aziz, 1193-1198
Al-Mansur, 1198-1200
Al-Adil I, 1200-1218
Al-Kamil, 1218-1238
Al-Adil II, 1238-1240
As-Sahib Ayyub, 1240-1249
Turanshah, 1249-1250
Al-Ashraf II, 1250-1254

Señores musulmanes de Siria

Saladino, 1174-1193
Al-Aziz, 1193-1196
Al-Adil I, 1196-1218
Al-Mu'azzam, 1218-1227
An-Nasir Dawud, 1227-1229
Al-Ashraf, 1229-1237
As-Salih Ismail (1), 1237
Al-Kamil, 1237-1238
Al-Adil II, 1238-1239
As-Sahib Ayyub (1), 1239
As-Salih Ismail (2), 1239-12145
As-Sahib Ayyub (2), 1245-1249
Turanshah, 1249-1250
An-Nasir Yusuf, 1250-1269

Sultanes mamelucos de Egipto y Siria

Aziz ad Din Aybak, 1250-1257
Nur ad'Din ibn Aybaq, 1257-1259
Asir Rukn ad Din Baibars, 1260-1277
Saïd Nasur ad Din Baraqa, 1277-1279
Abd al-Badr ad Din Salamis, 1279
Mansur Saifad-Din Qala'un, 1279-1290
AshrafSalah ad-DmJalil, 1290-1293
Nassur Mamad ibn Qala'un (1), 1293-1294
Abd al-Zin ad-Din Katbuga, 1294-1296
Mansur Hassam ad-Din Lagiun, 1296-1298
Nassur Muhammad ibn Qala'un (2), 1298-1309
Muzzafar Rukn ad-Din Baibars, 1309
Nassur Muhammad ibn Qala'un (3), 1309-1340

Grandes Kanes mongoles

Gengis Kan, 1206-1227
Ogodei Kan, 1229-1241
GuyukKan, 1246-1248
MonkgaKan, 1251-1259
KublaiKan, 1259-1294